



*¿Será capaz de aprender
a amar un despiadado
highlander?*

Kresley Cole

SI ME TRAICIONAS

Annotation

Ethan MacCarrick era un joven atractivo, hasta que fue brutalmente castigado por un crimen que no había cometido. Ethan se vengó del noble que ordenó su tortura arruinándolo y consiguiendo que tuviera que exiliarse junto con su familia. Diez años más tarde, Madeleine van Rowen, una muchacha bella y misteriosa, lo hechiza con sus encantos, pero cuando Ethan descubre que se trata de la hija de su enemigo, no duda en utilizarla para vengarse...

KRESLEY COLE

Si me traicionas

Hermanos McCarrick N°3

Esencia

Sinopsis

Ethan MacCarrick era un joven atractivo, hasta que fue brutalmente castigado por un crimen que no había cometido. Ethan se vengó del noble que ordenó su tortura arruinándolo y consiguiendo que tuviera que exiliarse junto con su familia. Diez años más tarde, Madeleine van Rowen, una muchacha bella y misteriosa, lo hechiza con sus encantos, pero cuando Ethan descubre que se trata de la hija de su enemigo, no duda en utilizarla para vengarse...

Autor: Cole, Kresley

©2007, Esencia

ISBN: 9788408076339

Generado con: QualityEbook v0.75

SI ME TRAICIONAS

KRESLEY COLÉ

SOÑANDO DESPIERTAS

Dedico a mis lectores...

Gracias por permitirme compartir con todos vosotros

a los hermanos MacCarrick.

Os deseo lo mejor

≡ Agradecimientos ≡

Gracias al maravilloso personal de la biblioteca de la Universidad de Florida. Esos chicos lo saben todo, y me ayudaron a orientarme entre tantos libros y textos oscuros llenos de detalles fascinantes. Sin vosotros jamás habría logrado entender esos diarios de la época victoriana, ni habría podido describir, ni mucho menos imaginar, una ambientación histórica convincente. Gracias por vuestra ayuda.

¿El amor de una buena mujer?

¿Para salvar a un hombre perverso como yo?

Jamás... porque no ha nacido una mujer tan buena para alguien tan malvado como yo.

ETHAN ROSS MACCARRICK,

Laird del Clan MacCarrick, octavo conde de Kavanagh

¡Yo no he robado nada, lo juro!

¡Oh, como si a usted nunca

le aparecieran cosas en los bolsillos!

MADELEINE ISOBEL VAN ROWEN,

ladrona, oportunista

IVELEY HALL, Buxton, Inglaterra

Primavera de 1846

Ethan creía que la aburrida esposa con la que estaba a punto de acostarse era guapa.

Pero se trataba sólo de una suposición. En ese momento, tenía la visión enturbiada por el whisky, y en ese estado, todas las mujeres le parecían guapas. A pesar de que había cabalgado durante media hora para llegar allí, seguía borracho; de hecho, cada vez lo estaba más.

Pero la mujer en cuestión se comportaba como si fuera una belleza, se dijo a sí mismo quitándose la chaqueta para lanzarla al diván que había en medio de los lujosos aposentos de la dama. Falló. Incluso ebrio, era consciente de que la mujer no poseía demasiada inteligencia y supuso que, para contrarrestarlo, tenía que ser muy atractiva. Además, cuando se le había insinuado en la oscura taberna de Buxton, estaba segura de que él iba a aceptar.

Tenía acento francés y era muy alta, pensó Ethan, pero ahora estaba recostada, y tan sólo la había visto de pie unos segundos. Ella había aprovechado esos segundos para deslizarle entre los dedos una perfumada nota con la dirección de su casa y, susurrándole al oído lo que le iba a hacer, le pidió discreción.

Ethan era un joven de veintitrés años de sangre caliente, y las intenciones de la mujer le parecieron de lo más acertadas.

Cruzó la habitación en dirección al mueble bar y ella se puso de rodillas encima de la cama.

—¿Esperaste quince minutos después de que mi doncella y yo nos fuéramos? —Temía que su marido se pudiese enterar de sus aventuras al regresar del viaje de negocios.

Ethan se sirvió una copa.

—Sí, esperé. —Él no habría compartido carruaje con ella en ningún caso. ¿Cuál es la primera regla de un seductor? Lleva siempre tu propia montura cuando te cites con una mujer. Así te puedes ir cuando quieras. Por otra parte, ellas siempre quieren que te quedes a pasar la noche.

Y Ethan odiaba dormir con una mujer.

—¿Te ha visto alguien cabalgar hacia aquí? —preguntó ella.

—No, nadie.

—No puedo permitirme que mi marido se entere...

—¡Basta! —Lo estaba poniendo de los nervios y ni siquiera se habían acostado aún—. No eres la primera mujer casada con la que tengo una cita —espetó él honestamente—. Ya lo he hecho antes.

—Me lo imagino —replicó ella, y cuando él se le acercó, murmuró— Eres tan endiabladamente guapo, Ethan. Tan joven. Tan alto. Tan fuerte.

Él bebió de su copa frunciendo el cejo ante el hecho de que lo llamara por su nombre. Ethan no se acordaba del de ella; sólo recordaba que le había dicho que se arrodillaría delante de él para darle placer con la boca.

—¿Joven? Me da la sensación de que tú no eres mucho mayor que yo —contestó él acercándose a la cama.

Ella se rió.

—Sólo un poco.

Ahora podía verla mejor. No estaba mal. Debería de rondar los treinta.

—Lo suficiente como para saber lo que me gusta —prosiguió ella—, y cuando te he visto, no lo he

dudado ni un segundo. —Cogió el vaso de él y bebió un poco para luego dejarlo en la mesilla de noche —. Seguro que las mujeres se te insinúan constantemente.

—Constantemente —confirmó él sin disimular su arrogancia.

Era cierto. Era joven, rico, poderoso, y a las mujeres les encantaba. Y, al parecer, cuanto más bebía y más cruel era, más le deseaban.

—Así que si no hubieras venido aquí conmigo, ¿te habrías ido con otra mujer de la taberna?

—Seguro —contestó él. De hecho, al irse, la camarera pelirroja a la que le había echado el ojo lo había mirado decepcionada. Y su hermana también. Él se limitó a encogerse de hombros, como si no tuviera importancia. No la tenía—. Con una, o tal vez con dos.

—¿Y por qué me has elegido a mí? —preguntó la mujer buscando el cumplido que él no le daba.

—Prefiero a las casadas, dan menos problemas.

Nunca volvía a verlas. Una mujer casada era siempre fácil de olvidar, y aquella no sería la excepción. Y si su marido era tan ingenuo o tan estúpido como para permitirle aquellas infidelidades, se tenía bien merecidos los cuernos que llevaba. No era culpa de Ethan.

—Así que sólo me has elegido porque soy «conveniente». —Hizo una mueca y empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

—Eso es.

Que la tratara tan mal parecía excitarla.

—Di mi nombre con tu acento —susurró ella.

—No sé cuál es.

—Sylvie... —sonrió ella.

—No quiero saberlo —la interrumpió él haciéndola gemir de deseo.

Ethan estaba acostumbrado a mujeres a las que les gustaban los hombres dominantes, pero tuvo la sensación de que aquella quería algo más. De camino hacia allí, había tenido tiempo de sobra de analizar la situación y, a pesar de su estado de embriaguez, tenía el presentimiento de que algo no iba bien.

Llevaba un perfume empalagoso, pero no más que el de la mujer con la que se había acostado la noche anterior. Era alta, voluptuosa y de pelo oscuro; el tipo exacto de mujer que solía atraerle. Pero aun así, a medida que ella le lamía el pecho apartándole la camisa, notó que no le excitaba.

La gente solía decir que Ethan no tenía más sentimientos que un animal. Pues bien, en esos momentos, su más puro instinto le decían que se alejara de aquella mujer. Ella le recorrió el torso hasta el ombligo con los labios y al ver cuál era su intención Ethan frunció el cejo.

Sin embargo, la voz que le decía que se apartara de ella ¿sería más fuerte que el whisky y la promesa de aquellos labios bajo su cintura?

La respuesta fue sí. Ethan apartó las manos de la mujer de su entrepierna y dio un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy.

Se agachó para recuperar su camisa y aunque perdió un poco el equilibrio, lo recuperó en seguida. Sabía que últimamente estaba bebiendo demasiado. Era el mayor de tres hermanos, y el cabeza de una familia con problemas. El peso de esa responsabilidad y la imposibilidad de hacer nada para cambiar nada eran una carga que le pesaba más de lo que nadie podía imaginar.

Y beber no lo ayudaba.

—¿Que te vas? —se extrañó ella—. No lo dices en serio.

Ethan asintió.

—¿Por qué has venido entonces? ¿Qué he hecho?

—Nada. —¿Dónde diablos había ido a parar su chaqueta?—. Es sólo que ya no me apetece.

—Dime qué quieres que te haga y lo haré. Lo que quieras —le aseguró ella, provocándole un gesto de disgusto.

Era una de esas mujeres insistentes.

—No quiero nada de ti —dijo él dándose media vuelta—. Ya no.

—¡No puedes hacerme esto! —Se puso en pie de un salto y corrió hacia él—. Ignorarme como si fuera una cualquiera. —Estaba tan enfadada que su refinado acento francés se transformó en otro mucho más popular. Ethan lo había oído antes; era el acento de las clases bajas—. Como si fuera una puta.

—Eres tú quien lo ha dicho...

—Nadie me trata así, ya no. ¡Nadie! —Se paró frente a él. Ethan volvió a esquivarla y ella hizo lo mismo. Estaba buscando pelea. Él veía cada vez más claro que había tomado la decisión correcta—. ¡Haré que te fustiguen por esto!

Ethan dio por fin con su chaqueta.

—Apártate de mí.

—¡Yo misma te daré unos latigazos!

—Eres una mujerzuela muy malcarada —dijo Ethan con sorna—. Ahora sí que no pienso follarte.

La mujer gritó y se abalanzó sobre él. Él logró quitársela de encima, pero no antes de que le arañara la cara. Se limpió la mejilla con la manga de la camisa y vio manchas de sangre en el lino blanco.

—¡Maldita zorra! No sabes con quién estás jugando.

Se dirigió hacia la puerta, pero ella volvió a golpearle la espalda gritando:

—¿Sabes lo que estaba a punto de hacerte?

Cuando Ethan se dio la vuelta, vio que ella estaba llorando de rabia.

—Vuelve a tocarme y me saltaré la norma que tengo de no pegar a las locas que no saben aceptar un no por respuesta.

—¡Hazlo! —¿Estaba excitada?

Él hizo ademán de ir a hacerlo, pero sólo para asustarla y que lo dejara en paz, sin embargo al levantar la mano...

La puerta se abrió de golpe.

Y apareció un furioso hombre de cabellos grises. «Éste debe de ser el marido ofendido —pensó Ethan bajando la mano—. Seguro que ahora me retará a un duelo y tendré que cargar con otra muerte sobre mi conciencia.»

—¡Quería violarme! —gritó la esposa con lágrimas aún en los ojos.

Ethan la fulminó con la mirada.

—¿Estás loca? ¡Tú me invitaste!

Aparecieron más hombres, hombres fuertes, robustos. Un gigante rubio, que parecía muy enfadado, flanqueaba al marido.

—¡No es verdad! —chilló ella—. Me debe de haber seguido hasta aquí desde la taberna.

Su marido entrecerró los ojos y miró a Ethan. Éste se frotó la mejilla con la mano.

—Maldita sea —suspiró cansado—. Ella me detuvo cuando yo ya me iba. —A pesar de su estado de embriaguez, Ethan tuvo que reconocer lo ridículo que sonaba eso.

—Sylvie, ¿te ha hecho daño?

«El marido quiere agarrarse a esa excusa como a un clavo ardiendo.»

—No lo dirá en serio. ¿No ve que está mintiendo? —Ethan chascó la lengua con disgusto—. Esta bruja me pidió que viniera aquí con ella, lo juro...

—No —gritó ella histérica, con tanta fuerza que casi rompió los cristales—. Ha intentado violarme, pero me he resistido. ¿No le ves la cara?

Ethan la fulminó con la mirada mientras ella seguía contándole una sarta de mentiras al hombre.

—Pregunte en la taberna, pregúnteselo a quien quiera. Ella me invitó.

No obstante, había sido discreta; sólo había hablado con él un segundo, y tal vez nadie los hubiera visto.

La mujer sacudió nerviosa la cabeza.

—Cuando regresamos a casa, mi doncella estaba conmigo. ¡Pregúntale a Flora! ¡Pregúntaselo! —Se tocó la frente con el dorso de la mano y se sentó en un extremo de la cama—. Oh, Dios —susurró—, he pasado tanto miedo...

Ethan se quedó boquiabierto. Era una gran actriz.

El marido gritó y se abalanzó sobre Ethan. Éste reaccionó sin pensar y, siguiendo sus instintos, le rompió la nariz de un puñetazo. La sangre lo salpicó.

—¡Te mandaré a Newgate por esto! —exclamó el hombre sujetándose la cara.

Ethan trataba de concentrarse. ¿Qué estaba haciendo antes de que lo interrumpieran?

—Maldita sea, yo no le he hecho nada a esta mujer... Ha sido ella la causante de todo.

—¡Sujetadle! —ordenó el marido a sus hombres.

En ese instante, Ethan se agachó para coger su chaqueta.

Un golpe seco le fue asestado en la nuca. Se cayó al suelo. Entonces empezaron a lloverle puñetazos y patadas de todas partes. Hacía esfuerzos por no perder la conciencia; tenía que explicarse, tenía que defenderse.

Ethan oyó a lo lejos los llantos de aquella arpía mientras le decía a su marido que tuviera cuidado; que no podían organizar un escándalo, que si iban a juicio su reputación quedaría hecha trizas, alguna historia sobre su posición social... y finalmente, que otros maridos con su poder se ocuparían de algo así por sí mismos.

Ethan sabía que en aquella parte aislada del país, la nobleza escribía sus propias leyes, y que a menudo encargaba a matones el trabajo sucio. También sabía que odiaban a los extranjeros.

La nota que le había dado aquella bruja estaba en el bolsillo de la chaqueta que tenía casi al alcance de la mano. Intentó hablar, pero sólo logró gemir de dolor. Y cuando trató de alcanzar la prenda, recibió como premio otra patada en el pecho.

Se obligó a abrir los ojos, y vio a la mujer llorando histérica, como si hubiera llegado a creerse sus propias mentiras.

—Sin ti ni Brymer en casa soy presa fácil.

El cornudo la estaba consolando, y la arropaba con su abrigo.

—No debería haberte dejado sola.

—¡Ese canalla ha entrado en casa mientras Maddy y yo estábamos solas! —prosiguió con dramatismo.

Fuera quien fuera esa Maddy, la mera mención de su nombre hizo que el marido mirara a Ethan aún con más odio. Ciego de ira, le aseguró a su mujer que se haría cargo del asunto personalmente, y que nadie tenía por qué enterarse de nada. Verdadero miedo recorrió el cuerpo de Ethan.

Iban a asegurarse de que aquel bastardo escocés no violara a ninguna mujer más en toda su vida. Iban a castrarlo. Ethan se sintió inundado de un sudor frío; iban a clavarle un cuchillo.

El marido dudó unos instantes, y luego dijo:

—Brymer, llévalo fuera y encárgate de todo.

El tal Brymer era el gigante de mirada asesina.

—Será un placer.

Levantó a Ethan y le dio un puñetazo en la mandíbula. Él trató de sacudir la cabeza para mantenerse consciente, pero la oscuridad acabó por engullirlo.

Cuando se despertó, tenía las manos atadas y le dolían muchísimo los brazos. Intentó abrir los ojos, pero sólo pudo elevar un párpado; aun así, vio que estaba colgado de una viga, en una especie de establo. Un trapo empapado de sangre lo amordazaba.

Delante de Ethan, había un hombre altísimo sentado en un taburete que estaba a punto de ceder bajo su peso. Balanceaba nervioso las piernas y lo miraba de reojo, como si se sintiera culpable. Aquel hombre sabía la verdad. Sabía que todo aquello estaba mal. Seguro que aquella mujer ya habría hecho cosas por

el estilo otras veces. Ethan gritó bajo la mordaza y tiró de las cuerdas con desesperación para llamar su atención y contarle lo de la nota.

Oyó cómo la puerta se abría a sus espaldas.

—¿Está despierto, Tully? —preguntó Brymer.

—Apenas —contestó el llamado Tully levantándose—. Estaba pensando... que tal vez deberíamos ir a la taberna y hacer algunas preguntas.

—Van Rowen quiere que acabemos el trabajo —dijo Brymer—. Y eso es lo que vamos a hacer.

En realidad, Brymer estaba impaciente.

Van Rowen. ¿De qué le sonaba ese nombre? Si salía de aquella, lo mataría con sus propias manos. Ese hombre no tenía ni idea de lo que les iba a pasar a él y a toda su familia después de aquello...

Ethan oyó el inconfundible sonido de desenvainar una navaja y se debatió intentando soltarse.

—Pero Brymer, no pasaría nada si fuéramos...

—Yo acabo de volver de allí, y nadie vio nada. —Brymer se colocó delante de Ethan tapándole la visión del otro—. Lo único que vieron fue a la señora Van Rowen cenando con Flora para irse al cabo de una hora. —Se limpió los dientes con la punta de la navaja—. El cochero jura que en el camino de regreso no vio a nadie, y Flora igual.

—Pero a veces... la señora Van Rowen ha...

—Por otro lado —prosiguió Brymer ignorando las palabras de Tully—, este hombre es un extranjero, y además apesta a alcohol. La camarera dice que es un bruto escocés al que le gusta beber demasiado.

«Bruja rencorosa... todo por no haberle hecho caso...»

—La suerte está echada, Tully. Tú decides si quieres seguir las órdenes del señor Van Rowen o si prefieres irte esta misma noche de sus tierras.

«No, no.» Ethan podía pagarle una fortuna a cambio de que no lo hiciera.

Tully se dio por vencido.

«No, ¡maldita sea, no!»

—Sujétale la cabeza —ordenó Brymer.

Tully hizo lo que le mandaban e inmovilizó la cabeza de Ethan entre sus anchos brazos. El escocés intentó soltarse, sin dejar de insultarlo bajo la mordaza.

—¿Qué vas... qué vas a hacer?

—Primero voy a acabar lo que la señora Van Rowen ha empezado —explicó Brymer mirando los arañazos de la cara de Ethan—. Me apuesto lo que quieras a que las mujeres lo encuentran muy atractivo, pero después de esta noche ya no pensarán lo mismo. Claro que ése será el menor de sus problemas.

Cuando Ethan sintió el frío acero junto a la piel acalorada de su mejilla derecha, hizo acopio de todas sus fuerzas y trató de soltarse. Nada.

La navaja se deslizó con suavidad y Ethan gritó de dolor.

—¡Sujétale! —ordenó Brymer.

—¡Eso intento! —Tully lo apretó con más fuerza—. Pero ¡este bastardo es enorme!

Brymer lo rajó hasta que la sangre empapó el cuello de Ethan. Éste se mareó tanto que apenas podía mantenerse consciente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tully.

—Si levantas la hoja justo a la mitad y luego continúas, la herida jamás se cerrará bien.

Ethan quería pelear, la desesperada necesidad de hacerlo estaba ahí, quemándole, pero su magullado cuerpo no le respondía. Cuando Brymer se dio por satisfecho, Tully soltó a Ethan, y la cabeza le cayó desplomada hacia adelante.

Brymer le tiró del pelo y sonrió al ver su obra de arte.

—Ven a ver, Tully.

El otro hombre así lo hizo. Ethan lo vio abrir los ojos como platos y tener un par de arcadas hasta que

por fin se apartó para vomitar encima del heno.

Cuando Ethan vio en el suelo el pedazo de piel que el tal Brymer le había arrancado, ante su vista aparecieron puntos negros. «Te voy a destruir. Te mataré a la misma velocidad que tú me has hecho esto...», juró en silencio antes de cerrar los ojos.

Un grito de angustia procedente de la mansión lo despertó. La zorra empezó también a chillar, y luego se sucedieron una serie de gritos y gemidos.

Un portazo... alguien que corría hacia ellos... segundos más tarde un lacayo abría la puerta del establo casi sin aliento:

—¡Parad! ¡Dejadle ir!

En ese instante, Ethan lo entendió todo. Un último grito de la bruja atravesó la noche, y luego se hizo el silencio.

Enloquecido, Ethan se rió tras su mordaza. De sus ojos caían lágrimas.

Van Rowen había encontrado la nota.

LONDRES

Verano de 1856

Ethan ya estaba acostumbrado a que la gente se sobresaltara al encontrarse cara a cara con él, pero en el barrio del East End la reacción era mucho más exagerada.

Muchos echaban a correr al verle.

Lo único que Ethan podía oír, mientras perseguía a un borracho, uno que era una de sus habituales fuentes de información, era el sonido de sus propias botas sobre los adoquines.

Se lanzó hacia adelante y agarró al tipo por el hombro empujándolo hacia una esquina del edificio. El hombre se desplomó.

Ethan le obligó a levantarse y desenfundó su pistola para presionársela contra la frente.

—¿Dónde está Davis Grey?

—No le he visto —siseó el otro entre los pocos dientes que le quedaban—. ¡Te lo juro, MacCarrick!

Ethan amartilló el arma. El borracho conocía su reputación y lo sabía perfectamente capaz de dispararle en medio de aquel oscuro callejón.

—¿Y por qué corrías?

—Porque me das miedo, mierda.

Comprensible.

—He oído decir por ahí que Grey está en Portugal totalmente enganchado al opio —prosiguió el hombre—. Y que tal vez regrese a Inglaterra. Eso es todo. ¡Te lo juro!

Ethan dudó un instante, pero acabó soltándolo. Esa información encajaba con la que él ya tenía, y estaba claro que aquel pobre diablo no iba a atreverse a mentirle.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si ves a Grey, venir a decírmelo. Y también sabes lo que te pasará si no lo haces.

El borracho le dio las gracias por su benevolencia y se alejó de allí tan rápido como pudo.

Ethan había pasado las últimas horas recorriendo los bajos fondos en busca de información sobre Davis Grey. Antes compatriota y amigo de la familia y ahora objetivo de Ethan.

A pesar de que todos los informes indicaban que Grey no estaba en Inglaterra, Ethan quería asegurarse de ello. Llevaba toda la noche siguiendo cualquier posible pista en Londres. Al día siguiente, se iría de la ciudad a la caza de Grey.

Caminó por las estrechas callejuelas en busca de su caballo y una puta que salió sorpresivamente de las sombras le sonrió con discreción apartándose la pañoleta para mostrarle su generoso escote.

Ethan no sintió nada.

Al pasar por debajo de una farola, la mujer vio la cicatriz de Ethan, y se fue de allí con cara de asco, volviendo a colocarse la pañoleta sobre el escote. Era por culpa de mujeres como ésa por lo que había dejado de buscar sexo.

A los veintitrés años, y con la cara aún vendada, comprendió que no podría acostarse con una mujer a la que no tuviera que pagar. Y después de aquella noche en Buxton, se juró que jamás volvería a beber. Para un joven de esa edad, privado de la bebida y de las mujeres, dos de sus mayores aficiones, trabajar en la Red, una de las organizaciones clandestinas de la corona, resultó ser la mejor opción. Ethan se alistó junto con su hermano Hugh, pero lo hizo tras vengarse de una forma sutil pero absoluta de sus enemigos.

Hugh era un francotirador, y escogía con gran cautela los encargos que aceptaba de la Red. Ethan en cambio mataba, espiaba o extorsionaba sin ningún problema. Era muy bueno en su trabajo, y siempre triunfaba en los encargos que nadie más quería. Sus hermanos decían que servía para todo.

De nuevo junto a su caballo, un fuerte equino al que era evidente que no le caía nada simpático, Ethan se montó en él y decidió acercarse a la mansión que Edward Weyland, su superior y el de Hugh, tenía en Londres. Tal vez tuviera noticias recientes. Y, por otra parte, tampoco tenía nada mejor que hacer.

Cuando llegó, se topó con Quin Weyland a caballo, a punto de partir.

—¿Está tu tío en casa? —le preguntó Ethan.

Quin también trabajaba en la Red, y lo estaban entrenando para sustituir algún día a su tío.

—No, está fuera de la ciudad. Pero hace un par de minutos Hugh ha estado aquí.

—¿Sólo Hugh? ¿Court no estaba con él?

Quin sacudió la cabeza negando.

Maldita fuera, se suponía que Hugh estaba con Court para asegurarse de que su hermano pequeño regresaba a Londres desde el continente.

—Creía que habías dicho que Hugh era capaz de manejar la situación con Davis Grey —le reprochó Quin irritado.

—Y lo hará.

—Deberías haberle visto la cara cuando le he hablado de la amenaza de Grey.

—¿Y qué esperabas? —contestó Ethan con impaciencia—. Grey es un criminal peligroso que tiene un objetivo.

Grey había trabajado en la Red como asesino; de hecho, había sido el mentor de Hugh.

—No, quiero decir que deberías haberle visto cuando le he dicho que Jane estaba en peligro.

Jane Weyland era la preciosa hija de Edward Weyland.

Se rumoreaba que Grey pretendía matar a Jane para vengarse de su padre. Para protegerla, Weyland había recurrido a Ethan y a Hugh; a Ethan le había pedido que acabase con Grey, y a Hugh que cuidara de Jane y que no la dejase ni a sol ni a sombra.

Eso no sería ningún problema. Fuera donde fuese Jane, allí estaría Hugh.

—Grey me dijo que Hugh está enamorado de Jane —añadió Quin entonces.

—¿Y cuándo has hablado tú con Grey? —preguntó Ethan levantando una ceja.

—Hace años, antes de que ocurriera todo.

«Antes de que se volviera loco.» Grey era famoso por su actitud jovial, siempre cortés y simpático, incluso mientras degollaba a sus víctimas.

—Bueno, ¿es cierto? —preguntó Quin.

—Tal vez, de joven, Hugh se sintiera atraído por Jane —mintió Ethan. Hugh estaba completa y embarazosamente enamorado de Jane—. Pero hace años que no la ve. —Y jamás le había confesado lo que sentía.

—Esta noche ha salido disparado en pos de ella.

—¿Y adonde iba Jane a estas horas? —quiso saber Ethan.

—Se ha escapado por la ventana para ir a reunirse con mis hermanas y una amiga de fuera de la ciudad.

—¿Y adonde piensan ir?

—A la calle Haymarket —respondió Quin—. Ahora mismo iba hacia allí.

—Tabernas y prostíbulos. —El East End era un mal barrio, pero Haymarket era peor—. ¿Y qué las atrae tanto como para ir hasta allí?

—La Colmena —explicó Quin.

—No me lo puedo creer —dijo Ethan boquiabierto.

La Colmena era un almacén que hacía las veces de sala ilegal de fiestas y era conocida por ser un antro de depravación.

—¿Cómo consiguen enterarse de estas cosas las mujeres de tu familia?

Las dos hermanas de Quin y sus seis primas formaban un temible grupo que la alta sociedad había bautizado como «las ocho Weyland». Eran mujeres avanzadas, fascinadas por la modernidad, y que se consideraban a sí mismas aventureras.

Para Ethan no eran más que un montón de chicas malcriadas con demasiado dinero y demasiada libertad.

Quin sacudió la cabeza.

—Ojala lo supiera.

—No puedo creer que vayan allí por propia voluntad. Supongo que eres consciente de que tus hermanas no volverán igual de intactas que se han ido.

—Vete al infierno, Kavanagh.

—No me llames así —saltó Ethan. Odiaba que le recordaran quién era y las obligaciones que ese título conllevaba—. ¿Por qué no las has hecho volver a rastras a casa?

—¿Y tener que contarle a Jane por qué no puede llevar la misma vida de siempre?

—¿Ella no sabe que corre peligro?

—No —le confirmó Quin—. Confiamos en que consigas eliminar a Grey sin necesidad de tener que contárselo a Jane. —Dirigió el caballo hacia la tozuda montura de Ethan—. ¿Me acompañas?

—Sí, tengo que ver a mi hermano. —«Y asegurarme de que sabe lo que se lleva entre manos»—. ¿De qué va la fiesta de hoy de la Colmena?

—De un baile de cortesanas —respondió Quin entre dientes. Ethan se rió sin ganas y sintió pena por aquella amiga recién llegada a la ciudad. Seguro que no sabía adonde la llevaban, y ése sería su primer contacto con el mundo del vicio y la depravación.

Por desgracia, Ethan ya había visto antes esa mirada de loco enamorado en los ojos de su hermano.

A pesar de ser un asesino —y Hugh era uno de los mejores y más prolíficos asesinos del mundo—, siempre que veía a Jane Weyland su mente se quedaba en blanco. No le salían las palabras, y sudaba como un adolescente ante su primera cita.

Hacía apenas unos minutos, Ethan lo había pillado en ese estado en un callejón, cerca de la calle Haymarket. Hugh estaba tan embobado mirando a Jane y a sus acompañantes que ni siquiera se percató de que Ethan se estaba acercando.

Su hermano nunca bajaba la guardia, pero esa noche lo habría podido atropellar un carro desbocado y él no se habría enterado siquiera.

Ethan, que jamás había sentido nada parecido por ninguna mujer, era incapaz de entender lo que a Hugh le pasaba con Jane. Tal como solía decir el propio Ethan a sus hermanos, él era inmune a ese tipo de sentimientos.

Sin embargo, por alguna extraña razón, a Hugh no le avergonzaba que una mujer lo redujera a tal estado. Y era obvio que haber pasado diez años sin verla no había disminuido un ápice lo que sentía por ella.

Después de saludarse en el callejón, ambos hermanos intercambiaron insultos, como era habitual en ellos, pero a diferencia de otras veces, ésta lo hicieron en voz baja.

A Hugh no le había sentado nada bien que Ethan quisiera —y se hubiese ofrecido voluntario— matar a Grey, ya que para Hugh, Grey había sido una vez su amigo. A Ethan por su parte no le gustaba nada que Hugh siguiera tan enamorado de Jane, pues eso era una debilidad. Y las debilidades pueden costarle a uno la vida. El punto flaco de Ethan habían sido siempre sus hermanos; pero había nacido así y no podía evitarlo.

—Me apuesto lo que quieras a que ahora mismo te gustaría que me hubieran permitido ocuparme antes de Grey —le dijo Ethan a Hugh muy seguro—. Pero no te preocupes, hermanito, me encargaré de él. Weyland hará lo que sea necesario para proteger a su hija.

A continuación, Ethan señaló a Jane con la mandíbula al verlas pasar junto al callejón. Miró a Hugh y luego volvió a desviar la mirada hacia el grupo.

La cuarta mujer, una chica menuda de pelo rubio, le cautivó por completo.

Era la amiga de fuera de la ciudad...

Llevaba un vestido azul oscuro y una capa atada alrededor del cuello como una gargantilla; la máscara que lucía se elevaba hacia arriba y resaltaba sus brillantes ojos. Al pasar bajo la temblorosa luz de las farolas, Ethan pudo ver que sus labios rosados dibujaban media sonrisa, sin participar sin embargo de las carcajadas de sus amigas. Parecía tener su propio mundo interior.

A pesar de que se la veía joven y relajada, Ethan tuvo la sensación de que aquella chica había sufrido mucho... lo mismo que él.

Se sorprendió al notar que se le estaba acelerando el pulso.

Antes de que pudiera reaccionar, Hugh lo atrapó contra la pared inmovilizándolo con un brazo bajo el cuello.

«¿De qué iba todo aquello...?»

—Tranquilo —dijo Ethan mirándole a los ojos—. No estoy mirando a tu Jane.

Hugh lo soltó sin acabar de creerlo.

—¿Y a quién estabas mirando pues? —exigió saber—. ¿A Claudia? ¿A la que lleva la máscara roja? —Al ver que Ethan no contestaba, Hugh insistió—: ¿A Belinda? ¿La más alta y de melena color castaño?

Ethan negó despacio con la cabeza sin perder ni un segundo de vista a la rubia.

Era evidente que Hugh estaba verdaderamente sorprendido al verlo reaccionar así.

—No la conozco, pero debe de ser una de las amigas de Jane —dijo pensativo—. Y no parece tener más de veinte años. Demasiado joven para ti.

Ethan tenía treinta y tres, y sentía el peso de cada uno de ellos, pero ella era, en efecto, aún joven. ¿Qué le habría pasado para que la huella del sufrimiento fuera tan evidente en su actitud?

—Si soy la mitad de perverso de lo que creéis tú, Court y el resto del clan —replicó Ethan—, eso sólo sería un aliciente más, ¿no crees? —Ethan intentó que el comentario sonara indiferente, pero no logró ocultar la amargura que había en sus palabras. Él no era tan malo como todo el mundo pensaba.

Era peor.

Tenía las manos manchadas de sangre y un corazón tan frío que para todo el mundo era el hermano malvado; y eso que los otros dos eran el uno mercenario y el otro francotirador. Ethan era el maldito laird del clan y, aun así, sus hombres lo temían y nunca buscaban su consejo. Ni siquiera antes de que ocurriera lo de la cicatriz.

Al recordar su aspecto físico, Ethan intentó desviar la mirada de la chica. Si se acercaba a una belleza como aquella seguro que huiría horrorizada sólo de verle. «Vuelve a ocultarte en tu mundo de sombras. Olvida que la has visto...»

Pero en ese instante, un hombre enmascarado pasó junto a ellos luciendo una máscara de dominó de la que colgaba una tela que le cubría el rostro. Ethan sonrió y la cicatriz se le tensó. «Perfecto.»

Ethan le arrebató la máscara al hombre en un abrir y cerrar de ojos. El otro, de mucha menor envergadura que él, abrió la boca para quejarse, pero al ver la mirada amenazadora de Ethan salió corriendo.

—No le hagas daño a esa chica, Ethan —le aconsejó Hugh.

—¿Temes que te haga quedar mal delante de Jane? —preguntó Ethan poniéndose la máscara—. Odio tener que recordártelo, hermanito, pero nunca has tenido la menor oportunidad con ella. La fastidiamos al nacer. Y tienes un libro que te lo demuestra.

—Tu futuro es tan desalentador como el mío —dijo Hugh—, pero aun así vas a ir detrás de esa mujer.

—Sí, pero yo no corro el peligro de enamorarme. —Ethan se dirigió hacia el baile aunque antes añadió—: Y que me divierta con ella no pondrá su vida en peligro.

Hugh suspiró frustrado y siguió a su hermano hacia la entrada del almacén, donde un hombre con máscara de cerdo les dio la bienvenida. Dentro estaba lleno de borrachos; como mínimo, habría mil personas allí apretujadas.

Oh, sí, aquella chica iba a aprender un montón de cosas. De las paredes colgaban multitud de tapices y murales con imágenes obscenas, mientras por todos los rincones se veía a prostitutas medio desnudas satisfaciendo a sus clientes.

Ethan no logró encontrar al grupo de amigas entre la muchedumbre, así que él y Hugh subieron al segundo piso para tener mejor perspectiva. En seguida vieron a las chicas delante de una *tableau vivant* que consistía en dos mujeres y un hombre desnudos, cubiertos de barro, y posando como si fueran estatuas griegas.

Ante ese ambiente de depravación, a Ethan su desconocida le pareció que estaba... *aburrida*.

Cuando Jane se fijó fascinada en los atributos del hombre desnudo, Hugh apretó los puños con fuerza. La rubia también lo miró, pero Ethan no sintió deseos de golpear a nadie. Él ya sabía que era inmune.

El grupo de amigas se acercó a la mesa donde una cortesana medio desnuda servía ponche, sin embargo, la rubia regresó al grupo de «estatuas» y, con una sensual sonrisa, le envió un beso al modelo. Ethan frunció el cejo. «Eso no me ha gustado nada. Maldita sea. ¿Por qué no me ha gustado?»

—Creía que las rubias no eran tu tipo —comentó Hugh, que estaba empezando a alarmarse al ver la actitud de su hermano.

Sin dejar de mirar a la chica, Ethan respondió:

—Y no lo son.

—Y creía que tampoco te gustaban las delgadas ni las bajitas.

—Mis preferidas son altas y con pecho —contestó Ethan ausente.

Observó cómo la chica pedía un vaso de ponche y, tras olerlo, se lo bebía con gusto.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No lo sé —dijo Ethan, cosa que no era totalmente mentira. Sabía por qué se sentía atraído por aquella chica; a pesar de la máscara, era obvio que era una belleza. Pero lo que no sabía era por qué le gustaba tanto.

Él se había acostado con mujeres igual de atractivas. ¿Por qué sentía pues esa inexplicable necesidad de estar con ella, de acudir a su lado? Ethan sabía que volverían a coincidir, era amiga de los Weyland. ¿A qué venían pues esas ansias de ir a su encuentro justo en ese preciso instante?

—¿Vas a hablar con ella? —preguntó Hugh como leyéndole el pensamiento.

—Puedes estar seguro.

—Creía que teníamos que evitar que Jane nos viera. Si te acercas te reconocerá.

—Con esta máscara no —contestó Ethan antes de preguntar a su vez—: ¿Por qué te extraña tanto que esa chica me interese?

—Me extraña porque tú nunca has perseguido a ninguna mujer en toda tu vida.

Antes de aquella noche en Buxton, Ethan jamás había tenido que hacerlo; y después ya no se había molestado en intentarlo.

—Ni siquiera mostraste interés por tu prometida —añadió Hugh.

No, a Ethan le habían ofrecido a su prometida en bandeja de plata, y Sarah lo había pagado con su vida. Él no tenía ni idea de que su salvaje afán de venganza después de lo que Van Rowen le había hecho, acabaría destruyendo la vida de otra persona...

En un intento por olvidar esos recuerdos, Ethan se dirigió hacia la escalera en busca de la rubia, pero Hugh tiró de él para detenerle.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Hugh. Éste era el único que se atrevería a hablarle a Ethan de ese modo.

—No vuelvas a hacer eso, hermanito, o te juro que te arrepentirás —le advirtió a Hugh—. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez lo único que quiera sea acostarme con ella?

Dios, quería acostarse con ella, lo necesitaba. «¡Por fin!», exclamó una voz en su cerebro.

—¿Sólo acostarte con ella? —Hugh lo miró incómodo—. No, no creo que sea eso.

Ethan entrecerró los ojos. ¿Así que Hugh creía saber la verdad sobre lo que le estaba pasando? A esas alturas, Ethan debería estar resignado a que toda la Red supiera lo de su celibato. Al fin y al cabo, sus miembros eran más cotillas que unas viejas de pueblo.

Habían pasado diez años desde que le habían hecho aquella horrible cicatriz en la cara. Y, tal como había supuesto, desde entonces, las únicas mujeres que se habían acostado con él lo habían hecho a cambio de dinero. Eso había durado siete años, pero un hombre tiene un límite, y Ethan se había cansado de que lo miraran con asco, en especial después de que les pagara.

Esa sucesión de encuentros insatisfactorios habían acabado pasándole factura, y al parecer su cuerpo había dejado de sentir deseo. Ya no anhelaba nada. Si alguna vez se sentía atraído por una mujer, era un sentimiento tibio, una mera sombra de lo que había sido en el pasado. Esa horrible noche había escapado con su virilidad intacta, pero al final había sido como si no la tuviera. Llevaba años sin acostarse con una mujer.

Y lo que era más inquietante, no lo había echado de menos.

Hasta aquel momento...

—Es una dama —insistió Hugh—. No conseguirás nada de ella.

—¿Y entonces qué hace aquí? —preguntó Ethan escéptico señalando con la mano el interior del almacén.

—Lo mismo que Jane. Sólo tienen afán de aventuras. Es muy común entre las ricas damas londinenses.

—En este local, incluso una dama es una pieza más del juego.

—Tal vez sea virgen, eso no puedes saberlo —añadió Hugh serio—. Ethan... ni siquiera tú puedes ser tan malo.

Su hermano enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—¡Maldita sea! Si no se te ocurre ningún buen motivo por el que no deberías acercarte a ella —continuó Hugh—, hazlo al menos porque tienes que concentrarte en atrapar a Grey. —Se pasó las manos por el pelo—. Si no puedo contar con que tú le elimines mientras yo cuido de Jane...

—¿Te has olvidado de con quién estás hablando? —A Ethan se le había agotado la paciencia, y se arrancó la máscara para que su hermano viese con toda claridad su mirada amenazante—. Hace años que quiero cargarme a Grey. Lo he tenido en el punto de mira de mi rifle miles de veces, y no lo apreté nunca porque tú insistías en que aún podía rehabilitarse.

Ethan había seguido a Grey en multitud de ocasiones, y siempre había estado al tanto de lo que hacía. De hecho, Ethan fue el único de toda la maldita Red que descubrió que Grey había empezado a matar por su cuenta.

—Y ahora que ha amenazado a Jane y por fin lo ves claro, ¿de verdad crees que voy a dejar escapar la oportunidad de acabar con él? Llevo años esperándolo. —Al ver que Hugh seguía dudando, Ethan añadió como sin darle importancia—: Voy a relajarme un poco y luego me pondré a trabajar.

Sin embargo, cuando se dio media vuelta, la chica había desaparecido; ya no estaba con sus amigas. Ethan experimentó un súbito pánico. Aquel sitio era muy peligroso, y ella estaba sola.

Podría tener una cita con alguien. Podría incluso estar casada y teniendo una aventura. Colocándose de nuevo la máscara, Ethan bajó la escalera a grandes zancadas. Ignoró la llamada de Hugh y se adentró en la muchedumbre.

Ethan estaba decidido a encontrarla, y ni él mismo lograba entender por qué. A él le gustaban las

morenas voluptuosas, las mujeres maduras que sabían dar tanto placer como recibían. Y Hugh tenía razón en una cosa, él jamás había perseguido a ninguna mujer.

Pero si aquella delicada y pequeña chica rubia había logrado que su cuerpo volviera a reaccionar, ni loco iba a permitir que su único objeto de deseo se le escurriera entre los dedos.

Ethan se prometió a sí mismo que esa misma noche la poseería.

SI MADELEINE Van Rowen iba a perder la virginidad fuera del frío lecho de un matrimonio de conveniencia, sería con el gigante de la máscara de dominó al que llevaba un rato espiando. Él estaba tratando de abrirse paso a través de la multitud que, al igual que ella, había ido esa noche a la Colmena.

Desde su atalaya en lo alto de la tarima, decorada con cisnes y lujuriosos sátiros, Maddy bebió un segundo vaso de ponche y se quedó quieta, observándolo. Empezaba a verlo todo un poco borroso, seguro que en el ponche habían echado una buena cantidad de ron, «el licor de moda», pero a ella le daba igual. Después del día que había tenido, no le iría mal emborracharse un poquito.

Esa tarde había tenido la confirmación de que el hombre por el que había viajado desde París a Londres, no iba a casarse con ella.

—No soy de los que se casan—había dicho él como excusa—. Lo siento.

Y como quería ahogar sus penas en solitario, Maddy se había alejado un poco de sus amigas, las chicas Weyland: Claudia, su querida amiga de la infancia, su hermana Belinda y su prima Jane. Las tres primas siempre estaban ansiosas por vivir nuevas aventuras, y se suponía que ir a la Colmena lo sería.

Jane Weyland, la líder de facto del grupo, ya le había advertido a Maddy que no se alejara. Al fin y al cabo, las muchachas de buena familia tenían que cuidar las unas de las otras si salían por Londres de noche. La frase aún le hacía poner los ojos en blanco incluso entonces.

«Por favor», había querido exclamar Maddy disciplente. Era cierto que el baile estaba hasta los topes de prostitutas con sus lascivos clientes, de ladrones y de estafadores, pero nada comparable a lo que ella vivía a diario.

A su vida secreta.

Maddy había contado a todo el mundo que vivía en el respetado barrio parisino de St. Roch con su madre y su padrastro, pero en realidad vivía sola en el mugriento barrio del Marais, es decir, la marisma, donde cada noche se dormía con tiroteos y peleas como música de fondo.

Ella era una ladronzuela, una ratera capaz de robar un diamante con la misma facilidad que una manzana, y que tampoco le hacía ascos a desvalijar casas. De hecho, si las chicas Weyland no fueran sus amigas, harían muy bien en no bajar la guardia con ella.

Tras ponerse bien la capa y ajustarse la máscara, Maddy se sentó en un banco que había en el estrado para seguir disfrutando de las vistas. La cabeza del gigante sobresalía por encima de las demás de la sala de baile; debía de medir más de dos metros, y su ancha espalda y la chaqueta que llevaba se ajustaba a la perfección a sus musculosos hombros.

De la máscara de dominó colgaba una tela negra, y lo único que Maddy podía ver de su rostro era su frente, sus labios y su poderosa mandíbula. Tenía una espesa melena negra y se apostaría lo que fuera a que sus ojos eran oscuros y penetrantes.

Era obvio que estaba buscando a alguien, pues no paraba de girar la cabeza de un lado a otro mientras recorría la pista con rapidez, apartando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Cuando una buscona le cortó el paso para llamar su atención, él frunció el cejo sorprendido o irritado, Maddy no supo distinguir cuál de los dos motivos.

Sí, daría lo que fuera por que su primera vez fuera con un hombre como aquél. Al fin y al cabo, Maddy siempre había admirado la belleza masculina. Su amiga Claudia se burlaba de ella por eso. Pensándolo, se rió para sus adentros mientras bebía. Hacer sonrojar a los hombres atractivos para ver cómo reaccionaban era una de las cosas que más le divertían.

Pero si el día que había tenido era indicativo de su suerte, su marido y primer amante iba a ser el conde Le Daex, un crápula obscenamente rico que le triplicaba la edad. El hombre era tan anticuado que aún llevaba peluca, por todos los santos. Maddy intentó ver el lado positivo: el hombre quería casarse con

ella; y trató también de pasar por alto el hecho de que él hubiera sobrevivido a sus tres anteriores esposas.

En un último intento desesperado de no tener que casarse con ese hombre, Maddy había viajado hasta Londres para visitar a su amiga de la infancia, Claudia, e intentar atrapar a su hermano, Quinton Weyland. Por desgracia, Quin, con su melena rizada, seductores ojos verdes, y saneadas finanzas, era contrario al matrimonio, de modo que era hora de repasar sus tres opciones posibles.

La primera, seguir viviendo sola en La Marais, tal como llevaba años haciendo; la segunda, contarles toda la verdad a los Weyland, hablarles de su horrible y lamentable situación y suplicar que fueran caritativos con ella; y la tercera, casarse con Le Daex.

La mera idea de confesarles a Quin y a Claudia todas las mentiras que les había contado sobre su vida la llenaba de vergüenza. Podía imaginarse a Quin burlarse de ella con su mirada despectiva. Maddy sacudió la cabeza decidiendo que jamás se lo diría.

Pero si continuaba en La Marais, tendría que hacer frente a todas sus deudas y a otro frío e incierto invierno. Otro más sin suficiente comida, y Maddy odiaba pasar hambre.

Así que escogió a Le Daex. Qué depresión...

Para distraerse un poco, Maddy volvió a observar al gigante y vio que había recorrido ya todo el perímetro del edificio. Iba en busca de su presa de un modo metódico y sistemático; sus movimientos la tenían fascinada. Por fin, el hombre se detuvo y, tras pasarse las manos por el pelo, se dio media vuelta. A Maddy le daba pena que no lograra dar con su amada, a la que al parecer buscaba con tanta urgencia, y levantó su copa hacia él para desearle suerte.

En ese momento, el hombre alzó la cabeza hacia donde ella estaba sentada y fijó sus ojos en los suyos. De repente, retomó ansioso la marcha hacia el estrado cubierto de cisnes y sátiros.

Desconcertada, Maddy frunció el cejo y bajó la copa, ella era la única que estaba sentada allí. La habría confundido con otra persona. Bueno, tal vez Maddy pudiese aprovecharse de ello y saborear alguno de sus besos. Sería delicioso poder acariciar aquellos musculosos hombros mientras sus labios se rozaban.

Él fue acercándose, cautivándola más a cada paso que daba. El resto del mundo desapareció; los borrachos se esfumaron, la risa falsa de las cortesanas enmudeció.

El gigante aceleró el paso y cuando se detuvo frente a Maddy, ésta se quedó sin aliento. Su vista se fijó en su entrepierna y era imposible ocultar el hecho de que estaba... muy excitado. Ella levantó despacio la cabeza.

Sin dejar de mirarla, el hombre le ofreció una mano. Tenía en efecto los ojos oscuros, y Maddy jamás había visto unos tan penetrantes. Tomó aliento.

Le coup de foudre.

Un flechazo. No, no. «¡Yo no quiero ningún flechazo!» Maddy siempre tan práctica, nunca soñadora. No tenía ni idea de cómo se le había ocurrido semejante cosa; al fin y al cabo, un flechazo tenía siempre un segundo y mucho más profundo significado.

La urgencia por aceptar su mano era sobrecogedora. Agarró la copa con fuerza con una de las de ellas y obligó a la otra a quedarse pegada a su falda.

—Lo siento, señor. No soy quien usted cree, yo no soy una de esas mujeres.

—Ya lo sé. —La cogió por el codo, con suavidad pero con firmeza—Si lo fueras no te estaría buscando. —Tenía un marcado acento escocés y una voz tan profunda y sensual que le produjo escalofríos.

—Pero no le conozco —dijo Maddy sin aliento.

—Pronto me conocerás, tesoro —contestó él.

Ella frunció el cejo, pero antes de que pudiera decir nada más, él le cogió la copa y la dejó un lado. Luego la cogió de la mano y la ayudó a bajar de la tarima.

Maddy tenía dos defectos que competían entre sí para ver cuál de los dos lograría arruinarle antes la vida: una curiosidad incontrolable y un orgullo sin límites. Ella los imaginaba como dos caballos de carreras a los que a veces apostaba. En ese mismo instante, la curiosidad iba ganando y le exigía que siguiera al escocés, a pesar de que él se estaba dirigiendo a las habitaciones que había en la parte de atrás del almacén. Maddy levantó una ceja. Allí era donde las prostitutas complacían a sus clientes.

Él abrió la primera puerta que encontró. Dentro, a oscuras, una mujer de rodillas tenía el pene de un joven en la boca mientras él le acariciaba los pechos.

—Fuera —ordenó el escocés en tono amenazador—. Ahora.

La mujer entendió la amenaza antes que su cliente, y empujó al hombre, que estaba borracho, para poderse levantar y cubrirse con el corsé.

Mientras aquellos dos salían de la habitación, Ethan miró a Maddy para ver cómo reaccionaba ante la escena. Ella se limitó a encogerse de hombros. Una de sus mejores amigas y vecina de su escalera era una «chica muy popular», un eufemismo para prostituta. Donde ella vivía, aquel tipo de escenas se sucedían a diario. En cada esquina se ofrecía un vicio diferente.

A los veintiún años, Maddy lo había visto casi todo.

Tan pronto como se quedaron a solas, él cerró la puerta y cogió una silla para bloquear el pomo. ¿Por qué no estaba asustada? ¿Dónde estaba su famoso instinto de supervivencia? La habitación estaba ocupada por una enorme cama, de como mínimo dos metros, con dosel y cortinas de seda color escarlata. Desde allí nadie la oiría gritar, y si alguien lo hiciera, la ignoraría creyendo que era una prostituta con mucho talento como actriz.

Pero por alguna razón, Maddy sabía que aquel hombre no iba a hacerle daño, y a ella se le daba muy bien percibir a las personas, en especial a los hombres; un instinto que en La Marais le había resultado muy valioso.

En cualquier caso, si las cosas se torcían, no sería la primera vez que su rodilla entraba en contacto con la entrepierna de un hombre, ni su puño con un bocado de Adán. Seguro que se quedaría atónito al ver lo sucio que era capaz de pelear una pequeña damisela como ella.

Cuando él regresó de atrancar la puerta, se detuvo delante de ella, no lo bastante lejos como se consideraría educado. Maddy tuvo que levantar la cabeza para mirarle.

—Ya le he dicho antes, señor, que no soy una de esas mujeres. Yo no tengo por qué estar aquí, y usted no debería haberme... arrastrado como lo ha hecho.

—Y yo ya te he dicho, tesoro, que si fueras una cortesana yo no habría ido en tu busca. Sé que eres una dama. Lo que no sé es qué haces en un sitio como éste.

«Intento olvidar que pronto regresaré al infierno...»

Maddy sacudió la cabeza y contestó:

—Estoy aquí con unas amigas. Queríamos vivir una aventura. —Al menos ésa era la intención de las demás. Ella, por su parte, tenía intención de vaciar los bolsillos de todo el que pudiera.

—¿Y con «aventura» quieres decir «romance»? —Parecía irritado—. ¿Eres una joven y aburrida esposa en busca de un compañero de cama?

—En absoluto. Sólo hemos venido a escandalizarnos un poco para así tener algo que escribir en nuestros diarios.

—¿Es por eso por lo que me has permitido arrastrarte hasta aquí? ¿Porque creías que sería una buena historia para tu diario?

—Lo he permitido porque sabía que sería inútil resistirme—contestó ella—. Ya he visto antes esa mirada. ¿Podría haberte detenido algo?

—No, nada en el mundo —reconoció él mirándola a los ojos.

—Exacto. Así que para evitar que me cogieses y me cargaras sobre tu hombro como un saco de patatas, he pensado que sería mejor seguirte tranquilamente hasta aquí y poder decirte con calma que no estoy

interesada.

Él se acercó aún más a ella, obligándola a retroceder hasta chocar con la mesilla que había delante de la pared tapizada en seda.

—Mi intención no era sólo quedarme a solas contigo, tesoro. Quería otra cosa... Y sigo queriéndola.

MADDY estaba sorprendentemente tranquila, sus ojos azules no parecían asustados detrás de su máscara, como si que un escocés de dos metros estuviera encerrado con ella en una habitación, dispuesto a tener relaciones sexuales, fuera lo más normal del mundo.

Ahora que la tenía cerca, Ethan pudo ver que no debía de tener más de veinte años, que tenía carácter y que era mucho más guapa de lo que había creído al verla en la calle.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó ella.

Ante el escrutinio de Ethan, a Maddy se le había acelerado la respiración, es especial cuando la vista de él se detuvo en sus pechos.

Ella era delgada, demasiado para el gusto de Ethan, pero tenía un escote generoso que lucía provocativo en aquel apretado vestido. Ethan quería arrancarse la máscara y deslizar las mejillas por aquella piel.

—Quiero... —«tener a una mujer debajo de mí por primera vez en tres años»— besarte.

—Pues será mejor que le pidas que te «bese»... —enfaticó la palabra para dejar claro que no creía que sólo quisiera eso— a una de las prostitutas de ahí fuera.

—No quiero que me bese ninguna de ellas. —Minutos antes, cuando su mirada se había encontrado con la de la joven a través de la multitud y ella había entreabierto los labios, Ethan, sin comprender lo que le estaba pasando, se había excitado como nunca. Ahora que estaba lo bastante cerca como para oler el aroma de su rubia melena rizada, como para acariciarle el cuello, sintió que su miembro temblaba atrapado en sus pantalones. Saboreó el renacer de esa olvidada sensación y tuvo ganas de gemir ante tan inesperado placer—. Te he visto en la calle y te he seguido hasta aquí.

—¿Por qué? —preguntó ella sin tapujos, y Ethan se alegró de que no fuera una coqueta impertinente.

—Te he visto debajo de una farola. Me ha gustado tu sonrisa.

—¿Y justamente llevabas una máscara en el bolsillo? —se burló ella recorriéndole el antifaz con la punta de los dedos.

Ethan le cogió la muñeca y se la apartó antes de soltársela.

—Cuando te he visto entrar se la he quitado a un tipo que pasaba por allí.

La tela de la máscara le cubría la parte superior del labio, y cuando vio que las cortesanas de la Colmena intentaban llamar su atención, Ethan comprendió que, con ella puesta, nadie podía verle la cicatriz. En más de una ocasión, había estado tentado de quitársela para ahuyentarlas.

—¿En serio? —Maddy esbozó una enigmática sonrisa y Ethan sintió la imperiosa necesidad de poder verle toda la cara— ¿Así que todo este rato me has estado buscando a mí? —Tenía un acento poco común; inglés de clase alta mezclado con el francés más popular.

—Sí, a ti —confirmó él—. ¿Me estabas mirando desde allí arriba?

—No podía dejar de hacerlo —contestó Maddy optando de nuevo por la sinceridad y dejándolo otra vez perplejo.

Pensar que también ella se había fijado en él, le gustaba más de lo que podía comprender.

—No eres londinense, ¿verdad? —Cuando ella negó con la cabeza, añadió—: ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quieres que te diga la verdad o una mentira que no desentone con este baile de máscaras?

—La verdad.

—He venido a Inglaterra para pescar un marido rico.

—Eso es bastante habitual —contestó él—. Al menos tienes el valor de admitirlo.

—En casa tengo un pretendiente esperándome —prosiguió ella antes de fruncir el cejo—. Pero confiaba en no tener que recurrir a él.

—¿Y cómo va la pesca?

—No tan bien como quisiera —respondió Maddy—. He desechado ya un par de candidatos.

—¿Desechado? ¿Por qué?

—Porque cuando les he pedido que demuestren su valía se han echado atrás.

—¿En serio? —preguntó Ethan, y al verla asentir con solemnidad sintió la olvidada necesidad de sonreír—. ¿Y cómo puede un hombre demostrarte su valía?

—Dándome algo para él muy valioso, como por ejemplo un carísimo anillo, o un par de potros salvajes, o algo por el estilo.

—Veo que lo tienes todo muy bien pensado.

—No tengo más remedio —replicó ella en voz tan queda que él apenas la oyó. Y luego añadió—: Casi consigo atrapar a uno. A un hombre bueno de verdad. —Frunció sus rubias cejas al pensar en el hombre en cuestión—: Tal vez aún exista una pequeña posibilidad de acabar convenciéndole.

Por primera vez en sus treinta y tres años, Ethan sintió el horrible escozor de los celos.

«¿Qué diablos me pasa?»

—¿Y por qué no estás con él esta noche? —preguntó con voz gélida.

—Oh, bueno —respondió Maddy tras parpadear—, esta noche él ha salido. Yo soy una invitada de su hermana, así que he venido aquí con ella.

En la familia Weyland sólo había un hombre de su edad: Quin. Ethan apretó los dientes. Quin siempre había tenido mucho éxito con las mujeres.

—*Ça ne fait rien* —suspiró ella—. No pasa nada. —Cada vez sonaba más deprimida.

—No, claro que no pasa nada. —Y una mierda iba a casarse con Quin. Si se casaba con éste, Ethan la vería constantemente y, a juzgar por lo excitado que estaba, acabaría poniéndole los cuernos a uno de sus mejores amigos—. Olvídale. Él no está aquí y yo sí.

Maddy ladeó la cabeza y lo miró.

—Quítate la máscara.

—Se supone que estamos en un baile de máscaras, ¿no? —Si se la quitaba, dejaría de mirarlo con curiosidad y empezaría a hacerlo con repugnancia—. Podemos disfrutar lo mismo con máscara que sin ella.

—¿Y qué te hace pensar que vayas a «disfrutar» conmigo? —Una nota de flirteo sonó en su voz, tan sutil que a Ethan casi le pasó por alto. No estaba coqueteando, parecía más bien intrigada y divertida.

Aquella chica estaba jugando, pasándolo bien, pero no tenía ni idea de con quién estaba haciéndolo.

—No sé, una sensación. —Deslizó los nudillos por debajo de la máscara de seda de Madeleine y ella se lo permitió—. Creo que esta noche quieres estar con un hombre.

Al oír eso, ella apartó la mirada.

—Tal vez tengas tazón, Escocés —dijo ella antes de volver a mirarle y añadir con voz sensual—: Pero... ¿eres tú ese hombre?

Ethan tuvo ganas de sonreír. Dios, le encantaba esa seducción. Ese tira y afloja. Le gustaba que ella flirtara con él aun sabiendo que la joven no tenía intención de ir más allá. ¿Por qué no había ido a esos bailes de máscaras al menos una maldita vez por semana?

—Soy ese hombre. —La cogió por la cintura y la sentó encima de la mesa que había junto a la pared.

—¡Suéltame, Escocés! —gritó ella, pero Ethan diría que le gustaba, que ahora sentía algo más que curiosidad—. ¿Por qué haces esto?

—Quiero que estemos cara a cara la primera vez que te bese.

Por fin había logrado sorprenderla.

—¿Siempre eres tan arrogante?

—Sí, siempre. —Se colocó entre las piernas de ella.

—Tienes que soltarme —dijo Maddy sin convencimiento mientras le recorría el brazo con un dedo,

indecisa, como si supiera que no debía hacerlo pero no lo pudiera evitar—. No puedo perder el tiempo con atractivos seductores llenos de falsas promesas.

Los labios de Ethan esbozaron una sonrisa, y al sentir cómo le tiraba la piel se acordó de que él ya no sonreía... y de que ya no era atractivo.

—¿Cómo sabes qué aspecto tengo? Esta máscara me cubre casi todo el rostro.

—Tienes un cuerpo perfecto, y una sonrisa muy seductora. Además de unos ojos preciosos —susurró ella haciéndolo temblar de excitación—. Antes has dicho que percibías ciertas cosas, pues bien, yo siempre he sabido detectar a un hombre atractivo. Es una especie de pasatiempo. Por eso te estaba observando antes.

—¿En serio? —Cuando ella asintió, Ethan dijo—: Dime cómo te llamas.

—Se supone que estamos en un baile de máscaras, ¿no? —contestó Maddy repitiendo las mismas palabras que él. Descansó una enguantada mano en su torso y la dejó allí, como si dudara entre empujarlo o agarrarle la camisa para acercarlo a ella.

Ethan cogió esa mano y, tras levantar el guante para dejarle la muñeca al descubierto, besó su sedosa piel.

Madeleine se estremeció y tiró de la mano hasta lograr que la soltara.

—Vaya, Escocés. Eres el seductor con más talento que he conocido jamás.

—¿Talento? —Ethan llevaba una década sin tratar de seducir a nadie. Y antes de eso, jamás había tenido la necesidad de hacerlo.

Ese beso había surgido de un impulso incontrolable.

«¿Y a qué venía sentir ese tipo de impulsos?»

—Sí, talento. El beso que me has dado en la muñeca ha sido perfecto. La caricia de tus labios me ha demostrado que eres un amante cariñoso y sensual. Y el modo en que me has sujetado la mano indica que eres a la vez fuerte y decidido.

¿Cariñoso? Ethan intentó recordar si alguna vez había sido cariñoso. Siendo sincero consigo mismo, tenía que reconocer que no era precisamente «cariño» lo que sentía en aquel preciso instante. Quería pegar sus caderas a las de ella, acariciarla con la erección que temblaba en su entrepierna, y darle a entender sin tapujos lo mucho que le afectaba estar a su lado.

—He conocido a muchos hombres como tú —prosiguió Maddy—. Y tienes que saber que soy invulnerable.

—Me tomaré eso como un reto, *aingeal*. Esta noche te poseeré, y cuando me rodees la cintura con tus piernas, te recordaré estas palabras.

—Oh, Escocés, eso no pasará. —Sacudió la cabeza y unos cuantos rizos se escaparon del recogido para caer sobre sus hombros.

—Está claro que no eres virgen. —Lo que aún confundía más a Ethan pues, al fin y al cabo, aquella chica pertenecía a la alta sociedad. Seguro que era una de esas malcriadas aventureras, igual que Jane Weyland y su cuadrilla—. ¿Por qué no pasas la noche conmigo?

—¿Por qué crees que no soy virgen?

—Antes, cuando hemos entrado aquí y hemos visto esa escena erótica, parecías a punto de bostezar. No conozco a muchas vírgenes que no se inmuten al ver a una prostituta de rodillas delante de un hombre.

—Bueno, sea o no sea virgen no tiene la menor importancia. Lo único que importa es que he venido a buscar un marido, no un amante. Y que no tengo tiempo para tener una aventura.

—Búscalos. Si has venido a Londres para pescar marido, tal vez no deberías desdeñar con tanta rapidez a un soltero como yo.

Ethan sí que no tenía tiempo para aventuras. Al día siguiente mismo partiría en busca de Grey, y por primera vez, las ansias de matar no eran tan fuertes como el anhelo de estar con una mujer.

Ella se rió, y su seductora risa sólo consiguió que Ethan tuviera más ganas de besarla.

—Tú eres tan inalcanzable que no voy a tenerte en cuenta ni siquiera como candidato.

—¿Y eso cómo lo sabes? —dijo él tenso—. Acabamos de conocernos.

Ahora Madeleine ya no se reía.

—Ya, pero estoy segura de que no dudarías ni un segundo en acostarte conmigo y luego desaparecer sin ni siquiera mirar atrás. Y no lo condeno, simplemente sé que sería así. —Sus inocentes ojos azules eran ahora inescrutables—. Creo que tú y yo tenemos muchas cosas en común.

-¿EN común? ¿Así tú también te mueres de ganas de que nos acostemos?

Maddy no pudo evitar sonreír.

—¿Lo ves? Te basta una frase para derribar mis defensas. —Había algo en la dureza que encerraba su mirada que la atraía sin remedio. ¿A quién quería engañar? Todo en él la atraía, desde su marcado acento, pasando por su musculoso cuerpo y acabando con esa extraña fijación que al parecer tenía con ella.

—Quiero hacer algo más que derribar tus defensas.

La sonrisa de Maddy se apagó. El Escocés no se daba por vencido y ella empezaba a lamentar haberle seguido el juego. Estaba tonteando, como cualquier chica de veintiún años, pero ella no podía permitirse tal lujo. La siempre práctica Maddy volvió a levantar sus murallas.

—Seguro que mis amigas estarán preocupadas. Tengo que ir a buscarlas.

Ethan frunció el cejo.

—¿De verdad vas a... irte? —Parecía sorprendido, como si no supiera cómo reaccionar.

—No estás acostumbrado a que te rechacen, ¿no?

—No estoy acostumbrado a hacer lo que he estado haciendo.

—¿Nunca cortejas a ninguna mujer? —preguntó ella incrédula.

—Nunca.

—¿Y yo he sido la afortunada a la que has elegido para empezar a hacerlo?

En circunstancias normales, Maddy no se creería tal comentario, y lo interpretaría como un intento más de meterse bajo sus faldas. Pero hubo algo en el modo en que el Escocés pronunció esas palabras, como si fueran importantes, como si fueran ciertas y él mismo no estuviera muy contento de que fuera así.

Como si de algún modo la culpase a ella.

—Sí —suspiró—. Eres la primera.

—Es una pena que tu primer intento haya fallado.

—¿Y tú me has llamado a mí arrogante? —Entrecerró sus oscuros ojos—. ¿Qué te hace creer que vas a rechazarme?

—Porque eres tú quien me lo ha pedido y yo...

—Y yo sé que no me he equivocado contigo. —Ethan apoyó las manos contra la pared, una a cada lado de la cara de ella, y luego se agachó como si fuera a besarla—. Esta noche, tú y yo nos iremos de aquí juntos.

A pesar de que Maddy se moría de ganas de descubrir el sabor de sus labios, lo empujó hacia atrás esforzándose por ignorar lo fuertes que eran sus músculos.

—Ni lo sueñes, Escocés. Ni loca me voy a ir de aquí contigo... —Al ver que él volvía a acercarse, se quedó sin habla. «¡Va a besarme!» A Maddy se le aceleró la respiración, y cuando sintió el limpio aroma de él envolviéndola, junto con el calor que emanaba de su cuerpo, cerró los ojos de placer.

Se lamió el labio inferior y, al verlo, Ethan le sonrió y se acercó aún más. Maddy no pudo evitar suspirar.

Unos silbatos desgarraron el aire.

Maddy se quedó helada.

—¿Son silbatos de la policía? —susurró a escasos centímetros de los labios de Ethan.

—Sí —confirmó él—. Seguro que ahora ya no te parece tan mal que nos vayamos juntos.

Cuando la multitud allí reunida empezó a huir, el edificio entero se sacudió. La mesa en la que Maddy estaba sentada empezó a vibrar y el hechizo se desvaneció. «¡Tienes que pensar en ti, Maddy!»

—¡Tengo que irme! —dijo, y se escurrió por debajo de uno de los brazos de Ethan saltando luego de la mesa para correr hacia la puerta. Apartó la silla que la bloqueaba, pero cuando estaba a punto de salir, él

la cogió por la falda y le hizo dar la vuelta—. ¡Suéltame! —exigió a gritos.

—¿Acaso no oyes lo que está sucediendo ahí fuera? No tienes ninguna posibilidad de escabullirte de la policía, y lo más probable será que termines aplastada en algún rincón.

—Pero ¡mis amigas están ahí! —dijo Maddy mirándolo.

—Estarán bien. Dos amigos míos están también aquí esta noche y ya se habían fijado en ellas antes de que yo me acercara a ti. Seguro que las acompañarán a casa.

—Pero...

—Mis dos amigos son mucho más capaces que yo, y un millón de veces más honorables. —La miró a los ojos—. Preocúpate por ti, tesoro.

Maddy se mordió el labio inferior y dijo:

—Al llegar, me he fijado en que había una puerta trasera.

Maddy era cautelosa por naturaleza y, además, gracias a la fuerza de la costumbre, al entrar en cualquier lugar siempre buscaba una vía de escape. Cuando ella y sus amigas llegaron a la fiesta, se fijó en una pareja que se estaba poniendo los abrigos en un rincón para luego irse por allí.

—¿Puedes ayudarme a salir de aquí?

—Creo recordar que me has dicho que ni loca te irías conmigo. —Ethan se recostó contra la pared y, sin soltarle la falda, levantó una rodilla—. Creo que tus palabras exactas han sido «Ni lo sueñes, Escocés» —añadió sonriendo, pero la sonrisa fue inmediatamente reprimida.

Maddy había visto ese gesto en personas a las que les faltaban dientes, sin embargo él tenía una sonrisa perfecta y luminosa. Todo en él era perfecto. Excepto su arrogancia.

—Si no vas a ayudarme, entonces suéltame.

—Te sacaré de aquí... a cambio del beso que he estado a punto de arrebatarte.

Maddy se moría de ganas de besarle, aunque, para variar, su instinto de supervivencia estaba en conflicto con sus deseos, sin embargo, no tenían tiempo que perder. Suspiró resignada y respondió:

—De acuerdo. Pero antes llévame a un lugar seguro.

Él no parecía preocupado por lo que estaba sucediendo fuera de aquella habitación.

—O me das un beso ahora o muchos más tarde. Vamos, ¿qué tiene de malo un beso?

—¿Y qué tiene de bueno? —respondió ella, pero él siguió inamovible—. Oh, de acuerdo.

Maddy se puso de puntillas, entrelazó los dedos detrás de la nuca del Escocés y tiró de él hacia abajo depositando un casto beso en la comisura de sus labios.

Él volvió a erguirse.

—Ah, *aingeal*—dijo—, ha sido un beso muy dulce, de eso no cabe duda, pero no era eso exactamente lo que tenía en mente. —Deslizó su áspera mano hacia la nuca de Maddy—. Quiero un beso profundo, húmedo. Quiero que me beses hasta quedarte sin aliento.

—¿Hasta quedarme sin aliento? —murmuró ella—. ¿En serio? —Vaya, sonaba interesante.

Ethan llevó su otra mano al rostro de Maddy y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Será mejor que te lo demuestre...

Los silbatos volvieron a interrumpirlos y los gritos del exterior subieron de volumen.

—¡Se están acercando... no tenemos tiempo!

Ethan se encogió de hombros.

—Entonces, prepárate para más después.

—¡Especifica! ¿Qué quiere decir más?

Ethan echó la cabeza hacia atrás; jamás se hubiera imaginado que ella pudiera estar de acuerdo.

—Quiero poseerte.

—Imposible.

—Entonces te besaré... —despacio, le recorrió los pechos con los nudillos— aquí.

Maddy se cruzó de brazos para apartarlo, pero tuvo que morderse la lengua para no gemir de placer.

—No y mil veces no. —Maddy se preguntó si él estaba imaginándose a sí mismo llevando a la práctica esos besos y se sonrojó— ¿Conoces ese refrán que dice que «Antes de permitir que un escocés te bese los pechos trata de huir de la policía»?

Él se rió o tosió, Maddy no estaba segura; a continuación, luego frunció el cejo y la miró como si fuera un bicho raro.

—¿Sabes que eres muy graciosa, tesoro?

—¿Y tú sabes que te estás pasando?

Maddy abrió la puerta para salir, y si Ethan no la hubiera echado hacia atrás, habría muerto aplastada.

—Una chica menuda como tú —dijo él dando un portazo—, no tiene la más mínima posibilidad de salir de aquí con vida.

—Yo no soy menuda. —¡Medía casi metro sesenta!

—Sí, y también tozuda. Pero no voy a permitir que te lances a una muerte segura.

—De acuerdo, acepto tus condiciones. —«Siempre puedo echarme atrás», pensó—. ¿Puedes, por favor, llevarme a un sitio seguro?

—Demasiado tarde. Las condiciones han cambiado. —Ethan vio que ella se mordía la lengua, y añadió—: Quiero que me dejes tocarte donde quiera y que tú me toques a mí.

—¡Eres un desalmado por aprovecharte así de mí!

—No sabes hasta qué punto —dijo él sin dudarle y con una advertencia en los ojos—. ¿Qué crees que te ocurrirá si acabas esta noche en la cárcel? Yo soy el menor de dos males. Aprovéchalo, porque no suelo comportarme así muy a menudo.

Si iba a la cárcel, Quin tendría que ir a sacarla de allí. ¡Menuda humillación!

—Sí, sí. De acuerdo —aceptó ella, decidida a huir del Escocés tan pronto como él la sacara de allí.

—Perfecto. No me sueltes la mano. —Ethan tenía la mano caliente y rodeó por completo la de Maddy al cogérsela. Ambos miraron hacia abajo, y cuando levantaron la vista, sin apartar los ojos el uno del otro, Ethan comentó—: Menuda, te lo he dicho. Pero me gusta.

Él abrió la puerta, y Maddy no tuvo ocasión de replicar que, comparado con él, todo parecía menudo.

—Quédate detrás de mí —le ordenó, levantando el tono de voz para que pudiera oírlo por encima de los gritos de la muchedumbre.

—¿Puedes conseguir llegar a ese rincón? —preguntó ella, señalando el lugar que había visto antes.

—Sí, pero ahí no hay ninguna salida. Por eso todo el mundo corre hacia aquí.

—¡Ve hacia allí!, por favor. ¡Yo siempre sé dónde están las salidas!

Ethan entrecerró los ojos y, tras mirarla fijamente, decidió hacerle caso. Derribó a todo el que se cruzó en su camino y Maddy lo siguió sin dificultad. Un hombre menos decidido no hubiera conseguido jamás esquivar a aquella multitud asustada y alcanzar su objetivo, pero él lo hizo. Una vez en el rincón, colocó su cuerpo como muro de defensa y tanteó hasta dar con un pasillo vacío.

—¡Sí! —exclamó Maddy—. ¡Por aquí!

Ethan siguió sus instrucciones, y al final del pasadizo se toparon con una puerta.

Una puerta con un candado enorme y en perfecto estado.

Ethan enarcó las cejas y la miró. Maddy se limitó a encogerse de hombros para, a continuación, dar media vuelta en busca de otra salida. Estaban atrapados, como en una ratonera...

Oyó un golpe a su espalda. Se volvió de nuevo y vio al Escocés dar una patada a la puerta, justo por debajo del candado. Las astillas salían volando por los aires. Otra patada y, ante su sorpresa, la puerta cedió.

¡Aquel hombre era magnífico! Y eso que Maddy había visto a muchos hombres a lo largo de su vida. Cuando se dispuso a salir, él la detuvo cogiéndola del hombro.

—Aún no, *aingeal*. Ponte detrás de mí.

Ella asintió y lo miró sin tratar de ocultar la admiración que sentía.

Ethan se levantó el cuello del abrigo y gruñó:

—No me mires así.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Como si fuera algo que no soy.

—No te entiendo...

De repente, delante de ellos aparecieron dos policías, y el Escocés se limitó a apartarlos de su camino. A uno le golpeó con el codo y al otro con el puño, dejando al primero con la nariz rota y al otro fuera de combate.

Cuando volvió a coger a Maddy de la mano para seguir adelante, ésta gritó:

—¡Acabas de pegar a dos policías!

—Se interponían en mi camino —se limitó a contestar él.

Aunque la mayoría de los gendarmes del barrio de Maddy en París eran honestos, algunos no lo eran en absoluto y ella había deseado golpear a unos cuantos en más de una ocasión.

—Pero...

—Te he dicho que te llevaría a un lugar seguro. —Se detuvo un instante para mirarla—. Y estoy dispuesto a mover montañas si hace falta para obtener mi recompensa.

¿Magnífico? Qué va, glorioso. Maddy sabía que lo estaba mirando como si fuera una idiota, como una tonta boquiabierta. Todas las chicas del mundo sueñan con un valiente enmascarado que las proteja de los villanos, o con un ladrón enmascarado dispuesto a robarles tanto las joyas como la virtud. Maddy no era una excepción, y empezaba a preguntarse si se vería capaz de huir antes de entregarle su merecida recompensa.

Pues ¡claro que sí! Lo único que pasaba era que él le había llenado la cabeza de todas esas historias sobre besarle los pechos y tocarse mutuamente. Y si a eso le añadía la extraordinaria demostración de poder masculino que acababa de presenciar, era natural que dudara un poco.

Nadie había peleado por ella antes... Jamás; a pesar de lo mucho que lo había necesitado.

De nuevo, al Escocés pareció incomodarle que Maddy lo mirara de ese modo.

—Intenta acelerar el paso —dijo él con torpeza, y luego volvió a mirar hacia adelante y a tirar de ella alejándola de los silbatos de la policía. A cada momento giraba la cabeza para asegurarse de que ella estaba bien, como si lo sorprendiera que todavía pudiera seguir sus pasos. Pero Maddy podía recorrer kilómetros sin cansarse.

Cuando por fin se detuvieron, Ethan le soltó la mano y paró un carruaje. Entonces Maddy hubiera podido huir, pero se vio incapaz de abandonarle; como si una fuerza invisible la mantuviera pegada a él.

¿Por qué dudaba? Tenía que escapar y no seguir allí, embobada, preguntándose cómo sería el tacto de su piel...

A Maddy le encantaba tocar; la suave seda, el agradable terciopelo, la delicadeza de los guantes... y él la había invitado a tocar su cuerpo. Ella veía a diario a mujeres acariciando a hombres, pero nunca había imaginado lo que sentiría al tener un duro cuerpo masculino bajo sus manos. A Maddy le encantaban los hombres atractivos y le encantaba tocar, y el Escocés le estaba ofreciendo la posibilidad de disfrutar de ambas cosas.

—No pareces demasiado asustada —dijo él sin mirarla.

—Hace falta mucho más que esto para asustarme. —Lo sucedido esa noche no era nada comparado con su vida en Francia. A los once años, Maddy había sobrevivido a un incendio, luego había superado dos epidemias de cólera, y ahora residía en La Marais, donde la violencia era el pan de cada día.

Además, con el Escocés se sentía segura.

—¿Valiente además de preciosa? —murmuró él con aquella voz que le ponía la piel de gallina.

Y con ese tono grave y masculino, las intenciones de Maddy de renegar de su acuerdo se fueron al traste.

TAN pronto como el carruaje se puso en marcha, el Escocés cerró las cortinas de su lado y se acercó a Maddy para hacer lo mismo con las del de ella. En cuanto se quedaron a oscuras, la cogió por la cintura y la sentó en su regazo.

—¡Espera! ¿Qué estás...? No puedes... —Pero entonces él le lamió el lóbulo de la oreja, y una oleada de placer le recorrió todo el cuerpo haciéndole olvidar el motivo por el que quería apartarse de él. Suspiró—. Ohhh...

—Yo he cumplido con mi parte del trato —dijo él con voz entrecortada—. Ahora te toca a ti.

—¿Adonde me llevas?

—A mi casa.

—¿A tu casa? —Maddy sacudió la cabeza para despejarse—Aunque me encantaría pasar a engrosar la lista de conquistas a las que has llevado a tus aposentos...

—Serías la primera también en esto —la interrumpió él.

—¿Y se supone que tengo que creerme eso?

—Te lo creas o no, es la verdad.

—¿Y qué tengo yo que logra hacerte hacer tantas cosas que no has hecho nunca antes?

Él se echó hacia atrás un poco enfadado. ¿Con ella o con la situación?

—Ojala lo supiera.

Maddy vio que el Escocés no estaba fingiendo. Tal vez él sintiera lo mismo que ella; el mismo asombro por haberse encontrado el uno al otro. Ella se había sentido atraída hacia él nada más verle; y era una atracción irresistible, como si una locomotora tirara de ella.

¿Podía él sentir lo mismo?

Todo aquello era una locura... ni siquiera le había visto la cara.

—Si te sirve de consuelo, Escocés, yo tampoco suelo comportarme así.

—Entonces, ¿qué te parece si intentamos averiguar adonde nos lleva esto? —Le acarició la barbilla con los nudillos—. Ya no hay ningún motivo por el que no pueda pasarme el resto de la noche besándote hasta hacerte perder el sentido.

¿Hasta hacerle perder el sentido? Una parte de ella quería que él hiciera precisamente eso, pero otra aún no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Al ver que se acercaba más, Maddy cerró los ojos despacio.

Los labios del Escocés, cálidos y firmes, cubrieron los suyos, y ese mero contacto la abrasó. Cuando Maddy separó los labios, él deslizó la lengua en su interior para acariciarle la suya con suavidad. Maddy jamás había sentido nada tan erótico como aquella lengua lamiendo y atormentando la suya.

Nunca había percibido un beso como un prelude tan claro del acto sexual.

Ella empezó también a lamerlo a él, lo que multiplicó el efecto de aquellas caricias. Ethan la abrazó con fuerza y gimió entre los besos que le daba, y que convertía en cada vez más profundos. Maddy le apretó los hombros y disfrutó al sentir sus músculos. Ansiaba estar con él, notar su fuerza, experimentar lo que sería que él la tuviera entre sus brazos.

Sus lenguas bailaron una y otra vez, haciendo que Maddy sintiera una desesperación como jamás hubiera imaginado. Él también debía de sentirla, porque la movió encima de su regazo y gimió cuando su erección entró en contacto con las nalgas de ella. Maddy sintió el calor que desprendía, a pesar de que ambos iban vestidos, y deseó poder acariciarlo. En ninguna de sus fantasías se había imaginado que un miembro masculino desprendiera tal ardor. Se movió encima de él...

Ethan se apartó y la miró sorprendido, con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

—Yo... a mí... no me gustaba que me besaran —susurró ella, consciente de que también estaba sin

aliento.

—A mí tampoco —respondió él frunciendo el cejo.

Maddy gimió ansiosa, anhelante. Ethan soltó una palabra malsonante. Y volvieron a besarse.

Él la echó hacia atrás, recostándola en su otro brazo para poder así acariciarla con más libertad. Quería recorrerle el cuerpo hasta derretirla, hasta derribar todas sus defensas. Hasta hacerle perder el sentido...

Ella gimió contra sus labios.

Pero él volvió a apartarse y dijo con voz insegura:

—Esto... esto ha sido... —Entrecerró los ojos—: Si sigues besándome así, la noche terminará antes de empezar.

Era obvio que él era un hombre de mundo y que tenía mucha experiencia, pero al parecer eso a ella le gustaba. Ethan volvió a concentrarse en besarla. Maddy estaba excitada y, por alguna extraña razón, más feliz de lo que lo había estado en meses.

—Escocés —murmuró, hundiendo los dedos en su pelo—, me alegro de haber huido contigo.

—Y yo me alegro de que lo hayas hecho.

De repente, a Maddy le pareció muy injusto no poder casarse con un hombre como aquel dios, que encendía su pasión con tan sólo acariciarla, y cuyos besos la hacían enloquecer.

Pero... ¿y si sí podía casarse con él?

Bueno, era verdad que aún no le había visto la cara, y ni siquiera sabía su nombre. Pero seguro que el Escocés no había enviudado tres veces. Y, por otra parte, al conde sí le había visto la cara.

Entre los salvajes besos del Escocés, la incontrolable atracción que sentía por él... y la cantidad considerable de ponche que había tomado, a Maddy le pareció una brillante idea preguntar:

—Escocés, ¿no estarás por casualidad forrado y ansioso por casarte?

—Has acertado en una de las dos cosas. Yo jamás me casaré.

—¿Nunca nunca? ¿O quieres decir que no te casarás hasta que te hayas hartado de tu soltería?

—Jamás. —Fue enfático; parecía incluso ofendido por la mera mención del tema.

—Oh, bueno, realmente no puedo ir a tu casa contigo —dijo ella justo cuando el carruaje se detenía. Él la depositó en el banco que tenía enfrente y abrió la puerta ante una impresionante mansión de ladrillo rojizo.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella confusa.

—En Grosvenor Square.

—¿Esta es tu casa? —preguntó ella sin apartar la mirada. ¡Era incluso más impresionante que la de Quin! La escalinata de mármol estaba flanqueada por unas columnas blancas que se erguían como orgullosos centinelas. Unos ocultos faroles de gas iluminaban los prístinos jardines que la rodeaban.

—Sí, ésta es mi casa.

Maddy enarcó una ceja. Podía imaginarse viviendo allí. No reaccionó hasta que él la cogió de la mano.

—¡Espera! ¡No puedo entrar ahí contigo! —A pesar de que se moría de ganas de ver el interior.

—Tenemos un acuerdo.

—Pero ¿no has dicho nada de que tuviera que ir a tu casa contigo!

La mansión de los Weyland no estaba demasiado lejos de allí. ¿Qué pasaría si alguien la veía?

—¿De verdad te preocupa tanto? —Al verla asentir, Ethan volvió a entrar con ella en el coche y antes de cerrar la puerta, le gritó al cochero—: ¡Adelante! —El carruaje volvió a emprender la marcha—. No importa. Puedo tomarte aquí tan bien como en mi cama.

—¿Tomarme? —Abrió los ojos como platos—. Creía que habíamos acordado sólo tocarnos.

Ethan volvió a sentarla en su regazo y descansó sus grandes manos en su cintura con gran familiaridad.

—Confía en mí. Te gustará. Tendrás muchas cosas que escribir en tu diario —dijo Ethan con una sonrisa.

—Si quieres tomarme, Escocés, podrás hacerlo después de mañana al mediodía. A esa hora, ya habré podido averiguar el estado de tus finanzas y tú habrás podido obtener una licencia para casarnos. Podemos contraer matrimonio antes de la hora de comer.

Él la sujetó por la barbilla.

—Entiende una cosa, tesoro, no hay nada en el mundo que pueda convencerme de que me case. Nada.

Cuando Maddy se dio cuenta de que el Escocés era igual que Quin, el corazón le dio un vuelco.

—Lo entiendo.

Y por desgracia así era. Lo entendía perfectamente. Era la segunda vez que escuchaba esa misma frase en menos de veinticuatro horas. La segunda vez que alguien la rechazaba. Algunos hombres no estaban hechos para casarse, a pesar de ser exactamente el tipo de hombre que debería hacerlo.

Lo que significaba que las chicas como ella tenían que conformarse con los viejos condes que nadie quería.

—Intenta no olvidarlo —dijo él sin ocultar la advertencia que había en sus palabras.

Maddy asintió. Todo lo que estaba sucediendo aquella noche le confirmaba, una y otra vez, que tenía que casarse con Le Daex, pero temblaba sólo de pensar que aquel hombre fuera quien le arrebatase la virginidad. Ella, a la que deleitaba tanto contemplar a hombres atractivos, no iba jamás a acostarse con uno. Era injusto, y de repente, por culpa del licor y de los besos del Escocés, lo sentía también como intolerable.

Maddy había aguantado estoicamente todas las desgracias que le habían acontecido desde la muerte de su padre en un duelo. Toda su vida había sido un desastre de dimensiones cósmicas. Y, como un animal atrapado en un cepo, cuanto más luchaba por escapar, más daño se hacía a sí misma. Esperaba ya muy poco de la vida, pero aquello no iba a soportarlo; sería ella quien escogiera al hombre con el que hiciera el amor por primera vez. Y todos sus instintos le decían a gritos que podía fiarse de aquel misterioso desconocido.

Se mordió el labio inferior. Encontraría el modo de engañar a Le Daex y de hacerle creer que aún era virgen. La casera de Maddy, además de su mejor amiga en París, se había casado virgen tres veces...

El Escocés le había dicho que esa noche iba a poseerla. Y en ese instante supo que tenía razón.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué?

—Si quieres algo más... —Maddy sintió cómo él se excitaba aún más bajo sus nalgas.

—Quieres... quieres que te posea —gimió él, pero pareció más una pregunta que una afirmación.

—Sí. Quiero más de lo que hemos pactado antes —murmuró Maddy—. Te quiero a ti. —«Quiero que seas tú... quiero que me des una noche para recordar en secreto.»

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Eso es asunto mío, Escocés —suspiró—. Y no creo que te importe demasiado.

Ethan sonrió mostrándole su blanca dentadura.

—Tienes razón.

—Así que..., ahora que..., ¿no crees que podríamos quitarnos las máscaras? —preguntó ella.

—Yo creo que eso le añade un toque especial a la noche, ¿tú no? —contestó él recorriéndole con los dedos la parte de la mejilla que ocultaba el antifaz.

Maddy no era tímida, ni mucho menos, pero era la primera vez que hacía algo así, y tenía miedo de no parecerle atractiva. Dicho de otro modo, tenía los pechos pequeños. El antifaz la ayudaría a ocultar el rubor. Y como se suponía que su aventura iba a durar sólo una noche, una única noche de misterio y deseo, mantener sus identidades ocultas le parecía adecuado.

—Sí, supongo que sí.

Pero él ya no la estaba escuchando, parecía fascinado con la piel de la mandíbula de ella, que iba recorriendo con la yema de los dedos.

—Eres tan delicada... —dijo ausente, como sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. Y Maddy supo entonces que para él aquello no era otra seducción más. La estaba explorando con ojos ávidos de curiosidad—. Jamás he estado con una mujer como tú.

—¿Como yo?

—Tan delicada. —Le dibujó el lóbulo de la oreja haciéndola estremecer—. Casi tengo miedo de tocarte.

—Oh, no digas eso.

—He dicho «casi». Nada podrá evitar que esta noche seas mía.

Deslizó los dedos hacia la clavícula de ella. A medida que iban descendiendo, la respiración de Maddy se iba acelerando y sus pechos subían y bajaban buscando ansiosos sus caricias. Cuando Ethan alcanzó su escote, hundió los dedos en él con maestría. Despacio, acariciando más y más... hasta que con la punta del dedo índice alcanzó su objetivo.

—Oh, Dios mío —gimió Maddy sujetándole la nuca con ambas manos.

—Delicada y... sensible. —Le acarició el pecho con lentitud, recorriendo cada centímetro—. ¿Te gusta?

Maddy apretó los ojos con fuerza y asintió.

Al notar que él retiraba la mano fue a protestar, pero se tranquilizó al ver que empezaba a soltar las cintas del corsé. El problema era que estaban muy apretadas y que incluso a ella le era difícil deshacerlas. Después de intentarlo sin éxito durante unos segundos, Ethan se dio por vencido y, gimiendo, volvió a deslizar los dedos por debajo de la tela.

Cuando vio las intenciones de él de romperla, Maddy abrió la boca para negarse, había contraído muchas deudas para poder comprar aquel vestido, pero de repente él la soltó. El Escocés bufó y, frunciendo el cejo, volvió a dedicarse a las cintas.

Ese gesto enterneció a Maddy... todavía más.

—Deja que lo haga yo, Escocés —le dijo apartándole las manos con un beso en cada una.

A lo largo de toda la noche, Maddy se había dado cuenta de que él a veces dudaba de sus propios actos, y se retraía durante breves momentos, como si tuviera que pensar. Ahora había vuelto a hacerlo. Maddy empezó a preguntarse si estaba haciendo algo mal —al fin y al cabo, aquella era su primera aventura—, o de si lo que estaba sucediendo entre los dos era realmente distinto a todo lo que él había hecho antes. Maddy supuso que lo segundo tenía más probabilidades.

Cuando por fin logró deshacer los lazos, él abrió el corsé. Maddy tragó saliva al notar cómo él la iba desnudando despacio. «Está oscuro. No puede verme...» Sintió el frío aire sobre la piel de sus pechos y tuvo que esforzarse para no cubrirse con las manos.

Él siseó algo entre dientes, palabras en otra lengua, seguramente gaélico.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella nerviosa.

—He dicho que voy a pasarme toda la noche besándolos. —Le acarició los pechos con los nudillos mirándola a los ojos, ansioso por ver su reacción.

Ella respiró hondo y sintió cómo se excitaba aún más ante su mirada.

Entonces, el Escocés puso sobre sus senos sus ásperas manos.

—No sé cómo puedes tener la piel tan suave.

Con sus palmas, le cubrió los pequeños pechos por completo y se los acarició hasta que ella sintió que su entrepierna se humedecía y que toda ella se sentía arder.

¿Cómo había logrado vivir hasta entonces sin sus caricias?

Ethan dejó de tocarla durante unos segundos para poder quitarse la chaqueta y Maddy se arqueó buscándole. El sonido que salió de la garganta de Ethan al ver eso, bien pudo haber sido una leve risa.

—Impaciente —constató él contento de que así fuera, y volvió a acariciarla—. Si no quieres que vuelva a apartarme, tendrás que desabrocharme tú la camisa.

Tal vez se estuviera burlando de ella, pensó Maddy, pero no le importó. El deseo que sentía la impulsó a hacerle lo que le decía.

Mientras ella se dedicaba a sus botones, él se agachó para atormentar sus pechos, acariciándoselos con su cálido aliento sin llegar sin embargo a besarlos, para así torturarla y lograr que ella se moviera encima de su regazo y de su poderosa erección.

Por fin, deslizó un pecho entre sus sensuales labios.

—Oh, Dios mío —susurró ella mientras él le recorría el pezón con la lengua, pero cuando sintió la mano de él deslizándose por debajo de su falda y subiéndole por la pierna, le pidió—: Escocés, yo... por favor... ve despacio. Te deseo. ¡Oh, Dios! —gritó Maddy cuando él succionó con fuerza—. ¿No podemos ir más despacio?

Ethan se apartó un poco.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Es que... creo que así... yo estaría más cómoda.

—Hace mucho que no estoy con una mujer —explicó él levantándola de su regazo para depositarla en el banco de delante—. Te prometo que luego iré todo lo despacio que quieras. —Dobló su chaqueta y la colocó detrás de ella—. Pero ahora, necesito estar dentro de ti. —La echó hacia atrás y se aplicó al pezón que hasta entonces había tenido abandonado.

—Oh, Dios... me gusta lo que haces. —Él la tocaba como si fuera suya, como si estuviera desesperado por marcarla... y Maddy no entendía por qué pensar eso la excitaba tanto—. Pero, escucha..., Escocés...

Él se apartó y la miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

Tenía la camisa abierta, dejando al descubierto su magnífico torso, y Maddy se olvidó de lo que iba a decir.

Podía tocarlo. Ella había soñado con eso, se lo había imaginado miles de veces. Desesperada por acariciarlo sacó sus restrictivos guantes. Cuando sintió cómo los músculos de él reaccionaban bajo sus caricias, Maddy suspiró de placer. Era como si ambos hubieran practicado durante años aquellos movimientos.

Maddy colocó las palmas sobre el torso de Ethan y recorrió cada curva, cada plano, deleitándose en las maravillosas sensaciones de descubrir nuevas texturas; su fuerza, su piel suave, el vello que lo cubría hasta ocultarse bajo la cinturilla del pantalón. Saboreó cada reacción del Escocés; cada vez que él cerraba los ojos transportado, cada vez que apretaba la mandíbula.

Embriagada por tanto placer, Maddy no se dio cuenta de que él le había levantado la falda hasta la cintura.

ETHAN estaba desesperado. Después de tanto tiempo, por fin deseaba a una mujer. Pero jamás había sido así antes. Quería estar con ella toda la noche, quería poseerla una y otra vez. Quería besar cada centímetro de su delicioso cuerpo... antes de perderla para siempre.

—Oh, madre mía —murmuró ella fascinada.

Sus dedos le acariciaban como si él fuera algo precioso. Ethan no sabía lo que era la ternura, le resultaba algo extraño, pero era incapaz de pedirle que parara.

—Tu corazón late muy deprisa —dijo ella al colocar la mano en el centro de su pecho—. ¿Estás nervioso?

—No estoy nervioso —mintió Ethan a media voz.

Hacía tanto tiempo que no tenía relaciones, que temía llegar al clímax demasiado rápido. Y por primera vez en toda su vida le importaba lo que una mujer pudiera pensar. No sólo quería darle placer, también quería impresionarla. Quería ser el mejor amante que jamás hubiera tenido.

—Has dicho que hacía mucho tiempo que no estabas con una mujer. ¿Cuánto? —preguntó Maddy.

—Mucho, mucho tiempo —respondió él, sorprendido de estar contándole la verdad.

—Bueno, seguro que entre los dos lo conseguiremos —susurró ella con aparente calma a pesar de estar temblando.

Él no era el único que estaba nervioso.

Pero cuando los dedos de Ethan le recorrieron los muslos hasta llegar a su entrepierna, Maddy se tranquilizó un poco. La primera vez que Ethan acarició su parte más íntima, fue él quien se estremeció de placer.

—Me deseas —jadeó, excitado como nunca al comprobar lo húmeda que ella estaba.

Con una mano, le acarició el pezón y con la otra recorrió los labios de su sexo utilizando su humedad para atormentarle el clítoris.

Maddy gimió arqueando la espalda. No tardó en ondular las caderas, ansiosa, volviéndose más atrevida a cada una de las caricias de Ethan. Él quería besarla allí, quería hundir sus dedos dentro de ella, pero sabía que si lo hacía, no podría contenerse más y se correría al instante.

Se dio cuenta de que, apenas dos horas antes, había creído que jamás volvería a sentir deseo, sin embargo ahora, con ella... Ethan estaba a punto de correrse a la mínima, como un chico inexperto.

Tenía que poseerla antes de que fuera demasiado tarde. Al apartar la mano para quitarle la ropa interior, Maddy cambió de posición para que sus pechos volvieran a quedar bajo las expertas manos de Ethan.

«Dios mío, es tan sensual...» Era incapaz de imaginar lo que sentiría al acostarse con ella.

Sin la ropa interior y con la falda enrollada alrededor de la cintura, Maddy tembló y gimió con abandono. Él le acarició una pierna con suavidad y eso bastó para que ella las separara. Ethan empezó a preguntarse si el hecho de que respondiera con tanta inocencia y candor era porque realmente era una chica inocente. Él no había estado jamás con una virgen y no quería empezar a hacerlo esa noche.

No, sus besos eran sensuales y húmedos como los de una cortesana. Pero para asegurarse, Ethan se desabrochó el pantalón y liberó su excitado miembro de su prisión.

—Quiero que me toques —Seguro que si era virgen no se atrevería a hacerlo.

Maddy asintió y lo acarició con la palma de la mano.

Al sentir esa primera caricia después de tanto tiempo, Ethan no pudo evitar adelantar las caderas para que ella rodeara su pene por completo.

Maddy frunció el cejo y deslizó la otra mano hacia abajo para acariciarle los genitales con habilidad. Cuando, despacio, recorrió la húmeda punta de su erección, Ethan casi perdió el sentido. Habiendo

disipado todas las dudas que tenía, gimió entre dientes:

—Para. Si no paras me correré aquí mismo.

A continuación, tuvo que controlar un gemido al ver cómo ella se mordía el labio inferior al imaginarse la escena.

—¿Y eso te avergonzaría?

—En absoluto. De hecho, quiero que más tarde me veas hacerlo.

—Creo que eres en verdad muy peligroso.

—En la cama sí. Hay muy pocas cosas que no le haría a una mujer y aún menos que no dejaría que una mujer me hiciera a mí.

Maddy le recorrió el sexo con una uña y él se movió en busca de más caricias.

—Eres muy... grande.

—Pero te gustará, te lo prometo.

Ethan se acomodó entre las piernas de Maddy y acercó la cabeza a su cuello. El aroma de su pelo, sentir el tacto de sus pechos contra su torso, lo estaba volviendo loco. Los besos que habían compartido lo habían llevado al límite, y las caricias de ella lo habían excitado como nunca antes en toda su vida.

Había llegado a un punto en que lo único que sentía era el palpitar de la sangre en su entrepierna, y su único pensamiento hundirse dentro de ella y aliviar por fin esa ansia que le consumía.

—Deja que termine con esto. —No recordaba haberse sentido así antes—. Y te prometo que luego te poseeré con suavidad.

A Maddy los párpados le pesaban de deseo, pero consiguió mantener la mirada fija en la de Ethan mientras él le separaba las rodillas con las suyas. Él llevó su sexo entre los húmedos pliegues del de ella y se lo acarició arriba y abajo con la punta, luchando contra la necesidad de penetrarla.

Cuando Maddy empezó a arquearse, Ethan empujó un poco hacia adelante y poco a poco entró dentro de ella. El calor que lo envolvió fue tan perfecto, tan cálido, que estuvo a punto de tener un orgasmo allí mismo.

—Es increíble, tesoro —farfulló él.

Movió las caderas de nuevo y la penetró más, sintiendo cómo el interior de Maddy lo apresaba por completo; era como si nunca hubiera existido ninguna mujer antes que ella. Sentirla en contacto con su cuerpo, notar cómo sus pechos se excitaban bajo sus manos... Ethan jamás había sentido tanto placer... jamás.

—¡Oh, Dios! —gritó Maddy—. Es... es... demasiado...

—Lo sé —gimió Ethan.

Ethan volvió a empujar y se estremeció con fuerza. Fue a retroceder un poco pero al hacerlo ella pareció sujetarlo en su interior. Estaba a punto de explotar. Hacía tanto tiempo... Arremetió de nuevo con intención de penetrarla hasta lo más hondo, se movió encima de ella buscando una unión más completa... cuando Maddy sujetó con las manos las caderas de Ethan.

—¡N... no!

Ethan sacudió la cabeza y la miró confuso.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

—¡Tienes que parar!

—¿Parar? —repitió él incrédulo—. ¿Parar esto? —Era imposible que pudiera salir del cuerpo más sensual que había poseído jamás, y más aún después de tres años de celibato—. Eres demasiado perfecta... tan apretada.

Maddy continuaba intentando apartarse de él con todas sus fuerzas.

—Por... por favor... Me duele mucho. —Se le escapó un sollozo.

Ethan se detuvo al instante.

—¿Estás... estás llorando?

Al ver que ella no contestaba y que se limitaba a apartar la mirada, Ethan apretó los dientes y soltó un improperio. Estaba hecho un lío, pero aun así empezó a retroceder. Centímetro a centímetro luchó contra el placer que sentía al deslizar su sexo por el de ella, cuyo cuerpo, al parecer, se resistía a dejarlo marchar.

Ethan tenía que lograr que su propio cuerpo entendiera que no podía seguir empujando y satisfacer así las ansias que lo dominaban. Que tenía que resignarse a interrumpir un placer tan absoluto.

Demasiado tarde. Tan pronto como salió del interior de Maddy, Ethan gritó y empezó a eyacular encima de ella. Se ayudó con la mano mientras apoyaba la frente en el pecho de Maddy, con los labios demasiado cerca de uno de sus pezones como para no succionarlo mientras alcanzaba el orgasmo. Eyaculó encima del muslo de ella, frente a su sexo, temblando y estremeciéndose como jamás le había ocurrido en toda su vida.

Cuando por fin finalizó, se quedó unos momentos inmóvil encima de ella, intentando recuperar la respiración a la vez que entender qué acababa de suceder. Al penetrarla, lo único que Ethan había notado era un ligero ardor en el pene, y que ella estaba muy apretada, pero ahora recordaba haber sentido un pequeño obstáculo, algo que retrocedió a su paso.

Ella era —o lo había sido hasta entonces— virgen.

¿Por qué habría hecho eso? ¿Por qué le había entregado a él ese regalo?

A pesar del abrupto final, poseerla había sido increíble. Ethan se sentía relajado, eufórico, como si descubriera por primera vez el significado de la palabra «satisfacción». Dios, estaba realmente satisfecho, como si hubiera hecho por fin aquello que se suponía que tenía que hacer y alguien lo estuviera recompensando por ello a manos llenas. Y la próxima vez sería aún mejor.

Se incorporó sobre los codos.

—Tesoro, ¿por qué no me lo dijiste? —Le acarició la mejilla con el pulgar y sintió la humedad de las lágrimas—. Por favor, no llores —le suplicó él apartándole el pelo de la frente—. No lo sabía.

Maddy parpadeó para eliminar las lágrimas, y vio cómo la mirada de Ethan pasaba de la casi felicidad a algo parecido al recelo.

Él se sentó al fin y ella se escurrió de debajo de su cuerpo. El movimiento la hizo gemir de dolor, y empezó a llorar de nuevo. Mientras él se abrochaba los pantalones, ella se bajó la falda. No podía dejar de temblar al recordar que, ignorando sus súplicas, él había seguido adelante. Le había pedido que se detuviera como mínimo tres veces, y lo único que había hecho él había sido cerrar los ojos y seguir como si no la hubiera oído, como si hubiera perdido completamente el control de sus actos. Si ella no lo hubiera detenido empujándolo por las caderas... se estremecía sólo de pensarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Maddy podía sentir que el enfado del Escocés iba en aumento. Sí, debería habérselo dicho, había estado a punto de hacerlo, pero se había distraído mirando su torso. Se había quedado embobada al sentir por primera vez el cuerpo de un hombre. Con manos temblorosas se cubrió con la capa, y luego se agachó para recoger su ropa interior y los guantes.

—Iba a hacerlo...

—¿Tenías intención de atraparme?

—¿Atraparte? ¿De qué estás hablando?

—«Eso es asunto mío», creo que dijiste —la interrumpió él—, justo después de ver mi casa.

—¡No!

—Pues has escogido al hombre equivocado, *aingeal*—prosiguió él con cruel sarcasmo—. Porque a mí no me importa lo más mínimo haber destrozado tu reputación.

«¿Que era lo que no le importaba lo más mínimo? ¿Qué reputación?»

—No permitiré que me manipules ni que me engañes, y mucho menos voy a recompensarte por ello. Con nada lograrás que me case contigo.

—Yo no intentaba... —susurró ella llorando abiertamente.

—Maldita sea, entonces ¿por qué cambiaste de opinión? Me estaba costando horrores convencerte de que me permitieras besarte y, ¿de repente me entregas tu virginidad en un carruaje? ¿Después de decirme que querías pescar a un marido rico?

Maddy se secó las lágrimas avergonzada.

—He decidido seguir adelante después de asumir que voy a tener que casarme con otro hombre.

—¿Qué diablos se supone que significa eso?

—Ya te he dicho que tengo una especie de prometido. Después de verme obligada a escuchar cómo otro hombre atractivo me decía que no quería casarse conmigo, he comprendido que no me queda más remedio que aceptar al único hombre que sí quiere hacerlo. Pero antes de contraer matrimonio con alguien a quien no deseo, quería saber lo que se siente al hacer el amor con alguien a quien sí se desea.

—Vaya, al parecer me he apropiado de algo que pertenece a otro hombre. —Ethan se rió con amargura—. ¿Así que tienes intención de engañar a tu prometido y hacerle creer que sigues siendo virgen? ¿Le has puesto los cuernos incluso antes de la boda?

—Por primera vez desde que tengo uso de razón he decidido hacer lo que yo deseaba.

—¿Reconoces que lo tenías todo planeado? No puedo creer que por un momento haya podido pensar que eras distinta a las demás mujeres que he conocido. Eres igual de traidora y manipuladora que todas.

—¿Cómo te atreves! A ti no te he engañado. ¿Tanto te cuesta creer que sencillamente te deseaba? —Herida y atónita por lo que acababa de suceder, Maddy añadió, espontánea—: Aunque ahora no entiendo por qué te deseaba tanto.

—Pero lo hecho, hecho está. Ahora no puedes volver atrás, no puedes recuperar tu virginidad, por mucho que lamentes habérsela entregado a un hombre nada merecedor de ella.

Ethan se quitó la máscara, la tiró al suelo, y se quedó allí quieto, sentado, mostrándole únicamente un perfil del rostro. En la oscuridad, Maddy pudo ver que tenía unas facciones duras y marcadas. La bestia que acababa de poseerla era, al menos en su aspecto externo, un hombre perfecto. Él permaneció en silencio, y parecía que no se atreviese a mirarla, como si estuviese decidiendo qué hacer.

—Dispón del carruaje —dijo finalmente y, a modo de despedida, echó unos billetes sobre el banco que había entre los dos.

Al escuchar sus palabras, Maddy se quedó helada. Aquello no podía estar pasando. Había guardado su virginidad durante años, la había defendido con uñas y dientes, y, de repente, en un momento de locura, se la había entregado a aquel animal, a aquel bruto insensible, que lo único que le había dado a cambio había sido dolor y una absoluta humillación.

Esa vez, sus instintos le habían fallado.

Ethan golpeó el techo del carruaje. Cuando los caballos se detuvieron se volvió un poco hacia donde ella estaba.

—Estaré fuera una semana o dos. Pero luego, cuando regrese, ya decidiré qué hacer contigo.

Maddy se quedó boquiabierta.

—«¿Qué hacer conmigo?»

¿Y cómo pensaba dar con ella? Ella seguía llevando la máscara y no le había dicho su nombre. Por otra parte, se aseguraría de estar bien lejos de Londres para cuando él regresara. Pensar en que no volvería a verle jamás era lo único que conseguía mantener sus lágrimas bajo control.

El conde habría sido mejor amante que el Escocés. Nada podía ser peor que aquello. Maddy correría hacia Le Daex... agradecida.

—Y, *aingeal*—añadió el Escocés leyéndole la mente—, ni se te ocurra casarte con otro mientras yo no

haya vuelto.

Tras esas palabras salió del carruaje y antes de cerrar la puerta, Maddy creyó oírlo decir:

—O yo me encargaré de que te quedes viuda.

MIENTRAS cabalgaba de regreso a casa, Ethan no podía dejar de pensar. Y todos sus pensamientos giraban alrededor de aquella chica.

Era consciente de que, cuando hubiera acabado con Grey, ella ya podía haberse casado con ese pretendiente que tenía «esperándola» en casa.

Y si se preguntaba a sí mismo por qué eso le molestaba tanto —al fin y al cabo, él siempre había preferido tener relaciones con mujeres casadas—, era incapaz de responder. La única explicación que se le ocurría para justificar su reacción era que la quería sólo para él, y si Maddy se casaba, únicamente podría estar con Ethan cuando hubiera cumplido su deber con su marido.

Y eso era intolerable.

Ethan se dijo entonces que si se sentía tan posesivo con ella era porque le había arrebatado la virginidad, haciéndola suya como nunca antes lo había sido ninguna mujer. Aquella noche, ella se había convertido en mujer, y a un nivel primitivo, Ethan estaba orgulloso de haber sido él quien lo hiciera. No quería que ningún otro hombre gozara de ella mientras él no estaba.

Pero sólo había dos maneras de no tener que compartirla: o bien la convertía en su esposa o bien en su amante. La primera opción era imposible, y la segunda implicaba un compromiso demasiado grande.

«Olvídala.»

Aqué! no era el mejor momento para obsesionarse con una mujer. Si en los próximos días Ethan no estaba en plena posesión de todas sus facultades, sólo conseguiría que le mataran.

Antes de que la enfermedad lo trastocara, el instinto de Grey era infalible. E incluso ahora, adicto al opio y con su capacidad mermada, Grey había logrado salir con vida del atentado suicida que Edward Weyland había organizado contra él hacía seis meses. Y, por lo que él sabía, Grey era lo bastante fuerte como para vengarse de eso.

Ethan les había asegurado a Quin y a Hugh que podía dar con él y eliminarle. Aunque esa misma noche, Ethan había podido observar la reacción de Hugh al coincidir con Jane después de tantos años alejado de ella, y, frustrado, había visto cómo los sentimientos de su hermano no se habían marchitado a pesar del tiempo transcurrido.

Eso no podía seguir así. Tendría que tomar cartas en el asunto... otra vez.

Ethan era consciente de sus defectos, y no los escondía; era egoísta, insensible, mal educado y mataba con facilidad; su única cualidad redentora era que sería capaz de morir por sus hermanos, y que quería que éstos fueran felices.

Pero por algún extraño motivo, tanto Hugh como Court siempre querían —necesitaban— más. Ellos no se conformaban con menos que los hombres corrientes, y a Ethan lo enloquecía pensar lo desgraciados que ambos se sentían.

Tal como había hecho años atrás, tendría que recordarle a Hugh los motivos por los que no podía tener a Jane. Odiaba tener que hacerlo, ya que eso aumentaría el distanciamiento que ya existía entre él y su hermano. Pero haría lo mismo que la otra vez, recurrir al libro que sentenciaba a toda su familia.

Al llegar a su casa, Ethan fue directo a su biblioteca para coger el *Teabhar nan Süil-radharc*, el Libro del Destino. Mucho tiempo atrás, el brujo del clan predijo el destino de diez generaciones de MacCarrick, y lo dejó escrito en el *Leabhar*. Todo lo anunciado en ese libro había ido cumpliéndose.

El volumen tenía varios siglos de antigüedad, pero estaba bien conservado, y la cubierta parecía nueva. La única cosa que le había dejado alguna huella era la sangre que manchaba la última página; la página dedicada a su padre...

Para el décimo Carrick:

Tu bella esposa tres hijos oscuros te dará.

Y hasta el día que leas esta maldición te llenará de felicidad.

Cuando tus ojos se encuentren con estas palabras, tu vida terminará.

Morirás sabiendo que tus tres hijos malditos están.

Sentenciados a caminar con la muerte o a caminar con la soledad.

Nunca se casarán, no sabrán lo que es amar, si lo hacen, a su destino se deberán resignar.

Tu familia contigo desaparecerá, futuras generaciones no habrá de nuevo jamás.

La muerte y la desgracia los atraparán.

Las tres últimas líneas estaban ocultas bajo la mancha indeleble de sangre.

Tanto Ethan como sus hermanos creían a pies juntillas la maldición y actuaban en consecuencia. Los tres se habían pasado la vida observando lo dispuesto en el libro, y Ethan había velado por que así fuera. Pero la relación que él tenía con la maldición era algo más... complicada.

Ethan sabía que se trataba de un libro poderoso, eso era más que palpable, y el ejemplar mismo era manifiestamente indestructible. Además, había un montón de pruebas que demostraban que las predicciones que contenía eran ciertas: ni él ni ninguno de sus hermanos había engendrado jamás un hijo, todos habían escogido la muerte como profesión y caminaban junto a ella a diario; por otra parte, las dos veces que alguno de ellos había tenido intención de casarse, en una de las ocasiones, la chica había muerto, y en la otra había estado a punto.

Y, tal como decía la maldición, su querido padre, Leith, había muerto a la mañana siguiente de leer las líneas a él dedicadas.

Tal vez se pudiese interpretar que algunas cosas eran sólo fruto de la casualidad. Y quizá una desconocida enfermedad infantil justificase por qué ninguno de los tres hermanos había recibido jamás una reclamación de paternidad... a pesar de lo mucho que los tres lo habían deseado. De hecho, Court le había preguntado a Ethan una vez si se acostaba con tantas mujeres precisamente para lograr que eso sucediera. Diablos, tal vez Court tuviese razón, tal vez lo que de verdad quería Ethan era que alguna de todas aquellas mujeres se hubiera quedado embarazada.

¿Y cómo explicar la muerte de la prometida de Ethan justo la noche anterior a la ceremonia?

De dar crédito a los rumores que circulaban, él la habría acorralado en el tejado de Carrickliffe, la mansión familiar, y la habría empujado a su propia muerte...

Pero Ethan no creía a ciegas en la maldición, ni tampoco que todo lo allí escrito fuera cierto; él y sus hermanos habían hecho numerosos méritos para acabar malditos, sin necesidad de que el *Leabhar* los ayudara. Ethan era un hombre razonable, y el sentido común le decía que, con maldición o sin ella, los asesinos y los mercenarios no tenían que mezclarse con gente inocente.

Si eso era así, ¿por qué diablos estaba pensando en ir al día siguiente mismo en busca de aquella chica?

«¿Tanto te cuesta creer que sencillamente te deseaba?»

Ethan se pasó las horas que faltaban hasta el amanecer tumbado en la cama, mirando el techo y repasando los acontecimientos de la noche anterior. Aquella inexplicable ansia de estar con ella seguía carcomiéndolo.

Una parte de él quería enterrar ese afán en lo más hondo de su mente, pero otra quería derribar la puerta de la mansión de Quin y llevársela de allí en brazos. La necesidad de estar con ella, de poseerla, no dejaba de obsesionarlo ni un instante. La necesitaba y la deseaba como jamás había deseado a ninguna mujer.

Ethan recordó cómo, cuando una exuberante prostituta le había mostrado sus encantos aquella misma noche, no había sentido nada. Sin embargo sólo de pensar en los suaves pechos de aquella joven bajo sus manos se excitaba de nuevo hasta el límite. Sí, acababa de poseerla, aún recordaba el placer que había sentido, pero era su reacción respecto a ella lo que todavía lo tenía desconcertado.

¿Y si era la única capaz de despertar en él esa lujuria? A pesar del abrupto final, tomar su cuerpo había sido... increíble, como para perder el sentido. Sólo con tocar a aquella chica...

¿Y si no sentía jamás ese incontrolable deseo por nadie más que por ella?

Esa joven menuda estaba rodeada de misterios y Ethan quería saber las respuestas. Si era virgen, ¿por qué no la había escandalizado lo que había visto en el baile de máscaras? ¿Y cómo diablos había podido acariciarlo con tal destreza?

Pero lo más importante, ¿por qué había creído que él era lo suficientemente honorable como para pedirle matrimonio después de lo que habían hecho?

Y a Ethan tampoco le importaría que alguien le explicara por qué motivo se sentía tan desgraciado y nervioso después de haberla abandonado en el carruaje. Deslizó la mano hacia su entrepierna con intención de masturbarse, pero se detuvo en seguida soltando una maldición. ¿Por qué tenía que satisfacerse él mismo si podía volver a estar con ella?

No le quedaba más remedio.

Ethan le pediría que fuera su amante.

Decidido a dar los pasos necesarios esa misma mañana, Ethan suspiró resignado y se levantó para lavarse y vestirse. Pero mientras se afeitaba, se dio cuenta de que su plan tenía algunos puntos débiles.

Primero: si realmente ella no había querido engañarlo para pescarlo, a esas alturas debía de estar muy enfadada por sus acusaciones, y seguro que no querría aceptar su proposición.

Segundo: él le había hecho daño. Ethan recordó cómo su pequeño cuerpo había respondido a sus caricias; primero con placer... luego con dolor.

Ahora que lo veía todo un poco más claro, comprendía lo bruto que había sido. Ella le había pedido que fuera despacio, pero él no se había tomado el tiempo necesario para prepararla. Dominado por la lujuria, sólo había pensado en su propio placer. La había poseído con dureza, tratándola sin miramientos cuando ella era tan pequeña y delicada.

Maldición, él no pretendía hacerle daño, no pretendía hacerla... llorar.

Las lágrimas de las mujeres no le afectaban; eso era así desde que era un adolescente, y para muchos era una prueba más de lo frío bastardo que era. Pero si eso era cierto, ¿por qué las de ella lo trastornaban de ese modo?

Por un instante, Ethan le habría prometido cualquier cosa con tal de que dejara de llorar.

Se afeitó la zona de la cicatriz con la cautela adquirida a base de los años.

¿Otro punto débil? Tal vez Quin sintiera algo por la chica. O quizá Edward Weyland, el superior de Ethan, tomara cartas en el asunto. Seguro que los padres de la chica, siendo como al parecer eran amigos de los Weyland, serían como mínimo nobles con título aunque carecieran de fortuna. Y a pesar de que nadie lograría obligar a Ethan a que se casara, podrían hacerle la vida muy difícil.

Pero bueno, todo el mundo tenía un precio; ella quería casarse con un hombre rico por algún motivo, y Ethan le había arrebatado su virginidad.

Tal vez la familia estuviera ahogada por las deudas, o sus hermanas necesitaran una dote. Ethan estaba dispuesto a pagar una verdadera fortuna a cambio de que ella fuera su amante; así podría saciarse y lograr por fin olvidarla. La instalaría en una casa cerca de la suya, en algún lugar que le resultara

conveniente, y a cambio, se haría cargo de todos los problemas de su familia.

Volvió a deslizar la cuchilla por su mejilla y, al mirarse al espejo, vio el punto más débil de su plan.

«La próxima vez que la vea no llevaré antifaz.»

Ethan estudió su reflejo con atención por primera vez en mucho tiempo. La cicatriz era profunda y le recorría toda la mejilla derecha describiendo un giro en el pómulos. Los puntos le habían dejado marcas en los extremos, y con cada gesto de su rostro, la cicatriz se deformaba y palidecía.

Brymer había hecho un buen trabajo.

Aquella noche, cuando Van Rowen se dio cuenta del error que había cometido, corrió hacia el establo y vomitó al ver la herida de Ethan. Consternado, el hombre le ofreció sufrir él el mismo daño, pero Ethan tenía otros planes para él y su esposa; y también para Brymer.

Después de que lo soltaran, Ethan apretó los dientes para reprimir el dolor y, sin plena conciencia de ello, montó en su caballo. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, consiguió salir de la finca de los Van Rowen, sólo para caer desmayado en una zanja del camino, en la que pasó dos días.

Meses más tarde, antes de que Ethan hubiese finalizado su venganza, Van Rowen retó a un borracho a un duelo. En el momento justo, se dio la vuelta hacia su contrincante sin desenvainar y murió en lo que se conocía como «el suicido del caballero».

En cuanto a Sylvie, Ethan la arruinó dejándola sin un céntimo, en la más absoluta miseria.

Por algún extraño motivo, Ethan decidió perdonarle la vida a Tully. Pero éste había quedado tan afectado por lo de aquella noche que desapareció de la zona y probablemente aún debía vivir muerto de miedo en alguna parte.

¿Y Brymer? Ethan le degolló; lo último que vio aquella sabandija antes de morir fue la cicatriz del rostro de Ethan.

Antes de que lo marcaran como a un animal, Ethan habría hecho muy buena pareja con la joven, pero ahora lo más probable era que se burlara de él. ¿Acaso no le había dicho ella misma que le gustaban los hombres atractivos?

Ethan trató de sonreír, pero el gesto le resultó incómodo, y la vista repulsiva incluso a sí mismo. En aquel momento, el odio hacia los Van Rowen renació dentro de él, y lanzó la navaja contra la palangana llena de agua.

UNA, hora más tarde, después de ver a Hugh y mantener su fraternal pelea diaria con él, Ethan se dirigió a casa de Quin. Esa mañana, Ethan era más consciente de cómo lo observaban los transeúntes. Él los obsequió con su mirada más fulminante.

Al llegar a la mansión, Ethan se dio cuenta de que estaba nervioso. Diablos, después de su comportamiento de la noche anterior, seguro que ella lo insultaría. Pero si lograba lo que quería, estaba dispuesto a soportar lo que fuera.

Sin esperar a que lo invitaran a entrar, o a que lo anunciaran, Ethan entró en el despacho de Quin.

—Genial, otro MacCarrick con el que discutir. Esta mañana ya he tenido que evitar que tu hermano se pelease con un amigo de Jane.

—Acabo de ver a Hugh y no me ha dicho nada de ninguna pelea. —«Eso no es amarla en secreto y a distancia, Hugh.»

—Bueno, yo no lo llamaría pelea, pues eso implicaría que había dos contrincantes —le corrigió Quin—. No hace falta decir que, después de ver a Hugh de ese modo, Jane no tiene demasiadas ganas de estar cerca de él, y mucho menos de irse con él a ninguna parte.

«Irse con él.» Precisamente ése había sido el tema de la discusión que había tenido con su hermano. Hugh había decidido llevarse a Jane de la ciudad... los dos solos. Se avecinaban desastres...

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Quin—. Creía que estabas buscando a Grey.

—Ayer por la noche fui a su escondite. No creo que haya llegado aún a Londres.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero hablar de la chica que está pasando unos días con tus hermanas.

—¿Madeleine? ¿Tiene algo que ver con Grey? ¿Cómo puede estar ella involucrada en todo esto?

Madeleine. A Ethan le gustó el nombre. Pero al recordarla volvió a fruncir el cejo.

—No tiene nada que ver con Grey. Es... personal.

—¿Y qué diablos quieres tú de ella? ¿Desde cuándo la conoces?

—La conocí anoche, en el baile de máscaras.

—¿Me preguntaba qué le había pasado para que regresara tan asustada! —Quin se levantó y se acercó a la ventana—. Debería haber imaginado que, en todo Londres, el único hombre capaz de asustarla de ese modo tenías que ser tú.

—¿Asustarla? Oh, ya, ella tan dulce e inocente... ¿Sabías que tenía intención de engatusarte para que te casaras con ella?

Quin se dio la vuelta.

—Vaya, debería haber sospechado algo cuando me dijo que desde pequeña soñaba con casarse conmigo, o cuando me preguntó si quería casarme con ella. La muy traidora; me pregunto cómo su conciencia la deja dormir por las noches.

«Soñaba con casarse con Quin.» Ethan apretó los dientes y sintió ganas de golpear el immaculado rostro de su amigo.

—Escúchame bien, MacCarrick, la verdad es que estuve tentado de hacerlo. Madeleine es una persona con secretos, incluso a veces poco honesta, y anormalmente preocupada por el dinero, pero también es dulce, lista e inteligente. Cualquier hombre estaría orgulloso de convertirla en su esposa.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Ya sabes por qué. —El papel que Quin desempeñaba en la Red a veces lo obligaba a tener que seducir a alguna mujer, y en ocasiones a recorrer medio mundo para hacerlo—. Además, ella tiene una especie de prometido esperándola en casa —prosiguió Quin regresando a su escritorio—. Seguro que aceptará casarse con él tan pronto como regrese.

De eso ni hablar.

—¿Quién es?

—¿No creerás en serio que voy a decírtelo?

—Sabes que antes de que termine el día lo habré averiguado.

El trabajo de Ethan consistía no sólo en aceptar las misiones que nadie más quería, sino también en obtener todo tipo de información.

—¿Y por qué estás tan interesado en ella? Madeleine es una dama, y virgen, no se parece en absoluto a las voluptuosas busconas que suelen gustarte.

—¿Estás buscando pelea?

—Mantente alejado de ella, MacCarrick. No sé qué pasó en el baile, ella se ha negado a contárselo incluso a Claudia, pero cuando la he visto esta mañana parecía que se hubiera pasado toda la noche llorando.

¿Se había pasado toda la noche llorando? ¿Tan mal había ido todo?

—Mira, Quin, entre ella y yo pasó algo. Intentó engañarme para que me casara con ella, por supuesto no lo consiguió.

—¿Que ella intentó qué? —Quin soltó una carcajada—. ¡Tendrás cara dura!. Esa chica es extremadamente adorable. Y si lo que dices es cierto, ¿por qué se ha ido de Londres esta misma mañana? Ethan se quedó helado.

—¿Qué has dicho?

—Que se ha ido. La verdad es que parecía desesperada por alejarse de aquí.

¡Maldita fuera! Ethan aún tenía que matar a Grey antes de poder ir tras ella.

—Dime cómo se llama y dónde puedo encontrarla —exigió Ethan acercándose furioso al escritorio.

Quin se levantó al instante.

—¿Y dejarla a merced de un lobo sanguinario como tú? No sé por qué de repente te interesa tanto una chica de buena familia, y mucho menos una que es amiga de mi hermana, pero de mí no obtendrás más información.

—Después de lo de anoche, para ella ya es demasiado tarde; me entregó su virginidad.

Quin abrió los ojos como platos y se abalanzó sobre Ethan con el puño a punto para golpearlo. Ethan interceptó el puñetazo y le apretó la mano con fuerza dentro de la suya.

—No me fastidies, Quin. Mi paciencia tiene un límite.

El otro apretó la mandíbula para soportar el dolor.

—Ethan, ya sé que tu conciencia es más bien inexistente. Pero no creía que fueras capaz de aprovecharte de una chica inocente más de diez años más joven que tú. —Cuando Ethan lo soltó, Quin se sentó en su silla y sacudió la mano para recuperar la sensibilidad—. Dios mío, le has destrozado la vida. Sé de sobra que jamás te portarás como es debido, y por otra parte, su prometido ahora ya no querrá casarse. Tengo que ir a buscarla y convertirla en mi esposa en seguida.

—Mantente alejado de ella —gruñó Ethan—. Me pertenece. —Al ver que Quin lo miraba con intención de seguir discutiendo, Ethan añadió—: Si te casas con ella, te mataré.

—¿Ni siquiera sabes quién es! —replicó Quin—. ¡Y además tú no quieres casarte!

—No, no quiero.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿Qué es lo que pretendes?

—Ya lo pensaré cuando haya acabado con Grey. Mira, ahora voy a estar muy ocupado intentando salvarle la vida a tu prima, y sabes que no tengo tiempo que perder. —A Ethan no le importaba Jane en absoluto, pero sabía que si ella moría, su hermano se quedaría destrozado, que Hugh jamás se recuperaría de haber perdido a la mujer a la que amaba con locura—. Cuanto antes me concentre en mi misión, mejor para todos. Así que dime cómo se llama y luego cuéntame todo lo que sepas de ese prometido.

Quin estudió a Ethan un rato y de repente lo entendió todo.

—La pequeña Madeleine se te ha metido bajo la piel, ¿no es así? Sí, supongo que es capaz. Yo estaba preparado, pero supongo que a ti te ha cogido desprevenido. —Quin asintió y sonrió—. Voy a darte esa información porque tenemos que detener a Grey cueste lo que cueste, y por desgracia tú eres nuestra mejor baza. Pero te confieso que también te lo diré porque sé que no tienes ninguna posibilidad de salir airoso. Madeleine te tendrá comiendo de su mano en dos días.

Ethan se rió sin ganas.

—¿En serio?

Quin lo miró a los ojos asintiendo.

—Casi siento lástima por ti.

—Limitate a decirme su maldito nombre.

—Muy bien. Se llama Madeleine Van Rowen.

DISPAROS, gritos, el ruido de unos cristales al romperse. Maddy suspiró cuando finalmente llegó a La Marais. Hogar dulce hogar...

A pesar de que la distancia entre Dover y Calais era tan sólo de veinte millas, cruzar el canal resultaba siempre agotador. Y esa vez no había sido ninguna excepción. El pequeño barco, una bañera flotante llena de gente vomitando y que escupía humo de carbón, surcó a duras penas el estrecho a través del temporal y las impresionantes olas.

Más tarde, en el vagón de tercera del tren que iba de Calais a París, tanto mineros como hombres elegantes se le habían insinuado, llegando casi a asaltarla. Por algún motivo, cada vez que se subía a un tren, Maddy tenía que hacer grandes esfuerzos para no quedarse dormida al instante.

A pesar de que sabía que corría peligro de que sus compañeros de viaje le robaran, Maddy había empezado a sentir esa familiar pesadez en los párpados y a sacudir la cabeza para despejarse. Pero era como si un mago de le *théâtre* le susurrara al oído que se durmiera. Por suerte, logró salir con bien, aunque se pasó todo el trayecto aturdida y en un estado cercano al letargo.

Y después de tan arduo viaje, su recompensa fue... La Marais.

El carruaje se detuvo frente al viejo edificio en el que tenía alquilada una habitación. Siglos atrás aquella zona era el parque de recreo de los reyes, y su vivienda, con tejado de pizarra y arquitectura gótica, probablemente había sido la mansión de algún noble. Pero desde que lo habían convertido en pequeños apartamentos baratos, lo mismo que el resto de construcciones del barrio, el tiempo y el abandono habían hecho mella en él.

Tan pronto como Maddy salió del carruaje escuchó el inconfundible acento inglés de sus dos Némesis; las hermanas Odette y Berthé Crenate.

—Mira por dónde, su alteza real ha vuelto —soltó Odette deteniéndose en el otro extremo de la calle—: Y nada menos que en un carruaje. Claro, Madeleine no se rebaja a coger el ómnibus.

Cuando el cochero bajó al suelo el baúl de Maddy, Berthé añadió:

—Ándese con ojo, señor, o le pedirá que le suba las cosas a su piso... y vive en el sexto.

Maddy fulminó a las hermanas con la mirada. Les encantaba burlarse de eso. En París, las plantas superiores estaban habitadas por la gente más pobre; y el edificio de Maddy sólo tenía seis pisos.

—¿La sexta? —repitió el hombre tendiendo una mano para que le pagara. Y después de que Maddy le diera el dinero, dio media vuelta sin pestañear.

Fantástico. Ahora lo único que tenía que hacer era subir aquel baúl ciento dos escalones. Por una escalera estrecha y a oscuras.

—Parece que la *gamine* tiene un trabajo a su medida —añadió Odette burlona.

Maddy irguió la espalda apretando los puños. *Gamine* significaba «traviesa» o «picara», pero también «hijos de la calle», y Maddy odiaba que la llamaran así.

Justo cuando iba a responder a los insultos, Maddy oyó una voz a su espalda.

—Berthé, Odette, *fermez vos bouches*.

Se dio media vuelta y vio a su amiga Corrine salir del edificio. Corrine era una compatriota inglesa, también expatriada, que le había hecho de madre a Maddy. Años atrás, cuando no tenía adonde ir, Corrine la había acogido en su casa.

Corrine cogió un asa del baúl y, levantando las cejas, le indicó a Maddy que hiciera lo mismo. Ella tomó aliento y juntas sortearon a los borrachos que estaban durmiendo en la entrada. Una vez en la escalera ambas se enfrentaron a la diabólica tarea. Maddy había subido aquellos peldaños a oscuras tantas veces que ni siquiera le hacía falta guiarse con la cuerda que utilizaban como barandilla.

Cuando por fin llegaron a su rellano y soltaron el baúl, la puerta del apartamento que había frente al de

Maddy se abrió y aparecieron los brillantes ojos azules de Beatrix. Cada vez que Bea oía chirriar la puerta de Maddy, corría a abrir la suya con la esperanza de que ella o Corrine le trajeran provisiones del exterior; cualquiera de las tres «C» que necesitaba para sobrevivir; café, cruasán o cigarrillos. Así se ahorra tener que subir y bajar aquella horrible escalera más veces de las necesarias.

Bea era una prostituta y en todo La Marais la conocían como «Bea la Puta». A Maddy el nombre le parecía ofensivo además de injusto, dado que la mayoría de las mujeres que vivían en aquella zona, incluidas Berthé y Odette, eran prostitutas.

Maddy había empezado a llamarla «Bea Ojos Azules» pues tenía unos preciosos ojos de ese color. Pero el apodo había resultado ser un mal presagio, pues Maurice, el hombre del que Bea se había enamorado, tenía la mala costumbre de pegarle y dejarle los ojos morados, o azules, como solían decir en La Marais. Precisamente en esos instantes, Maddy vio que el tal Maurice la había obsequiado con uno esa misma mañana.

—¿Cómo te ha ido Maddée? —preguntó Bea sin aliento—. ¿Has tenido éxito?

A Maddy se la veía desaliñada, estaba exhausta... y había regresado. Era evidente que no, que no había tenido éxito. Bea a veces era un poco limitada.

—No. Ya os dije que ese hombre era inalcanzable. —Se pasó por la cabeza la cinta en la que solía llevar colgada la llave y abrió la puerta de su colorido apartamento. Se dirigió directamente hacia la cama y se tumbó en ella—. Todo ha sido un completo desastre —murmuró contra la raída colcha.

Corrine se sentó a su lado y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Prepararé un poco de té —dijo—, y así nos lo cuentas todo.

¿Que les contara el fiasco de su viaje? Bueno, ¿qué daño podía hacerle eso? Era imposible que pudiera sentirse peor.

—Muy bien. Prepara té. Litros y litros de té.

Mientras hervía el agua y sus amigas la ayudaban a colgar aquellos vestidos que iba a tener que vender sin dilación, Maddy corrió las cortinas de paño escarlata y abrió el balcón.

Estaba orgullosa de su casa, satisfecha de lo que había conseguido con sus limitados recursos. Había ocultado las manchas de la pared bajo un collage de coloridos folletos de propaganda de teatros, y el otro extremo estaba cubierto con carteles de ópera. La habitación entera estaba inundada de telas de colores, gracias a una amiga que trabajaba en el teatro y avisaba a Maddy siempre que iban a deshacerse de algo. Ella siempre llegaba allí antes que los habituales rateros.

En su diminuto balcón tenía unas latas en las que crecían enredaderas y petunias. Chat Noir, un gato callejero sin dueño, descansaba tumbado en el suelo, tomando el sol, y la suave brisa de verano acarició el rostro de Maddy. Ella no vivía en la sexta planta sólo debido a su pobreza, sino también porque allí no llegaban los malos olores de la calle y, desde aquella altura, podía ver Montmartre por encima de las chimeneas de la ciudad.

Maddy se volvió de nuevo hacia la habitación y el sol iluminó el rostro de Bea.

—¿Ha sido Maurice o un cliente? —le preguntó señalando el ojo hinchado de su amiga.

Bea suspiró.

—Maurice. Se pone tan furioso... —Y con voz ausente, añadió—: Si consiguiera no hacerle enfadar tanto.

Los chasquidos de lengua de Corrine y Maddy dejaron clara su disconformidad, y Maddy incluso se agachó para tirarle una de sus zapatillas. No sabía cómo convencer a Bea de que se merecía algo mejor, lo había intentado ya casi todo. A pesar de ser guapa y buena persona, Bea estaba convencida de que Maurice era lo mejor a lo que podía aspirar.

La Marais tenía siempre ese efecto en sus habitantes. El lema no oficial del barrio era de mal en peor. Todos estaban convencidos de que por muy mal que fueran las cosas, siempre podían empeorar. En especial si uno se atrevía a desear algo más de la vida.

—Es mejor aceptar la situación —decían.

A lo que Maddy siempre contestaba:

—La fortuna sonrío a los atrevidos.

Pero esa vez no había sido así para ella...

Cuando el té estuvo listo, las tres chicas salieron al balcón y, sentadas sobre viejas cajas de leche, bebieron en tazas cada una de un juego. Chat Noir decidió que Maddy iba a ser la afortunada que lo tuviese en su regazo, y se acomodó sobre sus piernas. Ella no pudo evitar sonreír al notar lo caliente que el animal tenía la piel.

—Creía que estaba enfadado contigo —comentó Bea señalando al enorme gato.

—Lo estaba. Me tuvo abandonada durante semanas. —Lo único que Maddy había hecho había sido decirle que no le convenía quedarse con ella. Chat Noir podía encontrar algo mejor, tal vez incluso alguien que pudiera permitirse darle de comer más que restos de manzanas.

Maddy estiró las piernas sintiéndose a gusto y se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos la camaradería que existía entre aquellas chicas y ella.

Le gustaba mucho estar con Claudia y con las chicas Weyland, pero ahora tenía muy poco en común con ellas. Bea, Corrine y Maddy en cambio eran muy similares: todas tenían secretos y un trágico pasado que ocultar.

Bea, igual que Maddy, había ido a parar a La Marais muy joven. Su madre se había casado con un soldado pobre y, cargando con la pequeña Bea, había decidido seguir a su regimiento por todo el mundo. Aún entonces, Bea se despertaba sobresaltada si oía el repicar de los tambores. La comida y la seguridad, tanto de Bea como de su madre, dependían de que ese soldado siguiera con vida. Y así fue hasta que Bea cumplió doce años; luego lo perdieron todo.

A los dieciséis, Corrine, la educada hija de un pastor inglés, se casó con un sastre francés que pasó por su pueblo.

—Soy sastre y tengo mi propia tienda —le contó él, pero lo que en realidad quería decir era—: «Vivo en un miserable apartamento cuatro pisos por encima de la tienda. Coso retales para malvivir, y me gasto todo lo que gano en ginebra».

Desde entonces, Corrine se había casado dos veces más, y en cada ocasión, el novio había sido más aburrido y vago que el anterior. Corrine podía tolerar el aburrimiento, pero no la vagancia. Su laboriosidad era conocida por todos. A pesar de que Corrine cobraba alquiler sólo por la sexta planta y recibía una pequeña pensión, cuidaba de aquel edificio como si fuera suyo. Pero estaba perdiendo la batalla. Su escoba y sus fregoteos no podían enfrentarse al tiempo y a la desidia.

—¿Estás despierta, Maddée? —preguntó Bea—. ¿Por qué no nos cuentas cómo te ha ido con el inglés?

Maddy sólo había bebido media taza de té, así que optó por la versión resumida.

—Llegué a Londres. Flirteé con él y le hice mis insinuaciones, pero él me dijo que no quería casarse, y mucho menos conmigo. Tal como ya sospechaba —añadió ella, recordándoles a sus amigas que había hecho ese viaje sólo porque ellas habían insistido mucho en ello. Maddy sabía que no iba a conseguir nada de Quin.

Y no porque creyera en lo de «de mal en peor», se dijo a sí misma sino porque se trataba de una simple cuestión de lógica. Quin era un joven rico y educado, y ella una huérfana sin educación que vivía casi en la miseria. No tenían nada en común—. Me dijo que él no es de los que se casan.

—Odio que digan eso —murmuró Bea, y Corrine asintió con la cabeza dándole la razón.

Maddy tenía el recuerdo del Escocés todavía a flor de piel, y creía que sería demasiado doloroso hablar de él, pero sin embargo lo hizo:

—Conocí a otro hombre...

—¿Y? —preguntó Corrine ansiosa.

—Lo conocí en un baile de máscaras. Era escocés, alto y misterioso. Entre él y yo había..., *je ne sais*

quoi, una conexión especial. O eso creí. —A pesar de que lo había intentado, desde esa noche Maddy no había podido dejar de pensar en él ni un momento—. Y ni siquiera sé su nombre.

—*Le coup de foudre* —dijo Bea asintiendo entusiasmada.

—¿Un flechazo? —Maddy se rió sin ganas—. Yo también lo pensé. Y después de que me besara estaba convencida de ello.

Bea abrió los ojos como platos.

—Oh, Maddée, por fin te has echado un amante, ¿me equivoco?

Maddy suspiró y les contó todo lo que había pasado:

—... y después de todo eso, me dio dinero y me dejó tirada en el carruaje como si le molestara estar conmigo.

—La próxima vez no notarás tanto dolor —la tranquilizó Bea—. Cuando se es virgen siempre es peor, sobre todo si él era... *très viril*.

Maddy sabía que lo que decía era cierto, pero aun así tenía miedo de una segunda vez... aunque estaba segura de que jamás encontraría a otro que fuera tan viril como el Escocés.

—Durante el viaje de regreso, he llegado a la conclusión de que no tengo ninguna prisa por volver a repetir la experiencia. —Fingiendo indiferencia, Maddy levantó la cara hacia el sol aun a riesgo de que éste le hiciera salir más pecas—. Da igual, al final resultó ser un cretino. No me casaría con él aunque me lo suplicara de rodillas.

—¿Y qué te decía tu instinto? —preguntó Corrine—. ¿No te advirtió que te alejaras de él?

—La verdad es que, al contrario, todos mis instintos me repetían que él era... buena persona.

A Maddy no le pasó por alto la mirada que intercambiaron Corrine y Bea. Corrine no alquilaba jamás un apartamento a nadie a quien Maddy no le hubiera dado antes su aprobación.

—¿Por qué no les contaste a tus amigas inglesas lo que te pasó? —quiso saber Corrine.

—Lo pensé, y me imaginé a mí misma contándoles toda la verdad a la hora del té. Empezaría diciendo: Bueno, la verdad es que... después de que papá muriera, mamá y yo no nos mudamos a París porque ella echara de menos su ciudad natal, sino que nos fuimos allí en plena noche para huir de nuestros acreedores. Después de pasarnos un año en una pocilga, mamá se casó con un hombre rico llamado Guillaume, y durante un tiempo vivimos en uno de los mejores barrios de París, ese en el que vosotras aún creéis que sigo viviendo. Pero ¡no! La verdad es que le pago a una de las sirvientas para que me guarde el correo, y para que, si alguien va a buscarme allí, le diga que estoy de viaje.

»Luego vendría la gran revelación: Sylvie murió hace años, y el miserable de Guillaume me echó a la calle. Ahora vivo en un barrio pobre y mugriento. La verdad es que soy huérfana, pero no en el excitante sentido de quien es una rica heredera, sino en el sentido de que no tengo ni un céntimo a mi nombre. Y como no pude robar lo suficiente como para comprar los vestidos y las joyas falsas necesarias para atrapar a Quin, tuve que pedir dinero prestado a un usurero que me romperá los brazos si no se lo devuelvo dentro del plazo establecido.

—Bueno —la interrumpió Corrine mordiéndose el labio inferior—... dicho así.

—Oh, Maddée —añadió Bea—, *c'est deplorable!*

Chat Noir, aburrido del drama de Maddy, saltó bostezando de su regazo. Se paseó por la barandilla y algo en la calle captó la atención de la chica. Dos tipos enormes se acercaban al edificio.

—¿Son esos los hombres de Toumard? —preguntó Maddy sin mirar a sus amigas—. ¿Acaso se puede ser más tonta? ¿Cómo se me ocurriría pedirle dinero prestado a Toumard?

Maddy se había endeudado demasiado. Por mucho más de lo que podía ganar en un año de trabajos esporádicos como vendedora de cigarrillos, sirviendo cafés o robando a turistas. Cuando volvió a mirar a sus dos compañeras de penurias las vio preocupadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Maddy—. Decídmelo. Mi vida ya no puede empeorar.

—Vamos, entremos para que no nos vean —aconsejó Corrine antes de entrar—. Maddy, querida, esos

matones ya estuvieron aquí ayer. Te estaban buscando, y exigieron entrar en el edificio. No hace falta que te diga que lo tenemos cerrado a todas horas.

—¡Y yo sólo recibo a los clientes habituales! —añadió Bea.

—¿Ya estuvieron aquí? —Maddy se frotó la sien—. Pero si aún no me he retrasado en el pago.

—Dijeron que Toumard había subido los intereses. Cada semana que pasa le debes más.

Maddy se sentó de nuevo en la cama.

—Pero ¿por qué?

—Ya sabes lo rápido que corren los chismes en este barrio —contestó Corrine—. Le pediste dinero y luego te compraste un guardarropa entero y te fuiste de la ciudad. Todo el mundo pensó que estabas planeando un timo. Berthé y Odette también, y se lo dijeron a Toumard, que creyó que tendrías éxito y quiere aprovecharse.

Corrine le contaba todo eso sin levantar la vista de sus manos estropeadas por la lejía, mientras Beatrix parecía estar estudiando con atención todos los golpes que tenía su taza.

—¿Qué más? —Maddy se obligó a sonreír—. Puedo soportarlo. —Fuera lo que fuese, lograría salir adelante. Ella siempre lo conseguía.

—Toumard ya no quiere dinero —prosiguió Corrine indecisa—, me parece que ahora tiene otras intenciones.

Maddy tragó saliva. Había rumores de que así fue como Berthé y Odette habían comenzado en su oficio. Antes de deberle dinero a Toumard, las hermanas trabajaban como camareras, pero antes que acabar con los brazos rotos, habían llegado a un acuerdo mucho más beneficioso para los tres. Acuerdo que el mismo Toumard gestionaba y controlaba.

Corrine dejó la taza a un lado.

—Si no podemos reunir el dinero...

—Maddée tendrá que irse de aquí —acabó Bea la frase con los ojos llenos de lágrimas.

—No, Bea, no —la tranquilizó Madeleine—, Maddée no se irá a ninguna parte. Lo tengo todo bajo control. Me casaré con el conde.

Le Daex era el único legado que le había dejado su madre; ella había arreglado ese matrimonio de conveniencia antes de morir. Se suponía que Maddy tenía que casarse con el conde al cumplir los catorce años, pero su madre murió justo en esa época, y Maddy se echó atrás. Y entonces fue cuando Guillaume la echó de su casa.

—Pero me dijiste que Le Daex es un mal hombre —dijo Corrine—. Y ya sabes lo que se dice sobre él...

Maddy se estremeció sólo de pensarlo.

—No, no. Yo seré más lista que él, le sobreviviré y heredaré su fortuna. —Maddy sabía que sus tres anteriores esposas habían tenido esas mismas intenciones antes de morir en extrañas circunstancias—. Nos haremos ricas y nos iremos de La Marais para siempre. Todo saldrá bien. Ya lo veréis.

MADDY vivía en un mundo cruel. Crecer en La Marais la había cambiado, y ella había aprendido a analizar con detalle todo lo que la rodeaba. No tardó en comprender que la decencia y la ética habían salido huyendo de aquel barrio y que en él sólo quedaba ya la búsqueda por satisfacer las necesidades básicas; comida, bebida y sexo, y el instinto de evitar la muerte y el dolor a cualquier precio.

Eso último era precisamente lo que había impulsado a Maddy a ponerse su último vestido presentable y bajar los ciento dos escalones para ir a visitar a Le Daex. Como no podía permitirse pagar el billete del ómnibus, fue a pie, aunque a Maddy no le convenía caminar; hacía sólo una semana que había regresado y había perdido ya tanto peso que había tenido que arreglar toda su ropa para que le sentara bien, incluido el vestido que llevaba puesto en ese preciso instante.

Cada día que pasaba en La Marais, Maddy corría más riesgo y cada decisión que tomaba podía llevarla directamente al éxito... o a la desgracia más absoluta.

Por la noche, antes de acostarse, repasaba lo que había hecho durante el día y clasificaba los acontecimientos en dos grandes categorías; debilidades y situaciones peligrosas. Para ello se preguntaba: «¿He hecho hoy algo que haya empeorado mi situación?».

Casarse con un hombre como Le Daex era una decisión muy arriesgada, pero si quería evitar las represalias, o «la tutela», de Toumard no tenía más remedio que hacerlo. Maddy había vendido los demás vestidos y todas las joyas falsas, pero aun así no había conseguido reunir todo el dinero que le debía, y sus matones la asediaban cada vez más.

De camino a la mansión de Le Daex, Maddy se cruzó con las prostitutas de siempre en sus lugares de trabajo, es decir, en medio de la calle arrodilladas atendiendo a sus clientes. La expresión de los rostros de aquellos hombres siempre la había fascinado. Los más jóvenes solían ser soldados y suplicaban a las mujeres que se detuvieran. Los mayores les exigían que no lo hicieran. Maddy siempre se había preguntado qué podía ser tan placentero que tanto los unos como los otros temían no llegar hasta el final.

El Escocés había utilizado su propia mano para alcanzar ese objetivo. Maddy se tropezó con el vestido.

Con el Escocés, Maddy había saboreado por primera vez la pasión y ahora entendía un poco más las escenas que la rodeaban. De noche, sola en la cama, Maddy se acordaba del gozo que él la había hecho sentir... antes de hacerle daño. Pero a pesar del dolor que le había infligido, Maddy seguía pensando mucho más en él que en Quin; y eso que con este último había querido casarse.

A medida que la calle se empinaba, y en consecuencia el barrio se encarecía, Maddy se acercaba más a la *boulangerie* que se había convertido en el anhelo de su existencia. Como de costumbre, al llegar allí se detuvo y se quedó embobada mirando el escaparate.

Las estanterías estaban repletas de pasteles glaseados que pedían a gritos que alguien se los comiera. Dentro, detrás del mostrador, estaba el refrigerador último modelo donde se veía un montón de helados. Dios, si alguna vez se le ocurría cómo robarlos sin que se derritieran, lo haría sin dudar.

Mirar aquellos dulces era sólo un aperitivo de frustración para soportar lo que de verdad obsesionaba a Maddy: las jóvenes esposas que estaban sentadas en el interior. En ese instante, Maddy deslizó la vista hacia ellas.

Todas tenían más o menos su edad, y estaban allí, tan felices, cuchicheando y dejando platos llenos de comida intacta. Algunas mecían cochecitos de ruedas plateadas en los que descansaba un bebé, y seguro que todas tenían en casa unos maridos respetables; hombres que las adoraban y a los que ellas correspondían, unos maridos que las protegían tanto a ellas como a sus hijos.

La envidia que sentía Maddy era tan grande que se le llenaban los ojos de lágrimas y le entraban incluso ganas de vomitar.

«Daría lo que fuera por ser una de esas mujeres. Lo que fuera.» Envidiaba todo lo que tenían. Maddy

deseaba un bebé regordete al que poder amar y cuidar, no como su egoísta madre había hecho con ella. Quería llevar un reloj colgado del vestido y comprobar si había llegado la hora de reunirse con su marido en su acogedor y feliz hogar. Quería leer revistas de moda y decidir qué iba a comprarse en vez de tener sólo que soñarlo.

Ella quería casarse con un hombre rico, pero no por los motivos que todo el mundo creía. Por supuesto, no le haría asco a las joyas ni a los regalos caros, pero eso era lo de menos. Lo que de verdad quería Maddy era la seguridad que conlleva tener dinero, y la familia que podría tener viviendo tranquila y feliz.

Había concentrado sus esfuerzos en hombres muy ricos porque éstos tenían menos probabilidades de perderlo todo, tal como le había pasado a su padre. Este era la persona a la que Maddy más había querido, pues él siempre trataba de compensarla por la falta de afecto de su madre, pero, a la vez, Maddy no podía olvidar que la había dejado sola e indefensa en el mundo. En un mundo que parecía dispuesto a castigarla por cada paso equivocado que daba.

El viejo encargado de la *boulangerie* miró a Maddy a través del cristal. A pesar de que iba vestida con su mejor vestido, la reconoció y la amenazó con los ojos. El hombre adoptaba una expresión de abuelo bondadoso ante sus clientes, pero a ella solía insultarla, y en alguna ocasión había llegado incluso a perseguirla por la calle con una escoba. Maddy le hizo un grosero gesto, y dando media vuelta siguió su camino.

Que una mujer que vivía sola en La Marais soñara con tener un marido decente y una casa en las afueras llena de niños era más que ridículo, era un imposible.

Pero Maddy no se detenía allí, ella aún creía además en... el amor.

Incluso después de haber sido testigo del matrimonio entre sus padres, más parecido a la relación entre un abuelo y una nieta, y después de todas las perversas relaciones que había visto en su barrio, Maddy seguía deseando encontrar un hombre que la amara.

En un mundo cruel como el de ella, los sueños como ése no eran más que una carga, y Maddy había decidido renunciar a ellos y casarse con La Daex, evitando de ese modo que le rompieran los brazos.

Ethan miró al chivato cuyo cuello aún sujetaba con fuerza entre sus manos y sintió lástima. Aflojó un poco los dedos para que pudiera respirar un instante y luego volvió a apretar con fuerza.

—¿Estás seguro de que eso es todo lo que sabes sobre Grey?

El pobre individuo asintió como pudo y Ethan por fin le soltó y lo dejó allí tirado, en medio del callejón.

Luego regresó a la taberna del Lake District de donde había sacado al tipo a rastras hacía apenas un rato. Pero esta vez se sentó a una mesa del fondo y se ocultó entre las sombras para repasar todo lo que había averiguado durante la última semana.

En su incansable cacería, Ethan había cabalgado miles de kilómetros y había apretado tantos gaznates que hasta le dolían los nudillos. Ahora sabía con certeza que Grey era adicto al opio pero que ni por asomo estaba loco; Grey había conseguido regresar a Inglaterra cogiéndolos a todos por sorpresa.

Sin embargo, por suerte para ellos, Grey había cometido un error al degollar a una de las mujeres que trabajaba como informante para la Red. El arma preferida de Grey era el cuchillo, y la brutalidad de sus asesinatos le había proporcionado a Ethan una pista sobre su paradero.

Grey estaba siguiendo a Hugh.

Ethan tenía que ser más rápido y mejor que Grey. En el pasado siempre lo había conseguido, a pesar de que el traidor era un adversario de su talla, pero cada uno tenía su estilo.

Grey prefería la técnica; Ethan la fuerza bruta. Grey hablaba cuatro idiomas con fluidez y con acento nativo y era brillante en temas de estrategia, no obstante, había un motivo por el que prefería la navaja a

la pistola: Grey era incapaz de dar en el blanco.

Ethan en cambio prefería mil veces saber moverse en las calles y tener buena puntería.

Weyland decía que Grey era un asesino nato, el mejor que había conocido jamás; y de Ethan que era el más tenaz e incansable.

Este último sabía que se estaba acercando a su presa, pero como no lograba que Grey saliera de su escondite, había decidido anticiparse a sus movimientos.

Hugh había llevado a Jane a la casa que Ethan tenía junto a un lago a escasos kilómetros de aquella taberna. Tenían previsto quedarse allí unos días antes de irse a Escocia. Seguro que a esas alturas Grey ya habría averiguado el paradero de la casa, y el modo más rápido de llegar a ella era tomando el ferry que salía de la taberna misma. La otra opción era demasiado trabajosa: había que cabalgar hacia el norte durante días para poder llegar a la finca desde la parte de atrás. Aquella taberna era el portal, y Ethan sería su centinela. Esperaría allí hasta que Grey apareciera.

La trampa estaba preparada, y Ethan sentía cómo su presa se estaba acercando.

Como si matar a Grey no supusiera ya bastante presión, Edward Weyland había exigido que Hugh y Jane contrajeran un matrimonio de conveniencia antes de permitirles viajar juntos por todo el país. Diez años atrás, cuando Hugh tuvo que renunciar a Jane, no se tomó el hecho demasiado bien. Ahora, después de pasar día y noche con ella, y además siendo su esposa... se volvería loco cuando tuviera que volver a dejarla.

Hugh tenía intención de pasar unos días en la casa del lago y luego dirigirse a la ruinoso propiedad que Court tenía en Escocia. Si por algún motivo Ethan no lograba atrapar o matar a Grey, al menos debía intentar darle más tiempo a su hermano para poder escapar con Jane. Hugh tenía que atravesar las montañas a caballo, aunque era un francotirador experto y un gran cazador, y la naturaleza su segundo hogar...

Ethan salió de su ensimismamiento al ver entrar a Arthur MacReedy y a su imberbe hijo en la taberna. Las últimas personas del mundo a las que esperaba encontrar.

Recordó entonces que la familia MacReedy tenía una cabaña de caza en el Lake District y que pasaban largas temporadas en la zona. Ethan sabía muchas cosas de los MacReedy, al fin y al cabo, casi había llegado a casarse con la hija de Arthur, Sarah.

Verlos le trajo a Ethan a la memoria los recuerdos de una época en la que intentó ignorar la maldición y llevar una vida normal; casarse, tener hijos. Y olvidar lo que le había pasado.

Ethan y Sarah no estaban enamorados, de hecho, hasta unos días antes de la ceremonia ni siquiera se conocían, pero su unión tenía sentido. Sarah era una belleza, y Ethan era un acaudalado laird. Todo estaba a punto, hasta que la noche antes, Sarah se subió a lo alto de la torre de la vieja mansión familiar, lo miró a los ojos y le recorrió la todavía reciente cicatriz con repulsión y lástima al mismo tiempo.

Ethan le tendió la mano y le dijo:

—Sarah, no tienes por qué casarte conmigo...

—Kavanagh —interrumpió sus pensamientos el anciano MacReedy saludándolo con el respeto que se suponía debía tenerle.

Ethan le respondió con la mirada fulminante que se esperaba de él. MacReedy y su hijo se alejaron de allí en seguida.

Cuando la camarera se acercó a la mesa de Ethan para preguntarle qué quería, no lo miró a los ojos ni un instante, temerosa de que, si lo hacía, él pudiese pedirle algo más que bebidas. Bueno, era lógico que creyera que un hombre con un rostro como el suyo tenía que pagar para que una mujer se acostara con él.

Ethan estaba harto de que lo miraran a hurtadillas, harto de que las mujeres lo contemplaran horrorizadas. Daría todo lo que tenía a cambio de que una mujer lo mirase a la cara con naturalidad, y que incluso se atreviera a preguntarle: «¿Cómo te has hecho esa cicatriz?». No le diría la verdad, claro, pero quería saber lo que se sentía al hablar del tema.

La camarera le preguntó si quería comer o beber algo. Ethan declinó el ofrecimiento y estuvo tentado de decirle: «Y si piensas que quiero acostarme contigo, deja que te diga que hace cinco noches estuve con una mujer a la que no le llegas ni a la suela de los zapatos».

Y así, sin venir a cuento, volvió a pensar en Madeleine de nuevo. Madeleine Van Rowen. Cuando Quin le reveló la identidad de la chica, Ethan apenas pudo disimular la sorpresa, pero luego, pensándolo bien, no le extrañó que ambas familias se conocieran, pues los Weyland tenían una casa cerca de Iveley Hall, la antigua propiedad de los Van Rowen. Mansión que Ethan se había adjudicado al morir Van Rowen.

A Ethan aún le costaba creer que se hubiera acostado con ella. La chica a la que habían mencionado aquella horrible noche, la Maddy cuyo nombre había oído el día que el destino de Ethan quedó destrozado para siempre.

Tras averiguar la identidad de Madeleine, Ethan repasó todo lo sucedido en el baile de máscaras. Antes de saber quién era, Ethan casi se había convencido de que la chica era inocente, pero una vez supo que era la hija de dos de las personas más malvadas del mundo, tuvo claro que todo había sido un plan fríamente calculado.

Ethan siempre había oído decir que la gente desesperada hace cosas imprevisibles. Pero en el caso de los Van Rowen eso no había sido así. De hecho, fue tan fácil manipularlos que Ethan casi sintió que la venganza le sabía a poco.

Van Rowen tenía problemas económicos. Había aportado sus tierras e inversiones como garantía para conseguir préstamos destinados a satisfacer los caprichos de su joven esposa y tenerla contenta.

Ethan consiguió comprar las deudas de Van Rowen y se hizo el propósito de esperar. La verdad es que Ethan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reprimir las ganas que tenía de ejecutarlas. Jamás permitió que el hombre supiera que él era el artífice de su ruina, y nadie sospechó nunca que un joven escocés fuese capaz de llegar a destruir a un noble inglés.

Mucha gente acusaba a Ethan de no tener sentimientos, pero lo cierto era que tenía demasiados. Y siempre había sido así. El odio que Ethan sentía por los Van Rowen impregnaba todos los aspectos de su vida. Al finalizar la venganza, intentó olvidarse de todo; Van Rowen y Brymer estaban muertos, y Sylvie arruinada.

Ethan estaba convencido de que con lo hecho había conseguido mitigar la rabia que sentía, sin embargo, tras su encuentro con Madeleine se dio cuenta de que ese odio seguía quemándolo por dentro.

Ahora entendía por qué ella tenía acento francés. Los últimos informes que había recibido sobre Sylvie y su hija años atrás decían que ambas vivían en el mugriento barrio de La Marais.

Tras investigar un poco más, Ethan descubrió que Sylvie en realidad había nacido allí, y le alegró saber que había tenido que regresar con el rabo entre las piernas. Sylvie se merecía morir en un lugar horrible y cochambroso, y cualquier hijo suyo y de Van Rowen se merecía el mismo destino. Al menos así lo creía Ethan.

Pero en vez de eso, la reciente viuda se casó con un acaudalado parisino. La dirección que Quin le dio de Madeleine estaba en el rico barrio de St. Roch. Si Sylvie vivía allí y había enseñado sus malas artes a su hija, señal de que no la había castigado lo bastante.

Esa mujer había tenido la desfachatez de mandar a su Maddy a Inglaterra para que intentase casarse con Quin mientras guardaban otra propuesta de matrimonio en la recámara. El conde Le Daex era incluso más rico que Ethan, y eso que la fortuna de éste era más que considerable. Ethan sentía náuseas sólo de pensar en lo que ese matrimonio podría beneficiar a Sylvie.

Pero era mucho peor imaginar a Le Daex con Madeleine. Ethan apretó los puños.

Inspiró hondo y se obligó a tranquilizarse. Antes de partir de Londres, Ethan se aseguró de que Le Daex descubriera lo que su prometida había estado haciendo en la ciudad, y, en especial, lo que había sucedido una noche en concreto.

Ethan era un maestro en ese tipo de triquiñuelas, y tenía muchos contactos en París.

Las avariciosas Van Rowen no conseguirían hacerse con la fortuna de Le Daex.

Pero aun sabiendo qué tipo de sangre corría por las venas de Madeleine, Ethan no podía dejar de desearla. Todo lo contrario, cada día ansiaba más estar con ella. Estaba confuso y hecho un lío.

Maldición, tenía que concentrarse, ya decidiría más tarde sobre ese asunto. Se levantó de la mesa y salió fuera de la taberna a tomar el aire.

Dos chicos pasaron junto a él y se quedaron aterrados al verle, de modo que Ethan les hizo una mueca y salieron de allí corriendo.

«Madeleine reaccionará igual.»

Con el rabillo del ojo, vio algo que se movía.

Davis Grey estaba en un balcón al otro lado de la calle. En su rostro se dibujaba una retorcida sonrisa y tenía las cejas levantadas, como si no se pudiera creer que Ethan hubiera sido tan descuidado. Le estaba apuntando con una pistola ya amartillada.

«Pero ¿qué he hecho...?»

Ethan estaba furioso y desenfundó su arma para disparar.

Demasiado tarde. Un horrible dolor le estalló dentro del pecho. Grey había dado en el blanco.

-ESTOY perdida —susurró Maddy para sí misma de regreso a La Marais.

Pero bueno, ¿qué estaba pensando? Ella siempre estaba perdida, lo único que cambiaba era la gravedad de la situación. ¿Cómo se había atrevido a pensar que el destino iba a ser benévolo con ella? ¿O que, por primera vez, iba a tener un poco de suerte?

—Estoy más perdida que de costumbre —se corrigió a sí misma.

Los matones de Toumard la esperaban en el callejón que había junto a su casa, así que se vio obligada a vagar por las calles con aquel vestido de seda durante horas. Estaba endeudada hasta el cuello, y no tenía ni idea de cómo pagar; por otra parte, lo único que poseía de valor —su virtud— la había entregado a cambio de nada.

Y ahora, esa noche salvaje le había pasado factura.

Uno de los contactos que el conde tenía en Londres le había dicho que había oído decir a través de no sé quién que su futura novia se había comportado como una cualquiera en su visita a la capital británica. ¡El muy hipócrita del conde le había exigido que se sometiera a un examen médico para determinar si aún era virgen o si existía la posibilidad de que llevara el hijo de otro hombre en su vientre! ¡Como si aún estuvieran en plena Edad Media!

Maddy creía que ya no se hacían esas cosas y había estado tentada de decir: «Pero ¡si llevaba puesto el cinturón de castidad!». En vez de ello, optó por negarse a tal examen y se esforzó por parecer ofendida y en absoluto desconcertada..., pero el conde acabó por retirar su propuesta de matrimonio.

También él la había rechazado, y eso fue como recibir una bofetada. Pero lo peor era que Maddy había permitido que eso sucediera. Llevaba años tratando con hombres, habría podido encontrar el modo de volver la situación a su favor; habría podido acabar consiguiendo lo que quería. Se podría haber echado a llorar y fingir que la decisión del conde la superaba. Y si esa táctica fallaba, siempre quedaba la opción de seducirle, o bien asegurarse de que el médico que la examinara fuera de los que aceptan sobornos. Y a pesar de todo... no había hecho nada.

«¿He hecho hoy algo que haya empeorado mi situación?», se preguntaría por la noche.

«Pues sí», debería responderse.

Delante del conde, como si estuviera flotando fuera de su cuerpo, Maddy oyó casi incrédula las palabras que salieron de sus propios labios.

—¡De todos modos, yo no quería casarme con usted! Y su peluca apesta.

Había echado a perder su última opción. ¿Por qué? Ella jamás hacía tonterías, excepto con el Escocés, claro.

No debería haber ido nunca a Inglaterra. Regresar a su tierra natal después de tantos años en el exilio sólo había logrado que aún la echara más de menos. Allí se había comportado de manera arrogante y atrevida, y al parecer no había dejado esos rasgos en Londres tras volver a París.

—Oh, por favor, sólo quiero tener un poco de suerte —susurró desesperada mirando al cielo. Y, como en respuesta, unas espesas nubes ocultaron las estrellas. ¿Adonde iría si empezaba a llover? No todos los borrachos que deambulaban por las calles eran tan comedidos como los de su edificio. Algunos incluso podían ser muy agresivos si estaba en juego la defensa de su territorio.

El aire estaba cargado y húmedo y presagiaba tormenta, y Maddy odiaba las tormentas. Todas las tragedias de su vida habían ido acompañadas de lluvias torrenciales.

La mañana del duelo, cuando el amigo de su padre apareció en su casa para anunciar la muerte de su progenitor, unos relámpagos habían subrayado cada una de sus palabras. El día del funeral de su padre había llovido a cántaros.

Cuando Maddy y su madre regresaron del entierro, Iveley Hall estaba hasta los topes de acreedores. Y

como se consideraba de mal gusto llevar joyas a un entierro, Maddy y su madre tuvieron que huir de allí con lo puesto, a pesar de que un broche o un anillo habrían bastado para mantenerlas durante años. A medida que el carruaje se alejaba de allí, Maddy observaba la mansión por la ventana mojada por la lluvia, y supo con toda certeza que jamás lograría regresar a su hogar...

El incendio que casi la mató cuando tenía once años había sido causado por los fuertes vientos de una tormenta, mientras que las pocas gotas que ésta dejó no bastaron para apagarlo. Maddy se quedó atrapada en el pequeño apartamento donde vivía con su madre e, incluso antes de que le cayera encima una viga ardiendo que le rompió el brazo, estaba convencida de que iba a morir.

Cuando consiguió escurrirse entre las llamas y llegar a una ventana, Maddy tuvo que parpadear varias veces para convencerse de que lo que veía era cierto: allí fuera, en mitad de la calle, estaba su madre. Era obvio que había sido una de las primeras en salir.

En ese momento, presa del pánico y de las llamas, Maddy pensó que más le valía estar sola.

Aún tenía pesadillas en las que el fuego la consumía sin que ella dejara de repetir lo sola e indefensa que estaba.

El cielo retumbó, y Maddy, asustada, levantó la cabeza. La lluvia empezó a caer con fuerza y ella corrió al refugio más cercano: un castaño.

Luego se rió de sí misma hasta que la risa se transformó en llanto al ver cómo las hojas del árbol caían sobre ella en tropel.

Ethan se arrastró por los adoquines hasta derrumbarse en un charco de su propia sangre. La herida del pecho no dejaba de sangrar. Abrió los ojos y se dio cuenta de que, al caer, había soltado el arma. Oyó las pisadas de Grey acercándose, así como las de la gente que entraba y salía de la taberna.

Apretó los dientes y alargó el brazo hacia la pistola. Estiró la mano, todos y cada uno de los dedos, casi podía rozar la culata, casi...

Demasiado tarde. Levantó la vista y vio a Grey llegar al callejón y apuntándolo de nuevo. Éste se acercó a Ethan con toda la calma del mundo. Con la mano que tenía libre y sin dejar de sonreír, Grey jugueteó con un agujero humeante que tenía en la camisa y la chaqueta. La bala de Ethan sólo había estropeado uno de sus elegantes trajes.

—Y todos decían que eras mejor que yo —comentó Grey fanfarroneando.

«Y así ha sido durante diez años...» Ethan sentía el sabor de la sangre en los labios y sabía que, aunque Grey no volviera a dispararle, de todos modos iba a morir.

—Hugh te destruirá —dijo Ethan, atragantándose con cada palabra.

El otro se encogió de hombros.

—Eso dice todo el mundo y fijate. Por otra parte, yo siempre creí que acabarías siendo tú quien lo hiciera.

La puerta de la taberna se abrió de nuevo y la música y la luz iluminaron el callejón. Grey alzó la vista, miró a Ethan una vez más, y ocultó la pistola.

—Ambos sabemos que el disparo es mortal, viejo amigo. —Y por raro que pareciera, Grey miró a Ethan con lástima—. Cuando te he visto, parecía que estuvieras pensando en una mujer. —Se dio media vuelta y se dispuso a alejarse de allí, pero antes añadió—: Espero que valiera la pena.

Ethan, reprimiendo un grito de dolor, rodó hacia un costado en busca de su arma, pero Grey ya había desaparecido.

Ethan no podía ver quiénes habían salido por la puerta trasera de la taberna, pero sí podía oírlos.

Mirando el nublado cielo de esa noche, Ethan escuchó discutir a los MacReedy sobre si debían o no ayudarlo:

—No quiero meterme en líos.

—No le debemos nada.

—Se ha convertido en un canalla.

—¿Crees que tal vez se merecía que le dispararan?

—Avisad a mi hermano —les suplicó Ethan escupiendo sangre por la boca, pero ambos lo ignoraron.

Empezaba a tener escalofríos—. Escuchadme... —No lo hicieron.

Le había fallado a Hugh. En toda su vida Ethan jamás había sido tan descuidado. Cómo se le había ocurrido salir a la calle sin inspeccionar antes la zona. Se estaba muriendo y sólo podía pensar en dos cosas: advertir a su hermano... y en que ya no volvería a ver a aquella pequeña bruja.

Ethan sintió que unas manos lo sujetaban por debajo de los brazos y se preparó para soportar el dolor que sentiría cuando le levantasen, pero no lo consiguió y se desmayó.

No supo cuánto tiempo permaneció inconsciente, pero cuando se despertó estaba en una cama, con un cirujano de pulso tembloroso encima de él intentando sacarle la bala mientras otros hombres lo sujetaban. Ethan gritó de dolor cuando el susodicho médico extrajo el trozo de metal y luego limpió la herida con una generosa cantidad de whisky.

Antes de que empezara a coserle, el cirujano le metió la botella por el gáznate obligándole a beber más de la mitad de su contenido.

—He hecho cuanto he podido —dijo antes de terminar su tarea.

—¿Vivirá? —preguntó MacReedy.

Antes de volver a perder la conciencia, Ethan pudo oír la respuesta del doctor.

—Digamos que si se recupera de una herida como ésta... yo dejo la bebida.

-EMPIEZO a preguntarme si alguien se habrá dado cuenta de que este canalla ha desaparecido —dijo el viejo MacReedy—. Puede que nadie venga a por él.

—Cierto —repuso su hijo con tono distraído.

—¡Que te den, viejo cabrón! —gruñó Ethan.

Después de cinco semanas encerrado en casa de los MacReedy, Ethan estaba a punto de subirse por aquellas paredes tan alegremente empapeladas.

—¿Creéis que no os oigo?

Claro que los oía. Postrado en la cama en la que se recuperaba lentamente, Ethan podía escuchar cada día los sonidos de su tranquila vida: el roce de las cartas al barajarlas, los golpecitos que el viejo MacReedy daba en su pipa para vaciarla o los chasquidos de las fichas de dominó al caer sobre la mesa.

Tap... tap... tap... todo el maldito día. Ethan comenzaba a creer que se volvería loco.

«¿Por qué nadie ha venido a sacarme de aquí?» Se sentía como un perro abandonado, atado a un árbol y después olvidado.

—¡Vete al infierno, MacCarrick! —contestó el joven MacReedy.

—¿Y dónde coño crees que estoy?

Estrujando las sábanas con los puños, observó «su» habitación. La mayor parte de los armarios estaban repletos.

—Te crees muy valiente, pero juro que cuando pueda tenerme en pie de nuevo voy a hacer que te tragues los dientes.

Poco después, MacReedy padre entró en el cuartucho de Ethan y se dirigió hacia él con una mirada seria.

—Hijo, no quiero volver a recordarte que no me gusta el tipo de lenguaje que empleas.

La primera vez que el viejo le soltó un rollo acerca de cómo debía hablar fue cuando la señora MacReedy intentó leerle unos salmos. Ethan se negó a ello utilizando un lenguaje tan grosero que le pareció oír una explosión dentro del cerebro de la pobre señora antes de que ésta se escabullera de la habitación y se desmayara.

—Con deuda o sin ella, seguiré mareándote —dijo MacReedy con calma antes de irse del cuarto una vez más.

La famosa deuda. Siempre sacaban a relucir el tema. Sabían que le debían a Ethan haberse inventado la increíble mentira de que Sarah no había saltado, sino que había resbalado. De ese modo, consiguió que su memoria no fuera vilipendiada por el estigma del suicidio y que se pudiese celebrar un entierro católico. Sin embargo, de este modo, Ethan hizo recaer sobre sí mismo los rumores de que había sido él quien la había empujado a matarse, que le seguirían durante más de una década.

MacReedy sabía que Ethan no había mentado para preservar la memoria de Sarah ante su familia; de hecho, MacCarrick los culpaba de haberla forzado a casarse. Y se había asegurado de hacérselo saber cada vez que los veía lo que, por suerte, no ocurría muy a menudo.

Y no obstante, Ethan estaba ahora atrapado en casa de los MacReedy.

Cuando se despertó tras dos semanas de delirio, intentó salir de la cama inmediatamente. Estaba como loco por irse de allí y descubrir las consecuencias de sus atropelladas acciones. ¿Estaría su hermano a salvo o lo habría capturado también Grey?

Pero la herida de Ethan volvió a abrirse en seguida y él volvió a quedarse inconsciente. Aquel tembloroso doctor tuvo que darle puntos de nuevo y eso le costó a Ethan otra semana de fiebre.

Estaba incluso más débil que cuando llegó.

Cada maldita vez que intentaba ponerse en pie y escapar de allí, se le abrían los puntos y se

desmayaba. Teniendo en cuenta su altura y el tamaño del cuartucho, siempre que se repetía el proceso se golpeaba la cabeza al caer, lo que añadía aún más días a su ya largo mes de convalecencia.

Se había visto obligado pues a pedirle a MacReedy que fuera él quien investigara si Hugh y Jane se habían marchado a Escocia. También había tenido que darle dinero a su hijo para que telegrafara a Londres informando de su situación.

MacReedy padre logró averiguar que Hugh había abandonado la casa del lago la misma noche en que dispararon a Ethan. Al menos había conseguido algo positivo al recibir la bala: el hecho de que Grey estuviera esperando para matarle a él, había permitido que Hugh iniciara su viaje hacia el norte, hacia las Highlands, donde se encontraría en su elemento natural.

Ethan estaba convencido de que en ese momento su hermano estaba a salvo. El problema era que estaría encerrado a cal y canto en la mansión de Court con la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo, y que encima ahora era su esposa, a pesar de que lo fuera sólo temporalmente. Y lo que era aún peor, la maldición era real, con lo que Hugh estaría poniendo a Jane en peligro de muerte. Por otra parte, Hugh era un asesino arisco y de trato difícil, una pareja absolutamente inapropiada para aquella belleza que adoraba relacionarse con gente.

Todo eso sin mencionar el hecho de que Hugh recibía las órdenes sobre a quién debía matar del mismísimo padre de Jane...

Pero teniendo en cuenta en qué condiciones se encontraba Ethan, no podía hacer nada para ayudar a su hermano. Sin embargo la inactividad lo estaba consumiendo. Se moría de impaciencia. No tenía nada más que hacer excepto pensar, así que le daba vueltas a la cabeza continuamente. Tan pronto pensaba en su fracaso como en Madeleine.

A pesar de que Ethan había arruinado cualquier posibilidad de que ella estuviera con Le Daex, no podía estar seguro de que, después de tantas semanas, no hubiera encontrado ya a otro. Era muy atractiva, y si le proporcionaban la dote adecuada, algún hombre podría sentir la tentación de ignorar que ya no era virgen.

Ethan había tenido una vez piedad de Grey y aquéllas eran las consecuencias, pero no tropezaría dos veces con la misma piedra: no dejaría que Sylvie escapara indemne.

Cuando hubiera acabado con Grey, Ethan engatusaría a Madeleine ofreciéndole la seguridad de una unión conveniente para ambos, y se la llevaría lejos de Sylvie, a una de sus más lejanas mansiones. Si ella se resistía, estaba dispuesto incluso a proponerle matrimonio, aunque no tenía ninguna intención de cumplir su palabra.

Se preguntaba si sus padres la habrían prevenido contra un escocés moreno y con una enorme cicatriz en la cara, pero lo dudaba. Sylvie no tenía suficiente imaginación como para establecer la conexión, y Van Rowen se había dejado consumir por la vergüenza y la culpa que aquel incidente le había provocado. Probablemente no habría hablado del tema antes de su muerte, seis meses más tarde de la horrible noche.

En cualquier caso, no importaba si habían advertido o no a la chica, Ethan se la llevaría fuera como fuese. Le desfiguraron la cara: poseer a su preciosa hija calmaría su ira. Una vez la tuviera en su poder, la utilizaría hasta cansarse de ella.

Entonces, la echaría de allí, con su reputación completamente arruinada, y sin un centavo. Sería una manera de salvar a muchos tontos aristócratas de las garras de Sylvie.

Madeleine lo había acusado de aprovecharse de la gente y no dar nada a cambio.

La señorita Van Rowen aún no había visto nada.

Al día siguiente, cuando Ethan oyó el sonido de un carruaje en el camino de entrada pensó: «¡Por el amor de Dios, que sea alguien que viene a por mí!».

Suspiró de alivio al reconocer la voz de Hugh en el salón. A pesar de que su hermano era habitualmente una persona muy silenciosa, Ethan pudo distinguir con claridad sus esfuerzos por mantener una conversación educada con los MacReedy. No era muy hábil, pero parecía estar llevando adelante sus torpes intentos sin gran esfuerzo.

Cuando Hugh entró en la habitación, Ethan notó que su hermano tenía un aspecto saludable y... ¿feliz?

—¡Ethan, me alegro de verte! —exclamó a la vez que éste hacía un dolorosísimo intento de incorporarse en la cama—. Grey me dijo que te había matado.

Ethan arqueó las cejas.

—¿Así que ahora hablas con Grey?

—No, claro que no —rió Hugh—. Ésas fueron sus últimas palabras.

—¿Lo has... matado? —Grey estaba muerto al fin—. ¿Cómo?

Después de todo ese tiempo, no había sido Ethan quien había acabado con Grey.

—Bueno, no lo maté yo, exactamente. —Hugh se aflojó el cuello de la camisa—. Más bien lo hicimos Jane y yo, juntos. Es una larga historia, te la contaré de camino a casa. ¿Estás preparado para marcharte?

—¿Tú qué crees? Ya era hora de que alguien me sacara de aquí. Os envié un telegrama hace semanas.

—No hemos recibido ningún telegrama, te he estado buscando por todas partes. Incluso ha habido gente rastreando las tierras a pie. Fue así como te localizamos.

—¿Que no recibisteis ningún telegrama? —gritó.

Entonces escuchó al joven MacReedy escapar dando un portazo. ¿Por eso había estado allí recluido durante todo aquel tiempo? ¿Porque aquel granuja se había quedado con el dinero que le dio para telegrafiar a Londres?

—Voy a matar a ese enclenque bastardo.

—Hazlo en otro momento, ahora tengo que regresar a Londres. ¿Necesitas ayuda para vestirte?

Cuando Ethan afirmó con la cabeza reacio, Hugh lo ayudó a sentarse en la cama.

—Déjame ver la herida. —Lanzó un silbido al verla—. Se quedó a un milímetro...

—Así no habría pasado cinco semanas aquí encerrado.

—Una herida de bala. ¿Cómo es que fuiste tan lento como para que Grey pudiera darte? —preguntó Hugh.

Los puños de Ethan se cerraron y no contestó.

—Está cicatrizando bien —prosiguió Hugh—. Los puntos sólo necesitarán un par de semanas más si te cuidas. —Frunciendo el cejo añadió—: ¿Por qué estás aún tan débil?

—Porque aquí la comida es asquerosa —contestó Ethan.

Debía de haber perdido unos siete kilos.

—Puede que así sea, pero igualmente tendrás que darles las gracias.

—Y una mierda.

Hugh bajó la voz.

—Si no lo haces, no te contaré cómo murió Grey. Incluso puedo dejarte aquí, muerto de asco...

Veinte minutos más tarde, Hugh y su cochero intentaban levantar a Ethan y meterlo en el carruaje.

—No ha sido tan horrible, ¿verdad? —farfulló Hugh mientras le daba un último empujón.

Ethan apretó los dientes y cayó de golpe sobre el mullido asiento trasero.

—Déjame en paz, Hugh.

La herida le dolía, la cabeza le daba vueltas, y aun así, después de que Hugh lo chantajeara para que

murmurara unas palabras de agradecimiento a aquella familia, se sentía realmente excitado. Porque Ethan se dio cuenta de que la muerte de Grey significaba que el trabajo estaba hecho, y que era libre de irse a París en cuanto pudiese.

De repente estaba eufórico.

—Cuéntame ya cómo demonios murió Grey —exigió saber en cuanto el carruaje comenzó a deslizarse por el camino.

Hugh escudriñó el paisaje a través de la ventana mientras le contestaba.

—Bueno, Jane le lanzó unas cuantas flechas y yo... le puse la zancadilla.

Ethan se puso tieso.

—¿Grey murió porque le pusiste la zancadilla? —Eso era demasiado humillante.

—Bueno, en realidad, fue peor de lo que parece —repuso Hugh rápidamente, mirando de nuevo a Ethan a la cara—. Fue horripilante. Horrible, de veras. Pero dime, ¿cómo se las arregló Grey para pillarte?

—Fui descuidado y pagué por ello. —Ethan se encogió de hombros, incómodo con aquel tema de conversación—. ¿Qué más ha pasado durante estas cinco semanas? ¿Has anulado ya tu matrimonio?

—No, no lo he hecho.

Ethan suspiró.

—¿Acabas de decirme que Grey murió hace semanas y aún no lo has anulado?

—No... voy a hacerlo. Ahora Jane me pertenece.

—Pero ¿y la maldición? —inquirió Ethan frunciendo el cejo ante semejante absurdo—. Tu pasado...

—Ella sabe lo de mi pasado, lo de su padre... lo sabe todo.

Grey se aseguró de contárselo. Y lo de la maldición... no es como nosotros pensábamos, hermanito. Court se ha casado con Annalía y, bueno, va a ser padre.

—Eso no es posible. —Ethan comenzó a sentirse mareado. *Ninguna semilla arraigará...*

Hugh asintió.

—Es cierto. Annalía está embarazada, la he visto yo mismo.

—El bebé no es suyo.

—Eso es lo que todo el mundo creía que dirías. Annalía es una buena chica, pero para tu tranquilidad, te diré que Court ha sido el primer y el único hombre con el que ella ha estado, y han pasado semanas juntos y solos.

Ethan conocía a Annalía y sabía que no sería capaz de mentir sobre quién era el padre de su hijo, ni mucho menos de tener un amante que no fuera Court. Pero aun así, ¿ese único hecho refutaba todo lo que habían creído firmemente durante tantos años?

—Entonces, ¿cómo explicas que Court no haya tenido un hijo con ninguna otra mujer antes y sin embargo ella haya concebido tan rápido?

—Todos los que saben algo del libro y conocen lo que ha pasado están de acuerdo en que las dos últimas líneas de la predicción, las que no se leen, deben de decir algo acerca de que cada uno de los hijos encontrará a la mujer apropiada para él.

Eso era exactamente lo que más aterrorizaba a Ethan, que sus hermanos se hicieran ilusiones que luego resultaran vanas. Pero fuera como fuese, Ethan no podía rebatir los argumentos de Hugh. Él mismo había pensado eso mismo muchas veces.

—¿Tú te lo crees?

—Sí, Ethan. Y espero que tú también.

—¿Así que piensas que puedo casarme y tener hijos?

Ethan se sintió increíblemente agotado tras oír todas esas noticias, como si estuviera fuera de allí sólo presenciando la conversación, en lugar de tomando parte en ella.

—Sí, si encuentras a la muchacha adecuada. Entonces podrás retomar la vida que te corresponde llevar.

—Ya llevo...

—No, no lo haces —le interrumpió Hugh—. Eres el conde de Kavanagh. Tienes responsabilidades, tierras y gente a la que atender. Tienes un título que legar.

—Quizá me satisfaga más mi trabajo actual.

—No es la vida que nuestro padre quería para ti, que mataras y que te dispararan. Y tampoco quería que pasaras solo casi cada maldita noche de tu vida —masculló Hugh.

—El hecho de que Court y tú hayáis sentado la cabeza de repente no quiere decir que yo tenga las mismas necesidades que vosotros. A mí me gusta mi trabajo, me gusta el peligro.

—Pero ¿hasta cuándo, Ethan? Ya no tienes tantos reflejos. Joder, ¡Grey te pilló!

Eso había sido un golpe bajo, y ambos lo sabían. Ethan entrecerró los ojos.

—¿Así que piensas que puedes dejar el trabajo sin más, sin ni siquiera mirar atrás?

—Sí, porque ahora tengo algo que me ilusiona.

—¿Te has planteado alguna vez que no deberías estar con Jane por razones distintas a la maldición o tu pasado? —preguntó Ethan—. Es una cuestión de puñetero sentido común, algo de lo que al parecer mis hermanos carecen, especialmente cuando se trata de escoger una esposa.

De repente, se le ocurrió una cosa.

—Jane está embarazada, ¿no es eso? Por lo que se ve para los MacCarrick últimamente reproducirse es muy fácil. Por eso es por lo que no anularás el matrimonio, claro, y por eso ella tiene que aceptarlo.

—No, no está embarazada. Queremos esperar un tiempo. —Al ver la mirada de Ethan, Hugh añadió rápidamente—: Pero no con abstinencia.

—Queréis esperar —repitió Ethan asintiendo—. Así que mi hermano el mercenario ha dejado su trabajo, se ha casado con la heredera de una enorme fortuna y va a tener un hijo con ella, y mi otro hermano practica la contracepción como un radical. Déjame adivinarlo, ¿ha sido idea de ella?

—Idea de los dos. He pensado mucho acerca de mi matrimonio, Ethan. Durante semanas he estado pensando si seguir casado con Jane o no. Cada vez que le cuento a alguien que me he casado con Jane Weyland, se ríe creyendo que es una broma. —Hugh frunció el cejo y susurró—: Ya de eso me he cansado.

—Es que es como para reírse —replicó Ethan con su habitual falta de delicadeza—. Jane es famosa por su belleza y su ingenio, y tiene una familia enorme y muy influyente. Tú en cambio casi no puedes soportar estar rodeado de gente, y raramente hablas con los demás.

—Sí, lo sé. Pero ella es feliz siendo mi mujer. Resulta que quería casarse conmigo desde que era una niña. —Hugh parecía muy orgulloso. Ethan tuvo que reconocer que nunca se habría imaginado que Jane tuviera ese deseo.

»Y me estoy esforzando mucho por ella.

—Un hombre no puede ir contra su propia naturaleza —sentenció Ethan.

—No, no suele ser lo habitual —convino Hugh—. Pero creo que cuando hombres como nosotros lo hacen, el cambio es profundo.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Mira a Court. Era casi tan egoísta como tú, y sin embargo ahora ha cambiado.

Ethan no se preocupó por negar su egoísmo, pero dijo:

—Sí, mira a Court. Otro ejemplo de un matrimonio absurdo. Annalía es una rica heredera, pero Court no vale ni un céntimo. Además, es un sanguinario mercenario, mientras que ella no podría ser más delicada. ¿Cómo va a mantenerla? ¿La dejará en casa con su hijo mientras él se va a la guerra por dinero?

—Lo ha dejado.

Ethan rió sin ganas.

—Pues entonces se morirán de hambre en su ruinoso finca de las Highlands... a no ser que sea ella quien lo mantenga. —Arqueó mucho las cejas—. Mierda, eso es lo que van a hacer. Le daré dinero antes

de que se convierta en el primer MacCarrick al que tiene que mantener su mujer.

—No, cuando Court volvió de su última campaña, yo invertí por él el dinero que había ganado —explicó Hugh—. En realidad, Court está en una buena posición económica y, además, cuando Jane y yo estuvimos escondidos en la finca, esperando a que tú mataras a Grey, nos aburríamos, así que nos dedicamos a reformar la casa. Míralo de esta manera: la única forma en que era posible quitarle las manos de encima a Jane era teniéndolas ocupadas. Créeme, la casa de Court es ahora un lugar digno de verse, y a Annalía le encanta vivir allí.

—¿Y cuánto tiempo durará eso? Mejor dicho, ¿cuánto tiempo puede durar? Realmente, Court y tú me desconcertáis, pensaba que mis hermanos tenían un poco más de sentido común.

—Si lo que tengo ahora es consecuencia de mi falta de sentido común, no quiero recuperarlo nunca. —Hugh se recostó en su asiento, como dando por perdida cualquier esperanza de convencer a Ethan—. No lo entenderás, no podrás comprenderlo hasta que lo sientas tú también. Es como intentar explicarle a una virgen cómo es el sexo.

Esas palabras fueron suficientes para que los pensamientos de Ethan volvieran a concentrarse en Madeleine. Maldición, lo estaba haciendo tan bien... Habían pasado por lo menos diez minutos desde la última vez que había pensado en ella.

Ethan entornó los ojos.

—Odio ese tipo tan estúpido de razonamiento. Es como cuando nuestra madre nos dijo que no entenderíamos su comportamiento tras la muerte de nuestro padre hasta que nos enamorásemos.

Cuando les dijo eso, Ethan le había respondido:

—Maldita sea, no necesito saltar desde un maldito puente para entender que el aterrizaje no será muy agradable.

Ethan nunca había podido perdonarle a su madre su actitud. No había excusa para que ella culpase a sus hijos de la muerte de Leith, no había excusa que justificara una reacción tan irracional. Se había puesto como loca, había gritado cosas que nunca podrían olvidar...

—No, Ethan. Tenía razón.

—Claro, ahora estás de acuerdo con ella, ahora que te han iniciado en el misterioso culto del matrimonio. No sabría decir si todo esto me divierte o me asquea.

Hugh miró por la ventana y comenzó a hablar con un tono más serio.

—Si... si perdiera a Jane, no sé cómo reaccionaría, y, desde luego, mi última preocupación sería lo que decía o dejaba de decir.

—Ahora ya lo tengo claro: me asquea.

—¿Nunca has pensado en casarte?

—No, nunca. Se supone que nosotros no deberíamos hacerlo, y la verdad, no creo que haga falta decir que mi personalidad tampoco encaja mucho con ese estado. —Ethan lo había afirmado muy seguro, pero ahora, por primera vez en su vida, algunas pequeñas dudas al respecto habían comenzado a instalarse en su mente. Sus dos hermanos se habían casado y eran felices; además, según parecía, la maldición no era exactamente como ellos habían creído.

Ethan había oído decir que la vida de un hombre pasaba por delante de sus ojos durante los momentos anteriores a su muerte. Aunque él había estado a punto de morir, no le había ocurrido nada de eso. Sin embargo, poco después había tenido unas cuantas revelaciones importantes acerca de su vida adulta. Él nunca había tenido amistades como las que Court mantenía con su banda de mercenarios. Ethan nunca había sentido un amor tan desinteresado como el que Hugh había demostrado hacia Jane durante años.

Aquella noche en el callejón, cuando Ethan creyó que iba a morir, se dio cuenta de lo inútil que había sido su vida. Y, por alguna extraña razón, en aquel momento tan crítico, sus pensamientos se habían dirigido hacia aquella muchacha...

Tras quince minutos de absoluto silencio entre los dos hermanos, Hugh dijo:

—¿Qué harás cuando llegemos a la ciudad?

—Me marcharé a París.

Desgraciadamente, tendría que pasar antes unos cuantos días en Londres. Se alimentaría bien y recuperaría fuerzas, mientras iba haciendo los preparativos de su viaje.

—¿Qué se te ha perdido en París?

—Madeleine Van Rowen.

—¿Todavía piensas en ella? —Hugh alzó las cejas—. Esto me parece muy interesante.

Ethan se encogió de hombros.

—«Esto» no significa nada.

—Tu viaje ya no tiene nada que ver con tu venganza, ¿verdad?

—¿Y qué si aún fuera así? —Quería completar de una vez su castigo, hacer sufrir a Sylvie como se merecía. El hecho de que, de paso, pudiera disfrutar de Madeleine, no tenía nada que ver con su principal objetivo.

Aun así, mientras trataba de convencerse a sí mismo de ello, una parte de su mente le susurraba: «Utilizas tu venganza como pretexto para ir a por ella».

—Pues que ella no puede pagar por lo que hicieron sus padres. —Y Hugh añadió en voz baja—: ¿Y si fuese ella?

Ethan dio un respingo.

—¿Qué? Debes de estar bromeando.

—¿Alguna vez has pensado tanto en una mujer como en ésta?

No, nunca lo había hecho. Desde que tenía memoria, ninguna mujer lo había fascinado o frustrado tanto.

—Incluso si estuviera convencido de que tienes razón sobre lo de la maldición, que no lo estoy, el resultado sería el mismo. No podría existir una unión menos afortunada; el simple hecho de planteárselo ya es absurdo.

—¿De verdad tienes intenciones de deshonorar a una chica inocente para llevar adelante tu venganza? —Hugh parecía esperar anhelante que Ethan contestara que no, que su hermano no fuera tan desalmado como se temía.

Pero lo era.

—No. —Ethan guardó silencio y dejó que Hugh se tranquilizara justo antes de añadir—: Ya la deshonoré. Perdió la virginidad la noche del baile de máscaras.

—No puedes haber sido capaz de eso. —Hugh lo miró horrorizado—. Tienes que casarte con ella.

—No lo haré.

—Es amiga de mi esposa. Etham te advierto que tomaré cartas en el asunto.

Éste esbozó una sonrisa amenazante.

—¿Crees que podrás evitar que la posea? Nada podrá evitarlo, no al menos ninguno de vosotros.

Hugh observó la expresión de su hermano y arqueó las cejas.

—Vale. Cada vez lo veo más claro.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Analiza los hechos: Madeleine es la primera mujer con la que te acuestas desde hace Dios sabe cuánto y no puedes dejar de pensar en ella. Después de años deseando matar a Grey, ya no podrás hacerlo, cosa que, en condiciones normales, te habría vuelto loco. El hecho de que Grey te venciera debería cabrearte más que nada en el mundo, más incluso que el que Jane fuera capaz de dispararle y tú no. Hace unos años, habrías intentado darle una paliza a ese granuja de los MacReedy por no mandar el telegrama, aunque hubieras tenido que arrastrarte por el suelo para conseguirlo, pero ahora nada de todo eso te molesta porque lo único que quieres es volver con ella.

Ethan ignoró la provocación y dijo:

—Sólo quiero disfrutar de ella unas semanas, nada más.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo, hermano —dijo Hugh.

Y, a continuación, Ethan creyó oírle murmurar:

—Bienvenido al club.

¿E

ra allí donde vivía Madeleine Van Rowen? Ethan miró el edificio de seis plantas que se alzaba delante de él. Tiempo atrás, aquella destartada estructura debía de haber sido una gran mansión, pero ahora parecía que toda ella se derrumbaría sólo con que Ethan apoyase un hombro contra sus muros y empujara. Lo más sorprendente de todo era que el edificio estaba situado en el centro de La Marais, uno de los peores barrios de París.

Por lo que sabía, Madeleine vivía en la última planta, la que habitualmente ocupan los inquilinos más pobres, puesto que acarrear agua y comida por la escalera es agotador.

Ethan subió los escalones de la entrada hasta alcanzar el portal, donde tuvo que sortear los cuerpos de varios borrachos esparcidos por el suelo en diversos estadios de nivel de conciencia. Pero la puerta estaba cerrada con llave, tendría que esperar fuera o colarse cuando algún otro inquilino saliese. Volvió a bajar los escalones y se ocultó tras la esquina más cercana. Se apoyó en la pared, dobló una rodilla y puso un pie en el muro, dispuesto a examinar el ambiente en el que vivía Madeleine.

Los hombres se pavoneaban, con sus machetes o sus revólveres bien visibles en sus cinturones. Las prostitutas ejercían libremente su trabajo en cada callejón. Los niños corrían desnudos y sucios por las calles.

El ambiente le recordaba los suburbios de Londres, sólo que allí el caos era aún mayor. Si realmente aquél era el barrio de Madeleine, todo aquello debía de formar parte de su día a día.

Intentó imaginársela con su elegante y delicado vestido azul entre aquella gente, pero no pudo. No podía creer que Madeleine hubiera elegido vivir en aquel lugar en vez de en la lujosa zona de St. Roch. Por el contrario, sí podía imaginarse que Sylvie hubiese echado a su hija de casa después de saber que ésta no había conseguido cazar ni a Quin ni al conde. Pero, entonces, ¿por qué no se había encontrado a Madeleine golpeando la puerta de St. Roch y rogando que la dejaran entrar?

Ethan había llegado a París esa misma mañana, diez días después de haber abandonado la casa de los MacReedy. En cuanto se hubo registrado en el hotel, se fue a St. Roch en busca de Madeleine, a la dirección que Quin le había dado.

Ethan no quería que Sylvie lo viera, de modo que había tratado de descubrir en el vecindario si Madeleine estaba todavía en la ciudad y cuáles eran los lugares que solía frecuentar.

Nadie tenía ni idea de sobre quién estaba hablando hasta que describió físicamente a la joven.

Un jardinero comentó que creía que Madeleine pasaba por la casa un par de veces al mes. Un mozo de cuadra había cogido el mismo carruaje que ella la semana anterior y le dijo que ella no se había bajado antes de los suburbios, y que le había parecido raro que una mujer como ella continuara hacia aquella zona.

Ethan se acordó de que la antigua casa de Sylvie estaba en La Marais y, de repente, comprendió que ésa debía de ser la dirección actual de Madeleine.

Seguir su pista hasta allí había sido fácil. Según parecía, todo el mundo en La Marais conocía a Maddy la Inglesa o Maddy la Gamine y, además, estaba claro que le tenían aprecio, porque todos mantuvieron la boca cerrada ante las preguntas que les hizo sobre ella.

Un grupo de mujeres mayores que estaban sentadas en un portal directamente lo habían ignorado; habían seguido fumando en pipas y charlando... hasta que les permitió vislumbrar el anillo de diamantes que se había llevado por si Madeleine se mostraba... reacia. Cuando les dijo que iba a casarse con ella, pareció como si ninguna indicación fuera lo suficientemente rápida para que él llegara al edificio. Le pidieron a Ethan que recordara sus nombres para que Maddy pudiera *passez le gras* o «pasar la grasa», es decir, para que tuviera en cuenta a aquellas que habían contribuido a su buena fortuna.

Mientras Ethan esperaba, se convenció de que Madeleine estaría encantada de irse con él, incluso después de ver su cicatriz.

Seguro que se moría de ganas de salir de aquel lugar.

«Madeleine Van Rowen estará en deuda conmigo.» La idea le gustaba.

Cuando vio que la puerta del edificio se abría, Ethan se puso en alerta. Del oscuro interior, surgió una mujer alta, de pelo canoso y con un cubo en la mano. Distraídamente, dio un par de zancadas para sortear a los borrachos del portal y se dirigió hacia una fuente cercana.

La puerta se iba cerrando lentamente. Ethan temía que Madeleine hubiera advertido a sus vecinos de la presencia de un peligroso escocés, de modo que se precipitó rápidamente hacia la entrada y se coló en el interior del portal. Dentro, buscó a tientas el inicio de la escalera; y luego se vio forzado a utilizar la cuerda que hacía las veces de barandilla mientras subía a ciegas en la oscuridad. Los escalones crujían bajo sus pies y la escalera era tan estrecha, que se veía obligado a avanzar de medio lado.

¿Y qué ocurriría si, después de todo, ella estuviera al final de la escalera? Podría verla al cabo de unos pocos segundos...

Cuando por fin alcanzó el rellano de la sexta planta, una tabla crujió bajo sus pies y una mujer vestida con ropas raídas salió disparada de su apartamento. A juzgar por la cantidad de maquillaje que llevaba, debía de ser una puta. Con una mirada a la estancia que había tras ella, Ethan confirmó sus sospechas: a pesar de la nube de humo que envolvía la habitación, pudo distinguir a un hombre atado a la cama y con los ojos vendados, que movía la cabeza cuando oía algún ruido.

Diez minutos en el vecindario, por no hablar del edificio de Madeleine, habían sido suficientes para que Ethan entendiera por qué ella lo había acariciado con tanta destreza. Debía de haberlo hecho con un hombre cada hora.

—Busco a Madeleine Van Rowen —le dijo a la mujer.

—¿Y tú quién eres? —preguntó ella guiñando los ojos.

Genial, aquella mujer hablaba inglés. Ethan sabía hablar francés, pero prefería no hacerlo, a no ser que fuera bajo amenaza de muerte.

—¿Eres ese hombre de Londres?

¿Es que acaso Madeleine le había hablado de él? Si era así, no podía imaginar lo que le habría contado. En cualquier caso, aprovechó la oportunidad.

—Sí.

—¿Cuál de ellos? ¿El primero o el segundo?

Ante la asombrada mirada de Ethan, la mujer añadió:

—¿El inglés o el escocés?

Madeleine debía de haberle hablado sobre Quin. Todavía pensaba en aquel cabrón.

—El... escocés.

La mujer cerró la puerta tras ella, sin hacer caso de las protestas del hombre de dentro; juntó las manos emocionada y se le iluminó el rostro.

—¡Maddée nos habló a Corrine y a mí sobre ti! Eres el del baile de máscaras, *n'est-ce pas*?—La mujer agitó un dedo admonitorio delante de su cara—. Fuiste *très mauvais* con nuestra Maddée. Pero ¡por fin has venido a por ella!

«¿Madeleine le ha contado todo lo que pasó conmigo a sus amigas?» No podía imaginarse qué habría sido eso o qué era lo que ellas consideraban *très mauvais*.

La mujer se inclinó hacia él y le dijo con tono conspirativo:

—Has llegado justo a tiempo, justo cuando sus deudas están a punto de vencer.

—¿Qué deudas?

—Me llamo Bea.

Ethan se dio cuenta en seguida de que Bea era un poco ingenua. Amable e ingenua.

—Soy una buena amiga de Maddée.

—Claro, Bea. —Ethan fingió haberla reconocido—. Ella me habló mucho de ti.

La mujer se pasó las manos por el pelo, satisfecha. Entonces frunció el cejo y señaló directamente la cicatriz de su cara.

—Maddée no mencionó que tuvieras cicatrices de guerra. Es de la guerra de Crimea, ¿verdad?

—No, no exactamente... —Ethan se interrumpió, porque ella ya se había encogido de hombros y se dirigía hacia la puerta de otro apartamento.

—Maddée no está en casa, ha salido a trabajar. —Rebuscó debajo de su camisa hasta encontrar un lazo con llaves que llevaba colgado del cuello—. Pero puedes entrar y esperarla.

—Quizá podrías decirme dónde trabaja.

—¿Y quién puede saberlo? Estará en el puente o en la esquina. En cualquier taberna o cafetería, no tengo ni idea.

Ethan sintió cómo su cara se tensaba.

—¿Y a qué se dedica exactamente?

Teniendo en cuenta que desde que él la había conocido, siete semanas antes, Madeleine se había convertido prácticamente en una indigente, ¿quién podía saber si no se estaría dedicando al mismo oficio que su vecina?

Al ver su cara, Bea gritó:

—Oh, no, Maddée es camarera, y algunas veces vende tabaco. —Luego, añadió con orgullo—: Tabaco turco. —Entonces, con tono de reproche, continuó—: Nuestra Maddée es una buena chica, no se dedica a eso.

—Por supuesto —repuso él con alivio—. Sólo es que no me gusta que tenga que trabajar.

Los ojos de Bea se encendieron:

—*Exactement!*—exclamó mientras se afanaba por abrir la puerta—. Ésta es su casa —sonrió mientras lo acompañaba dentro.

Ethan echó la cabeza hacia atrás, sorprendido ante lo que veía.

—Sorprendente, *n'est-ce pas?*

Bea tenía motivos para sentirse orgullosa. Aunque el apartamento de Madeleine era parte de una buhardilla con techo de enormes vigas y tan inclinado que Ethan no podía mantenerse erguido ni siquiera en la parte más alta, Madeleine lo había convertido en un espacio maravilloso.

El piso superior de una vieja mansión como aquélla había debido de servir para alojar a la servidumbre o, quizá, para dar clases a los niños. Quedaban algunos restos de aquella buena época: hermosos frisos dorados decoraban aquel espacio largo y estrecho; encima de éstos, en aquellas zonas en las que la pared estaba en peor estado, Madeleine había colgado alegres carteles.

Dos enormes ventanas presidían lo que parecía ser su habitación. Estaban cubiertas por unas cortinas rojas y, tras ellas, se adivinaba un pequeño balcón repleto de plantas y de pequeños molinillos de viento de madera. Al mirar a través de los cristales, Ethan se dio cuenta de que desde allí se podía contemplar una maravillosa vista de Montmartre.

—A Maddée le encanta sentarse aquí fuera.

Él asintió y después preguntó:

—¿No deberías volver con tu... amigo?

—No se va a ir a ninguna parte —contestó Bea con un gesto indiferente de la mano—. Bueno, venga, ábrelas.

Ethan apartó el postigo de una de las ventanas y abrió las hojas de la misma de par en par. Soplaba una cálida brisa impropia de aquella estación y los molinillos comenzaron a moverse mientras las cortinas ondeaban en el interior. Un gato negro saltó al balcón, rozó con las patas los pantalones de Ethan y luego comenzó a frotarse con sus piernas.

—¿Es su mascota?

—*Non*, Maddée no puede hacerse cargo de Chat Noir. Normalmente, el gato no le coge aprecio a la gente tan rápidamente, eso es una buena señal.

Ethan se encogió de hombros. Teniendo en cuenta que la mayor parte de la gente solía aborrecerlo, el hecho de que algunos animales le cogieran cariño siempre lo sorprendía. Normalmente, éstos lo odiaban a muerte o bien lo adoraban.

Volvió a centrar su atención en el piso de Madeleine y se acercó a la segunda ventana. Cuando vio un cubo que colgaba de ella, comprendió que Madeleine no acarreaba agua y comida por la empinada escalera. Las subía, bastante fácilmente según parecía, con dos poleas que aligeraban la carga. Chica lista.

Más allá de la ventana, una cortina de terciopelo ocultaba una bañera ridículamente pequeña, pero la verdad era que Madeleine tampoco era muy alta. Sobre una sencilla cama de madera se extendía una colcha que parecía estar hecha con telas caras, pero delgada en extremo.

A Ethan se le había ocurrido que quizá Sylvie hubiese echado a Madeleine de casa cuando ésta no consiguió cazar al conde, pero en realidad aquél parecía ser el hogar de Madeleine; de hecho, Ethan pensó que lo era desde hacía tiempo.

Aunque en esos momentos, con el sol del mediodía, resultaba bastante agradable, probablemente, en invierno, el apartamento debía de estar helado; el techo tenía goteras y muchos de los pequeños cristales que componían las hojas de las ventanas habían sido sustituidos por una fina tela. Pero esa vena artística no mantendría a Madeleine caliente en los meses más fríos.

También se dio cuenta de que, aunque contaba con un hornillo y un cazo, en la casa no había nada comestible, exceptuando una manzana.

Un extraño y preocupante sentimiento le oprimió el pecho. Cuando él la conoció ya había notado aquel aire de cansancio en ella, y ésa había sido una de las cosas que más lo habían atraído. Y ella misma le había dicho que estaba tratando de cazar un marido rico. Pero ¿por qué viviría en aquella pobreza cuando tenía un padrastro rico y unos amigos aún más ricos si cabe?

—¿Por qué no vive con su madre?

Bea guiñó los ojos de nuevo.

—¿No te lo ha contado?

—¿Contarme qué?

Desde el hueco de la escalera les llegó la voz de una mujer.

—Bea, ¿eres tú?

—*Oui!* —chilló ella junto al oído de Ethan—. *C'est moi!*

—Los borrachos me han dicho que un hombre se ha colado en el edificio, ¿es uno de tus clientes habituales?

—*Non!* No he visto a nadie.

Bea se volvió hacia Ethan y le susurró:

—Tengo que irme, Corrine se molestaría mucho si supiera que estás aquí. —Suspiró—. Pero eso es porque no entiende *l'amour* como yo.

En voz baja, Ethan le preguntó:

—¿Cuándo volverá Maddy?

—No lo sé, será mejor que te pongas cómodo. Llama a la puerta que hay al otro lado del pasillo si necesitas algo. —Y se marchó.

Solo, excepto por la compañía del gato, que no paraba de jugar entre sus piernas, Ethan registró las escasas pertenencias de Madeleine. Tenía unos cuantos vestidos, todos ellos ajados, aunque de colores y diseños atrevidos, lo que los hacía parecer modernos. Sin embargo no encontró ninguna prenda apropiada para Londres, probablemente porque Madeleine habría tenido que venderlas. ¿Habría vendido también

aquel vestido de seda azul que llevaba puesto la noche en que se conocieron?

En una cajonera, en la que sólo quedaban dos de los cuatro cajones, su ropa interior estaba escrupulosamente doblada y remendada.

Dentro del hueco dejado por un estante desprendido, encontró un pequeño alijo de contrabando. Un pañuelo de seda envolvía dos pinzas de sujetar billetes grabadas en plata que, sin duda, guardaba para algún momento de crisis. En el hueco había también un pequeño libro de apuestas y en el mismo había más signos positivos que negativos. Cuidadosamente apilados dentro del libro, encontró también cupones canjeables por carbón y fruta con fecha del pasado junio.

«Fascinante.» Era una ladrona, jugaba, y además compraba en verano cupones canjeables por mercancías muy necesarias durante el invierno.

Después de devolverlo todo a su sitio, observó que junto a la cama había una caja de madera. Sobre ella se apilaban publicaciones de moda: *Le Moniteur de la Mode* y *Les Modes Parisiennes*, y un libro, *Escenas de la vida bohemia*. Recordó haber oído hablar de ese libro y frunció el cejo. Contenía descripciones de cómo los «bohemios», los artistas pobres, trataban de sobrevivir consiguiendo como fuera comida, bebida y sexo. ¿Se consideraría Madeleine uno de esos artistas de buhardilla? Sin duda tenía talento, dado que había conseguido arreglar aquel sitio.

Ethan soltó el aire de sus pulmones mientras se sentaba en la pequeña cama de Madeleine. El gato lo siguió rápidamente, y, aunque Ethan sabía que estaba solo, miró a su alrededor antes de acariciarlo.

MacCarrick no tuvo más remedio que admitir que su plan de venganza parecía bastante mal organizado cuando comenzó a preguntarse si a Sylvie le importaría algo si se llevaba a su hija con él sin desposarla. La idea de alejar a Madeleine de su madre para que ésta no pudiera usarla para enriquecerse había dejado de tener sentido. En realidad, Madeleine ya estaba alejada de ella.

Quizá debería marcharse sin más.

Cogió la almohada y se la acercó para buscar su olor; sus ojos se cerraron de placer. No, no se marcharía hasta que no volviera a poseerla.

Además, le gustaba resolver enigmas, y si la vida de Madeleine no era un misterio...

Una vez decidido, se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro como si estuviera... nervioso. Un hombre tan experimentado como él, tan cínico y desdeñoso, se sentía nervioso por ir a volver a ver a aquella joven impertinente.

Porque ahora ella le vería la cara.

Cruzó la habitación y se colocó enfrente del espejo roto que colgaba de la pared, encima de la cajonera. Cada vez que Madeleine se mirara en aquel espejo, vería en él la belleza. Ethan soltó una áspera carcajada al ver su propio reflejo, casi inhumano: la bella y la bestia.

«Pero esta bestia tiene dinero —se recordó a sí mismo—, cosa que a ella evidentemente le hace falta».

El ocaso se iba acercando, así que salió al balcón con la esperanza de verla aparecer antes de que el sol desapareciera del todo.

Observó que dos hombres enormes, un par de matones, estaban montando guardia en la puerta del edificio. Bea había dicho algo acerca de unas deudas. ¿Estarían esperando a Madeleine?

Ethan movió los hombros para comprobar cómo tenía los puntos que aún llevaba en el pecho. Si tenía que enfrentarse a dos matones, sería mejor no forzar mucho la herida.

La escalera crujió. Todo su cuerpo se puso tenso anticipando el encuentro, y entonces se precipitó hacia la puerta abriéndola de par en par. Miró fijamente a Bea, que también acababa de abrir su propia puerta. Ambos, cada uno a un lado del rellano, fruncieron el cejo.

La mujer a la que había visto antes cargando el cubo estaba en el último peldaño, pero ahora llevaba una escoba. A pesar de su pelo canoso, no tenía ni una sola arruga en el rostro, lo que hacía difícil determinar su edad.

—¿Qué haces en la habitación de Maddy? ¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quién te ha dejado entrar?

Fuera de la vista de la mujer, Bea sacudía la cabeza negando como una loca y agitaba los brazos.

—He venido a por Madeleine, estoy esperándola... excepto que usted pueda decirme dónde está.

—¡Usted es el escocés! ¡El que le hizo tanto daño a mi Maddy! —Sujetó con fuerza la escoba y la levantó por encima de su cabeza—. ¡Preferiría que me partiera un rayo antes que decírselo! Vamos a librarnos de usted antes de que ella vuelva; su vida ya es bastante dura tal como está.

Finalmente, Bea dio un paso adelante.

—Corrine, quizá deberíamos esperar. Maddée dijo que éste era el que realmente le gustaba. En verdad...

—¡Cállate, Bea!

«¿Que yo le gustaba?»

Ethan primero lo pensó y luego se recriminó haberlo hecho. Como si le importara algo.

Pero Bea insistía, murmurando:

—Maddée dijo que el escocés era el que ella...

—Eso fue antes de que le diese dinero y la tratara como a una puta. —Miró con fijeza a Ethan, después se volvió hacia Bea y dijo—: Sin ánimo de ofender.

Bea miró a Corrine como si no entendiera muy bien a qué se refería.

¿Era así como Madeleine había interpretado el dinero que Ethan había dejado sobre el banco? Él sólo quería pagar el carruaje.

—Me gustaría reparar el daño que le hice —dijo—. Y aclarar unos cuantos malentendidos.

Corrine lo examinó de arriba abajo. Con una sola mirada probablemente la mujer habría cifrado su valor en unas quinientas libras. Curiosamente, tan sólo miró su cicatriz de pasada.

—Sólo quiero hablar con ella —insistió Ethan al notar que ella vacilaba—. Si me dijera dónde está...

—Y para asegurarse, añadió—: A mí también me gusta ella.

—¿Lo ves? —gritó Bea.

Al cabo de un momento, Corrine bajó la escoba y la apoyó contra la pared.

—Excepto que haya venido a pedirle a Maddy que se case con usted, aquí no tiene nada que hacer.

—Eso es precisamente a lo que he venido —dijo Ethan.

Corrine suspiró con alivio. Y tratando de hacerse oír sobre los emocionados aplausos de Bea, dijo:

—En ese caso, Maddy me ha dicho que iba a intentar conseguir trabajo en el Silken Purse, en Montmartre.

Él asintió.

—Excelente, iré directamente allí.

—Está colina arriba —gorjeó Bea sonriendo—. Búscala en la cola, en la parte de atrás.

De repente, la expresión de la mujer se volvió sombría y dio media vuelta hacia Corrine.

—¿En el Silken Purse? ¿Estás segura?

Cuando Corrine afirmó con un movimiento de cabeza, Bea empezó a hablar en francés tan rápido que Ethan no pudo comprender casi nada. Lo único que entendió fue «ella dijo que él dijo», «entonces su prima oyó», «él les dijo» y, al final, «Berthé».

Corrine palideció.

—¿Qué? —preguntó Ethan impaciente—. ¿Qué quiere decir todo eso?

—Quiere decir que tienes que darte prisa. Están a punto de atacar a Maddy.

CUALQUIER posible duda acerca de si se sentiría de nuevo atraído por Madeleine se disipó cuando la vio a lo lejos, en la puerta de la taberna.

Se apoyó en una esquina cercana, y la miró mientras esperaba en la cola. A la luz del ocaso, le pareció todavía más atractiva de lo que había imaginado. Con la máscara puesta, Ethan había podido ver sus brillantes ojos azules, sus labios carnosos y su firme mentón, pero el resto de sus delicados rasgos habían permanecido ocultos. Ahora podía comprobar que su nariz era fina y elegante; sus pómulos, pronunciados y aristocráticos.

«Impresionante.»

Pero incluso con aquellos ojos azules e ingenuos, no parecía una chica inocente. Más bien todo lo contrario. Llevaba la blusa abierta, para dejar entrever un bonito escote que Ethan no recordaba que tuviera. Se había puesto una gargantilla de seda negra alrededor del cuello y, aunque se había trenzado una parte del pelo sobre la cabeza en forma de dorada corona, el resto de sus rizos caían largos y sueltos sobre su espalda.

Había aplicado color en sus mejillas y su falda tenía una forma extraña: no tenía vuelo desde la cintura, como era habitual, sino que se ajustaba a sus caderas y su trasero.

Madeleine parecía algo mayor y un poco... lasciva, como si estuviera dispuesta a que se la follaran; Ethan sintió un súbito calor que ya ni siquiera debería haberle sorprendido.

Madeleine fulminaba con la mirada a las otras mujeres de la cola mientras examinaba la situación. A Ethan le recordó a un animal, frío y calculador, planeando con cuidado su siguiente movimiento.

Cuando el tabernero, ataviado con un delantal, abrió la puerta, todas centraron su atención en él. El hombre comenzó a hablar en francés y dijo algo acerca de coger tan sólo a dos chicas más para trabajar aquella noche. Después, si veía a cualquiera de ellas por los alrededores, la haría detener por maleante.

Inmediatamente, todas comenzaron a competir por conseguir las mejores posiciones. Madeleine no tenía ninguna posibilidad frente a las otras mujeres, más grandes, que la miraban amenazantes, con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho. Si se enfrentaba a ellas, estaba claro que la atacarían.

Madeleine era perfectamente consciente de ello y se apartó un poco del barullo. De paso, sacó también de en medio a una chiquilla que llevaba una bandeja de tabaco.

La pequeña parecía a punto de echarse a llorar por no ser una de las elegidas. Madeleine le dio un suave golpe bajo el mentón buscando su complicidad, y entonces enseñó una moneda de oro sujeta entre los dedos.

—Apuesto cien francos con cualquiera de vosotras —comenzó a gritar con voz decidida— a que seré una de las dos que van a trabajar.

Como buitres alrededor de la carroña, las mujeres rodearon a Madeleine y a la chiquilla, listas para abalanzarse sobre ellas. Ethan se apartó de la pared y comenzó a caminar hacia allá dispuesto a intervenir en la discusión. Madeleine giraba dentro del círculo, manteniendo la mirada de algunas de aquellas mujeres y sin fijar la suya en el dinero. Seguramente tenía algún plan...

La más fuerte de las mujeres se precipitó hacia la moneda y golpeó la mano de Madeleine. El dinero salió disparado por los aires y cayó, repiqueteando sobre los ladrillos, treinta metros más allá. Todo el grupo de mujeres corrió hacia allá mientras se tiraban del pelo y se daban bofetadas. Madeleine aprovechó para colocarse dentro de la taberna, y arrastró con ella a la chiquilla de los cigarrillos, que se había quedado boquiabierta.

De entre el montón de mujeres, una voz exclamó en francés:

—¡Es una moneda falsa!

Entonces, todas comenzaron a gritar algo sobre matar a la *Gamine*.

Ethan sonrió entre las sombras. La *Gamine*, una chicuela de las calles, la verdad es que el apodo le pegaba. Era cierto que había algo rebelde en su forma de ser. A continuación, se dirigió a toda prisa hacia la taberna, como si de repente no pudiera esperar a saber cuál sería el siguiente paso de aquella joven impertinente.

Las otras mujeres estaban bastante enfadadas porque Maddy y la niña de los cigarrillos, a quien muy apropiadamente llamaban Pitillo, les hubieran dado esquinazo. Maddy había ayudado a la pequeña porque le recordaba a sí misma cuando era niña: hambrienta, desesperada y necesitada de que alguien le diera un respiro.

Pero... así estaba Maddy también ahora.

¡Por todos los demonios! Berthé estaba allí, mirándola tras la barra. A veces, Berthé y Odette trabajaban en las tabernas, pero sólo para conseguir nuevos clientes. Que Berthé estuviera allí no presagiaba nada bueno.

Maddy no había entrado en el Silken Purse desde hacía años, pero nunca antes había estado tan desesperada por salvar su pellejo. Las mujeres de la cola estarían esperándola a la salida, listas para hacerle pagar la jugarreta. Maddy rezaba para que pudiera pagarles con dinero.

El interior de la taberna no había cambiado desde la última vez que lo viera. Había una entrada y dos salas enormes, una de ellas era la más bulliciosa, donde se servía comida y bebida, y la otra era más oscura; allí, las chicas como Berthé servían bebidas y convencían a los clientes para que compraran algo más.

Algunas lámparas de gas iluminaban aquí y allá las paredes de la taberna. La escasa luz que desprendían dejaba ver el color amarillento del que el humo del tabaco había teñido los muros. Detrás de la barra, se veía un montón de espejos en cuyos cristales estaban grabados los nombres de todo tipo de licores.

En el local había algunos hombres viejos que ya estaban borrachos y se habían reunido para cantar canciones de la revolución, pero aparte de ellos y de algún borracho solitario, la taberna estaba vacía. Madeleine oyó la campanilla de la puerta unos minutos antes, pero estaba concentrada en Berthé y no vio quién entraba.

Naturalmente, para una vez que Madeleine se las había ingeniado para entrar en la taberna, que en general estaba hasta arriba, ésta resultó estar casi vacía. Mientras se miraba en el espejo del fondo, apoyó el codo sobre la barra y el mentón sobre la palma de su mano. Parecía cansada a pesar del colorete y el maquillaje que pretendía ocultar sus ojeras.

De repente, frunció el cejo y se masajeó la nuca con las manos. Tenía la terrible sensación de que alguien la estaba observando. Fijó la mirada en el espejo que tenía enfrente, pero no pudo ver a través de él en la sala principal. La otra sala estaba casi a oscuras, pero le pareció vislumbrar la silueta de un hombre. Sin embargo, no pudo distinguir sus rasgos, ni siquiera ver si estaba de cara a ella. Sentía curiosidad, pero sabía que era mejor no entrar en aquella sala.

Se convenció de que eran imaginaciones suyas, de que tenía los nervios demasiado alterados. Se volvió de nuevo y apoyó otra vez la cabeza en la mano. «Un respiro —pensó—. Sólo un poquito de suerte.»

Cuando por fin tuviera ese poco de suerte, no dudaría ni un segundo en aprovecharlo, como cualquiera que viviera en La Marais. Tenía que creer que algún día saldría de allí. Corrine, Bea y ella solían soñar que algún día se embarcarían hacia cualquier otro lugar, puede que incluso a América. Maddy abriría una tienda de modas en Boston y Corrine sería su diseñadora. La primera vez que se les había ocurrido aquella idea, la cara de Bea se ensombreció:

—¿Y yo qué haré?

—Serás la modelo, por supuesto —le había asegurado Maddy mientras Corrine asentía convencida—. No podemos abrir una tienda de moda sin tener una modelo.

Los azules ojos de Bea se iluminaron.

—¡Soy muy buena posando! ¡Oh, Maddée, no te podrás creer lo quieta que estaré!

Maddy sonrió al recordar la escena...

Como si sus plegarias hubieran sido escuchadas, un gran grupo de turistas ingleses llenó la taberna. Sin embargo, Berthé les salió al paso. Pero entonces entró un grupo de estudiantes ricos de la Universidad de París. «Míos, son míos», pensó Maddy mientras preparaba su mejor sonrisa y se abatía sobre ellos.

La taberna pronto se llenó de hombres de negocios, de comerciantes burgueses y de bohemios. Maddy se mantenía alejada de estos últimos, especialmente de los que fumaban en pipas de arcilla barata y llevaban coderas en el abrigo.

Estaba ganando una pequeña fortuna en propinas, más de lo que nunca había ganado, y hasta se las había ingeniado para comerse un par de limones y cerca de media docena de cerezas de las que se ponían en las bebidas. Pero cuando rondaba la barra a la búsqueda de completar la docena, el tabernero se dio cuenta y le propinó un fuerte golpe en la mano con una vara.

Resoplando, Madeleine agitó la mano arriba y abajo, tratando de aliviar el dolor, y de nuevo tuvo la sensación de que alguien la estaba observando.

Afortunadamente, el golpe no le impidió continuar llevando la bandeja de un lado a otro y durante las dos horas siguientes sirvió numerosas jarras de cerveza, copas de ponche y botellas de absenta. Cada vez que se cruzaban en la barra, Berthé la empujaba pero aun así, Maddy lograba mantener el equilibrio de las bandejas. Por suerte, sus ágiles pies la ayudaban a escabullirse, a pesar de llevar unas botas dos números más pequeñas de lo que le correspondía.

Cada vez que se daba la vuelta, tenía la sensación de que alguien la estaba observando.

Cuando Pitillo terminó de vender su mercancía, Maddy decidió darle algo de sus ganancias y le entregó quince céntimos para que los utilizara si alguien pretendía pegarle. La chiquilla apartó hábilmente la bandeja que llevaba colgada al cuello y abrazó a Maddy. A continuación se escabulló, con sus trenzas ondeando tras ella.

Justo cuando Maddy se volvió de nuevo, uno de los universitarios la agarró con fuerza por la cintura y, de un tirón, la sentó sobre sus rodillas. Maddy se dedicó a examinar el techo a través del humo mientras escuchaba al estudiante compararla con Leda y con varias ninfas y hacer planes de futuro para él y para ella. Sus divagaciones terminaron por hacerse aburridas, así que, como sin querer, Maddy derramó la cerveza que había en la mesa sobre los pies del joven. Se levantó en seguida prometiéndole reponerle la bebida al instante, cobrándosela, claro.

Cuatro hombres de mediana edad que estaban sentados a otra mesa fueron bastante más directos en sus proposiciones. Cuando Maddy les miró, le hicieron señas de que se acercara y uno de ellos le preguntó que cuánto les cobraría por acostarse con todos ellos.

—¿Cien francos?

Ella sonrió, tensa, y se contuvo para no soltarles un improperio. Cuando el hombre subió hasta los cuatrocientos francos, cantidad que ella sólo podría ganar en un año realmente próspero, Maddy continuó rechazando la oferta con seguridad. Para contentarlos, los dirigió a una de las chicas más hermosas de la sala de atrás y les pidió que le recordaran que debían *passez le gras* a Maddy.

Sorprendentemente, aquellos hombres siguieron comportándose con gran amabilidad con Maddy, e incluso pidieron otro bol de ponche, que era una de las cosas más caras que se podía pedir en el Silken Purse. Maddy se lanzó hacia la barra para buscarlo.

Al volver, se dio prisa en servir el ponche mientras sonreía agradecida por su suerte...

Ethan había decidido observar cómo era una noche cualquiera en la vida de Madeleine para poder hacerse idea de la situación de la chica, como, por ejemplo, por qué se veía forzada a trabajar tan duro en lugar de estar comiendo bombones en un diván de St. Roch. A cada minuto que pasaba, se sentía más inquieto.

A pesar de que se trataba de una taberna más y de que él estaba allí simplemente para observar, tal como hacía cada noche en su trabajo, tenía que contenerse para no perder su habitual objetividad. Se sentía fascinado por el comportamiento de Maddy, por la habilidad con que esquivaba a los que tenían las manos demasiado largas, su generosidad con la chiquilla de los cigarrillos y la manera en que hacía reír a los hombres con su inteligente sentido del humor.

Había visto cómo, cada vez que le hacían alguna proposición, ella reprimía su actitud altanera y se tragaba cualquier réplica. Eso había ocurrido al menos una docena de veces, lo que implicaba que Ethan había querido matar al menos a una docena de admiradores.

Si se suponía que era un observador imparcial, ¿por qué había decidido, entonces, volver más tarde y castigar al tabernero por haberla golpeado con una vara? ¿Y por qué cuando aquel jovencito la había sentado sobre sus rodillas Ethan había estado a punto de restregarle la cara por el suelo?

La verdad es que Ethan había aprendido mucho sobre ella aquella noche, y todo lo que había visto le había causado gran admiración.

Madeleine trabajaba sin descanso, y ahora mismo cargaba otro bol de ponche con una expresión de orgullo en la cara.

De repente, Ethan vio cómo otra chica deslizaba un pie delante de ella y le ponía la zancadilla. Madeleine salió disparada hacia adelante y, antes de que él pudiera reaccionar, la enorme fuente de cristal se rompió en mil pedazos contra el suelo.

La taberna se quedó en absoluto silencio, a excepción de las risitas de algunos hombres. Ethan habría querido darle una paliza a todos y cada uno de ellos.

Maddy trató de levantarse, pero sus pies resbalaron en el pegajoso líquido. Dio un puñetazo en el suelo y en su rostro se dibujó una expresión mezcla de hartazgo y decisión. Justo cuando Ethan se levantaba para ayudarla, ella consiguió ponerse en pie. Se sacudió la falda, tragó saliva y apretó los párpados, como si estuviera rogando que la fuente no estuviera realmente rota. Cuando volvió a abrirlos, sus ojos echaban chispas.

El tabernero comenzó a proferir maldiciones en francés y abrió la palma de la mano mientras señalaba a Maddy con el dedo índice de la otra. Con la cabeza bien alta, ella rebuscó en el bolsillo de su falda mientras se dirigía hacia la barra. Cada vez que le entregaba una moneda al tabernero, la apretaba primero brevemente entre los dedos, como si no pudiera soportar la idea de tener que separarse de ellas. Cuando terminó de darle casi todo lo que había ganado esa noche, el tabernero señaló la puerta y, aunque los clientes lo abuchearon, el hombre no cambió de parecer.

Maddy trató de mantener la compostura mientras se dirigía hacia la salida, pero sabía que las mujeres de la cola estarían allí esperándola. Ethan la siguió rápidamente. Una vez en el vestíbulo, Maddy se cruzó con un ruidoso grupo que intentaba entrar en el local; en medio de la confusión, consiguió birlar un paraguas del perchero.

Ethan salió del local tras ella y, en silencio, la siguió escaleras abajo entre la multitud. Estaba seguro de que las mujeres de antes estarían allí. Con fingida valentía, Maddy comenzó a golpearse la palma de la mano con el paraguas y preguntó:

—¿Quién quiere ser la primera?

Él, de pie justo detrás de ella, les dedicó a aquellas mujeres su mejor mirada asesina por encima de la cabeza de Madeleine.

La mujer que se encontraba más cerca abrió los ojos como platos y se alejó. Las demás la imitaron y,

finalmente, el grupo se dispersó.

—¡Así me gusta! —les gritó Madeleine—. ¡Y recordad bien mi nombre!

De repente, sintió un escalofrío. Tras un momento de duda, comenzó a volverse hacia él.

El corazón de Ethan se desbocó. Después de tantas semanas, por fin iban a encontrarse de nuevo. Se secó el sudor de la frente con la manga.

«Me necesita más de lo que yo la necesito a ella», se recordó a sí mismo. Entonces preguntó:

—¿Son amigas tuyas?

MADDY no gritó ni se asustó, simplemente apretó el paraguas con fuerza, como si fuera un palo de cricket, mientras se volvía del todo.

Se quedó boquiabierta al reconocerle.

—¡El Escocés!

No podía ser, pero aquellos ojos, el acento y su gran estatura le indicaban que tenía que ser él. Examinó su cara y se sorprendió al descubrir que aquel hombre al que ella había imaginado tan perfecto tenía en realidad una horrible cicatriz.

Vio que permanecía inmóvil, como si se estuviera armando de valor para soportar su reacción. A Madeleine le pareció incluso que él ni siquiera respiraba mientras ella observaba la evidente cicatriz.

—Bueno, ahora sé por qué no querías quitarte la máscara —cabeceó—. Tenías que mantener oculta esa cicatriz que te atraviesa la cara. Debe de medir más de un palmo.

Ethan entornó los ojos.

—*Aingeal*, sólo hay una cosa en todo mi cuerpo que mide más de un palmo y, si haces memoria, recordarás que no es precisamente la cicatriz.

—Bueno, la marca es bastante grande —le dedicó una sonrisa de satisfacción y luego añadió—: en cuanto a lo otro... casi no me acuerdo. —Como si alguna vez fuera a olvidar aquel dolor abrasador—. ¿Cuánto tiempo llevas espíandome?

—No te estaba espíando. Tan sólo quería asegurarme de que no te atacaba un grupo de violentas mujeres francesas. Por otra parte, creo que éste es un buen momento para decirte cómo me llamo. Soy Ethan MacCarrick, y...

—¿Por qué? —Apartó el paraguas y comenzó a bajar los peldaños hasta llegar a la calle.

Cuando la alcanzó, Ethan fruncía el cejo.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué crees que es un buen momento para decirme tu nombre? ¿Por qué piensas que me importa cómo te llamas? La verdad es que no me importa nada, así que *bonne nuit*.

A Maddy no se le ocurría cómo su día podía empeorar más, pero aceleró el paso para llegar a casa antes de que le sucediera alguna nueva desgracia. Se libraría de aquellas botas que la estaban torturando, se metería bajo las sábanas y no se levantaría durante días; así quizá olvidaría que el Escocés existía.

—¿Ni siquiera quieres saber por qué estoy aquí?

Como siempre, le pudo la curiosidad. «¿Cómo me habrá encontrado? ¿Cuánto sabrá sobre mí?» Pero después de lo cruel que había sido el día en que se conocieron y después de la jornada que había tenido...

No podía pensar en nada que no fuera el dinero que había perdido al romper el bol de ponche, en cómo le dolían los pies o en lo mucho que necesitaba olvidarse de todo y dormir.

—No. —Guardó silencio mientras se daba unos golpecitos en la barbilla—. A no ser que sepas cómo devolverme la virginidad que, lamentablemente, perdí en un carruaje londinense. —Arqueó las cejas, interrogándolo con la mirada—. Tú no la tienes, ¿verdad? Pues entonces, adiós.

Antes de marcharse se fijó con deleite en su expresión, que era impagable. Aquel miserable se había creído que se alegraría de verle.

—¿Te vas a casa? —preguntó él detrás de ella—. Pues saluda a los matones de mi parte cuando llegues al portal.

Cuando ella ralentizó el paso, Ethan añadió:

—¿Cuánto debes?

Al oír la pregunta, Maddy lo miró por encima del hombro.

—¿Y a ti qué te importa?

Ethan llegó de nuevo a su altura, en unas pocas zancadas.

—Porque podría ayudarte.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? ¿Porque te saldría de lo más profundo de tu negro corazón?

—No, tengo que reconocer que quiero algo de ti. Si me escucharas...

—¿Has dicho MacCarrick? —Cuando él asintió, Madeleine dijo—: Creo que puedo imaginarme cuál es tu proposición, y no estoy interesada en absoluto.

—Puede que sí o puede que no. Cena conmigo y hablemos.

—No soy tan imbécil; quieres volver a acostarte conmigo, y eso no volverá a ocurrir jamás. No podrías haberme convencido de ello aunque no hubiera visto tu cara, de modo que no malgastaré mi tiempo hablando de ello. No hay nada que puedas ofrecerme para que cambie de opinión.

Ella casi podía oír cómo le rechinaban los dientes.

—Creo que necesitas muchas cosas que yo podría ofrecerte —dijo él al fin.

—¿A qué te refieres?

—El invierno se acerca, y tú vives en una casucha húmeda y fría.

Maddy casi se dio de bruces contra el suelo.

—¿Has estado en mi apartamento?

—Sí, Bea me dejó entrar. Estuvimos hablando un rato.

—¿Así que ha sido ella la que te ha dicho dónde encontrarme? ¿Por qué lo ha hecho? ¿La has amenazado? —preguntó inquieta—. ¿Le has hecho algo, por ser una... bueno, por ser popular?

—No, me ha ayudado porque dice que te gusto —respondió él enarcando las cejas.

¿Bea le había dicho eso? ¡Qué vergüenza! Madeleine se sintió como una estúpida adolescente en su primera fiesta.

—Fue Corrine la que me dijo que podría encontrarte en esta taberna.

«¿También Corrine?»

—No tengo ni idea de por qué te habrán ayudado... Mis últimas palabras sobre ti fueron que eres una bestia.

—Corrine me rogó que impidiera que una mujer llamada Berthé te hiciera daño.

Ella se acercó para mirarlo.

—Pero ¿cómo encontraste mi apartamento?

—Quin Weyland me dio una dirección de St. Roch, y yo he seguido tu pista hasta La Marais.

—¿Eres amigo de Quin?

—Soy amigo de la familia Weyland. En cierto modo, somos parientes; mi hermano acaba de casarse con Jane Weyland.

—Eso es una tontería, lo último que sé de Jane es que se iba a casar con un rico conde inglés.

—Créeme, yo tampoco le encuentro mucho sentido.

—¿Así que tú ya sabías quién era yo la noche del baile de máscaras?

—No, sólo sabía que eras una conocida de la familia. Mira, Madeleine, a juzgar por lo mucho que has adelgazado desde la última vez que te vi, es muy probable que la manzana que he visto en tu buhardilla sea tu única cena, y esos matones no tenían pinta de ser muy compasivos.

No podía negar que todo eso fuera cierto.

—Lo único que te pido es que cenas conmigo y me escuches. —Cuando ella estaba aún negando con la cabeza, Ethan añadió—: ¿De verdad te resulta tan difícil decidir si vienes a disfrutar de una buena cena conmigo o te enfrentas a esos hombres?

Si los matones de Tourmard estaban allí, se vería obligada a vagar de nuevo por las calles, pero aun así dijo:

—Sí, MacCarrick, tan difícil me resulta. Aquella noche te portaste fatal y lo único que me ha ayudado a mantenerme serena ha sido saber que no tendría que volver a verte en la vida. «Ya decidiré qué hacer

contigo», me dijiste. ¡Es intolerable! No quiero nada de ti, no lo quise entonces y no lo quiero ahora. ¡Sé cuidarme sola desde que cumplí los catorce! —Estaba a punto de llegar a casa, a la cama, al olvido.

—Sí, y lo estás haciendo muy bien, a juzgar por tu pobreza, el hambre que pasas y las deudas. Quizá deberías haberte quedado con Quin hasta que yo regresara si era aquí adonde ibas a volver. —Movi6 la mano como señalando su entorno.

Grupos de indigentes reunidos alrededor de hogueras hechas en ollas de barro proyectaban sus sombras sobre los edificios. A lo lejos, se oían ruidos de disparos. En alg6n lugar oscuro acababa de empezar una pelea.

—Quin me dijo que eras una chica inteligente y pr6ctica, así que supongo que tendrás el suficiente sentido com6n como para, al menos, escucharme.

—¿Quin te ha hablado de mí? —preguntó, aminorando la marcha.

—Sí, y sabe que he venido a París a verte. No creo que le gustara mucho saber que vives en un lugar así.

Maddy ¡se moriría si Quin lo supiera! Cruzó los dedos... ¿Sería su orgullo tan fuerte como para obligarla a cenar con el Escocés? Por lo que parecía, su orgullo le llevaba en ese momento bastante ventaja a su curiosidad, pero tanto uno como otra la empujaban a caer en la trampa. Por fin se detuvo.

—No quiero que lo sepa.

—Entonces ven conmigo —replicó él con un tono autoritario que habitualmente debía de conseguir que todo el mundo hiciera su voluntad, porque la miró perplejo cuando ella se limitó a arquear las cejas—. Ven conmigo y te conseguiré una habitación en mi hotel y podrás cenar algo caliente.

—¿Ahora resulta que se trata de ir a tu hotel? ¿Crees que soy idiota? Además, creía que te gustaba más hacerlo en carruajes en marcha.

Ethan emitió un gruñido de frustración, y entonces sacó de su bolsillo una cajita y se la ofreció.

—Cena conmigo, escucha mi proposición y te daré esto. Sin condiciones.

Maddy cogió tan rápidamente la caja que Ethan apenas pudo parpadear. Le dio la vuelta mientras la abría. ¡Un anillo de diamantes!

—¿Te molesta si lo observo con más calma? —le preguntó, mirándolo por encima del hombro.

Él arqueó una ceja mientras le hacía un gesto con la mano.

—En absoluto.

Necesitaba una farola, y la única que había habido en La Marais, por supuesto, había sido vendida como chatarra. Pero Maddy trató de calcular el peso de la piedra y decidió que no podía ser falsa. Era un diamante, uno de verdad. Con aquello podría devolverle el dinero a Toumard y mantenerse durante años.

—¿Con una cena me gano esto?

—Sí, puedes quedarte con el anillo decidas lo que decidas.

—¿Juras que no intentarás nada inapropiado conmigo?

—¿Inapropiado? Sí, lo juro.

Maddy estaba segura de que el anillo no sería de su medida, tenía los dedos demasiado delgados, de modo que sacó del bolsillo de la falda la cinta roja en la que llevaba atadas las llaves y, tras desatar el nudo y pasar la cinta a través del anillo, volvió a metérsela en el bolsillo.

Cuando volvió a mirarlo, creyó ver en su rostro una sonrisa de satisfacción, como si creyera que ella ya había aceptado.

—Está claro que siempre consigues lo que quieres —dijo—. Quizá sería bueno para ti que una chica de los suburbios te dejara plantado.

Esas palabras fueron la gota que colmó el vaso. Ethan se acercó a ella como si estuviera a punto de

cargársela al hombro.

—Ah, ah, yo que... no lo haría. No vas a cogermé, no en mi barrio.

Ethan apretó los dientes de nuevo, pero entonces tuvo una gran idea. Del bolsillo de su chaqueta sacó una manzana, era su única y preciosa manzana que él se había llevado de su apartamento.

—¡No! —gritó ella mientras él le daba un gran mordisco a la fruta y masticaba con exagerada complacencia.

—Creo que tenemos una cita para cenar —dijo él entre mordisco y mordisco.

II Capítulo 17 III

CUANDO ETHAN tiró el corazón de la manzana, Madeleine estaba a punto de echarse a llorar y, por alguna razón, él casi se sintió culpable. Suavizó su tono.

—Ven conmigo, Madeleine. Te prometo que habrá merecido la pena sacrificar tu manzana.

Ethan pensó que, incluso en aquel momento, vestida con aquellas pobres ropas, Maddy estaba fuera de lugar en La Marais. Se la veía cansada, pero su pelo resplandecía a la luz de las hogueras y sus ojos brillaban, no se parecían en nada a los ojos apagados de los hombres que los rodeaban. Era frágil, y sin embargo no se inmutaba cuando los tiros resonaban a intervalos regulares a menos de dos manzanas de allí.

—Aún tengo que pasar por mi casa para decirle a mis amigas que estoy bien —dijo—. Deben de estar preocupadas.

—¿Así que vas a ponerte en peligro para avisar a tus amigas de que estás bien? Eso es absurdo.

—No es peligroso —se burló ella.

La mera idea de que caminara por allí sola a Ethan le resultaba insufrible.

—¿No oyes los disparos?

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Bueno, no están dirigidos a mí. Si tienes miedo, quédate aquí hasta que vuelva.

«Pequeña zorra.»

—No estoy asustado.

—Entonces no te importará esperar aquí. No tiene sentido que me digas que Corrine y Bea estaban preocupadas y luego pretender que lo ignore.

En otro momento, Ethan se habría sentido impresionado por su lealtad hacia sus amigas, pero en aquellos momentos sólo estaba consiguiendo irritarlo.

—Si piensas que te voy a dejar ir allí sola, es que no estás en tus cabales.

Ella puso los brazos en jarras.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Ethan se precipitó hacia ella, la agarró por el codo y comenzó a arrastrarla tras él colina arriba.

—MacCarrick, vivo aquí, sólo quiero que me des cinco minutos. —Lo maldijo en francés—. ¡No puedes darme órdenes, Escocés! —Con las botas empezó a golpearle las espinillas.

Él gruñó:

—Maldita sea, Madeleine, les mandaremos un mensaje desde el hotel.

—¡Nadie llevará un mensaje a La Marais después de la puesta de sol!

—Lo harán si pagamos lo suficiente.

Se planteó levantarla y cargársela sobre el hombro pero se arriesgaba a que se le abrieran los puntos. Al notar que ella aún se resistía, le dijo:

—También les mandaremos comida. ¿Te convencerás así?

Ella aflojó la resistencia.

—¿Cuánta comida?

—No me importa cuánta. Toda la que quieras.

Notó un brillo en sus ojos y pensó que éste pronto le resultaría familiar.

—Te prometo que...

Una mujer gritó justo detrás de él. Al volverse, Ethan empujó a Madeleine para colocarla detrás de él. En un callejón oscuro, una prostituta estaba apoyada contra la pared, mirándose las uñas con atención y fingiendo gemidos mientras un hombre la penetraba por detrás. Otro hombre esperaba su turno.

Cuando Ethan se volvió de nuevo hacia Madeleine, ella se encogió de hombros con la misma

indiferencia que había demostrado en el baile de máscaras la noche en que se conocieron.

Ethan no podía ni imaginar todo lo que aquellos jóvenes ojos habrían presenciado.

Malditos puntos.

—No quiero que sigas aquí —dijo, cuando ya se disponía a echársela sobre el hombro.

Pero el hombre que estaba esperando su turno salió de las sombras y se dirigió a ellos en una lengua extraña. «Argot —pensó Ethan—, la jerga de los delincuentes franceses.» El hombre señaló a Madeleine con las cejas arqueadas.

Ella se echó a reír sin alegría y susurró:

—Quiere saber si has acabado conmigo.

Un velo empañó la mirada de Ethan. Casi no pudo escuchar la réplica de Madeleine, que también utilizó argot. Aquel cabrón se había creído que Madeleine era una puta, y quería follarla en un asqueroso callejón...

Ethan tiró de ella y la colocó tras de sí mientras sacaba su pistola. El hombre echó un vistazo a la cara de Ethan y sacó también su pistola, pero ya era demasiado tarde, porque el Escocés le llevaba ventaja, y ya la había amartillado y le estaba apuntando.

Madeleine asomó la cabeza por detrás de su espalda y lo tocó en el hombro.

—No lo hagas, MacCarrick. —En su voz había urgencia—. *Allons-y*. Vamonos. Iré contigo.

—¿Por qué no debería matarlo?

—Porque entonces su banda vendría a por mí y a por mis amigas. Tú no querías que me quedase aquí y ahora te digo que quiero irme contigo. Por favor, Escocés...

Finalmente, Ethan comenzó a caminar hacia atrás empujando con él a Madeleine. Llevaba la pistola aún levantada y no perdió a aquel hombre de vista hasta que doblaron la esquina. Por fin, guardó el arma y una mueca de dolor se dibujó en su cara. Comenzaba a notarse la herida.

—¿Siempre llevas pistola? —Cuando Ethan asintió, ella le preguntó—: ¿Por qué?

«Para que cuando un delincuente confunda a mi mujer con una puta, pueda cargármelo.» Se agitó, tratando de desprenderse del repentino instinto de sobreprotección que lo había embargado. ¿Su mujer? Ella sólo era un medio para alcanzar un fin.

Maddy se acercó a él y dijo:

—No entiendo por qué tenías miedo de los disparos si tú mismo llevas un arma y, claro está, debes de saber usarla. De cualquier modo, no habría permitido que te ocurriera nada. —Fruunció el cejo—. Bueno, probablemente. A no ser que me resultara inconveniente involucrarme o que tuviera algo mejor que...

—No tenía miedo —volvió a gruñir él.

«Creo que terminaré estrangulándola antes de que todo esto acabe.»

—Maldita sea, ven conmigo de una vez...

Cuando llegaron al hotel, el restaurante de la planta baja estaba aún abierto, pero Ethan no quería llevarla allí. No le importaba que la gente se fijara en su cara, estaba acostumbrado a ello, pero no deseaba que Madeleine lo observara, que percibiera las reacciones de los demás.

—Cenaremos en mi habitación —dijo, cogiéndola de la mano y llevándola escaleras arriba.

En lugar de protestar, ella le miró abiertamente la cicatriz.

—Realmente te incomoda mucho, ¿verdad? —Maddy no se molestaba en lanzarle disimuladas miradas.

Él entornó los ojos.

—¿A ti no te pasaría?

Ella se encogió de hombros y subieron en silencio hasta la planta donde se encontraba la habitación de Ethan. Una vez dentro, ella silbó y observó todo lo que había a su alrededor.

—Es cara. Siempre tienes lo mejor, ¿no?

Ethan llamó a un camarero.

—¿Y por qué no habría de ser así? —preguntó a su vez mientras trataba de quitarse la chaqueta con

cuidado.

Ella acababa de volver de contemplar las vistas que se apreciaban desde el balcón cuando un camarero uniformado llegó para tomarles nota. El hombre le alargó a Ethan la única carta para que la consultara, pero él le señaló a Madeleine.

Ésta la cogió entre sus manos e inclinó la cabeza con majestuosidad. Se sentó a la lujosa mesa y, mientras hojeaba las alternativas, preguntó:

—¿Sabes francés?

—Ni una palabra —mintió él—. Sólo hablo gaélico e inglés.

—Langosta —le dijo inmediatamente al camarero en francés mientras le lanzaba a Ethan una mirada furtiva.

Él le devolvió una mirada vacía.

Madeleine incrementó el encargo pidiendo seis entrantes de langosta con acompañamiento: sopas, quesos, pasteles, frutas, ensaladas.

—Y si empaquetan la mitad del pedido y le pide al portero que lo envíe a una dirección de La Marais, mi... marido añadirá una propina del cuarenta por ciento.

—¿La Marais? —preguntó el camarero casi atragantándose.

Ella suspiró.

—Un setenta por ciento.

Mientras Madeleine garabateaba la dirección en la hoja de pedido, Ethan le dijo al camarero:

—Traiganos champán mientras esperamos. —Se dirigió a Madeleine y añadió—: Elige la cosecha que quieras, muchacha.

Ella pidió en francés:

—La que sea más cara.

Con una inclinación de cabeza, el camarero salió de la habitación. Cuando regresó, trajo consigo el champán, lo sirvió y volvió a desaparecer. Madeleine parecía encantada, bebiendo y explorando los rincones de la habitación.

Ethan se dejó caer sobre un mullido sillón, satisfecho al mirarla abrir cajones, investigar el contenido de los armarios e incluso el de su maleta. «*Sionnach*», pensó. Volvió a recordarle a un animal salvaje, tan astuta, tan cautelosa.

Tocó todos y cada uno de los materiales que encontró en la habitación. Con las yemas de los dedos acarició suavemente el cubrecama y los pantalones que había colgados en el armario. Parecía como si no supiera muy bien qué estaba haciendo. Por el contrario, él sí era consciente de todo ello, y al verla acariciar los pantalones, pensó en cómo le gustaría que lo hiciera igual cuando él los llevara puestos. Sin ningún esfuerzo, ella lo hizo ponerse tan ardiente como el fuego.

Cuando Maddy entró distraída en el baño, él se inclinó para no perderla de vista. Madeleine miró la bañera, que era lo bastante grande como para poder nadar en ella.

—¿Puedes utilizar toda el agua corriente que quieras? —preguntó con ojos codiciosos.

—Sí, y puedes usarla si quieres.

Creyó oírla murmurar:

—Como tú me usarías a mí.

Cuando por fin llegó la comida unos minutos más tarde, Madeleine estaba ya bastante achispada, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta lo delgada que estaba. La enorme mesa resultó no ser lo suficientemente grande como para acoger todos aquellos platos, así que Maddy le pidió al camarero que los repartiera sobre la gruesa alfombra de Bruselas, como si se tratara de un picnic.

En cuanto el hombre se marchó, Madeleine se sentó en el suelo, rodeada de platos. Ethan se tocó el hombro y se deslizó también suavemente hacia el suelo, tratando de ser cuidadoso con su herida.

—Tan natural como siempre —dijo ella.

—¿Qué has querido decir con eso? —preguntó mientras trataba de alcanzar un plato de langosta.

Pero de repente Maddy intentó atacarle con el tenedor, como si de una daga se tratara. Ethan levantó las manos en señal de rendición.

—Está claro que necesitas la comida más que yo.

Ella no entendió si se trataba de un comentario ofensivo o si simplemente afirmaba un hecho. Él tampoco.

—Dime qué has querido decir —le pidió.

—Que te comportas con tanta confianza como aquella noche conmigo, en el carruaje.

—Sí, es lo que suele ocurrir cuando dos personas mantienen relaciones sexuales.

Ella lo miró con rabia.

—No, tú te portaste como si hubiéramos estado juntos toda una vida, como si fuera una noche más entre muchas otras.

«En algunos momentos fue exactamente así.»

—Toma, te dejaré que te comas esto —dijo alargándole la guarnición.

Entonces se metió por primera vez el tenedor en la boca, y cerró los ojos deleitándose.

Aunque él había imaginado que engulliría la comida, Madeleine en cambio saboreaba cada pedazo como si fuera el último. Tenía una forma de comer sensual, voluptuosa realmente... excitante. Cuando comenzó a comerse las jugosas fresas untándolas en nata, él se pasó la mano por la boca. Cuando Maddy chupó la nata que le había quedado en los dedos, Ethan se removió incómodo en el suelo. Cualquier hombre fantasearía sobre lo que ella podría estar haciendo en otro contexto. Finalmente, no pudo aguantar más.

—Es suficiente —dijo mientras se ponía en pie—. Te vas a poner enferma. —Y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Ella, reacia, lo ignoró.

—No he comido mucho más de lo que se come en una comida normal.

—Lo que ya es bastante más de a lo que estás acostumbrada.

Cuando la condujo, a regañadientes, hacia una de las sillas que rodeaban la mesa, ella echó un vistazo a la comida por encima del hombro. Él volvió a experimentar la misma opresión que le había atenazado el pecho cuando vio que Madeleine estaba a punto de llorar por la manzana.

—Muchacha, hay más comida en la cocina, no tienes que comportarte como si ésta fuera a ser la última comida de tu vida.

Ella se rió sin ganas.

—Eso lo dice un hombre que jamás se ha saltado una comida en toda su vida.

EL ESCOCÉS ni siquiera se había inmutado cuando llegaron las numerosas bandejas con comida, fruta, pasteles, langosta, ensaladas y tres postres. Al examinar los platos que acababa de disfrutar, Madeleine se dio cuenta de que él tenía razón: había merecido la pena sacrificar la manzana.

Aun así, Maddy se había sentido intranquila cuando él había dicho que quería que cenaran en su habitación, y había estado a punto de salir corriendo llevándose el anillo. Pero entonces, había llegado a la conclusión de que él no quería cenar en el restaurante debido al aspecto de su cara, lo cual era comprensible, dado el tamaño de la cicatriz. No se podía creer que le hubiera ocultado su verdadera apariencia aquella noche, y menos que lo hubiera hecho a propósito, incluso mientras la poseía.

Ethan le acercó su copa de champán hasta el lugar que ocupaba en la mesa. Mientras que ella estaba ya bastante mareada, él no había bebido nada en absoluto. A Madeleine le había parecido antes como si él sintiera un dolor intenso en un costado, y ahora acababa de sentarse cuidadosamente sobre la cama, como si volviera a sentirlo.

—Me has dicho que vives sola desde que tenías catorce años —dijo—. Me gustaría saber cómo pagas el alquiler y la comida.

—En realidad me estás preguntando si lo que ha ocurrido esta noche es indicativo de algo.

Había perdido casi todo el dinero que había ganado hasta que aquel Escocés le había regalado... ¡un diamante! Desgraciadamente le sería difícil venderlo a su verdadero precio, puesto que ella necesitaba el dinero inmediatamente. Pero precisamente por eso, se había encargado de robarle un reloj de oro de la maleta y algunas piezas de la cubertería de plata que habían utilizado para cenar.

Prudentemente, Ethan no dijo nada tras su comentario. A ella no le apetecía nada seguir contestando a sus preguntas, pero imaginó que tendría que hacerlo hasta que pudiera comer algo más o, al menos, robar algo más.

—Algunas veces juego a las cartas y vendo cigarrillos en una cafetería, cercana a Montmartre. —Se encogió de hombros mientras bebía—. Cuando no estoy haciendo eso, monto el juego del trile en las ferias, o hago apuestas.

—He visto el libro que tienes al lado de la cama. No me digas que te consideras una bohemia.

—En absoluto. Ese libro acaba de aparecer y está ambientado en un vecindario cercano. Simplemente lo utilizo para obtener ideas de cómo conseguir cosas gratis. No me caen bien los bohemios, ni siquiera los que son aún más pobres que yo. —A continuación murmuró, ausente—: ¿Sabes lo difícil que sería ser más pobre que yo? —Meneando la cabeza, afirmó—: Muchos de ellos dejan a sus ricas familias para venir a morir de hambre a La Marais.

—Quin me dijo que tu madre y tu padrastro viven en St. Roch. ¿No hiciste tú lo mismo apartándote de ellos?

—Mis razones para dejar St. Roch no tienen nada que ver con eso. Además, es un asunto del que no me apetece hablar.

—¿Qué tipo de mujer deja que su hija viva en un suburbio?

Maddy dejó su copa sobre la mesa, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Él se abalanzó sobre ella y la cogió de la muñeca. Para ser un hombre tan corpulento se movía bastante rápido.

—Espera —dijo, apretando los dientes como si sintiera un gran dolor.

Ella miró furiosa la mano que la sujetaba.

—Te he dicho que no quiero hablar sobre ello.

—No volveré a sacar el tema.

La soltó; ella se dejó caer de nuevo sobre su silla y se acabó la copa.

—Pero me pregunto por qué estás tan dispuesta a marcharte sin ni siquiera saber por qué estoy aquí.

—Cierto, tu proposición. Estoy bastante segura de que sé lo que es, casi me lo dijiste aquella noche.

—Sí, había pensado en convertirte en mi querida, y la verdad es que bien podrías haberte quedado en Londres hasta que yo volviera si ésta era la vida a la que tenías que regresar.

—No quería ser tu amante. Supondría tener que repetir a menudo lo que ocurrió aquella noche. —Se encogió de hombros—. Antes preferiría morirme. El único modo de conseguir que volviera a soportar todo aquello sería si me casara...

—Entonces tendré que casarme contigo —gruñó él.

Ella lo miró con expresión de disgusto.

—He tenido un día bastante duro, MacCarrick. Sinceramente, lo último que necesito es estar aquí sentada escuchando cosas como ésa.

—¿Y si te dijera que he venido hasta aquí con el único propósito de encontrarte y llevarte conmigo a Escocia para que nos casemos?

—No estoy de humor para bromas. —Observó la expresión impasible de su cara con creciente horror—. Oh, Dios, no estás de broma. ¿Has decidido que lo que tienes que hacer conmigo es convertirme en tu esposa? —Con la voz temblorosa por el pánico dijo—: Sólo he hablado de casarme porque estaba segura de que de nuevo te echarías atrás.

Él la miró y se pasó la mano por la nuca, como si no supiera cómo debía continuar.

—¿De verdad habías creído que aceptaría tu propuesta? —espetó ella incrédula—. ¡Qué arrogancia! Le has echado un vistazo a mi «cuartucho» y has creído que lloraría de alegría y te consideraría mi héroe. ¿Debería caer de rodillas?

—Mejor no. A no ser que quieras que toda la plata que llevas en el bolsillo de la falda comience a repiquetear.

Maddy arqueó una ceja. Por lo general, nadie se daba cuenta de cuando robaba algo, y esa noche había puesto especial cuidado en ello. Aquel hombre era bueno.

—No sé de qué me estás hablando.

Respetuosamente, él no siguió con el asunto, sino que volvió a la proposición.

—Sería lógico que estuvieras encantada de recibir cualquier propuesta de matrimonio.

—Me dijiste que tú nunca te casarías. —Y con fingido tono lastimero añadió—: ¡Ojala te hubiera escuchado! Así no habría intentado cazarte unos segundos más tarde.

—Las cosas han cambiado. Hace poco estuve a punto de morir y eso ha dado un nuevo giro a mi vida. Poseo un título y necesito un heredero, así que tengo que casarme.

—¿De qué título hablas?

—Soy conde en Escocia. El conde de Kavanagh.

—¿Planeas convertirme en condesa? —Contuvo el aliento con los ojos abiertos como platos—. ¡Qué original! Nunca había escuchado algo así en Montmartre.

—Es cierto.

—¿Y por qué ibas a elegirme a mí?

—Ninguna otra alternativa me parecía atractiva. He preguntado por ahí y he averiguado muchas cosas sobre ti; creo que nos entenderemos bien. Todo el mundo dice que tienes una personalidad práctica y astuta, y que eres inteligente.

—Podrías conseguir un matrimonio mucho más ventajoso.

—No menosprecies tus encantos.

—No lo hago. Sé que soy guapa e inteligente, pero no tengo contactos... ni dote. Por si no te habías dado cuenta, soy tremendamente pobre.

—No necesito contactos, y tengo más dinero del que cualquiera de los dos pudiera gastar en toda una vida. Puedo elegir con quién casarme basándome sólo en si la encuentro guapa e inteligente.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y por qué crees que yo me casaría contigo?

—En el baile de disfraces me dijiste que querías casarte con un hombre rico. Yo soy rico. Me dijiste que querías un anillo caro y yo te he regalado uno que vale una pequeña fortuna. Serás condesa y tendrás más riqueza y propiedades a tu disposición de las que nunca habías soñado.

«¿Propiedades y riqueza? ¿Condesa?» ¿Estaba siendo sincero aquel Escocés tan extraño? ¿No había rogado por tener un poco de suerte? ¿Se trataría de un respiro en su interminable cadena de desgracias?

¿Y ahora ese MacCarrick aparecía sin más en su puerta para pedirle que se casara con él?

«No, los regalos no caen del cielo. No a mí. Aquí algo huele a podrido.»

—Lo único que tienes que hacer es irte de París conmigo; nos casaremos en Escocia.

—¿Por qué no casarnos aquí, en la *ville lumiéré*? —Con tono seco añadió—: Tú eres claramente un romántico, y esto es París...

—Porque soy el laird de mi clan, y se supone que tengo que casarme en las tierras de los MacCarrick, y celebrar una gran boda a la que acuda todo el clan. Y porque casarme en mi país, con testigos de mi condado, ayudará a que mis hijos reciban su herencia sin problemas. —Ella seguía sin estar convencida y él le dijo con calma—: Dinero, protección, una vida regalada... todo eso está a tu alcance. ¿Tan repugnante te parece casarte conmigo? —Ausente, se pasó la mano por la cicatriz.

—Sí, y antes de que creas que es por tu cara —él dejó caer la mano, como si le sorprendiera habérsela tocado—, te pido que retrocedas a tu comportamiento de aquella noche. Arruinaste lo que podría haber sido, lo que debería haber sido maravilloso. Creía que tenía una idea bastante clara de lo que era la crueldad, pero tú me enseñaste que me quedaba corta.

—No fue tan horrible...

—Sí, claro, he oído que algunas mujeres disfrutaban mucho cuando un highlander sobreexcitado les mete mano, casi les arranca la ropa y luego les inflige un dolor insoportable. Sin embargo yo, por alguna razón, no pude entender dónde radicaba el atractivo de la situación. —Se encogió de hombros—. Entenderás por qué me pareciste un amante horrible.

Ambos intercambiaron una mirada cargada de resentimiento.

—Hoy haría las cosas de otra manera.

—¿Debo tomarme eso como una disculpa?

—No creo en las disculpas. En cambio te estoy ofreciendo un futuro, cosa que es bastante más importante.

—Aquella noche no te detuviste a pesar de que me estabas haciendo daño.

—Yo no sabía...

—¿Quieres decir que un hombre de mundo, tan experimentado como tú, no sabe cuándo la mujer que está con él está sufriendo y a punto de echarse a llorar?

¿Estaba Ethan reprimiendo una mueca de dolor?

—Llevabas puesta una máscara, no podía ver tus lágrimas. Y te juro que me detuve en cuanto me di cuenta.

—Ya, claro, y entonces... terminaste lo que habías empezado; por si no hubiera sufrido ya suficientes humillaciones.

—No quise humillarte. Aquello fue... involuntario.

Ella frunció el cejo.

—¿Involuntario? ¿Qué quieres...? —Madeleine guardó silencio de repente, y notó cómo se sonrojaba al pensar en Ethan embargado por la lujuria—. Bueno, lo que importa es que incluso cuando te diste cuenta estuviste a punto de no parar.

—Pero lo hice. Y algún día te darás cuenta de lo enormemente difícil que fue. —Ethan miró hacia su derecha y, casi en un murmullo, dijo—: Es difícil que te lo imagines, porque a ti te estaba haciendo daño,

pero a mí no me dolía. —Sus cejas se juntaron, como si estuviera recordando el encuentro en aquel preciso instante, una idea que hizo que Maddy sintiera un escalofrío—. Yo estaba sintiendo más placer del que había sentido en años.

—Entonces, ¿por qué paraste?

—No quería hacerte daño. —Ethan se volvió y la miró a los ojos—. Supongo que eso quiere decir que todavía puedo redimirme.

—¿Redimirte? Espero que no hayas venido hasta aquí con la esperanza de que yo te redimiera, MacCarrick, porque si es así, no has elegido a la chica apropiada.

—No, he venido hasta aquí con la esperanza de que te cases conmigo. —Recorriéndola de arriba abajo con su encendida mirada, añadió—: Y creo que sí he elegido a la chica apropiada.

ETHAN se sentía desconcertado, no entendía por qué ella no estaba dando saltos de alegría ante aquella oportunidad.

—Entonces, ¿cuánto dinero tienes? ¿Eres tan rico como Quin?

—No. Soy bastante más rico que Quin.

En lugar de mostrar contento, su expresión se mantuvo fría.

—Eres rico, tienes un título nobiliario y no eres tan terriblemente viejo. Podrías tener a quien te diera la gana, pero ¿eliges a una chica sin dote a la que no conoces de nada?

«¿Tan terriblemente viejo?»

—Ya te lo he explicado.

—Pero esa explicación no me vale. Estoy segura de que hay algo raro en ti o en tu situación y que estás intentando ocultármelo. Me has escogido a mí porque soy extranjera y es imposible que haya oído nada sobre tus inmorales inclinaciones, o sobre tus increíbles borracheras, o sobre tu inestable situación financiera.

—No bebo alcohol. Y mi situación financiera es muy estable. —Se preguntó por qué estaba poniendo tanto empeño en explicarse si, al fin y al cabo, no tenía ninguna intención de casarse con ella—. Y mi única inclinación moral tiene que ver con que te haré el amor hasta que ambos estemos exhaustos todas y cada una de las noches.

Ella adoptó una expresión de desagrado.

—¿De verdad querrías estar conmigo, a sabiendas de que las únicas razones por las que yo estaría con un hombre como tú serían evitar el hambre y escapar de los matones?

—No me importan las razones, sólo que aceptes.

—No me parece bien. Sé que los nobles tenéis vuestras propias reglas... Siempre hay algo poco claro, siempre hay algún secreto que ocultar.

A pesar de que él pensaba que eso era algo imposible, se dio cuenta de que ella era todavía más cínica que él.

Escogiendo con cuidado cada una de sus palabras, Ethan preguntó:

—¿No te parecen obvias las razones por las que aún no me he casado?

—¿Por tu horrible cicatriz de más de un palmo? —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¡Maldita sea, bruja, no es tan grande! —replicó él con los dientes apretados.

—Quizá no lo sea si la mides de punta a punta, pero sí lo es si contamos las bifurcaciones.

Cuánto había deseado que una mujer hablase con naturalidad de su cicatriz y la considerase como algo normal. Y allí tenía a aquella pequeña impertinente, mirándolo a los ojos, cara a cara con él y, discutiendo sobre su marca... Sin embargo, la situación no tenía nada que ver con lo que él siempre había imaginado.

—Eres un idiota —dijo finalmente ella y, con un suspiro de irritación, se acercó a la cama en la que Ethan estaba tumbado.

Levantó una rodilla y la apoyó en el borde del lecho, acercándosele para examinarlo. Desprendía un dulce olor a fresas y a mujer, y la erección de él creció todavía más. Tuvo que hacer enormes esfuerzos para no agarrarla por la cintura y tirarla sobre la cama.

Entonces ella... acarició su cicatriz.

Mordiéndose los labios, realmente concentrada, pasó uno de sus dedos por cada centímetro de la cicatriz.

Una hermosa mujer estaba tocándole la cara, analizándola. Aquella herida era repugnante, ¿por qué a ella no le daba asco?

Cuando Maddy se convenció de que en realidad no medía tanto como ella había dicho, posó su palma en su cara. Ethan se esforzó para no apartarle la mano, ansioso por saber cuál sería su próximo movimiento. «¿Qué dirá? ¿Qué insulto me dedicará?»

Finalmente, ella pareció aburrirse del juego.

—Bueno, quizá me había equivocado —admitió—. Pero aun así, la cicatriz es grande, muy grande. ¿Cómo te la hiciste? ¿Te dolió?

—Claro que me dolió, maldita sea —gruñó él recordando vividamente que ella era la hija del responsable de aquello.

Entonces Maddy se apartó rompiendo la intimidad de la escena. A continuación, adoptando una expresión desdeñosa, chasqueó la lengua.

—¿Te la hiciste jugando con unas tijeras, Escocés?

—Algún día te lo contaré todo —mintió.

Ella volvió a su asiento sobre la alfombra suspirando, entreabrió descaradamente los labios mirándolo fijamente, y se llevó otra fresa a la boca.

—Bueno, gracias por el anillo y por la cena —dijo ella media hora más tarde, cuando se levantó para marcharse—. Ha sido agradable.

—Madeleine, el reloj que te has guardado en el bolsillo era del padre de mi padre, no puedo dejar que te lo lleves; pero estaré encantado de ofrecerte otro.

Ella agachó el mentón, metió la mano en el bolsillo para buscarlo y lo lanzó sobre la cama.

—¿También te las has arreglado para coger esa palmatoria que no dejabas de mirar?

¡Maldita sea! ¿Cómo podía haberla visto?

—Encomiable, *sionnach*.

—¿Qué significa esa palabra?

—Significa «zorro». Me recuerdas a ese animal.

—Pues ¿sabes a qué me recuerdas tú? A un lobo con piel de cordero. Hoy has sido muy educado, pero me parece obvio que ésa no es tu verdadera naturaleza, es sólo una fachada.

—Sí, puede que tengas razón —contestó él sorprendiéndola con su franqueza—. No soy un hombre educado, y no me gusta cortejar a las mujeres ni hacerles cumplidos. Siempre digo lo que pienso, sin importarme si hay o no mujeres que se puedan sentir ofendidas, pero...

—Pero si busco detrás de la ruda superficie —lo interrumpió ella con fingido tono zalamero y llevándose las manos al pecho en un gesto teatral— encontraré a un buen hombre que estaba esperando que la chica adecuada lo cambiara. Cuéntale ese cuento a la romántica de Bea, que se lo traga una y otra vez, pero yo no.

Madeleine fue a abrir la puerta.

—No, no iba a decirte que soy un buen hombre. No puedo afirmar algo así. Tampoco creo que un hombre pueda cambiar su naturaleza, pero sí iba a apuntar que, probablemente, soy lo mejor que vas a encontrar. No te pegaré jamás, nunca te faltará de nada y no tendrás que volver a doblegarte ante nadie. Hay una razón clara por la que no les has pedido ayuda a los Weyland: eres muy orgullosa. ¿Por qué no regresar ahora a Inglaterra como su igual?

—Aparentemente, eso tiene lógica. —Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera a punto de robar un pañuelo y tuviera a un gendarme controlando todos y cada uno de sus movimientos?

De repente, entornó los ojos y su mirada se mostró suspicaz.

—¿Por qué nunca me has preguntado por aquella propuesta de matrimonio que te dije que tenía en Francia?

—Me ha parecido evidente que no la habías aceptado, porque si no, no seguirías viviendo en la pobreza. Además, lo último que quería era recordarte a otro pretendiente.

—No fue así, yo quería casarme, fue él quien me rechazó. Después de tanto tiempo, comenzó a dudar de mi virtud.

MacCarrick frunció el cejo.

—¿Crees que yo tengo algo que ver con eso? Pues ¡claro que sí! Le escribí contándole cómo te había conquistado.

Ella no parecía aún convencida, así que Ethan añadió:

—Lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué le hiciste esperar tanto?

—Tenía un mal presentimiento.

En lugar de burlarse, Ethan asintió y dijo:

—¿Ahora también tienes un mal presentimiento?

—No lo sé. —La verdad era que no estaba segura; se sentía muy cansada, sorprendida y, probablemente, había bebido más de la cuenta. Su cabeza le decía que no debía creerle, pero si seguía su instinto...—. Sólo necesito algo de tiempo para reflexionar sobre todo esto. —«¿Estoy mostrándome vulnerable?»—. Es un paso muy importante.

Él se pasó la mano por la cara.

—Por lo menos quédate aquí. ¿Qué pasaría si te pillaran esos matones? Te llevarían directa a ver a su jefe.

—A mí nunca me pillan.

Eso no era cierto. La habían pillado varias veces, pero por suerte nadie la había arrastrado hasta la comisaría.

Cuando Madeleine abrió la puerta, Ethan se levantó de un salto y le asió un codo con la mano.

—¿Salir en plena noche? De ninguna manera. —Parecía alarmado ante la idea de que huyese de él—. ¡Maldita sea, Madeleine! ¿Tan horrible sería dejar que un hombre cuidara de ti, que te protegiera?

«¿Protegerla?» Ella tragó saliva mientras la imagen de las mujeres de la *boulangerie* le daba vueltas en la cabeza. ¿Había estado alguna vez tan cerca de su sueño?

—No voy a marcharme de París sin ti, muchacha. —Con voz más suave, Ethan añadió—: Vas a ser mía... No sé qué voy a tener que hacer para conseguirlo, pero lo lograré.

Maddy conocía bien a los hombres. Podían fingir fácilmente que sentían amor o cariño, sin embargo, los celos no podían sacárselos de la manga así como así. Se había percatado de la mirada furiosa de MacCarrick cuando aquel hombre le preguntó si ya había acabado con ella. Había sido testigo de la rapidez con que éste había sacado la pistola del cinturón con intención de dispararle.

Era posesivo. «Entonces, ¿por qué me asusta todo esto?» Podía intentar establecer algunos parámetros para protegerse, para ponerle límites a su vulnerabilidad.

De mal en peor. ¿Tenía miedo de aprovechar la oportunidad porque no se fiaba de él o porque La Marais ya la había vencido?

Nunca. «La fortuna favorece a los que se arriesgan.»

Entonces fue cuando se dio cuenta de que iba a seguir adelante con aquel asunto.

—Consideraré tu propuesta.

Él suspiró y tensó sus facciones; sin embargo, Maddy pudo percibir que se sentía aliviado, muy aliviado.

—Pero exijo ciertas condiciones.

—¡NI hablar de no tener sexo hasta que nos casemos!

—Lo digo en serio, Escocés. No cometeré el mismo error dos veces.

Ethan apenas había disfrutado del alivio que sintió al haberla convencido de que se quedara con él, cuando Maddy empezó ya a poner todas aquellas absurdas condiciones.

—Acepto no preguntarte por tu pasado, y también acepto serte fiel. Lo de empezar una familia cuanto antes mejor, bueno, digamos que lo dejo en manos de Dios, pero también estoy de acuerdo —mintió Ethan—. Yo pondré todo lo que pueda de mi parte. Pero la cuarta condición es inaceptable. Yo tengo necesidades, y no desaparecerán simplemente porque estemos prometidos.

Maddy se encaminó hacia la puerta. ¿Por qué diablos habría creído Ethan que aquello iba a ser fácil?

—Éstas son mis condiciones —replicó ella sin mirarlo—. Y creo que estoy siendo muy generosa.

—Y yo también. Ese anillo puede mantenerte durante años.

Maddy se dio la vuelta.

—Ni siquiera me gustas.

—Ya, pero sé de buena tinta que antes sí te gustaba.

Ella apretó los labios y Ethan estaba convencido de que en su mente estaba maldiciendo a sus amigas.

—Yo a ti no te gusto.

Ethan no se molestó en negarlo. Él sentía muchas cosas por ella, pero «gustar» no era una de ellas.

—Estás negociando conmigo como si tuvieras una alternativa mejor. ¿De dónde saca una chica como tú el valor para arriesgarse a perder a un hombre con tanto dinero y tanto poder como yo y que además quiere casarse con ella? Tu reputación está destrozada, ¿recuerdas? La mayoría de los hombres de clase alta sólo quieren casarse con vírgenes. Y, dado que yo me quedé con tu virginidad, es una suerte que aún me interese por ti.

—Ya sé que no tengo nada con lo que negociar... pero no confío en ti. No confío en ti en absoluto.

—¿Quieres poner todas esas condiciones para equiparar las cosas entre tú y yo, o lo haces porque tienes miedo de quedarte embarazada antes de que nos casemos?

—Por ambas cosas —admitió ella sin titubear.

Ethan vio que no lograría convencerla, así que se dio por vencido:

—De acuerdo. Esperaremos... si prometes compensarme de otro modo y siempre que yo quiera. —Al ver que ella fruncía el cejo, añadió—: No me importa cómo me satisfagas... sólo quiero que lo hagas.

—Eso lo dices porque crees que así lograrás seducirme.

Eso era exactamente lo que Ethan tenía planeado. No le gustaba que ella se anticipara constantemente a sus pensamientos.

—Pero deja que te diga que no lo conseguirás —añadió Maddy—, tú no me interesas.

—Aprenderás a desearme de nuevo.

—¡Eres increíble! Si tu comportamiento no bastara para quitarme las ganas, sólo tengo que pensar en cómo eres de verdad para que ya no me quede ninguna.

Ethan entrecerró los ojos y se acercó a ella. Cuando la tuvo atrapada contra la pared, levantó la mano para acariciarle la nuca.

—No puedes negar que te gustaron mis besos —dijo él acercándola despacio contra su pecho.

A ella se le aceleró la respiración.

—En... entonces creía que eras distinto.

—¿Alguna vez piensas en lo que pasó en el carruaje antes de que te poseyera?

Maddy se sonrojó y con ese rubor, Ethan obtuvo su respuesta.

—Yo sí —admitió él—. Pienso en ello. Constantemente. —Sabía que tenía que ser un poco más

cariñoso para convencerla de lo que estaba diciendo. Y, aunque tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad, apartó la mano de la nuca y le acarició la cara—. Y me acuerdo de que mis besos y mis caricias te gustaron.

Ella deslizó la vista hacia los labios de él, como si en su mente estuviera reviviendo aquellos momentos.

Ethan se inclinó hacia adelante y le susurró al oído.

—Estuviste a punto de tener un orgasmo en mis brazos.

Maddy se estremeció contra su torso. Y él le recorrió el cuello con los labios. Luego añadió:

—¿Por qué estás tan convencida de que ahora no va a gustarte? —Sus respiraciones entrecortadas eran lo único que podía oírse en la habitación—. Voy a besarte, y si no me respondes, me iré y jamás volveré a molestarte. Pero si me respondes... a partir de ahora eres mía.

—No voy a acceder a... —tragó saliva— a participar en tu ridículo... —Ethan se acercó más a ella— ridículo... —Las manos de Maddy estaban apretadas contra el pecho de Ethan—. Esto es absurdo...

Él deslizó despacio los labios sobre los de ella, pero Maddy se tensó y le empujó apartándolo un poco. Pero Ethan no la soltó, sino que continuó acariciándola con la boca y la lengua. Pasados unos momentos, Maddy relajó las manos y las posó en el torso de Ethan.

Por fin, sus labios se entreabrieron bajo los de él, permitiéndole saborear lo que hacía tantas semanas que ansiaba. Las manos de Maddy se deslizaron hacia arriba hasta entrelazarse en la nuca de Ethan para poder acercarse aún más a él.

Cuando él profundizó el beso, Maddy gimió y empezó a responderle con la misma pasión, dejando claro que Ethan había ganado. Al parecer, no le desagradaba tanto. ¿Por qué lo había dicho? La lengua de Maddy le hacía arder la sangre, quería sujetarla por las nalgas y acercarla a él. Ethan estaba dispuesto a ser cariñoso, a seducirla, a darle placer, pero no tenía la más mínima intención de perder el control sólo con un beso... otra vez.

Maddy se colgó de su cuello y se apretó contra él, haciéndolo gemir. ¿Cómo lograba enloquecerle con tan poco? Ethan estaba a punto de perder la cabeza, y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por controlar la necesidad que sentía de tumbarla en la cama y poseerla de nuevo.

Haciendo acopio de una fuerza de voluntad que no sabía que tuviese, se obligó a soltar a Maddy y, después de recuperar el aliento y el sentido común, dijo:

—No tiene por qué ser tan malo, Madeleine. Te enseñaré a confiar en mí y podremos darnos mucho placer el uno al otro.

Ella lo miraba atónita, aún más a la defensiva que antes, de modo que Ethan se esforzó por no presionarla.

—Estoy convencido de que, en un par de días, tumbarte y dejar que te posea te parecerá muy fácil.

—¿Por qué? ¿Tan difícil es complacerte a ti? En el carruaje no me pareció que lo fuera tanto.

Ethan apretó los dientes y se obligó a mantener la calma.

—No necesariamente, pero es que lo haremos dos o tres veces al día.

—¿Con la edad que tienes?

«¿Con la edad que tengo? Dios, voy a estrangularla.»

—Digamos que tengo que recuperar el tiempo perdido. Y voy a empezar esta misma noche.

—Aún no he aceptado, MacCarrick.

—Lo harás. Pero antes de eso, me reservo el reto de intentar seducirte de nuevo.

—De acuerdo —contestó ella tras dudar largo rato—, pero esta noche quiero tener mi propia habitación. Y en cuanto a lo de seducirme, no te garantizo nada.

—¿Por qué quieres una habitación para ti? Desde este instante estamos prometidos. —Sonaba rarísimo.

—Porque quiero bañarme y pensar en todo esto. La cabeza me da vueltas. —Maddy se tambaleó—. Por favor, si supieras el día que he tenido...

—¿Y cómo puedo confiar en que no te irás de aquí durante la noche? Ya lo has hecho antes.

—¿Y si te prometo no hacerlo?

—Dejaré que te bañes sola, pero tú y yo compartiremos habitación.

Maddy exhaló y aceptó resignada.

—Volveré dentro de media hora —dijo Ethan antes de salir.

Bajó la escalera corriendo y, al sentir el frío aire de la calle en su piel, aprovechó para intentar sacudirse el efecto que Maddy tenía en él.

Maldición, era perfectamente capaz de soportar una noche sin tocarla; era un pequeño sacrificio para acabar obteniendo algo mucho mejor. Había viajado a París en un abrir y cerrar de ojos, llevaba días sin apenas dormir, y aún se sentía débil por culpa de la herida.

Ethan frunció el cejo. ¿Cómo iban a dormir? Ethan tenía claros los motivos por los que había insistido en que compartieran habitación, pero ahora le parecía muy raro, pues él jamás había dormido con una mujer. Temía no poder conciliar el sueño, y le molestaba la mera idea de la intrusión de alguien en su vida.

Después del sexo, cuando la mujer en cuestión suspiraba por reposar entre sus brazos, Ethan siempre saltaba de la cama. Se vestía a toda velocidad y salía a encontrarse con la lluvia, el frío o cualquiera de los elementos que hubiese fuera, obsesionado sólo con escapar. Las mujeres eran unas pesadas. Tenían la lamentable y absurda tendencia a confundir el sexo con el afecto, y no entendían que eran dos cosas muy distintas, y que a él sólo le interesaba la primera. De hecho, Ethan incluso estaba convencido de que una no tenía nada que ver con la otra...

Un viejo matrimonio pasó junto a él riéndose y entraron en el hotel. Ethan se quedó mirándolos y supuso que a algunos el matrimonio sí les iba bien. Los propios padres de Ethan habían estado muy enamorados el uno del otro. Aunque esa unión había acabado en tragedia. Ojala sus hermanos tuvieran mejor suerte.

«¿De verdad ha accedido Maddy a casarse conmigo?»

Ethan se dio cuenta entonces de que, dejando a un lado todo lo demás, ella había aceptado ser su esposa aun habiéndole visto la cara.

Meditó en el asunto: un hombre como él podría casarse con una belleza como Maddy, sólo porque ella estaba hambrienta, en peligro y necesitaba de protección. Sin embargo, él era tan repulsivo por culpa de los padres de ella.

Ethan estaba convencido de que Maddy era suya. Que le pertenecía. Su pequeño cuerpo era de él. De hecho, tenía derecho a acariciarla cuando se le antojara. ¿Acaso no le había dicho que quería que le satisficiera?

Entonces, ¿por qué la había dejado y se había ido? Ethan se enfadó consigo mismo y regresó a la habitación.

MADDY estaba sentada en aquella enorme bañera y, mientras se escurría el pelo, que ahora olía a lavanda, pensaba en que tal vez su suerte estuviese a punto de cambiar.

Con aquel anillo que ahora colgaba de una cinta encima del tocador, podía pagar todas sus deudas y salir adelante.

Y si el Escocés de verdad quería casarse con ella, entonces además sería rica. ¡Se convertiría en condesa!

Se recostó contra la bañera, con el agua cubriéndola hasta los hombros, y se relajó. No le sería nada difícil acostumbrarse a aquello.

Maddy frunció el cejo. Pero a cambio tendría que permitir que el Escocés le hiciera el amor. Ojala se le diera tan bien eso como besarla. Aunque Maddy estaba dispuesta a soportar muchas cosas a cambio de disfrutar de esas comodidades. Y, por otra parte, ahora estaba convencida de que él no había querido hacerle daño esa noche. Cada vez que ella sacaba el tema, el Escocés adoptaba una expresión compungida.

Maddy abrió los ojos...

¡Él estaba allí... mirándola!

Se puso en pie de un salto para alcanzar la toalla y se la echó por encima de los hombros como una sábana, pero sabía que los ojos de halcón de él habían visto parte de su cuerpo. ¿Cómo era posible que no lo hubiera oído entrar?

—¡Dijiste que me darías media hora!

—Y tú dijiste que me satisfarías cuando fuera que yo te lo pidiera. Te lo pido ahora. —Se quitó la chaqueta—. Suelta la toalla.

—¡Jamás accedí a desnudarme!

—¿Quieres que me case contigo sin antes haber visto tu cuerpo?

—¡Mucha gente lo hace!

Ethan levantó una mano con rapidez y tiró de la toalla. Cuando Maddy intentó alcanzarla, Ethan le dio la vuelta y con fuerza a la vez que con delicadeza, le sujetó las muñecas detrás de la espalda. La inspeccionó como si estuviera buscando marcas en ella, sin embargo, al verle los pechos se detuvo.

—Sólo pude verte a oscuras —susurró él con voz grave y, tras gemir de placer, cubrió uno de sus senos con la áspera mano que tenía libre. Maddy se quedó helada al sentir su calor mientras Ethan se quedaba sin aliento.

¿Seguiría deseándola después de verla desnuda? ¡Daba igual, ella no le deseaba a él! ¿Por qué no tendría los pechos más grandes? Maddy cerró los ojos avergonzada.

Ethan la acarició con suavidad y farfulló entre dientes:

—No son más grandes que dos tazas de té.

Maddy se quería morir.

—Tal vez seas inteligente, pero no eres guapa —prosiguió él.

Ella quería morir ya, inmediatamente.

Ethan deslizó la mano hacia sus nalgas, y un sensual sonido surgió de su garganta.

—Lo que eres es condenadamente hermosa. —Parecía casi furioso por ese hecho.

Maddy se atrevió a abrir los ojos y vio lo tenso que estaba. Su enorme erección presionaba la tela de los pantalones.

Él empezó a deslizar la mano por todo su cuerpo, rozándole las caderas, el ombligo, los pechos, como si no supiera dónde tocarla, como si aquel tesoro lo superara. Tenía las cejas fruncidas, la respiración acelerada...

—Tan suave... —murmuró.

A pesar de que Ethan estaba aún vestido y que no dejaba de mirarla, el placer de Maddy se incrementaba con cada caricia.

«Cree que soy guapa.» La idea le gustaba tanto... Los párpados le pesaban cada vez más y, cuanto más la tocaba, más ganas tenía de tumbarse en la cama y permitir que le explorase todo el cuerpo.

«¿Qué me está pasando?»

Cuando Ethan deslizó la mano por los rizos de su entrepierna susurrando que tenían el mismo color que su pelo, Maddy se estremeció y tuvo que morderse los labios para no gemir.

—Deja que te mire, tesoro —le pidió Ethan al sentir que ella se relajaba entre sus brazos.

Cuando él le soltó las manos, Maddy tomó aliento para hacer acopio de un poco de valor. Por el modo en que se sonrojaba y apartaba la mirada, era obvio que quería taparse, pero no lo hizo.

Ethan, que le había quitado la virginidad, la había besado, acariciado, hasta ese momento no había sido consciente de lo hermoso que era su cuerpo.

La pálida luz de la habitación le iluminaba la piel. La larga melena caía por su espalda en húmedos rizos, y algunos reposaban sobre sus pechos erectos. Ethan siguió con la mirada las gotas que se deslizaban desde aquellos pechos hasta el ombligo y más abajo, ansioso por seguir el mismo camino con su lengua y sus labios.

Entonces oyó un ronco gemido y le sorprendió darse cuenta de que había salido de su garganta.

Madeleine era delgada, pero toda una mujer. Sus caderas se ensanchaban a partir de una estrecha cintura, y tenía el trasero más descarado y sensual que había visto jamás. Y aquellas dos nalgas... Ethan gimíó. Se moría de ganas de acariciarlas y de agarrarlas mientras la poseía por completo.

Pero sus pequeños pechos captaron su atención de nuevo... Eran tersos y lujuriosos, y muy, muy sensibles, se excitaban con la menor de las caricias. Ethan siempre había dicho que prefería a las mujeres con pechos grandes, pero después de acariciar los de Madeleine, no podía recordar por qué.

Era perfecta... excepto por una cosa. Ethan se concentró en una marca que ella había tratado de ocultarle. Le sujetó el codo y la acercó a la luz levantándole el brazo. La señal cubría tres cuartas partes del antebrazo y parecía la típica cicatriz que deja una quemadura, con líneas blancas entremezcladas con otras rojizas.

—¿También te lo rompiste?

Maddy tardó unos segundos en ocultar su sorpresa.

—¿Cuándo? —quiso saber él.

A pesar de que aún la sujetaba, Maddy se encogió de hombros.

—No lo sé. Ocurrió hace mucho tiempo —contestó.

—Levantaste el brazo contra algo que estaba ardiendo. Y te rompió el hueso.

Ahora sí que se quedó boquiabierta.

—¿Cómo... por qué dices eso?

—Sé algo sobre cicatrices. —Sus labios dibujaron una sonrisa amarga—. ¿Dónde estabas cuando se produjo el incendio?

Maddy dudó un instante y luego respondió con tono despreocupado:

—Cuando era más joven, vivía en una mansión. Uno de los sirvientes se emborrachó y fue descuidado con el fuego.

—En otras palabras, un borracho prendió fuego a tu buhardilla.

Maddy se estremeció y susurró:

—No siempre he sido pobre, MacCarrick, Es cierto que viví en una mansión en la que había sirvientes, y donde a menudo iban a visitarme amigos.

—Sí, lo sé. —«Y yo soy quien te lo arrebató todo.»— De no ser así, no habrías conocido a los Weyland.

—¿Por qué no me sueltas, por favor?

Ethan sintió una opresión en el pecho que no se despejó hasta que la soltó.

Maddy se dio la vuelta y volvió a sumergirse en el agua, dejando que él se deleitara con los rizos que cubrían su espalda. Sus hombros se encorvaron hacia adelante. Se le marcaban las costillas, no de un modo desagradable, pero sí destacaban lo suficiente como para saber que se había saltado unas cuantas comidas.

Maldita fuera, aquél no era el mejor momento para empezar a desarrollar una conciencia. Ethan buscó alguna excusa para volver a enfadarse con ella.

—Eres muy atrevida al criticar mi cicatriz.

Maddy contuvo el aliento.

Ethan sabía por qué había decidido hacer precisamente ese comentario, pero la maldad no lo había corrompido tanto como para no entender por qué no debería haberlo hecho.

—Levántate y ven aquí —exigió él—. Quiero seguir tocándote.

—¡No! Ya es bastante humillante tener que permanecer desnuda delante de ti, pero que encima me ridiculices...

—¿Que te ridiculice? —repitió él incrédulo—. Pero ¡si no te he ridiculizado!

—Lo que... lo que has dicho sobre mi cicatriz. Y todo eso de que mis... pechos son pequeños.

—Tú me has insultado repetidas veces esta noche, y digamos que no me hace falta que me recuerden lo que tengo en la cara.

Maddy lo miró de reojo, por encima del hombro, y se sonrojó aún más.

«¿Se siente culpable por haberme insultado?»

—Y en cuanto a tus pechos... si no has visto la erección que experimento con sólo tocarlos, o si no te has dado cuenta de lo excitado que estaba cuando te he dicho que eras preciosa, te lo diré más claro: te miro y pierdo la razón. Así que si quieres ver enloquecer a un hombre por completo, lo único que tienes que hacer es acercarte y dejar que te toque un poco más. —Al ver que no salía del agua, añadió—: Si no quieres que te toque, no lo haré, pero ven y tócame tú. Por favor.

Maddy se mordió el labio inferior y Ethan intuyó que tenía alguna posibilidad. Empezó a desnudarse para no desaprovechar la ocasión y tiró de la camisa.

—¡Espera! No quiero tocarte... —Pero se interrumpió al ver los puntos que Ethan aún tenía en el torso—. ¿Qué te ha pasado?

—No te preocupes. Pronto cicatrizará y tendrás un motivo más para burlarte de mí.

Ignorando ese último comentario, Maddy dijo:

—Tú también has adelgazado. ¿Es ésta la herida de la que me has hablado?

—Sí.

—¿Qué pasó? —Al ver que no contestaba, enarcó una ceja—: Escocés, tienes que dejar de jugar con tijeras.

—Eres muy graciosa. —Ethan se sentó en un taburete para quitarse las botas y, casi sin darse cuenta, le dijo la verdad—: Me dispararon.

La curiosidad iluminó los ojos de Maddy. Se inclinó hacia adelante en la bañera, descansando la cabeza en sus manos.

—¿Te dispararon? —Lo miró como si acabara de descubrir algo muy importante—. No es de extrañar que te asustaras al oír los disparos en el barrio.

—No me asusté, maldita sea...

—Y ¿quién te disparó?

Ethan se encogió de hombros.

—Un mal hombre.

—Puedo ver que ya te habían herido antes. ¿A qué te dedicas que es tan peligroso? ¿Eres un renegado?

¿Un insurgente? ¡Ya lo sé, eres un soldado de fortuna!

Ethan jamás había mantenido en secreto lo que hacía, pero sí escogía a quién se lo contaba.

—Tal vez sea un poco de todas esas cosas.

Madeleine abrió la boca para decir algo más, pero cuando Ethan se quitó los pantalones, ella volvió la cara. Él aprovechó entonces para meterse también en el agua. Madeleine se sorprendió e intentó levantarse para salir, pero Ethan la cogió por los hombros. Luego descansó la espalda contra la bañera y poco a poco fue atrayéndola hacia él, hasta que los pechos de Madeleine le rozaron el torso y gimió de placer.

«Despacio, con suavidad», se dijo a sí mismo mientras le acariciaba las nalgas con una mano. Si no iba con cuidado volvería a asustarla, y ahora que por fin la había visto desnuda no quería que ella se alejara de nuevo.

Cuando Maddy intentó apartarse, Ethan hundió los dedos en sus cabellos y sujetándola por la nuca, la mantuvo cerca.

—No, MacCarrick. —Se cogió a los bordes de la bañera para mantener las distancias—. Yo... no quiero.

—¿Por qué no? —preguntó él, recorriéndole la línea del escote con el dedo índice.

Madeleine se estremeció, pero dijo:

—Por... porque estoy cansada y agotada. Necesito pensar sobre todo esto.

Le temblaban los brazos de la fuerza que hacía para sostenerse, lo que hacía que sus pechos se balancearan de un modo muy sensual. Estaban excitados y reclamaban la atención de Ethan. Él quería besarlos durante horas. Quería que ella le tocara...

La imagen de Madeleine golpeando con el puño el suelo de la taberna se le apareció en la mente. Y al recordar la fuerza de voluntad de aquella chica tan menuda, escrutó de nuevo su rostro. Tenía ojeras. El día que había pasado acabaría con cualquiera.

Las manos de Maddy empezaron a aflojarse...

—A pesar de que eres una gran tentación, dejaré que esta noche descanses —dijo él, atónito de que esas palabras hubieran salido de sus propios labios—. A cambio de un beso.

Maddy le miró decepcionada pero resignada, y añadió:

—De acuerdo, pero que sea rápido.

Ante la sorpresa de Madeleine, Ethan le acarició el rostro con suavidad. Deslizó los pulgares por sus mejillas y le besó la frente y la punta de la nariz, para terminar con un mero roce en los labios.

Cuando la soltó, Maddy tardó unos segundos en reaccionar.

—La primera regla del buen cazador —murmuró ella—... da un poco para luego quedártelo todo.

—¿Vas a dejarme así sin nada, Madeleine? —preguntó él de buen humor.

Al verlo sonreír, Maddy bajó la vista hacia sus labios. Parecía que fuera a besarlo, pero de repente se escapó de entre sus brazos y salió del agua.

Ya fuera de la bañera, Madeleine buscó una toalla y Ethan mismo se sorprendió al ver cómo su mano, al parecer dotada de vida propia, le daba un suave azote en las nalgas. Ella se cubrió en seguida y lo miró atónita. Pero fuera lo que fuese lo que vio en sus ojos, logró hacerla sonreír.

A continuación, Madeleine salió de la habitación y, tras coger el anillo, pareció relajarse un poco.

Ethan acabó de bañarse sin dejar de preguntarse por qué demonios estaba tan contento si tenía una erección incomodísima. Y se dijo a sí mismo que todo se debía a que ella por fin había accedido a su plan. Él había ganado la primera batalla.

«No estoy contento porque haya aceptado casarse conmigo...»

Se secó y regresó a la habitación con la toalla atada a la cintura. Vio que Madeleine se había puesto una de sus camisas con las mangas arremangadas. Le caía por los hombros y le llegaba hasta las rodillas. En el cuello llevaba la cinta roja de la que colgaba el anillo.

Madeleine también se había adueñado de un par de sus gruesos calcetines de lana, que le engullían los pies por entero y se amontonaban arrugados en sus tobillos. Se estaba mordiendo el labio inferior mientras se frotaba un pie con el otro y Ethan sintió una leve ternura al ver eso.

—Espero que no te importe.

—No, en absoluto. —«Es imposible que pueda estar aún más guapa que en este momento...»

—¿Cómo vamos... cómo vamos a dormir? —preguntó Madeleine.

Ethan se tensó y se le amargó un poco el buen humor.

—No me importa. —«Siempre que no quieras dormir conmigo.»

Maddy, como si le hubiera leído el pensamiento, se acercó al armario en busca de una sábana y una almohada.

—Oh, bueno, verás. Yo es que no puedo dormir con otra persona en la cama.

Ethan la miró sorprendido.

—¿No quieres que durmamos juntos? —Después de que todas las mujeres con quienes había estado suplicaran dormir con él, aquella chica tan menuda parecía no tener ningunas ganas de hacerlo.

—Por eso quería mi propia habitación —dijo ella—. Pero no me importa dormir en el diván.

Ethan la cogió en brazos e, ignorando sus protestas, la tumbó en la cama. Dormiría con él, aunque sólo fuera por llevarle la contraria. Si ella no hubiera sido tan ligera como una pluma seguro que se le habría abierto la herida, pero así y todo, a Ethan no le habría importado.

—Esta noche dormirás aquí conmigo. —Se quitó la toalla y se tumbó junto a ella.

—¡No quiero dormir contigo! —insistió Madeleine poniéndose de rodillas en la cama y acercándose al extremo del colchón para salir del lecho—. Ésta, MacCarrick, es mi quinta condición.

Ethan cogió la punta del improvisado camisón de Madeleine y la devolvió a donde estaba. Al ver que ella parecía decidida a escapar, volvió a cogerla en brazos y la metió debajo de las sábanas.

Madeleine se deslizó hacia un extremo de la cama sin cejar en su empeño.

—Quédate, y mañana te compro ropa nueva.

Iba a hacerlo de todos modos. No iba a permitir que su prometida fuera vestida con harapos mientras él iba impecable. Seguro que, sólo de verlos, la gente se preguntaría qué hacía una mujer como ella con un hombre como él. Todos creerían que estaba a su lado por dinero, y Ethan prefería arder en el infierno antes que permitir que esa idea anidara en sus cabezas.

Madeleine se tensó y se detuvo.

—¿Querrás que... durmamos juntos cada noche, MacCarrick?

La idea de compartir cama con él parecía horrorizarle tanto que Ethan respondió:

—Todas y cada una de las puñeteras noches.

—Pues quiero que me compenses por este sacrificio —farfulló ella, golpeando la almohada y acurrucándose lo más lejos posible de Ethan.

«¿Sacrificio?» Genial, Madeleine no era una de esas mujeres empalagosas. Ethan estaba contento. Mucho.

Pero una hora más tarde, ella ya estaba dormida y Ethan seguía despierto, mirándola. Había descubierto dos cosas muy interesantes sobre el modo que tenía de dormir: lo hacía en silencio, y lo hacía doblada sobre sí misma, hecha un ovillo; en la posición que alguien adopta para protegerse de los golpes que recibe.

Ethan ya sabía que Madeleine había llevado una vida muy dura y que eso la hacía ser muy precavida, pero ahora empezaba a preguntarse qué le habría pasado exactamente después de abandonar Inglaterra. Él no había oído nada de ningún incendio, y por la pinta de la cicatriz, Madeleine tenía que ser muy joven cuando se la hizo. Era obvio que, a pesar de su aspecto delicado y vulnerable, era una chica muy fuerte.

Ethan se rindió a las ansias que tenía de tocarla y deslizó una mano por los rizos que descansaban sobre la almohada. Al recorrerlos con el pulgar empezó a preguntarse qué tendría de maravilloso abrazar a

alguien mientras dormía.

A algunos hombres parecía gustarles mucho. Recordó una vez en que, cuando eran jóvenes, Hugh regresó a casa después de pasar un día entero con Jane, mucho más embobado con ella que de costumbre. Ethan creyó que por fin se habrían acostado, pero Hugh se enfadó con su hermano sólo por haberlo sugerido.

—No, sólo la he abrazado. Mientras dormía —añadió Hugh suspirando extasiado—. Durante una hora.

Despacio, Ethan deslizó una mano para sentir el sensual calor que emanaba del cuerpo de Madeleine. Intentando no despertarla, se acercó a ella, y se tumbó a su lado para probarlo, aunque sólo fuera por un minuto. Pero Madeleine se despertó y se tensó. Bueno, ya no había marcha atrás... Ethan le colocó la mano en la cadera y la atrajo hacia él.

Esperó a que se relajara. Pero pasaron unos minutos y ella seguía tiesa como un palo. Ethan también podía ser tozudo si se lo proponía, así que no la apartó y la mantuvo pegada a él. La acercó incluso un poco más, hasta que las nalgas de ella descansaron sobre sus rodillas y hasta que él pudo hundir el rostro en el cuello de ella y enloquecer con el aroma de su pelo. No le extrañó lo más mínimo excitarse al instante. Levantó el otro brazo y lo deslizó por debajo del pecho de Madeleine para así envolverla con todo su cuerpo.

Se moría por estar dentro de ella... pero aun así se sentía feliz y completo. Como si estuviera exactamente donde se suponía que tenía que estar.

Ethan estaba exhausto, y con Madeleine cerca de él no tardó en dormirse. Lo último que pensó fue que si lograba que ella se relajara un poco, eso de dormir con una mujer no estaba nada mal.

«YA no existen hombres como éste», pensó Maddy suspirando. Como gladiadores, como guerreros.

Ladeó la cabeza y lo observó mientras dormía, bajo los tímidos rayos del sol. MacCarrick estaba tumbado de espaldas, con un brazo por encima de la cabeza y la sábana peligrosamente cerca de la cintura, dejándole al descubierto el torso y los magníficos pectorales. Se sonrojó al ver cómo su erección matutina elevaba la ropa de la cama.

Maddy se despertó sin aquella horrible sensación de hambre, y muy descansada tras una noche de sueño ininterrumpido en aquella cama tan suave. Al parecer, ahora que tenía las necesidades básicas cubiertas —comida, seguridad y cobijo—, su cuerpo necesitaba algo completamente distinto.

Estaba excitada, y el limpio y masculino aroma que emanaba del cuerpo del Escocés no la estaba ayudando demasiado. Madeleine tenía que esforzarse por controlar las ganas que tenía de recorrer ese cuerpo con los dedos, y no podía dejar de recordar lo que había pasado la noche anterior. Cuando sus pechos se apretaron contra aquel musculoso torso en la bañera, o cuando él la había abrazado luego, en la cama. A pesar de que Madeleine no quería dormir con él todas las noches, tenía que reconocer que junto a MacCarrick se sentía segura. Su erección le había acariciado el trasero toda la noche, pero él había mantenido su promesa y no había intentado nada.

Madeleine había creído que no iba a volver a disfrutar nunca con el sexo, pero ahora empezaba a creer que sí, que podría soportarlo. Y si MacCarrick sabía hacer el amor tan bien como besar, seguro que cuando se acostumbrara a su enorme tamaño acabaría por gustarle.

Eso no significaba que tuviera intenciones de permitirle acostarse con ella antes de casarse. Tenía que mantenerse firme; Madeleine conocía a demasiadas mujeres a las que les habían prometido matrimonio y luego habían tenido que regresar a La Marais embarazadas y sin un céntimo.

Pero cuando se hubieran casado... ¿cómo sería la segunda vez? Tal vez no sintiera exactamente impaciencia, pero sí mucha curiosidad.

De hecho, todo él la tenía fascinada. Por ejemplo, ¿por qué era tan hábil con la pistola?, ¿y quién le había disparado? Madeleine vio que tenía al menos otra herida de bala, y estaba segura de que en la espalda tenía un par más. ¿A qué se dedicaba que era tan peligroso?

¿Quién le habría hecho esa horrible cicatriz en el rostro?

Madeleine se había dado cuenta de lo mucho que a él le incomodaba aquella cicatriz. Pero lo cierto era que incluso una mujer con tan poca experiencia como ella podía ignorarla. A Madeleine el rostro de MacCarrick le parecía precioso. Tenía la nariz recta, los labios firmes y una mandíbula que se oscurecía por la noche, cuando empezaba a salirle la barba.

El físico de ese hombre tenía muchas más virtudes que defectos.

Tal vez en el immaculado mundo de Grosvenor Square donde él vivía, la gente fuera perfecta, pero Maddy ya no pertenecía a él. Ahora, ella estaba tan acostumbrada a ver a los soldados regresar de Crimea con los uniformes sujetos con alfileres porque les faltaba alguna extremidad, que la cicatriz de MacCarrick le parecía insignificante.

De hecho, tener una piel tersa y suave no era un atributo que Maddy buscara en una pareja. Ella buscaba virilidad, fuerza y riqueza, y de todo eso, el Escocés tenía a montones.

Maddy hizo inventario de los puntos a favor de su prometido: era rico y, al parecer, generoso con su dinero. Besaba como nadie y poseía el cuerpo más escultural que había visto en toda su vida. Era valiente y feroz, su Escocés no era ningún gigante bondadoso sacado de un cuento de hadas. Y a Maddy eso le gustaba.

Los puntos en contra: era egoísta, tozudo, rudo, agresivo y aún no podía confiar en él.

¿Sería Ethan MacCarrick un hombre difícil de trato? Seguro que sí. Madeleine no tenía ninguna duda de

que tendría que echar mano de todo lo que había aprendido sobre los hombres, y también que tendría que hacer acopio de paciencia.

Pero a cambio de despedirse para siempre de sus deudas y de su miserable existencia podía hacerlo perfectamente. Maddy estaba impaciente por empezar su nueva vida al lado de ese misterioso hombre que le hacía arder la sangre con sus besos y con su mal humor.

Maddy se dio por vencida y deslizó los dedos por la cara interna del brazo que Ethan tenía levantado, y se quedó embobada viendo cómo se le flexionaban los músculos del torso. Con cuidado, resiguió la herida del pecho, y le entristeció pensar que alguien hubiese querido hacerle tanto daño, incluso matarlo. ¿Por qué la angustiaba la idea de que él lo pasara mal? Para ella, MacCarrick seguía siendo un desconocido.

Maddy sacudió la cabeza y decidió que ya no podía seguir mintiéndose más a sí misma. Había algo en él que la había atraído desde el principio, como nunca jamás lo había logrado otro hombre. Había querido estar con él antes incluso de verle la cara... y después de habérsela visto seguía queriéndolo. Y la noche anterior, cuando le sonrió con torpeza tras darle aquella cariñosa palmada en el trasero, mostrándole un aspecto de él que ni siquiera él mismo conocía, Maddy sintió que ya no estaba tan enfadada...

Después de deleitarse recorriéndole el pecho, el dedo de Madeleine se paseó por su duro estómago hasta llegar al vello que tenía bajo el ombligo, que le acarició con las uñas.

Cuando Ethan dobló una pierna y su erección se sacudió bajo las sábanas, Maddy se sobresaltó y, al levantar la vista, vio que él la estaba mirando. Ella no había visto jamás unos ojos tan penetrantes y oscuros, con motas color ámbar.

A pesar de que él tenía la mirada fija en su cara, Maddy no trató de ocultar el deseo que estaba sintiendo. Ethan frunció el cejo, inseguro de cómo responder.

Ella le recorrió la cicatriz con los nudillos, y la expresión de él cambió y se puso a la defensiva. —¿Por qué duermes hecha un ovillo? —preguntó él con voz de recién despertado. Al ver que ella se limitaba a mirarlo, añadió—: En algún momento de la noche he logrado que te durmieras pegada a mí, pero cuando me he despertado estabas hecha un ovillo en el otro extremo de la cama —dijo él casi acusándola.

—No lo sé. Supongo que es porque así conservo mejor el calor. En París hace mucho frío en invierno.

—Si te acercas a mí estarás mucho más abrigada.

—Yo... tienes razón. Es sólo que no estoy cómoda con otra persona en la cama. —No pudo evitar estremecerse. Maddy aún se acordaba con claridad de las noches tan horribles que había pasado en la enfermería, después del incendio, en aquella cama que compartía con otras niñas indigentes que no paraban de darle golpes en el brazo que se había roto. Entonces sólo tenía once años, y aún podía acordarse del dolor—. ¿Tú no te sientes agobiado?

El Escocés la miró con aquella mirada que Maddy empezaba a creer que reservaba sólo para ella, y que era una mezcla de irritación, preocupación y enfado.

—No se puede decir que tú ocupes demasiado sitio, ¿no?

«Paciencia, Maddy.»

—¿Partiremos hoy hacia Escocia? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Tenemos billetes para mañana por la noche, pero podemos retrasarlo un poco si hoy no tenemos tiempo de comprar toda la ropa que necesitas.

—¿De verdad vas a llevarme de compras?

—Te dije que lo haría, ¿no?

—Bueno, si de verdad cumples todo lo que dices, supongo que eso significa que nos casaremos, que no volveré a pasar hambre y que me iré a vivir contigo a Escocia. —Ese día empezaba su nueva vida junto a aquel hombre misterioso y, por primera vez, estaba encantada con su suerte—. ¿Cómo viajaremos hasta

allí?

—Cogeremos un tren hasta Le Havre, y luego un ferry.

—Ah, *la porte océane*. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—En un barco de vapor, sólo lleva cuatro días alcanzar la costa oeste de Escocia.

—¡Un barco de vapor! Nunca he ido en uno, sólo he estado en el que cruza el Canal.

—El *Blue Riband* es un barco muy lujoso, señorita Van Rowen. Podrás robar un montón de cosas. —

Tal vez había sido un poco ofensivo, pero Maddy estaba demasiado contenta como para dejar de sonreír. Ethan frunció el cejo al ver esa sonrisa—. Tengo una pequeña propiedad cerca de la costa de Irlanda. Pasaremos allí un par de noches antes de continuar viaje hacia la mansión familiar de Carrickliffe.

—¿Cómo es Carrickliffe? ¿Crees que me gustará? ¿Es simpática la gente de tu clan? ¿Crees que les gustaré? Cuando no estoy hambrienta ni agotada, suelo ser muy simpática.

—Es una finca preciosa, situada en las Highlands de Escocia, tiene un castillo, y sí, creo que a cualquier mujer le gustaría. La gente de mi clan es muy seria y solemne. Y no creo que sepan qué hacer contigo.

—En otras palabras, no les gustaré.

—No tiene importancia, casi nunca estoy allí. Y, además, yo tampoco les gusto demasiado.

Madeleine asintió sin llevarle la contraria.

—¿Qué pasa? ¿Lo encuentras normal? —quiso saber él.

—Pues sí —respondió ella—. Tú no eres ni muy serio ni muy solemne, así que supongo que tampoco saben qué hacer contigo.

Ethan la miró como si tuviera dos cabezas.

—Yo soy serio y solemne.

—No, no lo eres. En el baile de máscaras me hiciste reír. Tienes un sentido del humor muy especial, pero me gusta.

—Creo que sé perfectamente cómo soy —insistió él, tímido.

—No pienso discutir contigo, Escocés. Pero pensándolo bien, no entiendo por qué no les gustas.

—Dejemos esta conversación para cuando hayas pasado unos cuantos días conmigo. Seguro que entonces lo entenderás.

Madeleine enarcó una ceja y accedió a aplazar el tema... de momento.

—¿Y qué me dices de tu familia? —preguntó ella—. ¿Sois muchos? Yo siempre he querido tener una familia numerosa.

Ojala hubiera tenido hermanos. Sé que tienes un hermano... —Se calló unos segundos—. Me dijiste que se había casado con Jane, ¿o sea que eso la convierte en mi cuñada!

—Sí, así es. También tengo otro hermano que se ha casado hace poco. Mi madre aún vive, pero no tengo relación con ella.

—Oh. ¿Y tú y tus hermanos estáis muy unidos?

—Haría lo que fuera por ellos, pero no creo que estemos unidos —explicó Ethan dejando entrever cierto remordimiento en sus palabras. Para ser un hombre que siempre ocultaba sus sentimientos, con ella no lo conseguía en absoluto—. Basta de cháchara. Tenemos muchas cosas que hacer antes de partir.

Madeleine asintió.

—Antes de irnos, tengo que empaquetar algunas cosas...

—No necesitas empaquetar nada. Ya te dije que te compraría ropa nueva. Además, seguro que nada de lo que tienes vale mucho la pena.

Madeleine se mordió la lengua. Si él iba a seguir ridiculizando su pobreza, entonces se alegraba de no haberle dicho que no le importaba su cicatriz. Ahora que había descubierto su talón de Aquiles, no iba a desaprovecharlo.

—Eso no importa, MacCarrick, pero me gustaría darles unas cuantas cosas a mis amigas y poder

despedirme de ellas.

—A ver si tenemos tiempo.

A Madeleine la ponía histérica que fuera tan cuadrado y dominante con ella, pero sabía escoger sus batallas. Con paciencia y tiempo acabaría dominándole; lo único que tenía que hacer era morderse la lengua hasta averiguar qué otros puntos débiles tenía. Además, no iba a pelearse con él por ese asunto, no hasta que supiera con seguridad que no podía ver a sus amigas.

—¿Sabes una cosa?, dado que parece que vamos a seguir adelante con esto, creo que deberías decirme cómo te hiciste la cicatriz. —Cuando volvió a tocársela, Maddy tuvo la sensación de que MacCarrick tenía que hacer esfuerzos para no apartarse.

—En una pelea con navajas —contestó tras dudar.

Madeleine abrió los ojos como platos.

—¿Mataste a alguien? ¿Les rompiste algo? ¿Ganaste?

—Al principio iba perdiendo —dijo él sonriéndole de un modo inquietante—... pero al final gané.

—Tráigale a mi esposa todo lo que necesite —le pidió Ethan a la modista de una de las tiendas más exclusivas de todo París—. Se ha perdido su equipaje, así que necesita un guardarropa entero. Y debemos poder llevarnos unos cuantos vestidos hoy, como para una semana como mínimo.

Cuando Ethan y Madeleine habían entrado en la tienda, algunas de las chicas que allí trabajaban miraron despectivamente las raídas botas de Madeleine, así como su gastado vestido. Ella las miró con indiferencia, pero Ethan sabía que la habían avergonzado y, por algún motivo, eso lo puso furioso. «¿Cómo se atrevían?»

Ethan le dijo entonces a la modista:

—Quiero que tanto usted como sus empleadas entiendan que nada es demasiado bueno o demasiado caro para ella. Y quiero que su actitud así lo demuestre.

La mujer asintió entusiasmada y, tras dar una palmada, las dependientas corrieron hacia el almacén para buscar todos los complementos y telas necesarios.

Madeleine lo cogió por el brazo y trató de llevarlo a un rincón.

—No, MacCarrick —le susurró nerviosa—. ¿Un guardarropa entero? ¡En un sitio como éste va a costarte una fortuna! En la *rue de la Paix* hay tiendas mucho más baratas.

Ethan enarcó las cejas.

—Creía que habías dicho que tú y yo nos parecíamos. Si yo estuviera en tu lugar, me aprovecharía de mí todo lo que pudiera.

—Lo mío es una inversión a largo plazo. Si te arruinas, ya no me servirás.

—Mira, te diré lo que ingreso al año, sólo en rentas, para que dejes de molestarme.

Y cuando se lo dijo, a Madeleine se le desencajó la mandíbula.

—¿En serio? ¿No me tomas el pelo? —Y al verle sacudir la cabeza, añadió—: En ese caso, gastaré sin sentirme culpable.

—Perfecto. Y tampoco te sientas incómoda por cómo esas chicas te han mirado las botas. —Y prosiguió condescendiente—: Esas mujeres no tienen ninguna importancia.

Maddy enarcó una ceja.

—Ya, entonces a ti tampoco debe incomodarte que crean que tu cicatriz es —hizo una pausa dramática—... enorme.

Cada vez que él hacía algún comentario sobre su pobreza, ella se burlaba de su cicatriz. Ethan empezaba a comprender de qué iba el juego.

—Búrlate todo lo que quieras, pero acabas de perder un vestido.

—Bueno, peor para ti, tendrás un vestido menos que quitarme cuando me desnudes.

Él frunció el cejo.

—¿Es que tienes una respuesta para todo?

—Sí. Pero mi especialidad son las preguntas —aclaró ella paseando entre las estanterías.

Dios, Madeleine no dejaba de sorprenderlo. Ethan empezaba a pensar que era demasiado lista. Si no iba con cuidado, su plan podría estallarle en la cara.

Esa misma mañana, él se había despertado con la sensación de que ella estaba observándolo y decidió fingir que seguía dormido... hasta que empezó a acariciarlo de aquel modo tan sensual y a la vez cariñoso. Entonces abrió los ojos y la pilló mirándolo.

Madeleine se había excitado tocándolo. Si incluso tenía las pupilas dilatadas y la respiración jadeante. Saboreó el momento, incapaz de recordar la última vez que una mujer le había deseado de verdad.

En el pasado, las pocas mujeres a las que su cicatriz las había excitado eran de esas que disfrutaban más del dolor que del placer en los juegos de cama. Pero a Ethan, a pesar de su duro aspecto y de primar la relación física por encima de todo, no le gustaba hacer daño a ninguna mujer.

Madeleine era preciosa, y si a ella él le parecía atractivo, tal vez no fuera tan monstruoso como creía. Quizá había sido demasiado crítico con su propio rostro y eso había afectado a su modo de comportarse con las mujeres.

Ethan sabía que no tardaría demasiado en derribar las defensas de Maddy, y cuando se hubiera saciado de ella, podría dedicarse a explorar nuevos horizontes con otras mujeres; mujeres voluptuosas, de grandes pechos, a las que les gustara el sexo...

Pero a la vez que esas ideas cruzaban por su mente, no podía apartar la vista de ella. Tenía que admitir que lo había sorprendido —de hecho seguía haciéndolo— con su inusual conducta. Ethan observó cómo acariciaba unas sedas y se excitó de nuevo. Para ser un hombre que temía haber perdido cualquier ansia sexual, Madeleine provocaba su erección con muchísima facilidad.

La miró con los ojos entrecerrados. A Madeleine le encantaba tocar las cosas, pero ahora Ethan entendía que además era un medio para esconder sus robos. Tenía un talento extraordinario, y de no ser porque estaba entrenado para descubrir ese tipo de engaños, no se habría dado cuenta de lo que estaba haciendo.

Se le acercó.

—Devuélvelo a su sitio —le exigió en voz baja.

Maddy le miró con sus ojos azules llenos de fingida inocencia.

—¿De qué estás hablando...?

Él le apretó el hombro para interrumpirla y ella optó finalmente por sacarse el pañuelo de seda que se había escondido en la manga de la camisa.

—Madeleine, estos pequeños robos tienen que parar.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y cómo sabes que son pequeños?

—Dios, a veces me pregunto cuál de los dos es peor. —A Ethan no le importaba perjudicar a la gente que antes lo había perjudicado a él. De hecho, disfrutaba haciéndolo. Pero no tenía nada en contra de la propietaria de aquel establecimiento, y seguro que no le sentaría nada bien que le robaran.

—Robas, apuestas y utilizas un lenguaje bochornoso. Si se supone que yo tengo que ser el guía moral de esta pareja, me temo que ambos vamos a ir al infierno, tesoro.

Madeleine lo miró sonriendo.

—Al menos estaremos juntos.

Ethan sabía que le estaba tomando el pelo, pero aun así consiguió desarmarlo, y su mal humor empezó a evaporarse...

Cuando la modista le pidió a Madeleine que se sentara para repasar con ella los catálogos de moda, a

él le ofrecieron una taza de café y un periódico inglés. Intentó leer, pero la voz de Maddy, a pesar de que hablaba en francés y en voz baja, no lo dejaba concentrarse. Sus preguntas y comentarios lo sorprendían, así como la seguridad con que le hablaba a la madura modista.

—¿Y si tratara de coser este volante así? ¿Qué le parecería abombarlo un poco? —preguntó en ese momento—. ¿Y por qué tiene que ser tan simétrico? Un traje de montar de satén podría ser moderno y elegante al mismo tiempo.

La mujer rebatía o aceptaba alguna de sus ideas.

—No, no, madame, este escote se supone que es tieso, y el cuello debe llevarse alzado. Si se insinúa la ropa interior, tenemos que asegurarnos de que ésta es fabulosa. Sí, eso es, pondremos un poco de tul blanco encima de la seda fría.

Cuando hubieron terminado y Madeleine se concentró en escoger bolso y guantes a juego, la modista se acercó a Ethan. Parecía admirada, y seguro que su expresión era igual a la de él mismo la noche en que conoció a Madeleine.

—Su esposa tiene un gusto... —se detuvo, y Ethan creyó que iba a decir «inusual» o «interesante»... sorprendente. Tiene un sexto sentido para mezclar las telas y los colores.

—Ya —asintió él como si fuese algo de lo que ya era consciente—. Asegúrese de que los vestidos tengan tela de sobra para... —Se interrumpió al ver que Madeleine se había quedado con la mirada fija en el escaparate.

Ethan giró la cabeza para contemplar lo que ella observaba, y vio a un hombre bastante elegante, paseando del brazo de una mujer vestida de un modo más atrevido de lo normal; ambos estaban a punto de entrar en la tienda.

Maddy no apartaba los ojos del hombre, y Ethan sintió que de él emanaba algo frío y peligroso, lo que explicaría por qué Madeleine había perdido de repente el color de las mejillas.

MADDY estaba de pie detrás de un rollo de tela, y tiró de él para que la ocultase a la vez que intentaba tranquilizarse. Sentía los ojos de MacCarrick fijos en ella, y se imaginaba que no debía de entender nada, pero... ¡Toumard estaba allí fuera! Y al parecer, iba a entrar en la tienda de un momento a otro.

Como de costumbre, Madeleine había buscado la salida de emergencia en cuanto entraron allí, y ya se estaba dirigiendo a ella cuando oyó que Ethan le decía a la modista:

—Queremos la tienda en exclusiva para nosotros solos toda la mañana.

—Pero, monsieur...

—Cierre, y en un par de horas gastaré más de lo que usted gana en una semana. Si es que se dedican sólo a nosotros, claro.

Maddy salió de su escondite y trató de ver a MacCarrick tal como debían de verlo aquellas mujeres. Todo él exudaba riqueza, eso era más que evidente. Sus ropas no eran ostentosas pero estaban bien cortadas y era innegable que eran caras. Sí, se veía a la legua que era rico, pero también poderoso... y, con aquella cicatriz, peligroso.

No le sorprendió lo más mínimo que la modista se acercara rauda a la puerta para echar el cierre y colgar el cartel de «Fermé».

—Corra las cortinas —le aconsejó MacCarrick—. Si no, tal vez algún cliente llamará a la puerta.

—Sí, *monsieur*—asintió la mujer apretando los labios e indicándole a una de las dependientas que hiciera lo que él había dicho.

Maddy, que casi se desmayó de alivio, esbozó una trémula sonrisa para darle las gracias. Ethan se mantuvo inexpresivo durante un momento, le miró primero los labios y después los ojos, para luego fruncir el cejo y acercársele.

—¿Por qué nos estamos escondiendo de ese tipo de ahí afuera?

Él aguardaba su respuesta y ella se dio cuenta de que era incapaz de mentirle, y eso era algo que hacía años que no le pasaba con nadie.

—Es que preferiría no encontrarme con él.

—¿Le has robado algo?

—¡No, jamás! Yo nunca le he hecho nada. Es que... le debo un poco de dinero.

—¿Fue él quien te mandó ese par de matones? —Tras verla asentir, añadió—: ¿Y para qué le pediste dinero?

—Para vestidos. Los necesitaba para ir a Londres.

—¿Cuánto le debes? —Ethan se llevó la mano al bolsillo, al parecer en busca del dinero con que saldar la deuda con Toumard. Al ver que ella no contestaba, insistió—: ¿Es que no piensas contestarme, Madeleine?

—No lo sé —admitió—. Me cambió el tipo de interés y no ha dejado de aumentarlo. No sé cuánto le debo.

—¿Te retrasaste en el pago?

—No, pero él cambió los términos de nuestro acuerdo.

MacCarrick entrecerró los ojos.

—¿En serio? ¿Y eso no te pareció raro?

—Sí, claro. Pero no tenía a nadie a quien recurrir.

—Pero ahora sí lo tienes, tesoro —dijo él acariciándole la barbilla con los nudillos—. Nos ocuparemos del tema antes de irnos. No quiero que ese asunto te preocupe más.

Igual que en Londres, el Escocés se estaba comportando de un modo valiente y protector. E igual que en Londres, Madeleine lo miró de un modo que lo incomodó.

Cuando la modista tosió con delicadeza para llamarles la atención, Ethan farfulló:

—Por favor, sigan con lo suyo.

La mujer acompañó a Maddy al probador. Era una habitación muy espaciosa, con un pequeño saloncito de té para acomodar a las madres, hermanas y amigas de la mujer que estaba comprando su nuevo vestuario. Le dio un poco de pena pensar que ella iba a estar allí sola.

Estaba en ropa interior cuando MacCarrick entró y se sentó en el diván, acomodando en él su enorme cuerpo con una elegancia felina. No parecía que la situación lo azorase lo más mínimo.

—Puede vestirse delante de mí —les explicó a las mujeres en tono aburrido mientras abría el periódico—. No veré nada que no haya visto antes.

Las dependientas, que habían vivido esa misma escena cientos de veces, se encogieron de hombros.

De no haber estado en París, Maddy tal vez habría protestado, pero él acababa de salvarla de las garras de un despreciable usurero, ¿cómo podía negarle nada?

Ese pequeño contacto con su pasado la había reafirmado en la decisión de quedarse con el Escocés. A cambio de no tener que ver nunca más a Toumard, y de ser extremadamente rica, podía soportar cualquier cosa... incluso probarse ropa delante de MacCarrick.

Pero cada vez que aquellas mujeres le pasaban un vestido por la cabeza, la camisola se le levantaba y él podía verle las nalgas... y también el escote, pues se reflejaba en el espejo de cuerpo entero que tenía delante. Maddy notaba cómo él arrugaba las cejas con desagrado cuando la veía intentar ocultar la cicatriz que tenía en el brazo, o si observaba que una de las dependientas también lo hacía.

Madeleine se probó un vestido tras otro durante una hora entera; vestidos de día y de noche, faldas y blusas, abrigos y guantes. Se les unió incluso una sombrerera para mostrarle sombreros y tocados, y un zapatero, que le enseñó zapatos de seda y botas de la piel más suave que ella hubiese visto jamás.

Escogió ropa para varios días, pero después de que MacCarrick hablara con la modista, aparecieron muchos más vestidos que seguro que fueron derivados del guardarropa preparado para otra dama.

A primera vista, esas otras prendas eran horriblemente recargadas, pero Madeleine no tardó en darse cuenta de que, bajo todos esos elementos decorativos, había vestidos muy bien confeccionados y de telas exquisitas. Seguro que la dama parisina a la que pertenecían había querido dejar claro lo rica que era, y se le había ido la mano con los adornos.

Para adaptarlos más a su estilo, Maddy le pidió a la modista que les quitara todos los volantes, flores de seda y pompones que llevaran.

Al acabar, habían comprado de todo menos ropa interior, pero tras una inapelable indicación de Ethan, dejaron a Madeleine sólo con las medias y empezaron a probarle lencería.

MacCarrick sujetaba el periódico entre las manos, pero ella sabía que no estaba leyendo. Levantaba la vista continuamente, hasta que dejó de fingir y, echándose un poco hacia adelante, abandonó la lectura. El deseo se reflejaba en sus ojos, y no apartó la mirada de ella en ningún momento. Maddy se dijo a sí misma que, después de lo mucho que le había dado, bien podía soportar su escrutinio. E incluso podía posar para él en ropa interior.

Ethan no había mostrado demasiado interés en los vestidos, sin embargo, intervino para dejar clara su opinión en cuanto a la ropa interior.

—La roja. Quiero ver qué tal le queda esa roja —exigió, con una voz que cada vez sonaba más sensual.

Maddy tragó saliva y se puso una camisola color escarlata con una abertura lateral bajo la que se insinuaban unas puntillas. A pesar de que no estaban solos, pudo sentir cómo la mirada de él empezaba a afectarla. Cada vez que lo veía removerse incómodo en el asiento, ella se excitaba aún más. Al notar la seda sobre sus pechos, Maddy se acordó de cómo los músculos del torso de Ethan se habían contraído bajo sus dedos esa misma mañana, y de cómo la había acariciado él la noche anterior...

Tuvo que morderse el interior de una mejilla para no suspirar en voz alta.

Ethan jamás hubiera imaginado que pudiese pasarlo tan bien yendo de compras con una mujer.

Le estaba comprando a Maddy muchas más cosas de las necesarias, pero estaba disfrutando tanto que no tenía intención de parar. Cuando ella empezó a probarse una camisola de seda tras otra, Ethan dejó de fingir que leía el periódico y ya sólo lo usó para ocultar la erección que amenazaba con reventar sus pantalones.

Al principio, Madeleine le echaba miradas furtivas a través del espejo, pero ahora le aguantaba la mirada con los labios entreabiertos. Tenía los pezones erguidos y la respiración entrecortada.

Dios, ella... le deseaba. Había visto cada centímetro de su cuerpo, se había atrevido incluso a tocarle la cicatriz y aun así le deseaba. De hecho, estaba ansiosa porque él la tocara.

Ethan casi se estremeció de placer. Que ella le deseara era el afrodisíaco más poderoso que cabía imaginar.

—Fuera —ordenó tajante a las dependientas.

—*Monsieur?*

—Descansen un rato. Ahora. —La mirada de él silenció cualquier posible réplica, y las mujeres salieron del probador.

Cuando la puerta se cerró tras ellas, Madeleine tragó saliva sin decir nada.

—Ya sabes lo que quiero, y sabes que no me lo puedes negar —dijo Ethan acercándose a ella y quitándose la chaqueta—. Y me gusta.

—No voy a negártelo, pero me pregunto si siempre vas a satisfacer tu lujuria cuándo y dónde te plazca.

—Sí, contigo sí. Y ahora no es sólo mi lujuria la que quiero satisfacer. —Le recorrió un muslo con un dedo hasta alcanzar su entrepierna. Cuando la tocó, a Madeleine se le escapó un sonido ronco y sensual. Estaba húmeda, cálida, sedosa, y todo debido a él—. Creo que tu lujuria necesita que la satisfagan mucho más que la mía.

Al oír eso, ella juntó las piernas e intentó zafarse de sus caricias.

—No me cierres las piernas —gruñó él.

—Entonces, ¡deja de avergonzarme!

—Sólo estaba describiendo un hecho.

—Pues trata de no hacerlo —murmuró entre dientes.

—Como marido tuyo no voy a permitir que te ocultes de mí, Madeleine.

—Aún no eres mi marido.

—Si lo fuera, ¿dejarías que te poseyera en este probador?

—Sí, si así lo desearas —contestó ella sincera, dejándolo atónito.

—Pronto lo seré, así que ¿qué importancia tiene? Quiero estar dentro de ti. Ahora.

Maddy negó con firmeza.

—Hasta que nos casemos, no.

—Entonces, tal vez no debería comprarte ropa nueva hasta que fueras mi esposa, ¿no crees?

Ella irguió la espalda y se cruzó de brazos.

—No soy una prostituta. Haz lo que quieras con la ropa, pero no esperes sexo a cambio. Y no confundas el deseo que siento por ti y por sobrevivir con desesperación.

—¿Me deseas?

Madeleine levantó la barbilla.

—Sí. Pero aun así sería capaz de dejarte.

—Ay, *aingeal*, creo que para eso ya es demasiado tarde...

MACCARRICK se acercó a ella despacio, como si no supiera qué tocar primero.

—Supongo que sabes que me necesitas para algo más que para que te dé dinero o te compre ropa, ¿no?

Parecía enfadado con ella, pero Madeleine no sabía qué había hecho para que se pusiera así. Por fin se le paró delante y se agachó para besarle el cuello. La aspereza de sus manos deslizando la tira de seda de la camisola la hizo estremecer.

—Contéstame —insistió él.

—Sí —reconoció Maddy, mientras la tela se deslizaba hacia el suelo sin hacer ruido y ella se quedaba sólo con las medias y las ligas.

Ethan asintió.

—Así me gusta, tesoro —dijo antes de inclinar su oscura cabeza sobre los pechos femeninos.

Madeleine le miró en el espejo mientras lo hacía y la emocionó ver a aquel hombre ansioso por besarla. MacCarrick tenía las manos grandes y ásperas, pero la tocaban como si la adorase.

Cuando él le besó un pecho y le rodeó el pezón con la lengua, todo pensamiento coherente desapareció de la mente de ella. Ethan le lamió ambos senos hasta excitárselos por completo y luego se apartó y se le colocó detrás. Con una mano le levantó una rodilla hasta colocarle el pie sobre un taburete bajito que tenía delante, de modo que sus piernas quedaran abiertas ante el espejo.

Maddy intentó apartar la mirada, pero él dijo:

—Quédate así. Quiero mirarte. —Y luego, manteniendo sus oscuros ojos fijos en el reflejo de ambos en el espejo, la convenció para que ella hiciera lo mismo.

MacCarrick le recorría el cuerpo con la vista como si le perteneciera, y su mirada se detuvo primero en sus pechos y luego en su entrepierna.

Habría muchas mujeres que no lo encontrarían atractivo, pero en aquel preciso instante, para Madeleine era el hombre más irresistible que había visto jamás.

Justo cuando estaba a punto de suplicarle que la acariciara, Ethan llevó una mano entre sus piernas. Sin embargo, a pesar de que estaba ansiosa por que la tocara, no pudo evitar retroceder un poco.

—Tranquila, sólo quiero mimarte —le susurró él separándole un poco más las piernas—. Mira cómo mi dedo te acaricia —murmuró junto a su oído—. ¿Quieres que pare?

—No...

—Dime otra vez que me desees.

—Te deseo... y lo sabes.

Con el brillo del triunfo en su mirada, Ethan la acercó hacia el espejo mientras la penetraba con un dedo. Los excitados pechos de Maddy rozaron el frío cristal y ella gimió... Estaba perdida.

Su interior lo rodeaba con tanta fuerza, que Ethan fue penetrándola despacio, con suavidad. Le sujetó la melena con la mano que tenía libre para poder echarle la cabeza un poco hacia atrás y ver su rostro en el espejo. ¿Cómo había podido creer que tenía experiencia con los hombres? Ella respondía a sus caricias de un modo inocente, sincero, sin ocultar nada. Era muy apasionada... y le pertenecía.

Madeleine no llevaba nada encima excepto el anillo que él le había regalado y que le colgaba de la cinta del cuello, y las medias y las ligas. La seda roja de éstas destacaba sobre la pálida piel de sus muslos.

—Eres preciosa —dijo Ethan sorprendiéndose a sí mismo.

Maddy tenía la piel sedosa y suave, y los pezones del mismo tono rosado que sus labios.

Cuando él intentó penetrarla con otro dedo, ella se estremeció un poco y, con una mano, intentó sujetarle la muñeca.

—Chis, tranquila, no lo voy a intentar. —Ethan se apartó y, sintiéndose aún culpable, recordó el daño que le había hecho aquella primera noche, cuando no la había preparado lo suficiente. Después de eso, se juró a sí mismo que cuando volviera a poseerla la excitaría al menos durante una hora, hasta que ella le suplicara... o moriría en el intento—. Tranquila —repitió—. Rodéame el cuello con los brazos. —Ella titubeó un instante—. Confía en mí.

Cuando, aún insegura, se abrazó a su cuello, Ethan empezó a acariciarle los pechos, pellizcándole los pezones con cuidado. Madeleine gimió y él deslizó una mano por su vientre hasta volver a alcanzar su sexo, pero ella se puso tensa.

—Confía en mí —volvió a pedirle—. Deja que te dé placer.

Ella lo miró confusa, pero permitió que siguiera tocándola. Con una mano, le separó los labios alrededor del clítoris, y con el dedo índice recorrió despacio la pequeña protuberancia.

—¿Te gusta?

—Oh, Dios mío, sí —gimió Maddy con la respiración entrecortada. Y no tardó en empezar a estremecerse y a apretarle el cuello con fuerza.

La mantuvo expuesta de ese modo y, mientras le acariciaba el clítoris una y otra vez, observaba en el espejo cómo ella se iba excitando y humedeciendo cada vez más. Cuando vio que empezaba a acompasar el movimiento de sus caderas con el de sus dedos, temió eyacular allí mismo.

Madeleine arrugó las cejas, y anhelante, ansiosa, buscó la mirada de él en el espejo.

—Ethan —susurró, pronunciando su nombre por primera vez.

A él le sonó como una bendición.

En ese preciso instante, entendió que ella necesitaba con desesperación la pasión y el placer que él le ofrecía, pero que no era eso lo único que quería. En sus ojos había algo más, algo sincero y profundo que sacudió a Ethan hasta lo más profundo. Y entonces Maddy cerró los párpados, y fue un alivio, porque él estaba ya demasiado emocionado.

—Déjate llevar —le susurró a continuación al oído, apenas capaz de reconocer su voz—. Hazlo por mí, Madeleine.

Cuando la oyó gemir de placer y alcanzar su primer orgasmo, Ethan supo que por fin era suya.

Devoró con la vista su reflejo mientras arqueaba la espalda sacudiendo los pechos. Y cuando ella se onduló contra sus dedos, tensándose y temblando a cada una de sus caricias, Ethan se estremeció.

—Eso es —murmuró él—. Veo que te gusta.

A medida que ella iba calmándose, fue reduciendo el ritmo de sus caricias. Y a pesar de que se moría de ganas de alcanzar a su vez el clímax, Ethan decidió que le demostraría que no era un mal amante. Volvió a hundir un dedo en su humedad acariciando su interior y, sin advertirle, retomó el ritmo de la penetración.

—¿Qué...? —gimió ella intentando apartarse, pero él le rodeó la cintura con un brazo y la mantuvo pegada a su cuerpo—. Oh, Dios. ¡Es demasiado!

Ethan no tuvo piedad, y la acarició, la besó y le lamió el cuello hasta que dejó de resistirse. Cuando le mordió el lóbulo de la oreja, Madeleine volvió a acompasar la oscilación de sus caderas con el movimiento de sus dedos.

—¿Sigues creyendo que soy un amante horrible?

—N... no.

—Avísame cuando vayas a tener otro orgasmo.

—Ahora, ahora —gimió al pronunciar la última palabra. Y cuando el placer empezó a sacudirla, Ethan deslizó un dedo más en su interior, hasta lo más profundo—. Oh, sí. Me gusta... mucho —susurró.

Él echó la cabeza hacia atrás y gritó al sentir cómo el sexo de Madeleine envolvía sus dedos y lo

rodeaba de un cálido ardor.

Aunque ella ya había terminado, y él mismo estaba a punto de estallar, Ethan se tomó su tiempo y siguió acariciándola y mimándola. Quería que se acostumbrara a su tacto, que se acostumbrara a aquellas caricias.

Una parte de él le decía que la respuesta de Maddy era ya suficiente recompensa, y deseó ser capaz de dar sin esperar nada a cambio. Pero estaba tan excitado que no se veía capaz de ser tan generoso.

Se desabrochó los pantalones y, suspirando de alivio, liberó la erección que tenía aprisionada. Sujetó a Madeleine por las caderas y le acercó el sexo a las nalgas, acariciándola con los pulgares.

Ethan gimió y empezó a moverse. Estaba tan excitado que su miembro humedeció el trasero de Madeleine. Podía correrse de ese modo, pero quería que ella lo tocara.

—Necesito que me toques —le suplicó con voz jadeante y deslizándose hacia su cadera—. Tócame, por favor.

Maddy intentó recuperar el aliento y asintió. Deslizó la mano hacia abajo y recorrió su glande con la yema de los dedos, dibujando círculos hacia el centro, pero él le cogió la muñeca y le guió la mano hacia la base del pene.

—No me atormentes. Ahora no. —Buscó su mirada en el espejo—. Me muero por sentirte, *aingeal*.

—¿Qué... qué quieres que haga?

—Acaríciame como hiciste en el carruaje.

Cuando ella rodeó su miembro con la mano y empezó a moverla arriba y abajo, una oleada de placer engulló a Ethan por completo. ¿Cómo diablos había podido sobrevivir tanto tiempo sin aquello?

—Más fuerte —le pidió—. Eso es. —Él le acarició los pechos para animarla a continuar—. Dios, Madeleine... —gimió—. Me gusta muchísimo.

La abrazó con fuerza y le cubrió los pechos con ambas manos a medida que gemidos y súplicas escapaban de sus labios.

—Más rápido. —Ella así lo hizo, y él empezó a sacudir las caderas al mismo ritmo—. Así, preciosa —gimió contra el húmedo cuello de Madeleine—... así vas a conseguir que tenga un orgasmo.

Y, en el último segundo, Ethan colocó una mano encima de la de ella, gritó de placer y eyaculó encima de aquellas preciosas ligas, una y otra vez.

Cuando por fin acabó, se estremeció y se quedó quieto; su pene dentro de la mano de Madeleine. Era incapaz de recordar ninguna otra ocasión en la que hubiera sentido tanto placer, excepto la primera noche en que estuvo con Maddy.

Ethan seguía abrazándola y, aunque sólo deseaba permanecer como estaban mientras ambos recuperaban la respiración, temió que ella quisiera apartarse. Pero en lugar de eso, Madeleine recostó la cabeza contra su pecho y le ofreció el maravilloso espectáculo del subir y bajar de sus pechos aún sonrojados.

Ella atrapó su mirada en el espejo y le susurró:

—Si me das la oportunidad, seré una buena esposa para ti, Escocés. Sólo te pido que por favor no vuelvas a hacerme daño.

—No volveré a hacértelo —le aseguró él abrazándola con fuerza, y en ese precioso instante lo creía de verdad.

MADELEINE se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, rozándole la cicatriz con los labios... como si no le molestara en absoluto.

Ethan, que no tenía experiencia en ese tipo de muestra de afecto, no supo cómo reaccionar. Ella parecía entusiasmada con lo que acababa de ocurrir y se fue cantando a la *salle de bain* para refrescarse y ponerse uno de sus vestidos nuevos.

Cuando regresó, luciendo ya una de sus elegantes adquisiciones, y con el pelo recogido él se sorprendió a sí mismo diciendo:

—Ahora iremos a tu buhardilla. Si quieres llevarles algo a tus amigas, podemos pedirle que nos traigan un par de botellas de champán.

—¿En serio? ¿Para Bea y Corrine?

—Sí.

Y con ese gesto, Ethan se ganó otra de aquellas miradas que sólo podía describir como de adoración, igual a la que había recibido en Londres. Se aflojó el pañuelo para aliviar un poco su acaloramiento.

La modista había aprovechado el rato en que le habían pedido que se fuera del probador para confeccionar la factura, así que al salir de allí, Ethan ya pudo pagar. Supuso que Madeleine se desmayaría si viera lo que le había costado todo aquello, pero si hubiera sabido cuál iba a ser su recompensa se habría gastado veinte veces más.

Mientras un par de dependientas envolvían las botellas de champán y las colocaban en una cesta, Ethan le dijo a la modista que mandaría instrucciones para que enviaran el resto del guardarropa de Madeleine cuando éste estuviera terminado. Todo lo que estuviera confeccionado ese mismo día, debía mandarse directamente al hotel.

Cuando salieron de la tienda, Ethan le ofreció el brazo a Maddy y ella no dudó en aceptarlo. En la calle, los transeúntes los miraban con curiosidad. Imaginaban que se debían de extrañar al ver una belleza como ella con alguien como él, y eso le hizo sentir añoranza de su antiguo atractivo. Antes de tener la cicatriz, habría resultado una digna pareja, ahora era un hombre que tenía que gastarse una fortuna en una mujer para que ésta le hiciera caso.

Ethan empezaba a sentir algo por Maddy, una especie de cariño por lo que había sucedido entre los dos; pero eso sólo conseguía irritarlo. Se sentía como un lobo hambriento feliz de obtener las sobras de un festín. Tenía treinta y tres años y agradecía que lo hubiera masturbado. Apretó los dientes con fuerza. Él no tendría que estar en esa situación.

Y si lo estaba era por culpa de los padres de ella.

Para Ethan, las cosas solían ser blancas o negras, era una persona que no se regía por un código moral concreto: Madeleine era la hija de las dos personas que le habían arruinado la vida.

Entonces, ¿por qué ahora empezaba a tener remordimientos y dudas sobre el plan que había tramado?

No podía permitírselo. Lo único que él tenía que hacer era acostarse con ella tantas veces como fuera necesario para arrancársela de la mente.

—Gracias por este día —dijo la joven sonriendo.

¿Estaba contenta porque se había gastado una fortuna en ropa para ella, o por lo que había sucedido entre ambos? ¿Y por qué diablos le importaba a él eso?

—Ha sido un placer —contestó Ethan, probablemente por primera vez en su vida.

Cuando llegaron a La Marais en carruaje y él la ayudó a descender, las calles volvían a estar abarrotadas y hechas un caos.

En aquel barrio, Madeleine destacaba como un diamante en el polvo.

—¡Oh, mira, allí está Berthé! —dijo en voz baja—. Es la que anoche me puso la zancadilla. Asegúrate

de que nos vea.

Ethan disimuló su sorpresa. ¿Madeleine quería que la vieran con él? ¿O sólo quería presumir de su ropa nueva? Justo cuando estaba convencido de que era lo segundo, Ethan sintió cómo ella le ponía la mano en el trasero marcando su territorio.

—Madeleine —gruñó él a modo de advertencia, y la chica apartó la mano.

—Lo siento —murmuró—. Es que no he podido resistirme.

¿Por qué se sentía tan... halagado?

Llegaron al edificio, y Ethan la siguió hacia la escalera.

—Agárrate de la cuerda —le recomendó Madeleine cogiendo las botellas y adelantándole como si pudiera ver en la oscuridad.

Tan pronto como llegaron al rellano, la puerta del piso de Bea se abrió, pero fue Corrine quien salió a recibirlos.

—Los hombres de Toumard han vuelto a visitarnos —explicó Corrine—. ¡Tienes que irte de aquí, Maddy! Le han dado una paliza a Bea...

—¿Qué? —gritó Madeleine—. ¿A Bea?

Corrine asintió.

—No ha querido decirles dónde estabas, y para empeorar las cosas les ha escupido en la cara. Se recuperará, pero ahora está descansando.

Al oír las noticias, Ethan volvió a sentir el instinto de proteger a Madeleine.

—Ve a ver cómo está Bea —le dijo—. Corrine me contará qué ha pasado.

Ella corrió hacia la habitación de Bea y, tras cerrar la puerta, Corrine empezó a contarle:

—Veo que tienes otra vez esa mirada. Estoy convencida de que, a partir de ahora, cuidarás de Maddy.

Ethan dudó unos segundos antes de asentir.

—Ha aceptado casarse conmigo.

Corrine suspiró aliviada.

—Pero necesito averiguar algunas cosas sobre su pasado, y ella es muy reservada —prosiguió él. Al ver que Corrine le daba la razón, preguntó—: ¿Cómo se quemó el brazo?

—Oh, eso fue en el incendio del cuarenta y siete. Su edificio se encendió como una antorcha, y ella quedó atrapada dentro. Casi perdió el brazo... y la vida esa noche.

Si tenía once o doce años, había sido justo después de que su madre y ella se hubieran ido de Inglaterra. Su padre acababa de morir...

—Ése es uno de los motivos por los que a Maddy le da tanto miedo Toumard; sus hombres son famosos por romper los brazos de sus «clientes» —continuó—: Maddy se ha pasado las últimas semanas huyendo como un gato asustado. Se me partía el corazón sólo de verla.

La idea de que Madeleine hubiera pasado tanto miedo, día tras día...

Toumard era hombre muerto.

—¿Por qué Madeleine no vive con su madre?

Corrine bajó la voz.

—Bueno, ella no quiere que la gente lo sepa, pero su madre... está muerta.

—Eso no puede ser verdad —espetó él. Corrine asintió y, de repente, lo único que Ethan podía oír era el retumbar de su propio corazón—. Muerta...

«Todo este tiempo he malgastado mi odio y mis energías en hacer daño a alguien que ya ni siquiera existe...»

Corrine se apretó las manos.

—Maddy es huérfana desde hace años. Su madre murió cuando ella tenía catorce años.

MacCarrick se frotó el puente de la nariz.

—Huérfana.

Él siempre había creído que iría al infierno. Ahora no tenía ninguna duda. Se rió sin ganas. Tenía que tratarse de una broma.

Había arrebatado la virginidad a una chica inocente, sin un céntimo y huérfana.

—Ella tenía amigos en Inglaterra —dijo Ethan—. Cuando su madre murió, podría haberles pedido ayuda y seguro que se la hubieran prestado encantados.

—Para aquel entonces, Maddy ya llevaba tiempo aquí. Y vivir en La Marais te hace sentir... que no vales nada, en especial si eres tan joven como ella lo era. Estaba avergonzada. El único motivo por el que fue a Inglaterra a ver si podía casarse con aquel hombre fue porque Bea y yo no la dejábamos en paz. De hecho, la obligamos a que nos prometiera que lo intentaría antes de resignarse a casarse con Le Daex.

—Le Daex, ¿el conde? —preguntó Ethan—. ¿Acaso eso no lo dejó su madre convenido?

—Sí, así es, hace muchos años. Pero entonces su madre murió y Maddy se escapó antes de la boda. No fue hasta hace poco que Maddy volvió a entrar en contacto con La Daex. Y eso sólo sirvió para que contrajera más deudas.

«Y para que Toumard se cebara en ella.»

Ethan creía que iba a constatar que Madeleine y Sylvie estaban muy unidas, que eran tal para cual. Pero en vez de eso, Sylvie estaba muerta y Madeleine llevaba años sola, en la más absoluta miseria. Una miseria que había causado él. La joven había soportado las consecuencias de una venganza destinada a otra persona. Y las había soportado sola.

Y Ethan tenía planeado hacerle más daño. Pero ¿cómo se le podría hacer ya más daño?

Recordó la mirada de Madeleine al levantarse del suelo en la taberna. ¿Cuántas veces habría tenido que sobreponerse a la adversidad a lo largo de los años?

«Tienes que alejarte de ella.»

La información que Corrine le había dado, sumada al modo en que Maddy había pronunciado su nombre, como si fuera una condenada bendición, sin ocultar que anhelaba mucho más de él...

«Ni siquiera yo soy tan cruel como para seguir con esto.»

Ethan cerró los ojos un instante y admitió por fin la verdad: había ido hasta allí porque deseaba a Madeleine. La venganza había sido la excusa perfecta para justificar su comportamiento.

Sin embargo, si ya no quería perjudicarla, ¿qué derecho tenía a quedarse con ella?

Ninguno. Ninguno en absoluto.

Él no podía borrar el daño que le había hecho, pero tampoco podía mantenerla consigo. Saldaría las deudas que había contraído con aquel usurero y desaparecería de su vida. Diablos, y luego le mandaría dinero.

¿Y abandonarla en aquel lugar? ¿Ahora que le había dicho que se la llevaría de allí?

¿Y qué otra opción tenía? Si se iban juntos, tendría que quedarse con ella para siempre. Y él tenía una profesión, una muy solitaria; y quería retomarla.

«Maldición. Yo no quiero quedarme con Madeleine.»

La ayudaría y luego la dejaría. Decidido.

—Dime dónde puedo encontrar a Toumard.

—¿NO deberías descansar un rato? —le preguntó Maddy a Bea al ver que ésta se levantaba para vestirse.

—Maddée, si descansara cada vez que tengo un ojo morado —contestó ella como si estuviera hablando con una niña pequeña—, no haría otra cosa, *n'est-ce pas*? Ahora vamos a sentarnos en tu balcón y me cuentas todo lo que sucedió anoche.

Cuando Bea abrió la puerta, MacCarrick y Corrine se quedaron en silencio, dando por terminada su conversación. La mirada del Escocés se detuvo un instante en el ojo morado de Bea y apretó la mandíbula.

—Enseguida vuelvo —dijo mirando a Maddy.

—¿Vas a ir a ver a Toumard? —Al verlo asentir, añadió—: ¿Puedo ir contigo?

—Ni hablar. Tú te quedas aquí y disfruta de vuestro champán de despedida.

—De acuerdo —respondió Madeleine, confusa por su cambio de actitud.

Como si temiera mirarla a los ojos, Ethan se fue de allí, dejándolas en el apartamento.

Las tres amigas acababan de decidir que venderían las botellas del carísimo champán cuando MacCarrick volvió a entrar de repente... para abrir las botellas de champán.

—Algunas cosas se han hecho para disfrutar, ¿no creéis? —dijo mirando a Bea. Y luego, dirigiéndose a Maddy—: Esto para que no vayas a venderlo a copas en cuanto me dé la vuelta... —Le llenó el bolso de dinero.

Maddy se quedó boquiabierta.

—Pero ¡si como mínimo aquí hay cuatrocientos francos! ¿Qué pretendes, que compre un piano? ¿Un carruaje?

—*Un bateau!*—exclamó Bea dando palmas—. ¡Un barco!

Maddy se rió con ella y le dio un golpecito con el codo. MacCarrick ni siquiera sonrió.

—Bueno, ¡sirvamos el champán! —propuso Corrine cogiendo las viejas tazas que Maddy tenía en la cocina. Cuando le ofreció una a MacCarrick, él lo descartó con un gesto de la mano.

—Yo no bebo.

—*Plus pour nous*—comentó Bea contenta—. Más para nosotras.

A pesar de la paliza que había recibido, para Bea aquél era uno de los días más felices de su vida.

—Volveré —dijo escueto MacCarrick a Maddy.

—Por favor, Escocés, ve con cuidado.

La puerta volvió a cerrarse de nuevo y las tres pudieron escuchar cómo Ethan esta vez sí descendía los escalones. Bea fingió que se abanicaba y suspiró:

—Lo amo, Maddée, ¿sabes que anoche nos hizo traer langosta? Lo digo en serio —añadió embobada—: unas langostas preciosas.

Ella sonrió. El Escocés era un hombre lleno de sorpresas; para empezar, le había ofrecido una nueva vida. Corrió hacia el balcón para ver cómo se alejaba por la calle. Era tan alto, y se movía con tanta confianza en sí mismo... Igual que la noche en que lo vio por primera vez, la noche en que le confesó que la estaba buscando.

—Creo que tu escocés es un diamante en bruto —comentó Corrine detrás de ella.

Maddy empezaba a pensar lo mismo. En Londres, había sido la primera persona en pelear por ella, y ahora estaba dispuesto a volver a hacerlo.

—*Très viril* —añadió Bea, acercándose también al balcón.

Sí, eso no podía negarlo. Maddy se sonrojó al recordar el placer que él le había dado en el probador... dos veces. Estaba convencida de que se habían acabado para siempre las noches de soledad y anhelos

insatisfechos.

—Vamos, pequeña —dijo Corrine tratando de no llorar—. Tenemos que bebernos dos botellas de champán y hacer las maletas antes de que regrese tu prometido.

Ella asintió, y lo primero que hizo fue repartir entre sus dos amigas el dinero que Ethan le había dado, los cupones que tenía guardados y sus objetos de contrabando. Cuando hubo empaquetado las tres o cuatro cosas que quería llevarse de recuerdo, las tres volvieron a sentarse fuera para acabarse de beber el champán, mientras esperaban a que Ethan regresara.

En ese instante, Maddy se dio cuenta de que probablemente ésa era la última vez que estaban allí las tres juntas.

—Si él cumple su palabra, os mandaré dinero tan pronto como pueda. —De hecho, si todo iba bien, tenía incluso intención de pedirles que se fueran a vivir con ella. Pero no quería decirles nada para que no se hicieran ilusiones, por si resultaba que se había equivocado con Ethan.

—¿Y si no cumple su palabra? —preguntó Bea.

Maddy dudó unos instantes.

—Corrine, ¿podrías guardarme la habitación durante un par de meses? Sólo por si acaso.

—Claro —contestó ella, y luego añadió—: pero espero que las cosas vayan bien entre vosotros. Sólo te daré un consejo, con un hombre con tanto carácter, se consigue más con miel que con vinagre.

Madeleine bebió un poco de champán.

—¿Y si se me acaba la miel...?

«¿Qué sería peor para ella? —pensaba Ethan de regreso, después de haber matado a Toumard— ¿Estar con un hombre como yo o quedarse aquí?»

En el fondo, él era un bastardo egoísta. Seguro que si se llevaba a Madeleine, esos ataques de nobleza que tenía últimamente acabarían por desaparecer.

«Aléjate de ella... Piensa un poco en todo esto, maldita sea. No te precipites o acabarás haciendo algo drástico.»

Pero la idea de dejarla allí le parecía tan mal que se ponía enfermo sólo de pensarlo.

Si Maddy no se iba de aquel barrio, lo mejor que podría pasarle era que acabara convertida en alguien como Corrine; una mujer que se mataba a trabajar y que parecía mucho más vieja de lo que en realidad era. O bien podría acabar como Bea... o algo peor. Si eso ocurría, tendría que levantarse las faldas en callejones mugrientos para que un desgraciado la utilizara mientras otros hombres esperaban su turno.

Ethan apretó los puños con fuerza. Si Toumard se hubiera salido con la suya, eso haría semanas que habría empezado.

Tenía intenciones de matar a Toumard, pero cuando el hombre le contó con toda frialdad que pensaba «probar» a Madeleine antes de ponerla a trabajar, sintió verdaderos deseos de hacerlo. De no ser porque el otro desenfundó primero, Ethan estaba dispuesto incluso a dispararle a sangre fría.

¿Y romperles los brazos a los matones? Bueno, eso había sido un capricho.

Si Ethan dejaba a Madeleine allí, no tardarían en aparecer otros desaprensivos como Toumard, ansiosos por poseer a una chica como ella. Y, por otra parte, él había arruinado sus planes de boda. Excepto con el condenado de Quin, haría muy bien en no olvidar ese detalle. Tan pronto como Quin se enterara de que él la había abandonado, viajaría a París para rescatarla. Tal vez Ethan debería dejar que lo hiciera.

Pero sólo de imaginárselos juntos se le revolvían las entrañas.

«Maldita sea, no hagas nada drástico...» MacCarrick era un hombre al que le gustaba planear bien las cosas, y ahora que su plan se había ido al traste, tenía que pensar bien cómo proceder. Los hechos eran

los siguientes: la mujer más atractiva que había visto en toda su vida le deseaba. Él había contribuido en gran medida al doloroso pasado de ella y ahora podía compensarla. Había jurado que no descansaría hasta volver a poseerla, y cuando decidía algo, lo cumplía pasara lo que pasase. Maldición, sí, se la llevaría con él, la seduciría, y luego la instalaría en algún lugar confortable. La sacaría de aquel barrio y seguro que, al final, Madeleine se lo agradecería.

Cuando llegó a su casa, Ethan seguía indeciso. Cuando abrió la puerta y ella salió corriendo a recibirlo con una sonrisa de alivio en los labios, Ethan, que se había acostumbrado a que siempre que entraba en un sitio lo recibieran con cara de repugnancia o de decepción, miró detrás de él para ver si había alguien más.

Permanecieron de pie el uno frente al otro y Madeleine se aseguró de que no estaba herido. Segundos más tarde, aparecieron Bea y Corrine para despedirlos y le entregaron a Maddy su pequeña maleta.

—Escríbenos —le pidió Corrine secándose una lágrima.

—Claro —contestó ella abrazándolas a ambas—. Cuidad la una de la otra.

Bea asintió entre llantos y las tres volvieron a abrazarse. A Ethan le costó mucho conseguir que las tres se soltaran. Y Maddy siguió despidiéndose de sus amigas hasta que, al subir la colina, desaparecieron de su vista.

Mientras esperaban un carruaje, él le dijo:

—Madeleine, tengo que hablar contigo. —Tenía la sensación de que todo el mundo estaba observándolos—. He estado pensando.

—Entiendo. —No parecía sorprendida. ¿Acaso daba por hecho que él acabaría decepcionándola? ¿Por qué? Ella le había dicho que le gustaba. Ni siquiera sus hermanos, aunque estuvieran dispuestos a morir por él, le habían dicho jamás algo así. Ethan era consciente de que Court le tenía miedo, y a Hugh lo había defraudado.

¿Qué pensaría éste si supiera que su hermano mayor había arrebatado la inocencia a una chica indefensa y luego la había abandonado a su suerte en París?

Las palabras que Hugh le dijo a Ethan en Londres antes de partir aún retumbaban en su mente:

—¿Y si es *ella*? La elegida —le había preguntado—. Sería irónico que la hubieras encontrado, que pudierais estar juntos y que siguieras empeñado en hacerle un daño irreparable.

Pero él ya le había hecho daño, aun mucho antes de conocerla. Y cuanto más tiempo estuviera con él, más probabilidades tenía de volver a hacérselo. Estaba en su naturaleza; a Ethan no se le daba bien hacer feliz a la gente.

Tal vez el problema fuera que Madeleine no sabía de lo que era capaz.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó Madeleine intentando ocultar su amargura. Sabía que todo aquello era demasiado bueno para ser verdad y, al parecer, MacCarrick se lo estaba replanteando.

Él fue a hablar, pero luego se quedó en silencio, sin decir nada, así que ella le preguntó:

—¿Le has pagado a Toumard?

—Digamos que ya no le debes nada —contestó él, críptico.

Maddy arrugó la frente.

—¿Lo has matado?

—Sí, le he metido una bala en la cabeza. —Dicho esto mantuvo los ojos fijos en los de ella para estudiar su reacción.

Madeleine suspiró. «Es un guerrero protector que regresa de una batalla.» Maddy le devolvió la mirada, y a Ethan le sorprendió que no se alejara corriendo de él.

—Maldita sea, tesoro, ¿por qué te empeñas en mirarme así? No me gusta. Y acabo de decirte que acabo

de matar a un hombre.

Tal vez MacCarrick no se lo estuviera replanteando, quizá lo único que pasaba era que tenía remordimientos por lo que había hecho.

—Espero que no te sientas culpable por ello. La Marais estará mucho mejor sin un tipo como Toumard por sus calles. Pero tenemos que irnos de aquí. ¿Crees que podemos quedarnos en el barco hasta mañana, a la hora de zarpar?

Ethan se quedó inmóvil unos segundos y luego la miró sorprendido.

—Creo que jamás lograré entenderte. Ya sé lo que pasa: estás loca.

Madeleine sacudió la mano quitándole importancia.

—¿Le has ofrecido pagar mi deuda? —preguntó.

Él no dijo nada.

—¿Le has ofrecido dinero y él se ha negado a aceptarlo? Él nunca quiso mi dinero. Lo que quería era que trabajase para él, ¿no? Lo mismo que Berthé y Odette.

Los ojos de MacCarrick, rebosantes de furia, se clavaron en los de ella.

—Sí, pero primero quería acostarse contigo.

—Entiendo. —A Maddy le entraron ganas de vomitar—. Bueno, no te ha dejado otra opción. Se ha negado a aceptar tu dinero y, conmigo fuera de la ciudad, les habría hecho la vida imposible a Bea y a Corrine. ¿Qué has hecho con sus hombres?

—Les he roto los malditos brazos. —Fuera lo que fuese lo que reflejasen los ojos de Madeleine, verlo le hizo perder el control—. ¡Otra vez no! Deja de mirarme así. Te he dicho que no me gusta.

—Sí, de acuerdo. Pero tenemos que irnos de aquí en seguida. —Pasó un carruaje y, aunque Maddy silbó con todas sus fuerzas, el cochero la ignoró. Soltó una maldición y, de repente, abrió los ojos como platos—. Oh, MacCarrick, ¿y tu herida? No te habrás abierto los puntos, ¿no?

Ethan abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla y empezó a pasarse las manos por el pelo.

—Tú... tú... tú... si lo que acabo de decirte no te preocupa lo más mínimo, es que no estás bien de la cabeza. Estás tan desesperada por salir de aquí, que ignoras las señales de peligro que te dicen que no deberías acercarte a mí.

—He visto la muerte de cerca varias veces y, créeme, Toumard no se merece que malgastes ni un segundo pensando en él.

—Toumard no es, ni de lejos, el primer hombre al que he matado.

—Ya me lo imagino. Estoy segura de que te dedicas a algo muy peligroso y secreto.

—Sí, y no dejaré de hacerlo... Tampoco después de casarnos.

Maddy estudió la expresión de Ethan durante un rato.

—Todo esto no es porque te sientas culpable, ¿verdad? Lo que estás haciendo es intentar dejarme.

Él no dijo nada. «¡No, maldita sea!»

Tenía el anillo, el dinero y la ropa nueva. Lo de Toumard ya estaba solucionado. Volvía a tener un futuro. ¿Por qué no aprovechaba la oportunidad que se le ofrecía y se alejaba de aquel hombre para siempre?, pensó Madeleine.

Porque lo quería. Quería recibir más torpes sonrisas de él. Quería volver a sentir lo que había sentido aquella misma mañana... un placer inimaginable.

—Quieres dejarme. —«¡Niégalo... niégalo!»

Ethan permaneció en silencio.

—Pues deja que te diga una cosa —prosiguió ella—. Si lo que quieres es que huya aterrorizada, deberías hacer algo horrible de verdad. Algo mucho peor que matar a una sabandija, conocido por maltratar a las mujeres, y, al acabar con él, haber evitado que hiciera daño a mis amigas. Vamos, habla, soy fuerte —insistió fingiendo una fortaleza que no sentía—. Podré soportar que hayas cambiado de opinión —mintió Maddy, que sabía que se pasaría días enteros llorando si él la dejaba—. Y es obvio que

he hecho algo...

—No, tú no has hecho nada —saltó Ethan sin dudarlo.

—Entonces, si ayer por la noche no querías que me alejara de ti, ¿por qué ahora no puedes ni mirarme a la cara? Nada ha cambiado, excepto que ahora me conoces un poco mejor. —Maddy no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Él se pasó la mano por la nuca.

—Maldita sea, tesoro, todo lo que he llegado a saber de ti hace que me gustes aún más. Lo que pasa es que creo que te mereces a alguien mucho mejor que yo.

—¿A qué te refieres?

Ethan respondió como si le estuvieran arrancando las palabras con tenazas:

—Cuando te fuiste de Inglaterra, Quin pensó que quizá... que tal vez te encontrabas en una situación algo comprometida.

—¿Qué quieres decir con «una situación algo comprometida»?

—Quin sospechaba que tus... circunstancias... no eran exactamente como creía. —MacCarrick bajó el tono de voz—. Él tenía intenciones... de venir a buscarte y casarse contigo si yo no lo hacía.

Maddy se quedó boquiabierta. ¿Por eso dudaba MacCarrick?

¿Porque creía que Quin era mejor hombre que él? Sin duda Quin era un buen hombre, y ella se habría sentido orgullosa de ser su esposa, pero hacia él, al que conocía desde que ambos eran niños, no sentía la salvaje atracción que sentía hacia aquel rudo escocés al que apenas conocía.

—Tú querías casarte con él, así que supongo que tal vez...

—Yo no quiero casarme con Quin —lo interrumpió ella mirándolo a los ojos—. Te quiero a ti.

Ethan la miró atónito, como si le hubiera dado una bofetada, y tuvo que carraspear antes de poder hablar de nuevo.

—¿Acaso no me has escuchado? Puedes casarte con el hombre que querías.

—Eso era antes de conocerte a ti. —Por fin, un carruaje se detuvo delante de ellos—. Yo ya te he dicho lo que quiero, Escocés; ahora te toca a ti tomar una decisión. Pero cuando lo hagas, tienes que estar seguro.

MacCarrick abrió la puerta, se detuvo, y apretó con fuerza la manija.

Maddy inspiró hondo y añadió:

—No puedes dejarme y reaparecer dentro de un mes, y tampoco puedes llevarme contigo y abandonarme al cabo de un par de semanas...

Finalmente, él se dio por vencido. La cogió por la cintura, la metió dentro del carruaje y gruñó:

—Ponte cómoda.

e Capítulo 27 f

ETHAN miraba fijamente el techo del vagón de tren, pensando en la importancia de lo que había hecho.

Aquella chica estaba decidida a seguirlo a todos lados. Porque él le gustaba. Acababa de admitir un asesinato ante ella y lo que recibía a cambio era aquella mirada de adoración.

A veces, estar con Madeleine le recordaba a cuando iba de caza con Hugh. Su hermano era un experto tirador, y cargaba y disparaba tan rápido que lo dejaba descolocado, a pesar de que Ethan mismo era un buen tirador. Así se sentía con ella. Siempre descolocado. Siempre perplejo.

Y si no se andaba con ojo, podría llegar a acostumbrarse a esas miraditas que ella le dedicaba.

¿Y cuando lo había mirado cara a cara y le había dicho que lo había escogido a él en vez de a Quin? La exaltación que lo había embargado era casi indescriptible...

—Debo advertirte una cosa. Suelo quedarme dormida en el tren —comentó ella bostezando.

Y, efectivamente, a los cinco minutos de partir, se desplomó y golpeó con la frente en el hombro de Ethan, incorporándose enseguida sobresaltada.

Repitió eso varias veces, hasta que él le dijo:

—Duerme tranquila. No dejaré que te pase nada.

—Quizá pudiera apoyarme aquí... —murmuró, mientras miraba fijamente el pecho de Ethan, soñando con dormirse apoyada en él.

—Pensaba que no te gustaba dormir con nadie.

—Sólo en la cama.

—¿Por qué? —Y antes de poder pensarlo dos veces, se dio un golpecito en el pecho, invitándola a que se apoyara en él. Cuando lo hizo, la rodeó con el brazo—. ¿Por qué sólo en la cama?

—Cuando me rompí el brazo, tuve que ir al Hotel Dieu, un hospital para indigentes; allí nos pusieron a cuatro niñas en la misma cama. —Su voz se iba apagando cada vez más—. Cada noche, las otras tres, febriles, se revolvían en la cama y me daban golpes en el brazo sin darse cuenta. Si el suelo no hubiera estado frío y tan sucio, me habría acostado allí. —Se quedó en silencio, y Ethan la sacudió ligeramente hasta que continuó—. Tuve que quedarme allí durante días, incluso después de estar curada.

—¿Tu madre ya había muerto por entonces?

Madeleine suspiró.

—Veo que Corrine ya te lo ha contado.

—Sí, pero no la culpes. Ya sabes que puedo ser muy persuasivo. Ahora contesta mi pregunta.

—No. Todavía no había muerto.

—Y entonces, ¿por qué tuviste que quedarte en ese lugar?

—Mi madre simplemente... se olvidó de mí durante un tiempo. Cuando estaba buscando un nuevo lugar donde vivir.

Ethan entrecerró los ojos. Él había creído que Madeleine tendría mucho en común con Sylvie; pero en vez de eso, se parecía más a sí mismo: a ambos los había herido la misma mujer.

—¿Por qué no me dijiste que tu madre había muerto?

—Porque ser huérfano suena tan... desgraciado. Y yo no quería que Claudia y Quin supieran cuán terrible es, ha sido, vivir en La Marais. No sabía si podía fiarme de que no se lo contaras a tus amigos.

—¿Cómo murió Sylvie?

Madeleine se reclinó.

—¿Acaso la conocías? —preguntó frunciendo el cejo.

—No, en absoluto —mintió con facilidad.

—Pero si la has llamado por su nombre.

—Quin me dijo el nombre de tus padres y Corrine también se ha referido así hoy a ella.

Ethan acarició la mejilla de Maddy y la acercó a él.

—Pues murió de cólera cuando yo tenía catorce años.

Esa enfermedad era una penosa manera de morir, y por su trabajo, Ethan lo había visto de primera mano más de una vez. El cuerpo de la víctima expulsaba todos sus líquidos, entonces, el dolor y los espasmos desgarraban los músculos, la sangre se espesaba en las venas. Y la víctima en todo momento estaba consciente, sabiendo que se moría.

Sintió una cruel satisfacción al enterarse de que Sylvie había encontrado la muerte de esa manera; pero entonces arrugó la frente.

—Tú no... tú no estarías con ella cuando murió, ¿verdad?

—Sí. Pero murió muy rápido; en un día.

Desgraciadamente, ése era otro horror al que Maddy se había tenido que enfrentar.

—¿No te contagiaría la enfermedad? —El cólera era muy contagioso si no se sabían tomar las precauciones pertinentes.

Madeleine se puso tensa.

—Soy más fuerte de lo que aparento, Ethan.

—Desde luego que sí, tesoro. —Ella era sin duda una de las mujeres más fuertes que había conocido; aunque pareciera indefensa, era valiente y decidida.

Se podría pasar horas mirándola.

Se la había llevado consigo. Y, que Dios lo ayudase, estaba encantado de haberlo hecho.

Maddy se despertó sola en un lujoso camarote. Un rayo de sol se colaba por el ojo de buey, indicando que era ya bien entrada la mañana. Recordaba haberse desmayado en el tren la noche anterior, y supuso que los nervios de las últimas semanas habían podido con ella. Ethan debió de subirla a bordo en brazos y la habría acostado.

Se incorporó para examinar el camarote, y pasó los dedos, primero por la cama de palo de rosa con forjados en bronce y pan de oro, y después por la lujosa colcha.

El lecho y la bañera eran tan grandes como los del hotel. De hecho, todo allí era grande, como si el decorador hubiese querido contradecir a los que opinaban que no podía haber muebles y enseres de esas dimensiones en un barco. Al parecer, Ethan lo hacía todo a lo grande.

Con muchas ganas de encontrarse con él y de explorar el barco, se aseó rápidamente y se puso un cómodo vestido de seda azul cobalto. Acababa de coger el sombrero de ala ancha que llevaba un lazo azul cobalto a juego, cuando Ethan entró en la habitación.

—Estupendo. Ya estás despierta.

—Buenos días, Escocés —lo saludó ella con una amplia sonrisa.

—Se te ve descansada.

—Debo de estarlo. Debo de haber dormido dieciocho horas. —Señaló con la mano alrededor, el camarote—. Me podría acostumbrar fácilmente a esto. Ya veo que no exagerabas cuando decías que el barco era de lujo.

MacCarrick se sentó al escritorio y la invitó a sentarse en la cama.

—Hay algunas cosas que me gustaría comentar contigo. Algunas reglas.

—Por supuesto —contestó Maddy, sentándose con las manos en el regazo.

—Ante todo, no se robará nada. Y actuaremos como si fuéramos marido y mujer, lo que significa que no podrás flirtear con ningún otro hombre, como hiciste en la taberna —empezó él con expresión seria—. Te lo repito, no se te ocurra robar nada, ¿me entiendes?

Ella parpadeó.

—¿Me estás diciendo que no quieres que jo... robe? —Con el ceño fruncido y mirada ofendida añadió —: Yo no disfrutaba cogiendo cosas que no me pertenecían. Sólo lo hice por necesidad. Elimina la necesidad, y no robaré. Es tan simple como eso.

—¿Y qué hay de lo de flirtear?

—¿Estás celoso, Escocés?

—En absoluto. Pero si te insinúas descaradamente a otros hombres, la gente dudará de nuestro matrimonio.

—¿Se trata sólo de esas reglas? Parece fácil. ¿Cuánto tiempo debo decir que llevamos casados?

—Una semana. Estamos de luna de miel.

—¿Quieres que sea cariñosa contigo cuando estemos en público?

—Nada de eso. De hecho, no quiero que andes detrás de mí. No hay ningún motivo para que estemos juntos todo el rato. —Maddy puso cara de sorpresa—. Entiéndelo Madeleine, he sido soltero durante muchos años, además de un solitario. Me irritaría tenerte encima en todo momento.

A pesar de que ese comentario la había herido, Maddy se dio despreocupadamente unos golpecitos en la sien y dijo:

—Ir por mi cuenta.

—Hay más de ciento cincuenta pasajeros. Estoy seguro que, si lo intentas, harás amistad con alguna otra esposa que haya a bordo.

—Yo no soy una esposa.

—Pero ellas no lo saben. De ese modo, podrás entretenerte durante el día mientras estemos aquí.

—Me esforzaré en hacer amistades y estar ocupada... y alejada de ti.

—Pero confío en que estés de vuelta en el camarote al anochecer.

—Muy bien. Me has dado unas instrucciones muy claras. —Se levantó, lo besó en la mejilla y recogió su bolso.

—Así pues, ¿vas a salir?

—Claro que sí —contestó alegremente— Que tengas un maravilloso día, Ethan.

Su desconcierto cuando ella abandonó el camarote no tenía precio. ¿Qué se había creído, que suplicaría poder quedarse con él? No, no estaba en su mano conseguir que Ethan quisiera pasar más tiempo a su lado. Pero todo llegaría.

De hecho, Maddy comprendía muy bien lo que era tener que soportar tener siempre a alguien alrededor. Su propia madre tenía una personalidad dependiente, y eso volvía loca a Madeleine. Si ella hubiera sido como Sylvie, su madre no lo habría podido resistir. Mantenerse apartada. Así era como debía proceder.

Una vez en cubierta, Maddy comprobó que el *Blue Riband* era uno de los barcos más lujosos que había visto nunca. Se trataba de un elegante barco de vapor y vela, sin palas por encima del nivel del agua. Tendría que preguntarle a Ethan sobre eso más tarde. Si no hubiera visto las dos chimeneas, habría jurado que se encontraban en un velero.

Aunque hasta que hubiera marea alta no zarparían, el barco parecía ya lleno. Las parejas se paseaban por cubierta, las mesas de juegos ya estaban dispuestas a bordo, con unas sujeciones especiales que evitaban que las cartas salieran volando. Las niñeras perseguían a los niños bajo el brillante sol.

La actividad de los demás la ayudaba a no pensar en sus sentimientos heridos y, ahora que se podía permitir el lujo de tener un día de ocio, lo disfrutaría al máximo. Se acomodaría en una tumbona y pediría que le sirvieran un té, y se regocijaría con el hecho de que las botas no le dolían. ¡Aquello sí era vida!

El viento sopló, haciéndole ondear ligeramente la falda; ese sonido le gustó. Después de echar un vistazo a las mujeres que tenía alrededor, Maddy decidió que, sin lugar a dudas, su vestido era el más elegante.

Un grupo de jóvenes esposas la examinaron meticulosamente; a ella le recordaban a las mujeres de la *boulangerie*, pero más ricas. Levantó un poco la barbilla con sutileza, sólo lo suficiente como para poder

inclinarse la cabeza al pasar delante de ellas, como si fuera de la realeza.

Todas llevaban joyas: pendientes de perlas, gargantillas y broches de diamantes. Las orejas y el cuello de Maddy estaban en cambio desnudos. Pero no importaba, ella tenía suficiente descaro como para inventarse un motivo por el que no llevaba joyas.

L'audace fait les reines. Las reinas nacen de la audacia.

Para cuando el barco zarpó, ya había convencido a las demás jóvenes esposas de que ella anhelaba ponerse las muchas, muchas joyas que tenía, pero como era una esclava de la moda, no lo hacía, porque en París la moda del momento era no llevar joyas excepto, *naturellement*, cuando se cenaba en palacio.

e Capítulo 28 f

MADELEINE, maldita sea —gritó Ethan—. ¡Despierta!

Ella se sentó de golpe en la cama intentando respirar. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas y las sábanas enredadas entre las piernas. Permaneció allí sentada, con la mirada perdida en la oscuridad y sin poder parar de llorar.

Él se apresuró a encender una lámpara y, sin perder ni un segundo, regresó a la cama con el cejo fruncido. Acarició el hombro de Maddy con torpeza, pero en seguida apartó la mano.

—Ah, vamos, vamos. Deja ya de llorar. Ahora mismo. —Era como si las lágrimas de ella lo trastornasen—. ¿Por qué tienes pesadillas? ¿Es porque echas de menos tu hogar?

—No, la verdad es que las tengo a menudo —contestó Madeleine susurrando.

Aquella situación era muy embarazosa. La noche había sido perfecta; se habían encontrado en el camarote para dirigirse al comedor, a cenar juntos; se habían besado, acariciado. Y ahora...

Maddy no quería que él descubriera lo de sus pesadillas, al menos aún no.

Recordaba un artículo de *El libro de las damas*, de Godey, que decía que los hombres se sentían atraídos por mujeres despreocupadas que irradiaban felicidad. «Novias felices garantizan familias felices», decía el autor.

Y Ethan acababa de ser testigo de lo despreocupada que ella no era.

—¿Quieres contarme tu sueño? —le preguntó.

Aunque querría hacerlo, aún no se sentía preparada para contarle en qué consistían sus pesadillas; ni decirle que tenía miedo de ser una mala madre, como lo había sido la suya. Cuando sacudió la cabeza, él pareció suspirar aliviado. Pero tuvo el detalle de insistir:

—Tal vez mañana, ¿qué te parece?

—Tal vez —contestó ella, señalando la lámpara—. ¿Podemos dejarla encendida? —Al ver que él fruncía el cejo, añadió—: A no ser que nos cobren por gastar más aceite, claro.

—Si lo deseas, podemos iluminar la habitación entera.

—Siempre me he preguntado qué necesidad hay de estar a oscuras si puedes permitirte no estarlo. —Se secó las últimas lágrimas, y preguntó—: ¿Alguna vez tienes pesadillas, Ethan?

—Antes solía tenerlas. Pero ya no.

—¿En serio? —exclamó ella sorprendida de que él hubiera reconocido tal debilidad—. ¿Qué hiciste para que desaparecieran?

—Eliminé lo que las causaba. —Ante la mirada curiosa de Maddy, añadió—: No paso nada por alto. Si alguien me hace daño... —su expresión se volvió tan fiera que a ella se le heló la sangre—... yo se lo hago a él.

Esforzándose mucho por no hacer trampas, Maddy repartió las cartas para jugar al *vingt-et-un* con su nuevo grupo. A esas alturas, Madeleine ya tenía un montón de amigas que estaban convencidas de que pertenecía a la realeza, y que imitaban su estilo en todo; habían dejado incluso de ponerse joyas porque ella no las llevaba.

Ethan estaba muy sorprendido de que no hubiera hecho una única amiga, sino tantas, entre las pasajeras del barco. Gracias a ellas, Madeleine estaba ocupada todo el día y se mantenía alejada de él.

Así él podía leer las revistas agrarias que había en el estirado club para caballeros.

Maddy llevaba apenas cuatro días prometida y ya sentía que lo había perdido. Pero desde la noche de la pesadilla, Ethan se había mantenido aún más distante que de costumbre. Ella se pasaba horas jugando a

cartas y a los dados, mientras escuchaba a aquellas mujeres hablar de sus maridos y sus hijos, y no se encontraba con él hasta el anochecer.

De entre sus nuevas amistades, la que más le gustaba era Owena Dekindeeren, una joven galesa muy simpática casada con un hombre de negocios belga. Owena, a pesar de tener sólo veinte años, tenía ya dos hijos.

Ensimismada en sus pensamientos, Maddy casi no se dio cuenta de que estaban hablando de ella.

—No todas tenemos la suerte de Maddy de tener a un marido tan atento.

Inmediatamente dejó de barajar las cartas y arrugó la frente:

—¿A qué te refieres?

—Al principio creía que te vigilaba para ver si apostabas, como hace mi Neville —dijo Owena—. Pero estoy convencida de que a tu marido sencillamente le gusta mirarte.

—Ya —contestó Maddy burlándose de sí misma—, le gusta tanto que por eso sólo viene a verme una vez al día.

—No, no —la contradijo otra mujer—. Él se acerca aquí sólo una vez al día, pero se pasea cerca muy a menudo.

—Tiene una expresión tan sombría... —sonrió Owena— y hambrienta.

Las mujeres, escandalizadas, desplegaron sus abanicos de plumas de avestruz.

«¿Por qué iba Ethan a acercarse para luego no decirme nada? —pensó Maddy barajando de nuevo—.

¿Y por qué está tan distante?»

De repente lo entendió todo y las cartas salieron volando por los aires.

«¡Se está enamorando de mí!»

Pidió perdón por su torpeza y se concentró en recoger las cartas de la mesa y de uno de los sombreros de sus acompañantes. Si, se estaba enamorando de ella. ¡Por eso estaba tan frío!

—¿Quieres que reparta yo, Madeleine? —preguntó Owena divertida—. Pareces distraída.

—Oh, sí, por favor —le contestó retomando el hilo de sus pensamientos.

A pesar de que su propia madre no la había amado, de que Quin no se había enamorado de ella, y de que a veces a Ethan no parecía gustarle demasiado, Maddy estaba convencida de ser una persona fácil de amar.

Solía caer bien a la gente y hacía amigos con facilidad. Y si de verdad desplegaba todos sus encantos... era imparable. MacCarrick no tenía escapatoria, se dijo a sí misma. Seguro que él ya se había dado cuenta de que estaba a punto de entregar su corazón, y estaba muerto de miedo; eso explicaría su actitud distante con ella.

Era normal que creyera que la mejor defensa era levantar un enorme muro entre los dos. Para un soltero de su edad, una cosa era casarse, y otra muy distinta enamorarse.

Y además ya se le habían escapado algunos gestos de afecto hacia ella. Cada noche, antes de dormir, se besaban y acariciaban y, sin hablar de nada serio, iban conociendo el cuerpo del otro. Él le había enseñado cómo le gustaba que le acariciase y le encantaba que ella le pidiera lo que deseaba que le hiciera

Ethan le acariciaba el cuello y los pechos con suavidad, la besaba con dulzura. Le decía cosas bonitas, le daba placer, y luego, casi avergonzado, insistía en que durmiera abrazada a él.

Cuando estaban a solas en su camarote, él se paseaba desnudo —¿qué hombre no lo haría con un cuerpo como el suyo?—, y ella se tumbaba boca abajo y, apoyando la cabeza en las manos, lo miraba embobada. Cuando lo veía moverse, Maddy no podía evitar recordar algunas de las escenas que había visto en La Matáis. Con él como protagonista, se sentía ansiosa por llevarlas a la práctica.

Cada mañana, le hacía compañía en el baño para verlo concentrarse en su afeitado. Mientras, le recorría la espalda con los dedos, y luego el torso, para ir bajando y acabar volviendo juntos a la cama.

La atracción que sentía por Ethan iba a más. Cada vez que su pasión se desataba, Madeleine quería

luego el doble. Y sus sentimientos seguían la misma progresión. En especial desde que él había desempolvado aquel particular sentido del humor que tanto le gustaba a ella. Y cada vez que él le tomaba el pelo y le sonreía con torpeza, a Maddy se le derretía el corazón.

Esa misma mañana, a la hora del desayuno, había apartado el periódico y le había preguntado:

—Desde que estamos en el barco, ¿has hecho trampas jugando a las cartas?

—Como si me hiciera falta. Ganar a esa gente tiene tanto mérito como cazar vacas.

—No te burles, tesoro —replicó él subrayando su acento escocés—. Las vacas pueden ser animales muy peligrosos.

Madeleine le dedicó una caída de ojos y le preguntó a su vez:

—Ethan, si una vaca me atacara, ¿arriesgarías tu vida para salvarme?

—Así es —respondió al instante retomando luego la lectura—, le daría una paliza a la vaca.

Maddy se echó a reír a carcajadas y él finalmente dobló el periódico y, frunciendo el cejo, le regaló otra de sus inusuales sonrisas.

Ella suspiró feliz. MacCarrick intentaba resistirse, claro. «Pero al final todo le será inútil.»

Y en ese preciso instante, en medio de una partida de black jack, decidió que iba a conseguir que el Escocés se enamorara de ella.

El problema de decirle a alguien como Madeleine que se distrajera sola era que se lo tomaba al pie de la letra.

Él había contado con que hiciera una amiga, o tal vez dos, pero no con que reuniera una corte entera que la seguía arriba y abajo imitando todo lo que hacía. Aquellas mujeres habían dejado incluso de ponerse joyas puesto que Maddy no las llevaba.

A pesar de que ya le había demostrado con creces que podía ser encantadora y sociable, a Ethan aún le sorprendía la facilidad con que lograba entablar amistad con la gente. A él siempre le había parecido difícilísimo, y era algo que nunca se le había dado demasiado bien.

Madeleine pasaba el rato jugando a cartas con ellas, y no tenía ningún problema en mantenerse alejada durante todo el día.

Eso significaba que, si quería verla, tenía que buscarla por todo el barco. Ethan se esforzaba por mantener las distancias, y pasaba la mayor parte del día en el club para caballeros. Dado que la mayoría de los pasajeros eran nobles sin oficio y grandes terratenientes, el material de lectura del navío consistía básicamente en revistas de agricultura, tema del que MacCarrick no tenía ni idea. Él podía montar un obús, dispararle a un hombre entre las cejas a más de medio kilómetro de distancia, y estaba al tanto de la situación geopolítica de todos los países de Europa y Asia, pero las nuevas técnicas de fertilización a base de arcilla le eran completamente desconocidas.

Ethan decidió que ya que iban a quedarse en Carillón, una de sus fincas más rústicas, podría aprovechar para ver cómo funcionaban esas cosas. Así que clasificó el material de lectura por temas y se dispuso a aprender tanto como pudiera... todo para no pensar en Madeleine.

Pero mantenerse alejado de ella, sabiendo lo que le esperaba cuando se encontraban, resultó ser más difícil de lo que creía. En las pocas ocasiones en que había ido a verla, a Madeleine se le iluminaba la cara. Ethan no podía recordar a nadie que sonriera ante su presencia, e incluso a aquellas alturas, tenía que hacer esfuerzos para no volverse a mirar si había alguien detrás de él.

Ese día, había conseguido aguantar una hora antes de que sus pies empezaran a recorrer el barco en busca de ella. Y ésa había sido la vez que había resistido más, aunque por suerte se conformaba con verla de lejos.

De modo que se pasaba los días contando ansioso las horas que faltaban para que llegara la noche y

poder tener al fin a Madeleine para él solo.

Él, Ethan MacCarrick, quería, anhelaba, la atención de una mujer.

Y se dio cuenta de que cuando estaba con ella bajaba la guardia. De hecho, empezaba a preguntarse qué pensaría de Carrickliffe, o sobre sus hermanos y sus esposas, y... eso era raro, muy raro.

Maddy y Jane ya eran amigas. Y si él acababa haciéndole daño de algún modo, las cosas podrían complicarse bastante.

¿Qué era lo que Quin había dicho? ¿Que Madeleine iba a volverle loco?

«Serás bastardo, Quin, diste en el clavo. —Ethan sonrió—. Pero me ha elegido a mí.»

Él solía tener siempre las cosas muy claras. Y en general no le preocupaba lo que pensara la gente, pero ahora ya no estaba tan seguro. Al menos con relación a ella. A pesar de lo mucho que se esforzaba por encontrar cosas que a Madeleine le disgustaran, no hacía más que descubrir nuevos detalles que dejaban claro lo bien que se complementaban.

Cada noche, ambos se recreaban en la lujuria que sentían el uno por el otro. Ethan había encontrado más placer en los brazos de ella que en toda la década anterior. Y si no iba con cuidado... podría acabar acostumbrándose.

Cuando se acercaba el amanecer, discutían sobre la manera de dormir, pues él insistía en que Maddy durmiera abrazada a él en vez de acurrucada como un ovillo en un rincón, cosa que le partía el corazón.

Si una semana antes alguien le hubiera dicho que discutiría con una mujer para convencerla de que se abrazara a él a la hora de dormir, se habría echado a reír.

Ethan estaba convencido de que si lograba poseerla plenamente una sola vez más, podría controlar esas ansias que sentía a todas horas. Así que, cada vez que la tocaba, daba un paso más. Dejaba sus dedos dentro de ella durante más rato, en un intento de que Madeleine anhelara la sensación de tenerlo en su interior, que su cuerpo ardiera de deseo. Si la situación hubiera sido al revés, a esas alturas él estaría ya desesperado.

Sabía sin embargo que quería algo más de ella, pero no lograba averiguar qué exactamente.

Pero a pesar de todo, ella seguía incommovible. Ethan empezaba a creer que lo de no hacer el amor antes de contraer matrimonio lo había dicho en serio. Si era así, cuando llegaran a tierra firme parecía que en un par de semanas Madeleine empezaría a exigirle que se casaran o lo abandonaría.

Y eso para él era inaceptable bajo cualquier concepto.

Ethan empezó a tramar un plan. Había conocido a muchas mujeres a las que les atraían los hombres rudos y maleducados. Ser así le había dado buen resultado en el pasado, y se había acostado con más mujeres de las que podía recordar... tal vez con ella también funcionase.

e Capítulo 29 f

ESA noche, después de cenar, Ethan y Madeleine se bañaron juntos y luego, como siempre, se metieron desnudos en la cama... y Ethan puso en práctica su teoría una y otra vez.

A pesar de que le había servido champán, había sido maleducado y brusco con ella, pero Madeleine vio eso como el último y desesperado intento de un soltero por defender su corazón, y sólo le había hecho gracia.

Ella podía capear los cambios de humor de Ethan sin demasiados problemas, pues la idea de compartir la vida con él le gustaba cada vez más, y en especial después de un día como el que habían tenido. Habían cenado muy bien, y Maddy incluso se había tomado un té. Luego, se habían regalado aquellas dulces caricias en la bañera y ahora la promesa de un placer más completo se insinuaba entre los dos.

—Ethan, me he dado cuenta de que esta noche pareces enfadado conmigo —empezó ella inocente—. ¿He hecho algo que te molestará? «Aparte de derribar los muros de tu corazón.»

—Quiero poseerte —se limitó a contestar él—. Se supone que eres mía, y ya te poseí una vez. Tengo intención de volver a hacerlo esta noche.

—En serio, Escocés, tus cambios de humor me confunden. Y me cuesta seguirte el ritmo. Tal vez sea el champán, o que yo estoy más sensible de lo habitual, pero creo que te comportas de un modo muy raro...

Ethan le sujetó los hombros contra el colchón y colocó su enorme cuerpo sobre el de Madeleine. Pero ella no estaba en absoluto asustada.

—Limitate a tumbarte, muchacha.

Maddy se rió por lo bajo.

—¿Me has llamado «muchacha»? Bueno, ahora sí que ha quedado clara tu edad. A veces me olvido de lo mayor que eres. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y siete? ¿Treinta y ocho?

—Tengo treinta y tres —respondió él soltándola sin entender nada—. ¿Crees... crees que soy demasiado mayor para ti?

—En absoluto, Ethan.

—Entonces reconoce que no quieres acostarte conmigo por culpa de mi cicatriz. Antes de que me la hicieran, jamás tuve problemas para seducir...

Madeleine empezó a reírse a carcajadas, hasta el punto de que tuvo que apretarse el estómago y salir de la cama para intentar calmarse.

—¿Quieres que te diga un piropo!

—¿Estás loca? ¡Para de reírte! ¡Maldición!

Después de intentarlo varias veces, Maddy pudo por fin controlar la risa.

—No quería que me dijeras ningún piropo.

—Entonces, explícame a qué ha venido ese comentario. Sabes perfectamente que el que no quiera acostarme contigo no tiene nada que ver con tu aspecto físico. Pero para satisfacer tu vanidad...

—Maldita sea, bruja, no quería que...

—... te diré que te encuentro increíblemente atractivo, guapo y viril.

Ethan se quedó sin habla. Frunció el cejo sin entender lo que acababa de suceder.

—Iba a decírtelo aquella mañana en París —prosiguió ella—, pero tú te empeñaste en seguir ridiculizando mi pobreza y no quería desperdiciar la única munición que tenía contra ti. Sabía que ése era tu talón de Aquiles.

Él apartó la mirada antes de preguntarle:

—¿Y la cicatriz?

—Siento que me hicieran daño en esa misteriosa pelea en la que se supone que sucedió. —Le acarició la marca con los dedos, y esta vez Ethan cerró un instante los ojos aceptando que ella lo tocara—. Pero esta

cicatriz sólo es una muestra más de que eres un hombre fuerte, alguien que ha tenido que superar muchas adversidades.

Desconcertado, se pasó la mano por la nuca.

—No te entiendo.

—Todo esto es una prueba, ¿no? Quieres saber si mis sentimientos hacia ti son profundos para decidir si podré aguantar tus cambios de humor cuando estemos casados.

—Bueno, eso lo dices tú. Pero para mí sólo hay una cosa capaz de demostrarme que serás capaz de hacerlo... y es que me dejes poseerte una vez más.

—Escocés, lo que dices no es justo.

—¿Acaso no quieres convencerme?

Madeleine se mordió el labio inferior mientras intentaba averiguar cómo reaccionaría Ethan si ella intentaba hacer algo que había visto repetidas veces en su barrio y siempre la había dejado muy intrigada. A él no parecía importarle que fuera atrevida.

—Me pregunto si... —empezó a besarle el pecho—... puedo hacer alguna otra cosa para demostrarte lo que siento por ti. —Los besos fueron deslizándose hacia abajo y Ethan tensó todo el cuerpo al tiempo que su erección empezaba a vibrar—. Una cosa con la que llevo tiempo fantaseando.

—No puedes estar hablando de... —sacudió la cabeza.—... de eso. —Cuando notó su aliento cerca del vello que tenía bajo el ombligo, Ethan se quedó sin respiración. Sus manos, con voluntad propia, acariciaron la cara de Madeleine y gimió—: Sí, tesoro, eres... —Se estremeció y levantó las rodillas para atraparla entre las mismas—. ¿Has... has estado pensando en esto?

—Uh-huh —afirmó ella, besando su duro estómago—. Cada vez que te afeitas.

—No me tomes el pelo. —Él frunció el cejo como si lo estuviera pasando muy mal—. No te imaginas lo mucho que lo deseo.

—Siempre he sentido curiosidad por probarlo.

Maddy recorrió despacio la erección de Ethan con su mejilla y las rodillas de él bajaron.

—Apártate el pelo. Quiero verte mientras lo haces.

Después de hacer lo que le pedía, volvió a agacharse acariciando la húmeda punta de su pene con los pechos antes de recorrerla con la lengua.

Él puso los ojos en blanco.

Las reacciones de Ethan hacían que Madeleine se volviera cada vez más atrevida. Su Escocés deseaba ese placer, anhelaba algo que ella ansiaba darle. Cuando resiguió con la lengua el extremo de su erección, cerró los ojos y se dio cuenta de que a ella también le gustaba. Entusiasmada con el nuevo descubrimiento, Maddy lo besó y lo atormentó, dispuesta a seguir así toda la noche.

—Oh, Dios, sí —gimió él mascullando entre dientes—. Ahora, rodéalo con la boca...

Madeleine dudó un instante, y como se sentía tan poderosa decidió ignorar su petición. En cambio, lamió el extremo una y otra vez hasta que Ethan empezó a arquear la espalda desesperado.

—Hacía muchísimo tiempo que no me hacían esto —dijo, jadeando con cada sílaba—. Ya jugarás más tarde. —Le cogió la cabeza con manos temblorosas para guiarla hacia abajo.

Pero ella se echó hacia atrás.

—Quiero disfrutar de mi primera vez.

—Hazlo por... mí —suplicó Ethan.

—¿Y si digo que no? —Madeleine entrecerró los labios y sopló contra él haciéndole temblar y levantar las caderas—. Al parecer, tengo la sartén por el mango.

MacCarrick se incorporó al instante y, cogiéndola por la cintura, la tumbó en la cama. Ella intentó escapar pero él la colocó en la posición adecuada para su venganza. Le sujetó las muñecas por encima de la cabeza para que no pudiera moverse, y la miró amenazador.

—Una chica menuda como tú no debería jugar con un hombre como yo. —Luego se tomó su tiempo

antes de instalarse cómodamente entre las piernas de Madeleine, y ella, consciente de que jamás había estado tan excitada, gimió indefensa—. Y mucho menos en la cama.

Deslizó los hombros debajo de las rodillas de Maddy hasta lograr que las piernas de ella descansaran sobre su espalda.

Luego empezó a recorrerle muy despacio los muslos con los labios, haciéndola gemir y acelerándole la respiración. La lengua de Ethan dibujó húmedos círculos en su ombligo durante mucho rato, hasta empezar a descender despacio.

—Separa las piernas.

Madeleine así lo hizo dándole acceso a su sexo, y la erección de él vibró ansiosa por penetrarla.

A pesar de que al principio sólo tenía intención de atormentarla como ella había hecho con él, cuando vio lo excitada que estaba no pudo resistirse, y besó con fervor aquella parte tan íntima. Deslizó la lengua para saborearla por primera vez y descubrió que era deliciosa.

Ethan gimió y le sujetó con fuerza las caderas. Madeleine gritó de placer y se onduló bajo sus labios, mientras él introducía profundamente la lengua para lamerle el clítoris y ella apretaba los talones contra su espalda con total abandono.

Aún no sabía cómo, Ethan consiguió apartarse un poco.

Ella levantó la cabeza y lo miró confusa.

—M... más —susurró. Y lo miró con tanto deseo que él casi sucumbió a la tentación.

—¿Entiendes ahora cómo me sentía yo?

—Sí, sí. —Intentó soltarse las manos haciendo fuerza con las piernas, mientras Ethan dudaba de cuánto tiempo podría mantener sus labios alejados de ella—. No volveré a atormentarte. Te lo prometo.

—De acuerdo, Maddy.

Le separó aún más las piernas para poder besarla mejor y saborear aquel néctar que acababa de descubrir.

—Oh, Dios mío —gimió ella.

A él se le aceleró la respiración y empezó a resoplar.

Volvió a separarle las piernas y le rodeó el clítoris con los labios y la lengua para luego empezar a succionárselo despacio.

—Sí —gimió Madeleine arqueando la espalda y moviendo las caderas contra su boca—. Oh... Ethan.

Alcanzó el orgasmo con su nombre en los labios, sin dejar de repetirlo una y otra vez. Él creía estar soñando, era imposible que un hombre pudiera soportar tanto placer. La lamió hasta que se calmó mientras sus piernas temblaban alrededor de su cuello.

Luego la soltó y se incorporó para cambiar de postura, pero ella lo abrazó y le acarició el cuello con el rostro.

—Me encantan las cosas que me haces —le susurró al oído.

Y Ethan se hinchó de orgullo a la vez que su erección latía impaciente debajo de ella.

Maddy empezó a besarle de nuevo y a recorrerle el torso con los labios a medida que con la melena atormentaba aquella sensibilizada piel. Cuando su boca rodeó la erección de Ethan, él no pudo evitar gritar. Era cálida, húmeda, hambrienta...

—Eso es, tesoro —gimió—. Me gusta mucho.

No podía creer lo que estaba pasando. Se sabía perdido, y tuvo que hacer esfuerzos por no hundir los dedos en el pelo de Madeleine y sujetarla mientras sus caderas no paraban de empujar. Ella lo besaba ansiosa, gimiendo de placer al hacerlo. Era como ser un *voyeur* observándola haciéndole el amor con los labios, adorarlo con la lengua, consumirlo a pequeños mordiscos y besos cariñosos.

Se iba a volver loco. Madeleine lo besaba con inocencia, pero a la vez con descaro, y al hacerlo lo hechizó por completo. Sin embargo, cuando ella estaba a punto de conseguir que se corriera en su boca, y él estaba a punto de perder definitivamente el control, gimió desesperado y la apartó.

—¿Ethan? —preguntó ella atónita al ver que se la acercaba al pecho—. ¿Lo estoy haciendo mal?

—No, no. Es que no quiero que suceda nada que... te haga sentir incómoda. —Increíblemente excitado, le rodeó los hombros con un brazo y la besó. A medida que iba seduciéndola con su propio sabor, deslizó una mano hacia su ansiosa erección y empezó a acariciarse—. Es mi excitación favorita —dijo él contra sus labios—, pero primero quiero que te guste tanto como a mí. —Se acarició con más fuerza mientras con la otra mano recorría la nalga de Madeleine. Dejó de besarla durante un segundo y le preguntó—: Ahora ¿quieres mirar?

Ella asintió con los ojos abiertos como platos y él relajó un poco el brazo que tenía a su alrededor para que pudiera inclinar la cabeza y ver cómo él se masturbaba.

Saber que lo miraba le excitó aún más. Alcanzó el orgasmo y se estremeció con violencia. Gritó y arqueó la espalda, salpicando a Madeleine, que se sobresaltó.

Cuando por fin se calmó, ambos trataron de recuperar el aliento. Ethan, sintiéndose más que satisfecho, la abrazó durante muchísimo rato, acariciándole el pelo. Maldición, a ella le había gustado excitarlo como lo había hecho... otra prueba más de lo felices que podían ser juntos.

Resignado, se apartó de Maddy y se levantó para lavarse, pero al regresar, ella exclamó:

—¡Oh, Ethan! ¡Tu herida está sangrando!

Él inclinó la cabeza para mirarse el torso y se encogió de hombros.

—Acércate, por favor —le pidió Madeleine—. Deja que te cure. —Cuando Ethan se sentó en la cama, ella examinó su pecho—. No se te han abierto los puntos, gracias a Dios. Pero sangra mucho.

Se levantó para ir a buscar una toalla y él se quedó embobado mirándole el trasero.

—No creía que fueras tan maternal —comentó como ausente.

—Con un hombre como tú hay que serlo —replicó ella toalla en mano.

—¿Como yo?

Maddy subió a la cama y se sentó junto a él.

—Sí, Escocés, tú eres mi caballo ganador. —Le apartó un mechón de pelo de la frente—. Eres el único al que voy a dar todos mis terrones de azúcar y mis manzanas.

—¿Y qué me dices de darme también una yegua que me complazca? He visto una que me gusta bastante.

—Y estoy segura de que ella estará encantada de que la monte un potro salvaje como tú, pero antes tiene que asegurarse de tener verdes pastos para el futuro.

—Estás loca, tesoro —contestó Ethan sonando más cariñoso de lo que pretendía.

Madeleine le sonrió, y él se quedó mirándola fascinado. Y de repente entendió por qué los hombres cometen locuras por una mujer.

e Capítulo 30 f

EN plena noche se levantó una ráfaga de viento marino y el barco empezó a cabecear un poco.

—Cuéntame cómo fuiste a parar a La Marais —dijo Ethan para intentar que Maddy no pensara en la tormenta que se avecinaba.

Estaba recostado contra la cabecera de la cama y ella descansaba encima de su torso.

—¿Qué te contó Quin? —preguntó ella apartándose un poco para poder verle la cara.

—Que tu padre murió en un duelo y que los acreedores empezaron a perseguiros. Y que como tu madre era francesa te llevó de regreso a París.

—En realidad, fue más o menos así —confirmó Madeleine quitándole importancia.

—No, no es verdad. Quiero saberlo todo.

—¿Para luego poder burlarte de mí? —le preguntó ella.

—No. Porque quiero conocerte mejor.

—Te lo contaré, pero antes, tú tienes que contarme algo sobre ti que no sepa.

Ethan arrugó la frente.

—¿Como qué?

—Algo sobre tu pasado. Algún secreto turbio y oscuro.

Él se lo pensó mucho, y se tomó su tiempo antes de contestar: —Antes creía que estaba maldito.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Sí. Mi familia tiene un libro que le ha pertenecido durante generaciones, y todo lo que dice allí acaba pasando. Contiene una maldición sobre mí y mis hermanos.

Madeleine lo miró a los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo? Jamás hubiera creído que fueras supersticioso.

—Por supuesto que soy supersticioso... soy un maldito escocés.

—De acuerdo, pero no me parece que sea un secreto turbio y oscuro. Creo que es adorable que alguien tan fuerte y poderoso como tú, y con tanto control sobre su destino, crea en algo tan irracional.

—¿Adorable? —preguntó él atónito—. ¿Y tú no crees en nada irracional?

—Pues claro. En muchas cosas. Pero bueno, es evidente que yo no tengo ningún control sobre mi destino.

Ambos se quedaron en silencio.

Madeleine se apresuró a tocarle el hombro.

—Ethan, no me refería a estar aquí contigo. Esto lo escogí yo. Y estoy muy contenta de haberlo hecho.

Él se puso un poco a la defensiva.

—Bueno, yo ya te he contado algo. Ahora te toca a ti.

—No es una historia muy agradable —empezó ella—. Y no quiero que te hagas una mala idea de mí.

—¿A qué te refieres?

—«Las novias que han tenido una familia feliz, consiguen crear una familia feliz.» Lo leí en el libro de Godey, y él nunca se equivoca.

—No pensaré mal de ti. Vamos, cuéntamelo.

—¿Quieres la versión larga o la corta? —preguntó Maddy.

—Cuéntamelo todo.

Madeleine tomó aliento:

—Bueno, al contrario de lo que piensa todo el mundo, mi vida no se fue al traste el día que mi padre murió. Todo empezó seis meses antes.

Una noche llena de furia y secretos que ella jamás había logrado comprender.

—Fue algo desconcertante y angustioso, como estar en medio de una pesadilla. —Cayó un rayo fuera

del barco y Maddy se estremeció—. Me fui a dormir tranquila y a salvo, y me desperté en otro mundo lleno de extraños. Es difícil de explicar.

Ethan le acarició el brazo con una de sus enormes y ásperas manos.

—Inténtalo.

—Me he pasado años tratando de comprender qué sucedió esa noche. —Al evocar, Maddy frunció el cejo—. Cuando me desperté, lo primero que noté era que todo el servicio estaba muy alterado. Me observaban de un modo raro, como intentando averiguar qué sabía yo de lo sucedido. Más tarde, descubrí que dos de nuestros empleados más antiguos habían sido despedidos; la mano derecha de mi padre y la doncella de confianza de mi madre. —Se detuvo para observarle—: ¿Vas a burlarte de lo que te estoy contando?

—No voy a burlarme en absoluto.

Ella suspiró y confesó:

—Creo que mi padre... pilló a mi madre en la cama con otro hombre.

—¿Por qué crees eso? —preguntó él, cauteloso.

—Porque vi pruebas de que mi siempre calmado padre había... golpeado a mi madre durante la noche.

—Aún podía recordar el ojo morado de su madre, y que su padre era incapaz de mirar a la cara de su antes adorada esposa.

—Eso no significa que...

—Esa noche mi padre regresó antes de tiempo de un viaje de negocios. Y lo cierto es que yo creo que mi madre cometió adulterio muchas veces a lo largo de su matrimonio antes de entonces. Ella era una mujer débil y muy egoísta, y mi padre le llevaba bastantes años.

—Entiendo. —Ethan estaba muy tenso.

Maddy estudió su rostro y no supo distinguir si su expresión era de disgusto o de aprensión por cómo iba a acabar la historia.

—Ese día, cuando por fin vi a mi padre, me dio unas cariñosas palmaditas en la cabeza y me dijo «Maddy, pequeña, papá ha cometido un error». Y luego empezó a divagar. Ya no volvió a ser el mismo. Fue como si, hasta entonces, yo no hubiera conocido de verdad a mis padres.

—¿Qué pasó después de esa noche?

Ella se dio cuenta de que Ethan apretaba la mandíbula y dijo:

—No sé si debería contarte todo esto.

—Necesito oírlo, Madeleine.

—Pero si no tiene nada... —Al ver la dura mirada que había en sus ojos, interrumpió lo que iba a decir y continuó—: De acuerdo.

Ethan conocía de sobra los hechos, puesto que él mismo los había orquestado. Ahora, en voz baja, la joven le estaba contando las consecuencias de éstos.

—Medio año más tarde murió mi padre, y los acreedores se lanzaron sobre nosotras como cuervos. Cuando mi madre y yo regresamos de su funeral, bajo una terrible tormenta, nos echaron de Iveley Hall, así se llamaba la casa donde nació. Yo estaba muy asustada. Sabía que mi madre era completamente incapaz de cuidar de mí. Me acuerdo que una vez le pregunté: «¿Encontraremos pronto algún lugar donde vivir?», y ella, en vez de contestarme: «Sí claro. Seguro que pronto tendremos suerte», me dijo: «Sé lo mismo que tú, Madeleine. Así que, ¿tú qué crees? Dime».

Un lugar donde vivir...

Mientras Maddy le contaba los horrores por los que había pasado cuando no era más que una niña de once años, una niña a la que le habían arrebatado todo lo que tenía, Ethan sintió sus lágrimas humedecerle

el torso. Descubrió lo doloroso que había sido para ella perder su hogar y todas las cosas que, para una niña de esa edad, eran imprescindibles: muñecas, vestidos, animales...

Y el miedo que había pasado la primera vez que vio La Marais.

MacCarrick se dio cuenta de que, en el momento en que pasó todo, Madeleine era lo bastante mayor como para atar cabos. Era una chica muy lista, y era evidente que había sido una niña muy observadora. Sospechaba que esa noche había habido otro hombre en su casa. ¿Cuánto tardaría en averiguar que ese hombre había sido Ethan?

Madeleine se durmió por fin, acurrucada sobre él y apretando con fuerza el anillo que llevaba colgado del cuello. Ethan bajó la vista para mirarla, sin poderse resistir a acariciarle el pelo.

Después de todo lo que le había contado, entendía mejor lo valiente y fuerte que ella era. Y eso sólo le dejaba todavía más claro que no estaba a su altura.

Asumir eso era doloroso y se resistía a hacerlo.

La mayoría de la gente cree que un mal hombre no quiere dejar de serlo porque le da pereza o porque no sabe cómo mejorar. Pocos saben que el motivo no tiene nada que ver con el futuro, pero sí mucho con el pasado. Tener remordimientos era algo horrible.

Diez años atrás, cuando él era mayor de lo que Maddy lo era ahora, se limitaba a compadecerse de sí mismo, a emborracharse y a comportarse con crueldad. Y había recibido su castigo. En cambio, lo que Madeleine había hecho había sido seguir adelante con tal coraje que lo dejaba a él en ridículo. Y sin embargo también la habían castigado... pero en su caso por los errores que habían cometido sus padres.

Y era Ethan quien lo había hecho. Solía imaginarse la escena en la que le revelaba a ella la verdad.

—Una noche iba borracho y decidí follarme a... Sylvie, tu madre. Ella le dijo a tu padre, un pobre cornudo que tenía un par de matones para que le hicieran el trabajo sucio, que yo había intentado violarla y él la creyó. Brymer me rajó la cara, así que después yo le degollé. También arruiné a tu padre, contribuyendo en gran medida a que se suicidara, y ejecuté las deudas sobre tu casa y vuestras propiedades, dejándoos a ti y a tu madre en la calle.

Si para aquel entonces aún no había huido corriendo, añadiría:

—Luego, Sylvie te llevó al infierno cuando tú apenas tenías once años, y yo estaba al corriente de todo. Y, aunque pude hacer algo para evitarlo, permití que pasara. Y si eso no es lo bastante horrible, también me encargué personalmente de estropear tu compromiso con el conde, y luego vine a París para usarte y luego traicionarte.

«¿Y si ella es el amor de tu vida?», le había preguntado Hugh. Ethan se rió con amargura.

Su hermano no sabía que si era o no el amor de su vida ya no tenía importancia. Que la maldición fuera cierta o no, carecía de sentido. El daño ya estaba hecho, y él jamás podría tener a Madeleine. Tarde o temprano, ella acabaría odiándolo.

Fuera lo que fuese lo que él sintiera, tendría un final.

«Es sólo cuestión de tiempo...»

Ethan estaba sentenciado.

e Capítulo 31 f

—¿QUE ésta es una residencia más humilde? —exclamó Maddy mirando boquiabierta por la ventana del carruaje la mansión a la que se acercaban, en primera línea de mar.

—Sí. Se llama Carillón, por la serie de campanas que hay en el pueblo —explicó MacCarrick mientras entraban en el camino de grava—. Y sí, es la menos lujosa y más corriente de mis propiedades.

—Por supuesto —asintió ella mientras tragaba saliva.

La mansión estaba construida con grandes bloques de piedras de color claro, como los castillos, aunque estaban pintadas de un color crema oscuro y así suavizadas. Mientras recorrían el camino, pasaron por jardines de terrazas, jardines con enredaderas, jardines salvajes. Caminos de hierba y riachuelos de aguas transparentes atravesaban la propiedad.

—Es muy bonito —comentó ausente, aunque «bonito» no podía describir correctamente aquel lugar. Cuando vio un pavo real luciendo su plumaje por los jardines, se dio cuenta de que Carillón era como un cuento de hadas—. Eso es un... pavo real.

—Mi abuela era una excéntrica y los hizo traer. Ahora son casi salvajes.

—¿Es eso una palmera?

—Sí. Las corrientes del mar de Irlanda son cálidas, lo que hace que, aquí, la temperatura sea templada. Apenas nieva o hiela nunca.

¿Y todo aquello iba a ser en parte suyo?

—Creo que nunca había visto un hogar tan espléndido.

—Por desgracia, el administrador no se ha ocupado lo suficiente.

—¿Por qué lo dices?

—En esta época tendría que haber balas de trigo, y los campos que hemos pasado antes deberían estar plantados. Veo también que la pintura está descascarillada en los relieves de la mansión y los establos, y las vallas de toda la propiedad necesitan reparaciones. Las fuentes no funcionan, y sabiendo como sabían que llegaba, tengo que suponer que es que están estropeadas. Yo no tengo nunca mis propiedades en este estado.

—Pues a mí no me parece que esté tan mal —dijo ella intentando levantarle el ánimo.

—Tampoco tienes con qué compararlo —espetó él mirando por la ventana del carruaje.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que comparado con La Marais, cualquier cosa te parecerá un palacio.

A pesar que ella pensaba lo mismo, empezaban a irritarla sus comentarios desafortunados. Desde que llegaron a puerto, se había vuelto frío otra vez; más distante que nunca. «Miel, no vinagre», se recordó.

Pero ya estaba harta.

—Y yo que creía que hoy sería el primer día en que no me recordarías de dónde me has sacado.

—Sólo comentaba algo obvio. —Pero dejó ahí la conversación cuando el carruaje se detuvo delante de la mansión—. Hablando del rey de Roma —añadió al ver que un hombre y una mujer de mediana edad los estaban esperando—. Ese es Silas, el administrador.

Cuando MacCarrick ayudó a bajar a Maddy, ignoró por completo al hombre.

—Madeleine, ésta es Sorcha, el ama de llaves de Carillón. Sorcha, ésta es mi esposa, lady Kavanagh.

Maddy entendía por qué tenía que presentarla de esa forma, y no se inmutó. Sorcha sonrió tímidamente e hizo una reverencia.

—Enséñale a lady Kavanagh las habitaciones y asegúrate que tiene todo lo que necesita. —Luego, dirigiéndose a Maddy, añadió—: Cenarás conmigo.

Sorcha volvió a hacer una reverencia, dio media vuelta en dirección a la puerta principal, y Maddy la siguió. Entraron en un vestíbulo de mármol que daba paso a una sala de techo alto, con una elegante

escalera de madera en forma de herradura y con alfombras en todas partes.

Después de seguir a Sorchá por la escalera hasta el amplio primer piso, Maddy se asomó por encima de la barandilla para ver a Ethan en el piso inferior. Él cruzó la sala a grandes zancadas en otra dirección, con sus botas retumbando contra el suelo y un aterrado Silas siguiéndolo.

Cuando levantó la vista, Sorchá ya había abierto la pesada puerta de la habitación principal y había entrado en ella. Madeleine entró a su vez y vio que las dos estancias que componían la habitación tenían las paredes empapeladas; la habitación de ella, de un color claro, mientras que la de Ethan era bastante más oscura.

Todo el suelo estaba lujosamente enmoquetado y el techo era alto.

Mientras recorría el pasillo que conectaba ambos dormitorios, se fijó en la cama de elegantes postes que tenía ella y el enorme lecho de él, que parecía tan grande como una habitación de dimensiones normales. ¿Por qué quería Ethan que durmiera allí, ahora que ya no tenían que compartir camarote?

—Es muy elegante —le comentó Maddy a Sorchá.

Toda la mansión lo era, pero la decoración tal vez era demasiado formal. De hecho, algunas habitaciones por las que había pasado eran incluso... lúgubres. Hacer que aquel lugar fuera más comfortable y menos sombrío sería sin duda una agradable tarea.

Cuando se dio cuenta de que, como dueña, podía hacer esos cambios rápidamente, decidió preguntarle a Ethan si, cuando todo se hubiera calmado, podrían volver y redecorarla.

—Sí lo es —dijo Sorchá tímidamente—; pero espere a ver la vista.

La mujer corrió las cortinas, que mostraron una gran terraza con una puerta que parecía ocupar toda la pared.

Abriéndole la puerta, Sorchá la invitó a que saliera fuera, cosa que Maddy hizo, quedándose sin respiración.

El mar... estaba allí mismo. Un agua de un intenso azul brillaba bajo el sol y se extendía por todo el horizonte.

La casa estaba situada en un acantilado situado entre un cabo y una extensa playa. Justo debajo, había otra terraza con una balaustrada del mismo estilo que la de arriba. Desde cualquier punto de ese lado de la casa, se podía divisar el mar de Irlanda y la playa.

—¡Dios mío! —exclamó Maddy. Si antes se había quedado impresionada al ver los jardines y montañas de Carillón, ahora, con el mar, no encontraba palabras.

La idea de ser dueña de una propiedad como aquella le parecía... fantástica.

«La fortuna favorece al valiente —se recordó a sí misma—. Sí, pero esto es absurdo.»

—¿Has podido averiguar ya por qué Silas ha sido tan descuidado con sus deberes? —preguntó Madeleine tras una incómoda y reservada cena con Ethan.

Éste se levantó bruscamente para irse al estudio sin molestarse en invitarla, pero ella lo siguió de todas formas.

—Sí. Le da a la bebida. Todo el día —explicó, sentándose detrás de un impresionante escritorio de caoba—. Se han descuidado las tierras gravemente. Lo que me hace temer cómo deben de estar mis otras tierras a cargo de otros muchos administradores.

Estaba tan consternado que Maddy decidió acercársele por detrás y masajearle los hombros.

—Seguro que encontrarás fácilmente un sustituto. Encargarse de Carillón sería un orgullo para cualquiera.

—Supongo.

—Puedes poner un anuncio en el periódico y hacer correr la voz.

—¿A qué te refieres? —Se tensó bajo sus dedos—. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que esto se arregle.

—¿Y cuánto tiempo prevés que será eso? —preguntó ella con un forzado tono sereno.

—Tengo que encontrar un sustituto, y ponerlo al tanto de todas sus tareas.

Maddy apartó las manos y se dirigió al otro extremo de la habitación.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana. Quizá dos.

El corazón se le encogió en el pecho.

—No puedo estar tanto tiempo aquí contigo sin estar casados.

—Yo ya le he dicho a todo el mundo que estamos casados —replicó él quitándole importancia al asunto.

—Te podrías casar conmigo en el pueblo del que me ha hablado antes SORCHA, y entonces podríamos quedarnos aquí tanto tiempo como necesites.

—¡Dios mío! ¿Es eso todo lo que te importa? Mis arrendatarios han soportado ya tres duros inviernos por culpa de Silas, y ahora no tienen reservas ni de trigo ni de hortalizas para pasar un nuevo invierno.

—No lo entiendo. ¿Qué ha hecho exactamente?

—Es lo que no ha hecho. Si un campo se anegó, tendría que haberlo desaguado. Ha descuidado los pedidos periódicos de semillas a lo largo del año, y hay otra docena más de ejemplos de negligencias.

—¿Y por qué nadie te escribió para advertirte?

—¿No te das cuenta de que no saben ni leer ni escribir? Por otra parte, eso no es su responsabilidad, sino la mía. —Se apretó el puente nasal suspirando fatigado—. Madeleine, pasaré fuera casi todos los días para mirar de remediar esta situación. Espero que encuentres la manera de distraerte sola.

—Por supuesto —contestó ella, exhalando con pesar—. Estoy acostumbrada a no verte hasta la noche. —Se levantó para irse, pero al llegar a la puerta se volvió—. En estas condiciones, sólo me quedaré aquí diez días, Escocés.

—¿Qué es eso? ¿Una amenaza?

—No, sólo mis firmes intenciones. A lo mejor te parezco egoísta, pero necesito seguridad.

Ethan entrecerró los ojos.

—No te fíes de mí.

Maddy asintió, cosa que evidentemente lo sorprendió.

—Tienes razón. No me fío; todavía no.

—Entonces, ¿qué debe hacer un hombre para ganarse tu confianza?

—Honestamente, no lo sé. Supongo que es cuestión de tiempo.

—¿Quieres decir de diez días? —preguntó sarcástico—. Porque ése es todo el tiempo que la señorita Van Rowen me concede.

El barco ahora parecía otro mundo.

Allí, Ethan estaba en sus tierras, presentándola a toda su gente como su mujer. Y sin inmutarse siquiera al decir esa mentira.

Sus problemas con el administrador eran muy reales, pero también estaba aprovechando la situación para conseguir sus fines. Era verdad que podía poner el anuncio y correr la voz. Y, por supuesto, podía casarse allí con Madeleine, como ella había sugerido.

Ethan siempre se había aferrado a sus decisiones, centrándose en sus planes. Ahora empezaba a sentir que había perdido el control, que no sujetaba las riendas.

Había tomado la decisión de mantener varias propiedades porque habían pertenecido a la familia durante generaciones y porque, bien llevadas, podían mantenerse a sí mismas, e incluso dar beneficios. Creía que había contratado a los mejores administradores para que se ocuparan de ellas en su ausencia.

Pero no había sido así: sus arrendatarios habían sufrido, y él se había despreocupado cada vez más.

Cuando volviera a la Red, no tendría tiempo de comprobar si en las otras propiedades las cosas iban bien o mal.

«Maldición.»

Había tomado la decisión de apaciguar su ira con la única hija de los Van Rowen, pero ahora la deseaba cada día más y más. Estaba perdido.

Ethan era brutal y egoísta. Lo sabía y no tenía intenciones de cambiar. Aunque ahora empezaba a descubrir que le importaban más las necesidades de Madeleine que las suyas propias. Estaba perdido.

Cuando estaban juntos en la cama, él no se entregaba por completo; porque sus besos podían hacerle perder el control...

«Creo que la deseo... sólo para mí.» Maldita fuera, si un hombre ha destrozado la vida de una mujer durante diez años, más le vale no hacerse ilusiones respecto a ella.

Ethan siempre había sido apasionado en sus sentimientos. Y si se permitía sentir algo más, y luego la perdía, no creía que se pudiera recuperar nunca.

Se encontró mirando el mueble bar. «Ahora sí que estaba realmente perdido.»

e Capítulo 32 f

-NO te preocupes Ethan —dijo Maddy para sí misma, dando una patada a una roca mientras paseaba por Carillón—. Puedo explorar la finca yo sola.

Y se había pasado los tres últimos días haciéndolo.

En su primera salida, descubrió un invernadero con paredes de cristal translúcido y una cúpula transparente. Estuvo a punto de gritar de felicidad, ansiosa por comer fruta fresca, en especial cítricos, pero entonces se dio cuenta de que, exceptuando un par de escuálidos naranjos, el lugar estaba vacío y en desuso. En el suelo se veían las tuberías que antaño habían proporcionado calor y humedad, pero ahora estaban rotas.

Otro día, descubrió una escalera que conducía a una pasarela de cristal que había por encima de la casa. Allí, las mujeres iban para ver el mar y atisbar señales del regreso de sus maridos. Madeleine se preguntó si alguna vez, antes de que llegara ella, alguien habría subido allí para mirar en dirección a los campos.

Se obligaba a mantenerse alejada de Ethan durante el día, y daba largos paseos, pero allí no tenía a nadie. SORCHA era muy amable, sin embargo, prefería mantener las distancias con la señora de la casa, y Maddy se sentía muy sola. Echaba tanto de menos a Bea y a Corrine, que le dolía el corazón.

Si por casualidad veía alguna vez a Ethan durante esos paseos, él se mostraba frío y distante. Pero de noche, cuando se tumbaba a su lado... su cuerpo le contaba otra historia completamente distinta.

La besaba en el cuello y, acariciándose el uno al otro, le decía lo mucho que le complacía. Si ella lo besaba o lo tocaba de un modo que le gustaba, se aseguraba de que supiera el placer que le había proporcionado. Esos encuentros eran tan perfectos y satisfactorios que Madeleine anhelaba ya hacer el amor con él, y solía imaginarse cómo sería sentirlo de nuevo en su interior. Negarle ese último paso le resultaba cada vez más difícil, a pesar de que él insistía cada vez menos en ello.

Cuando terminaban, Ethan siempre le acariciaba la cara y la besaba con tanta ternura que Maddy temía echarse a llorar. Cada noche, él la acurrucaba entre sus brazos obligándola a dormir con él, pero Madeleine tenía que reconocer que se estaba acostumbrando a sentir su cálida y fuerte presencia.

De noche la adoraba. De día, la ignoraba.

Esos cambios de actitud iban a volverla loca. ¿Le preocupaban las fincas y por eso estaba tan raro? Si se mantenía alejada de él durante el día, no podría acusarla de hacerle perder el tiempo.

Maddy sabía que había en ella muchos aspectos que la hacían poco atractiva a los ojos de un potencial marido, y peor aún si era rico y con título. No tenía dote ni estudios y había sido una ladrona. Ethan estaba al tanto de todo, y a pesar de ello había pedido su mano.

Pero tal vez revelarles los detalles más escabrosos de su familia había sido demasiado...

Desde la ventana de su despacho, observaba cómo Madeleine intentaba conquistar a un pavo con migas de pan. Cuando el animal optó por abrir su preciosa cola y perseguirla por el campo, Maddy se limitó a reír.

Ethan quería bajar y estar con ella.

Sólo llevaban allí una semana, y empezaba a entender que no importaba que no la viese en todo el día, Madeleine estaba siempre en sus pensamientos. Ethan no comía. No podía dormir. Cada día lo acercaba más al doloroso final, y odiaba que así fuera.

Se suponía que no iba a necesitarla tanto.

Pero esa mujer, con su brillante sonrisa y su risa sincera, era todo lo que un bastardo como él podía

desear, tanto como un hombre moribundo desea seguir viviendo... Y ése era un sentimiento que él conocía a la perfección.

Con Madeleine, Ethan sentía más, a su lado todo era mejor. Era como si se entendieran por completo, como si con ella sus ansias se calmaran. No lo entendía. No era capaz ni de explicárselo a sí mismo. A veces, sentía como si ella formase parte de él... como si siempre hubiera sido así.

Cuanto más fuertes se hacían sus sentimientos, más cuenta se daba de que, cuando Madeleine se fuera, para él el dolor sería insuperable.

«¿Y si me quedo con ella?», se preguntaba una y otra vez. A menudo, Ethan pensaba cómo sería dejar de trabajar para la Red y volver a la vida que sabía que le estaba esperando.

Casarse, gestionar sus propiedades, cuidar de la gente que vivía en ellas. Empezaba a atraerle mucho la idea de trabajar sus tierras. De hecho, lo sentía casi como una necesidad.

Pero la última vez que había hecho caso de esos sentimientos todo había acabado en tragedia.

Cuando decidió casarse con Sarah MacReedy, fue para cumplir con las obligaciones de su título. Ahora sentía que necesitaba esa vida... sólo si Madeleine estaba incluida en ella.

Pero si se la quedaba, acabaría haciéndole más daño del que ya le había hecho. Era inevitable. Maddy descubriría el papel que él había desempeñado en su trágico pasado y eso la destrozaría.

¿Sería capaz de contarle lo que habían hecho sus padres y exonerar así parte de su culpa? ¿Le creería ella? ¿Se atrevería a decirle que su padre, del que le hablaba con tanto afecto, era un patético cornudo? ¿Y que su madre, a la que Maddy sólo consideraba egoísta y malcriada, era el diablo en persona?

¿Era necesario que Madeleine supiera que sus padres habían hecho torturar a un joven de veintitrés años en su establo?

Era imposible que existiera una pareja con peores perspectivas que él y Madeleine. Si algún día tenían hijos, serían los nietos de Van Rowen, los nietos de Sylvie; y Ethan había sido el culpable de que Maddy casi se muriese de hambre cuando era pequeña.

No tenían futuro...

Maldita fuera, él ya había decidido no casarse con ella, y cuando Ethan tomaba una decisión jamás vacilaba. ¿Cuándo había empezado esa debacle? Primero había tenido intención de abandonarla, darle dinero y dejarla felizmente instalada en una de sus casas. Estaba dispuesto incluso a regalarle la propiedad si era necesario. ¿Qué había de malo en ese plan? Pues que él no quería apartarse de ella. Ethan quería seguir con Madeleine.

Él le había hecho mucho daño, y, sin saberlo, Maddy ahora se lo estaba devolviendo corregido y aumentado... y para ello, lo único que tenía que hacer era ser ella misma. Cada vez que la veía disfrutar de las más pequeñas cosas, o cuando se despertaba en plena noche con las mejillas bañadas en llanto, a él se le partía el corazón.

Cuando más crecían sus sentimientos hacia Madeleine, más culpable y frustrado se sentía. Los remordimientos lo estaban destrozando, y como nunca antes había conocido esa emoción, no tenía ni idea de qué hacer.

Odiaba sentirse tan culpable, y la odiaba a ella por ser todo lo que él jamás había sabido que quería que fuese una mujer.

A pesar de que Ethan llevaba años sin probar una gota de alcohol, sus pies se dirigieron hacia el mueble bar y, con manos temblorosas, se sirvió una copa.

Mirando el vaso, murmuró de nuevo:

—Estoy perdido.

Como si quisiera conseguir que Madeleine se alejara de él, Ethan no había acudido al lecho las dos

últimas noches y se las había pasado bebiendo. Eso, a pesar de las muchas veces que ella le había oído repetir que él no bebía.

Maddy había visto a bebedores más resistentes que él desmayados en los portales de La Marais.

Si durante el día, se cruzaban por casualidad, él le hablaba con monosílabos, y ella empezaba a sospechar que realmente le molestaba tenerla en Carillón. En alguna que otra ocasión, lo había pillado mirándola desde la ventana de su despacho, con el cejo fruncido, como si estuviera muy enfadado.

De modo que Maddy subía a diario a la pasarela de cristal y, si el cielo estaba despejado, podía ver desde allí la costa de Irlanda. Se pasaba horas mirando el mar y pensando en su situación mientras los ferrys iban y venían de la otra isla.

Por fin, llegó a la conclusión de que el comportamiento de Ethan no tenía nada que ver con el trabajo. Una de dos, o estaba convencido de que ella iba a soportar cualquier cosa con tal de casarse con él, o quería asustarla para que marchara...

Esa noche, al ponerse el sol, Madeleine regresó de su paseo y lo encontró sentado en su despacho, con la mirada perdida en el vaso de whisky que sujetaba en la mano. Se le rompió el corazón al ver que intentaba emborracharse deliberadamente.

A pesar de saber que no iba a ser bienvenida, entró en la habitación y se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—¿Cómo te ha ido el día, Ethan?

Él se limitó a encogerse de hombros, de modo que insistió:

—¿Qué has hecho?

—Trabajar.

—Estás bebiendo —dijo ella.

—Eres muy observadora.

«Miel.»

Madeleine podía ser tan paciente como hiciera falta.

—¿Has podido contratar ya a un nuevo administrador?

—No.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? Tengo mucho tiempo libre —prosiguió ella esforzándose por mantener a raya su carácter.

—No, nada.

—Dentro de cuatro días nos vamos.

Por fin la miró.

—¿Y crees que no lo sé? Maldita sea. Como si tú me dejaras olvidarlo. Todo gira siempre alrededor de Madeleine.

—Ya llevamos aquí...

—¡Aún me quedan muchas cosas por hacer!

—Tal vez trabajarías más si bebieras menos —comentó con el tono más calmado de que fue capaz.

Él la fulminó con la mirada y la cicatriz de su rostro palideció.

—*Aingeal*, yo que tú no buscaría pelea; esta noche no.

—¿He hecho algo que te haya molestado, Ethan? ¿Te he ofendido o fallado en algo?

—Sí, y se le llama «tener relaciones sexuales».

«¡Basta! ¡A paseo con la miel!»

—Tendrás «relaciones sexuales» cuando nos casemos, ¡tal como acordamos! No me dirás que eso te coge por sorpresa.

—No, pero no creía que lo dijeras en serio. De haberlo sabido no habría accedido a una condición tan estúpida.

—A veces puedes llegar a ser odioso, Escocés. No dejas de darme motivos por los que no debería

casarme contigo. —Y, además empezaba a sospechar que estaba haciéndolo adrede.

Era el único modo que se le debía de haber ocurrido para escapar de aquella situación.

—No puedes aspirar a nadie mejor que yo —dijo Ethan levantando la copa—, será mejor que no lo olvides.

Madeleine retrocedió como si la hubiera golpeado. Y lo que más le dolía era saber que él tenía razón.

—Entiendo. Creo que esto se ha acabado.

MacCarrick se rió sin ganas.

—Sí, eso es precisamente lo que estoy intentando decirte.

—No, Ethan. Soy yo la que te lo dice.

e Capítulo 33 f

MADDY ya había tenido bastante. Vivir tantos años frente a Bea le había enseñado que no importaba lo encantadora que una fuera, o cuánto se esforzara por gustarle a alguien, algunos hombres no eran capaces de ver que a una mujer había que cuidarla. MacCarrick jamás la había golpeado, como el compañero de Bea, pero eso no implicaba que no pudiera hacerle daño.

Madeleine se había pasado toda la noche despierta, pensando qué hacer. Y al parecer él había estado haciendo lo mismo, pues Maddy le oyó moverse por la habitación de al lado hasta el amanecer.

Antes de dormirse, Maddy llegó a una conclusión: MacCarrick tenía razón, ella merecía algo mejor que él.

Cuando se despertó, empezó a hacer las maletas.

Ahora era capaz de entender que había aceptado casarse con MacCarrick porque estaba asustada, hambrienta y necesitaba protección ante Toumard. En esas circunstancias, el Escocés parecía un regalo del cielo.

Pero ni loca iba a convertirse en su esclava. Tenía otras alternativas. Y, en el peor de los casos, con el anillo que él le había regalado podía mantenerse a flote durante unos cuantos años.

MacCarrick bajó la escalera y, al ver las maletas, dijo:

—¿Me abandonas?

—Eres muy observador —replicó ella repitiendo las mismas palabras que él le había dicho la noche anterior; y se quedó atónita al ver que ya estaba borracho.

Ethan se recostó contra la pared y se cruzó de brazos.

—¿Y cómo pretendes ir a ninguna parte?

—Con el carruaje de línea. Verás, estos días he paseado tanto que he visto que cada día, a las cinco en punto, se para en el pueblo.

Ver lo rápido que Ethan perdía la sonrisa le proporcionó a Maddy cierta satisfacción.

—Pequeña tonta. ¿Vas a tirar por la borda la posibilidad de casarte y ser rica sólo por impaciencia? Ya te he dicho que aún tengo cosas que hacer aquí.

Maddy lo miró con lástima.

—Tienes razón Ethan, pero yo no. A lo largo de mi vida, a menudo me he visto atrapada en situaciones que no me gustaban nada. ¿No crees que soy capaz de distinguir cuándo a otra persona le pasa lo mismo? Tú no quieres casarte conmigo. Lo he visto muy claro. Lo único que pretendo es hacerte las cosas más fáciles.

—No, eso no es lo que pretendes. Lo que quieres es presionarme. Amenazarme con algo que no tienes intención de llevar a la práctica. Pero tienes que saber que yo no respondo bien a las amenazas.

—No te engañes, va en serio.

—Me dijiste que te quedarías diez días. Aún faltan tres.

—No juegues conmigo, Ethan. A estas alturas, podrías haberte casado ya conmigo, tanto aquí como en el pueblo. Podrías haber hecho un montón de cosas. Lo único que yo quería era un marido fiel que me tratara de un modo decente. Te habría costado tan poco lograr que me enamorara de ti...

—¿Ahora hablas de «amor»? —se burló él—. ¿Así que, según tú, lo único que tendría que haber hecho es tratarte con cierta amabilidad y mantener mi polla encerrada en mis pantalones?

Madeleine no se molestó en ocultar lo desagradable que le parecía ese comentario de borracho.

—¿Crees que las cosas te irán mejor sin mí? —le preguntó—. ¿Cuando estés de vuelta en aquel mugriento barrio?

—De hecho, tengo intención de visitar primero a Claudia.

—Querrás decir a Quin. —Ethan entrecerró los ojos—. Bueno, tal como te dije, seguro que está más

que dispuesto a pedirte que te cases con él. En especial después de que le dijera que te follé la noche del baile de máscaras.

Maddy abrió la boca consternada.

—¿Le contaste eso? —«Oh, Dios, qué humillación»—. ¡Eres un bastardo! La verdad es que me lo estás poniendo muy fácil. Pero gracias por recordarme que Quin está aún disponible. Me aseguraré de preguntarle si sigue interesado.

Ethan apretó los dientes fulminándola con la mirada.

—Claro, típico de ti —replicó buscando herirla—; seguro que si te lo pide aceptarás en seguida.

—Sería una tonta si no lo hiciera. ¡Es bueno y honorable, y sé que si me prometiera casarse conmigo lo haría!

¿Iba de verdad a dejarle? Casi perdía el sentido sólo de pensarlo. ¿Cómo había conseguido metérsele de ese modo bajo la piel? ¿Cuándo había empezado a pensar que la vida sin ella no merecía la pena? Sólo de imaginarse a Madeleine con Quin le daban arcadas. Formaban la pareja perfecta. «No como conmigo.»

Aquello tenía que acabar.

Madeleine había ganado. Tanto si se casaba con ella como si no, lo había derrotado.

—Si vas a ser tan egoísta e impaciente como para no esperar —dijo—, entonces, ¿qué puedo hacer?

Ethan no ocultó lo furioso que estaba, y vio cómo ella palidecía.

«A la mierda con todo.» Ethan sabía un modo eficaz de romper el vínculo que tenía con ella, similar a un anzuelo que no lo dejara moverse.

Se había prometido a sí mismo que cuando hubiese dejado a Madeleine bien instalada en alguna parte, se acostaría con todas las mujeres que se pusieran por delante para recuperar el tiempo perdido. Si sólo ver a Madeleine quitándose el sombrero lo excitaba como a un chico de quince años, era evidente que estaba curado.

¿Por qué no se le había ocurrido antes? Haría una lista con todas sus posiciones sexuales favoritas e iría en busca de una mujer con experiencia para ponerlas en práctica. Y volvería a ser el cruel bastardo que era antes. Y por fin podría romper con Madeleine tal como había sido su intención desde un principio. Y regresaría al trabajo, a aquel solitario trabajo que tan bien se adaptaba a su vida.

Decidido, dijo:

—Si a ti te cuesta tan poco encontrarme sustituto, para mí no será más difícil.

Y dio media vuelta, dejando a Madeleine con la cabeza bien alta; a continuación cabalgó en dirección al pueblo.

Cuando llegó allí, fue directamente a la taberna, con la espalda erguida y la confianza que le daba saber que una mujer como Madeleine le deseaba y quería casarse con él. Aunque ahora fuera a dejarlo. Eso no tenía importancia. De todos modos, él ya se había cansado de ella. Tenía que creer que era así.

Se sentó a una mesa y se dio cuenta de que el lugar estaba hasta los topes. Pobres desgraciados, seguro que trataban de huir de sus esposas. «Esa vida a mí no me va.»

«Deja que se vaya.» Ethan no podía seguir como estaba. En las tres últimas noches había intentado distanciarse, pero lo único que consiguió fue emborracharse porque no podía dormir sin ella.

Los remordimientos que sentía por todo el daño que le había hecho se lo estaban comiendo vivo.

«Acuéstate con otra mujer y olvídate de ella. Es lo mejor...»

Vio a una atractiva camarera sonriéndole, a pesar de que le había visto la cicatriz. Llevaba una gargantilla como la que Madeleine había lucido aquella noche en París, pero no parecía ni de lejos tan bonita.

Sin embargo tenía unos pechos enormes, algo que a él siempre le había gustado. Se los acariciaría con la cara. En el barco, lo había hecho con los pequeños pechos de Madeleine y ella había enloquecido. Había deslizado su incipiente barba por sus senos, arañándoselos un poco, y luego se los había besado. Maddy se había derretido en sus brazos antes incluso de que él le hubiese acariciado el sexo.

Empezó a excitarse, y la sangre se le acumuló en la entrepierna. La mujer desvió la mirada hacia su erección y cometió el error de creer que se debía a ella. Se quedó sin aliento, y sus pechos temblaron al acelerársele la respiración. No, esa erección no era por ella, pero ¿qué importancia tenía? Si tenía que pensar en Maddy para poder follarse a aquella prostituta, no dudaría en hacerlo.

Tenía que superar lo que sentía por Madeleine. La alternativa era inimaginable.

Dos whiskeys más tarde, otra mujer de labios carnosos le llamó la atención. Y, por algún motivo, a ella también le gustó lo que vio.

Tres whiskys después de eso, y antes de saber siquiera lo que estaba pasando, Ethan subía la escalera con la camarera. Se tambaleó al cerrar la puerta y... sorpresa, la mujer de labios carnosos había decidido hacerles compañía.

Como en los viejos tiempos. Ethan sabía que su cicatriz lo hacía parecer perverso. Un hombre no puede cambiar su naturaleza.

Maddy se sentó en la pasarela durante horas, mientras esperaba que llegara la hora de coger el carruaje. Llorando en silencio, observaba la costa por última vez, y el ir y venir de los ferrys.

MacCarrick no había regresado.

¿Y qué esperaba? ¿Que se pusiera de rodillas suplicándole otra oportunidad? ¿O que al menos le deseara un buen viaje? Enfadada, se secó una lágrima.

Ya le echaba de menos. Sí, los últimos días se había portado de un modo atroz con ella, pero esas noches que habían compartido, llenas de pasión, de placer y de dulzura... Madeleine no se había sentido jamás tan unida a alguien en toda su vida.

«¿Debería haber luchado más por nosotros? ¿Debería haberle dado más tiempo?»

Sacudió la cabeza con tristeza. Sabía de sobra que los sentimientos no se pueden forzar. Ella no podía obligarle a que la echara de menos. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que él la quisiera.

Pero a pesar de todo, lo añoraba.

«¿Qué es mejor —se preguntaba—, que me quede con él tal como estamos, o pasarme el resto de la vida sin él a mi lado?»

Tragó saliva. Maddy le había dado un ultimátum al Escocés, y tal vez no debería haberlo hecho.

Otra lágrima resbaló por su mejilla. En especial desde que se había enamorado perdidamente de él.

e Capítulo 34 f

LA camarera trató de besarlo, pero Ethan apartó la cara y fue a besarla en el cuello. Acarició la gargantilla con los labios, al igual que había hecho con Maddy aquella primera noche en París, antes de que supiera lo mucho que ella iba a significar para él.

La mujer estaba bien, pero su sabor no era el que él quería. No estaba sucia, pero su olor no era el adecuado.

«Imagina que huele como Madeleine. Imagina que tiene el sabor de la suave piel de ella.»

Mientras la camarera le desabrochaba la camisa, la mujer de labios carnosos le besaba el torso. Cuando le hubieron desnudado la parte superior del pecho, ambas se turnaron para besarle los pectorales e ir descendiendo. Sabía lo que llegaría a continuación. A Madeleine le había gustado besarlo allí y había logrado que ese acto tan erótico resultase a la vez dulce y tierno.

Una de las dos mujeres le aflojó el cinturón.

«Te habría costado tan poco lograr que me enamorara de ti...», había dicho ella. Lo único que quería era un marido fiel y que la tratara bien... y entonces se enamoraría.

Se enamoraría. ¿De él?

Si ella lo amara, le perdonaría lo que hubiera hecho en el pasado. Tendría que hacerlo. Porque él entonces no la conocía, y no había querido hacerle daño. Pero si ahora... actuaba así...

¿No debería al menos intentar que ella se enamorara de él antes de darse por vencido? ¿Acaso no le había quedado claro que para conseguir lo que se deseaba había que luchar con todas las fuerzas?

—Basta —gritó Ethan.

Pero las mujeres no le hicieron caso, y se concentraron en sus pantalones.

«Deja que continúen...» Estaba a punto de poder acostarse con una mujer, no, con dos, ¿y no iba a hacerlo? ¿Qué demonios le pasaba? Había soñado con ese día, con el día en que volviera a ser un hombre completo. Se juró a sí mismo que entonces se hartaría de mujeres. Madeleine debería darle lo que quería en vez de presionarlo para que se casaran. Ethan no respondía bien a las presiones...

Madeleine podría enamorarse de él.

De repente se hizo la luz y lo entendió todo.

«Dios, es Maddy. Es ella.» Ella era la única que existía para él. El amor de su vida. Y siempre iba a ser así.

—¡Basta! —gruñó Ethan apartando a ambas mujeres y dando un paso atrás. Se tambaleó completamente aturdido. Maddy era su futuro, y él se estaba comportando como diez años atrás, cuando creía que no tenía ninguna posibilidad de tenerlo. Había vuelto a beber, a resignarse... mientras ella en cambio luchaba con uñas y dientes por conseguir algo mejor. Él podía luchar también; sí, iba a cambiar, de un modo tan profundo como había dicho su hermano.

Y sin embargo había estado a punto de hacer algo tan idiota, tan irrevocable, que habría perdido a su tesoro para siempre. Se estremeció sólo de pensarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó la camarera sorprendida.

Ethan se acordó entonces de lo cruel que había sido con Sylvie aquella horrible noche, y también de lo mal que había tratado a aquella camarera... y del castigo que recibió por ello.

—Lo lamento, señoritas, pero estoy casado y me he comportado como un tonto. —Un completo idiota. Se colocó bien el cinturón y se abrochó la camisa antes de coger la chaqueta.

—Hay muchos hombres casados que siguen acostándose con otras mujeres —comentó la otra.

—Este no.

Ambas suspiraron, y la primera dijo:

—Tu mujer tiene mucha suerte.

—Es al revés, la suerte la tengo toda yo —dijo él antes de salir de la habitación y correr hacia la escalera.

Ethan estaba acostumbrado a vivir las cosas con intensidad, pero jamás había sentido nada comparable al terror que experimentaba al pensar que Maddy pudiera dejarle. Dios, estaba perdido. Quería que una mujer lo amara; lo ansiaba, lo necesitaba. Y estaba a punto de perderla para siempre.

«Tirarte a un par de prostitutas. Brillante, Ethan. ¿En qué diablos estabas pensando?»

¿Qué hora era? Las tres y media. El carruaje llegaba a las cinco. Si cabalgaba a toda velocidad conseguiría llegar a Carillón a tiempo. Pero si se presentaba allí con las manos vacías, sólo con sus promesas, Maddy tal vez le abandonaría de todos modos. Tendría que detenerse en el Registro Civil del pueblo para hacerse con una licencia de matrimonio, pero de esa forma corría el riesgo de que Madeleine se le escurriera de entre los dedos.

Por desgracia, ella era impredecible. Si se iba antes de que él pudiera alcanzarla, tal vez decidiera no perdonarle jamás. Diablos, tal como se había portado los últimos días, tenía muchas posibilidades de que eso fuera exactamente lo que ocurriera..., pero aun así, tenía que intentarlo.

Tomó una decisión y cabalgó como el viento hacia el Registro.

Las dudas sobre los secretos de su pasado seguían acechándolo, pero las hizo a un lado.

«Ve a buscarla —le repetía una voz en su cerebro una y otra vez—. Hazla tuya.»

Ethan ya se encargaría de todo eso después de asegurarse de que ella no lo abandonaba.

Entró en el Registro como un vendaval, decidido, como nunca antes en toda su vida. El oficial hasta se asustó, lo que era completamente comprensible al ver a aquel enorme escocés con una cicatriz, barba de varios días y apestando a alcohol, golpear el mostrador. Ethan apenas escuchó el discurso sobre todos los requisitos que tenían que cumplirse para obtener una licencia matrimonial, y le dijo al hombre que estaban en la maldita Escocia, la tierra con las leyes matrimoniales más laxas del mundo, y que, bueno, a cambio él construiría una nueva iglesia en el pueblo.

Una iglesia, qué penitencia tan adecuada. Cuarenta y cinco minutos más tarde, licencia matrimonial en mano, Ethan salió corriendo del edificio y montó en su caballo para intentar llegar a Carillón...

El padre de Ethan le había dicho una vez que reconocería a la mujer de su vida porque con ella se sentiría indefenso hasta que por fin la hiciera suya; entonces se sentiría invencible.

Maddy no había dejado de esperarle.

Al ver al carruaje acercándose a Carillón, a Ethan se le hizo un nudo en el estómago, y cabalgó aún más rápido. La atrapó a la entrada del camino, y tuvo el tiempo justo de saltar de su caballo reabriéndose así la herida.

Con sus guantes negros y su sombrero con velo, Madeleine parecía la perfecta dama. Pero al mismo tiempo se la veía fría y distante. Él supo sin ninguna duda que, si no hubiera llegado a tiempo, lo habría abandonado para no volver a mirar atrás jamás.

La quería tanto, quería pasar con ella el resto de su vida. Y lo más sorprendente era que, hasta el día anterior mismo, Maddy habría aceptado casarse con un bastardo como él. ¿Lo haría ahora?

Con la frente arrugada y la respiración entrecortada, Ethan le enseñó la licencia.

—¿Quieres casarte conmigo, tesoro?

Madeleine ladeó la cabeza.

Su inglesita, cauta como siempre. ¿Y por qué no iba a serlo? Él jamás había hecho el más mínimo esfuerzo para que se sintiera cómoda y segura. Ella no había insistido en que se casaran porque fuera egoísta, sino porque era lista.

—Mañana a las diez, si es que aún me quieres. Maddy, te prometo que seré bueno contigo —dijo él con convicción, con sentimiento. Porque de verdad lo sentía así—. Me he comportado como un imbécil.

—¿Por qué has sido tan cruel? —quiso saber Madeleine en un tono indescifrable—. Fuiste tú quien vino a París a buscarme, ¿te acuerdas?

Ethan se le acercó.

—Y fue la mejor decisión que he tomado en toda mi condenada vida. —Al ver al carruaje acercándose, tragó saliva—. Maddy, sé que me he portado como un bastardo. Te dije que no encontrarías a nadie mejor que yo, pero eso no es verdad. En absoluto. Y yo soy quien mejor lo sabe. —Se mesó los cabellos—. Me he pasado la vida convencido de que nadie iba a compartir jamás mi apellido conmigo. Mi apellido y yo, bueno... no valemos demasiado. Y entiendo que lo mejor que podrías hacer sería irte de aquí ahora mismo, a pesar de lo mucho que yo quiero que te quedes.

Maddy miró el carruaje como si Ethan no estuviera allí. Como si no estuviera escuchándole.

«No, tiene que quedarse.»

Se plantó delante de ella y le dijo:

—Madeleine, no sé si sabré ser un buen marido, pero quiero intentarlo. Quiero hacer honor a mi título y cuidar de mis tierras. Pero sólo si tú estás a mi lado. Si pudieras llegar a perdonarme...

—¿Estás diciendo que dejarás esa profesión tan misteriosa y peligrosa que tienes? —preguntó ella aún sin mirarle.

—Si con eso consigo que te quedes, sí, ahora mismo.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Has tenido que esperar a que te dieran la licencia?

Ethan se sonrojó, incómodo.

—He tenido que prometer que construiría una iglesia nueva para el pueblo para que me la dieran —contestó él disimulando.

—¿Qué ha pasado entre ayer por la noche y esta mañana para que hayas cambiado de opinión?

—Por fin he visto lo que tenía ante mis ojos. —Maddy por fin lo miró—. Di que te casarás conmigo.

Ella permaneció en silencio lo que a Ethan le pareció una eternidad.

—De acuerdo —murmuró ella.

Él se quedó mirándola atónito, y las rodillas casi se le doblaron de alivio.

—¿Quieres... quieres decir qué... te casarás... conmigo... mañana?

Madeleine asintió y dijo:

—No hagas que me arrepienta, Ethan.

—No te arrepentirás. —Con manos temblorosas la acercó a su pecho para abrazarla y enterró el rostro en su pelo. «Este olor sí es el adecuado»—. Antes me he portado como un imbécil.

¿Cómo diablos se le había pasado por la cabeza poner en peligro esa relación tan hermosa? Se sentía como si acabara de esquivar una bala, y él, que había recibido unos cuantos balazos, lo decía con conocimiento de causa.

A Maddy la destrozaría saber dónde había estado. Seguro que lo miraría con sus preciosos ojos azules llenos de lágrimas y él no tendría más remedio que arrancarse su oscuro corazón y entregárselo para convencerla de que se arrepentía.

La abrazó con fuerza. Cuando el carruaje se detuvo ante ellos preguntando si iban a subir, Ethan lo despidió diciendo:

—Nos quedamos.

Cuando el carruaje retomó la marcha, él volvió a mirar a Madeleine con una sonrisa en los labios, pero ella tenía la cabeza recostada contra su torso, como si estuviera disfrutando de su proximidad.

—Te he echado de menos, Ethan.

Se lo dijo con una voz tan sensual, que se estremeció de placer con sólo oírla. Llevaba tres días sin tocar ni saborear su cuerpo, pero parecía que hubieran sido años.

Ethan se agachó para darle un beso, con la intención de que fuera sólo un suave roce. Sin embargo, como le ocurría siempre con ella, se convirtió en algo más. La abrazó mientras sus labios la conquistaban una y otra vez y, apretándola más contra su cuerpo, la sujetó por las nalgas.

Al oírla gemir, se irguió de nuevo separándose un poco. Sacudió la cabeza y le apartó la mano del

trasero.

—Alguien puede vernos —farfulló entre dientes. Y por primera vez en toda su vida, le importaba. No quería que nadie pensara mal de su esposa.

—Hoy hay mercado, Ethan. Todo el mundo está en el pueblo.

Por eso había tanta gente en la taberna. Dios, ¿le habría visto alguien? ¿Se lo contarían a Madeleine?

—¿No me has echado de menos? —preguntó ella tímida, pero dejando claro a lo que se refería.

—No te imaginas cuánto, pero puedo esperar hasta que nos casemos. Es lo que tú querías.

—¿Y no podemos... estar juntos como antes? Como en esas noches.

La idea de que Madeleine le deseara tanto como él a ella era demasiado poderosa para resistirse.

—Lo que quieras —gimió él cogiéndola en brazos—. Podemos hacer lo que quieras. —La besó y subió por la escalera de su casa a toda velocidad. Y casi se cayó cuando ella le sujetó el rostro para recorrerle el labio con la lengua.

Ethan cerró la puerta de una patada y ambos se abalanzaron el uno hacia el otro, besándose y desnudándose con desesperación. Él ya había conseguido dejarla en ropa interior, de modo que empezó a pelearse con su camisa. Mientras, Madeleine le desabrochaba el cinturón.

—Dios, quiero... —Ella se detuvo y arrugó la frente—: Ethan, ¿por qué tienes pintalabios bajo el ombligo?

Oh, maldita fuera.

—En dos tonos distintos...

Maldita, maldita fuera.

—Yo... yo... no es. —Y estaba a punto de contarle una historia increíble, pero por primera vez en su vida, y seguramente la vez en que más lo necesitaba, fue incapaz de mentir.

Ni siquiera cuando los ojos de Maddy se llenaron de lágrimas y con el labio inferior temblando, balbuceó:

—Ethan...

La mirada de ella antes de irse corriendo hacia su habitación, le dejó claro que su corazón era demasiado negro para ofrecérselo a nadie.

e Capítulo 35 f

-¡NO hice nada! —gritó Ethan de nuevo junto la puerta de la habitación de Madeleine.

Ella, por su parte, había pasado de estar hundida en la miseria a la más absoluta felicidad, para luego volver a caer desde lo más alto. Cuando había visto a su Escocés cabalgar hacia Carillón, desesperado por llegar antes que el carruaje, el corazón le dio un vuelco. Verlo en el camino, licencia en mano y con el cejo fruncido había sido... conmovedor.

Pero ahora...

—¡Vete!

Después de todas las tragedias y desgracias que había soportado, Maddy estaba convencida de que ésa era la más dolorosa de todas. ¿Por qué se empeñaba en creer en él cuando jamás había tenido motivos para hacerlo?

—Maldita sea, es verdad que fui a la taberna y reservé una habitación. Lo reconozco, pero no pude hacer nada. ¡Les dije que pararan!

—¿Así que eran dos? —gritó ella sintiendo de repente ganas de vomitar. Había visto las pruebas con sus propios ojos, pero se había negado a creer que hubiera estado no con una, sino con dos mujeres.

—Espera, espera, eso ha sonado muy mal.

—Te subiste con dos mujeres a la habitación, o ¿tal vez eran más de dos?

—Pero no hice nada con ellas.

—¡Por supuesto que no! Sólo dejaste que te besaran por debajo de la cintura. Es sabido que todos los hombres estáis en plena posesión de vuestras facultades cuando una mujer os besa en la entrepierna. ¡En especial cuando estáis borrachos!

—No pude hacerlo. Por Dios santo, si quieres vamos a la taberna y se lo preguntas. —Como si ni él mismo pudiera creérselo, añadió—: Me has echado a perder para el resto de mujeres.

A pesar de que Madeleine se resistía a ello, por algún extraño motivo creía que él de verdad se había detenido antes de llegar a tener relaciones sexuales con ellas. Pero eso ahora ya no importaba.

—No llevamos ni dos semanas de relación, ¿y te sientes orgulloso de no haberme sido infiel? ¿Qué pasará cuando llevemos años casados?

—¿No crees que estás yendo demasiado lejos?

—Ooooh, ¡eres increíble! Ojala no te hubiera conocido. ¡Soy una idiota! ¿Cuánto tardaré en darme cuenta de que eres odioso?

Y ahora tenía que esperar dos días hasta que el carruaje volviera a pasar por Carillón.

—De acuerdo. Tú ganas.

Madeleine se tumbó hecha un ovillo, con las rodillas contra el pecho, y durante horas no pudo parar de llorar. Podía oír a Ethan en su dormitorio, paseando arriba y abajo hasta que se metió en la cama.

«¿Cómo puede dormir con todo lo que ha pasado?»

Madeleine le oyó murmurar en gaélico y luego volver a pasear.

—A la mierda —farfulló Ethan para luego añadir junto a la puerta de Maddy—: No puedo dormir sin ti.

—Pues más te vale acostumbrarte.

—En el caso de que hubiera hecho algo, que no lo hice, ni si quiera estamos casados. ¡Maldita sea!

«Odioso.»

—Y acabas de asegurarte de que jamás lo estemos.

La segunda noche, Ethan apenas podía creerse que estuviera, de nuevo, de pie frente a la puerta de la

habitación de una mujer suplicando entrar.

Madeleine lo había hechizado, y echaba de menos dormir con ella. Y cada noche la oía llorar durante horas, con el único propósito de torturarlo, seguro. Torturarlo por las tonterías que había dicho y hecho.

Maddy no se había dado cuenta, pero si alguno de los comentarios de Ethan había sido un poco desagradable, él había hecho una mueca de dolor al decirlo. Estaba acostumbrado a pelear a muerte, a hacerle daño a su adversario, y las viejas costumbres son las más difíciles de erradicar. A pesar de que al hacerle daño a ella se lo hacía a sí mismo.

Anhelaba estar con Madeleine, pero la mirada que le dirigió antes de cerrarle la puerta en las narices le decía que era mejor no presionarla.

Pero aun así...

—Ya basta, Maddy. Ya me has castigado lo suficiente. Tengo derecho a dormir contigo.

—Perdiste todos tus derechos el día en que deseaste a otra mujer. Perdón, a dos mujeres.

—No deseé a ninguna de las dos.

—Claro que no —contestó ella sarcástica.

—Pensé en ti, pensé que te estaba tocando a ti, todo el tiempo.

—¿Es que no tienes vergüenza? —gritó ella—. ¡Cretino!

—Abre la maldita puerta.

—Jamás.

—Ábrela o la echo abajo. Ya me has visto hacerlo antes.

—No te atreves...

Ethan dio una patada a la puerta desencajándola casi al instante. Retrocedió para asestar otra, y cuando tenía el pie preparado... la pequeña bruja... abrió.

Entró dando traspiés en la habitación y aterrizó en el suelo.

Con la barbilla en alto, Madeleine se sacudió las manos, esquivó a Ethan y salió de la habitación.

—Ah, maldita sea —dijo él cuando ella ya se iba—. Se me han abierto los puntos.

—¿Qué? —gritó ella corriendo hacia él—. ¡Déjame ver!

—Aja —sonrió él cogiéndola por la cintura para sentarla en su regazo—. ¡Aún sientes algo por mí!

Madeleine se quedó boquiabierta.

—¡Eres increíble! Eres cruel y retorcido...

—Entonces serás la mujer de un hombre cruel y retorcido.

—Ni lo sueñes —le contestó enfatizando cada palabra y colocando las manos como puños para golpearle el pecho.

—Me dolerá mucho si lo haces, pero estoy dispuesto a permitir que te desquites si a cambio de eso me escuchas.

Madeleine bajó los puños y trató de soltarse, pero al ver que él la sujetaba con fuerza suspiró resignada.

—Te soltaré si prometes escucharme durante cinco minutos.

—No —se obstinó ella, pero él la ignoró y, tras coger aire, la empujó hacia la cama.

—¿Serviría de algo que te repitiera que no hice nada?

Maddy se sentó en un extremo de la cama y se cruzó de brazos.

—Aunque te creyera, eso no quita que quisieras hacerlo. Te fuiste de aquí con la intención de acostarte con otra mujer... ¡con otras mujeres!

—Sí, con tantas como pudiera —admitió él dejándola boquiabierta—. No soy un buen hombre, Maddy —prosiguió empezando a caminar nervioso—. Todo el mundo cree que soy un bastardo de la peor

calaña. Incluso mis hermanos —añadió al pasar frente a ella.

«¿En serio? ¡Cómo se atreven! —De repente Madeleine sacudió la cabeza—. ¡Estoy de acuerdo con ellos!»

—Cuando era más joven, me acostaba con una mujer distinta cada noche. Y si estaban casadas, mucho mejor. Y si juntaras todo el placer que sentí a lo largo de todos esos años y lo sumaras, no llegaría a una milésima parte de lo que siento estando contigo. —Ethan la miró para ver su reacción—. Porque contigo... necesito algo más. Y darme cuenta de eso me asustó muchísimo.

—¿Por qué?

Él se pasó las manos por el pelo.

—Porque ¿qué pasará si descubres algo de mi pasado que no te gusta y me abandonas? ¿Qué pasará entonces conmigo? Yo te lo diré, que me moriré.

Madeleine abrió los labios atónita.

—Eres tan preciosa... Demasiado preciosa y brillante. Y cuando consigas no tener miedo y te olvides de que alguna vez pasaste hambre y penurias, me mirarás y te preguntarás por qué diablos te casaste conmigo.

Se lo veía tan... atormentado, que Madeleine no podía ni hablar.

—Lo que siento por ti es como una enfermedad. Cariño, estoy hecho un lío. Ya no sé lo que está bien y lo que está mal, y no puedo pensar en nada que no seas tú.

Colocó una silla frente a Maddy y se sentó en ella apoyando los codos en las rodillas.

—Si veo algo interesante, lo primero que hago es preguntarme si a ti también te lo parecería. Si como algo que me gusta, quiero que lo pruebes. Y no dejo de preguntarme qué diablos me está pasando. No sé qué me está pasando... no lo entiendo. Jamás en toda mi vida había antepuesto las necesidades de otra persona a las mías.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero eso no explica lo que hiciste, o por qué.

—Maddy, antes de conocerte, llevaba mucho tiempo sin poder estar con una mujer. Durante tres años, fui... célibe. No era yo mismo. Y me juré que si alguna vez recuperaba la normalidad me hartaría hasta reventar. Luego te conocí, y todos esos instintos regresaron, y yo pensé... pensé que si me acostaba con otra podría... Dios, no lo sé, podría diluir un poco todo esto que siento por ti. Disminuir su intensidad, pero lo único que conseguí fue comprobar que no puedo imaginarme con otra mujer que no seas tú.

Se lo veía tan confuso, tan sincero, tan asustado incluso, que Madeleine sintió cómo su enfado se iba evaporando. Ethan se estaba enamorando de ella.

Por fin.

Y, aunque le costara admitirlo, estaba impresionada de que en la taberna no hubiera seguido adelante. Entre todas las escenas inverosímiles y decadentes que había presenciado en La Marais, ella jamás había visto a un hombre alejarse de una mujer por propia voluntad sin obtener antes algo de placer.

Pero aun así...

—¿Cómo te sentirías si la situación fuera al revés? ¿Si dos hombres hubieran estado besando mi cuerpo?

Ethan retrocedió un poco y apretó los puños.

—Tendría ganas de matarlos.

—¿Qué hizo que te detuvieras? ¿Con las mujeres?

—Tú dijiste que podrías... podrías enamorarte de mí si te era fiel. —Apartó la mirada y farfulló—: Yo... yo quiero... yo creo que quiero conseguirlo.

Ella se masajeó las sienes con los dedos.

—¿Y Quin?

—¿Qué pasa con Quin? —Ethan frunció el cejo.

—¿Por qué le dijiste que habíamos tenido relaciones íntimas?

—Ah, eso —murmuró, para luego seguir con la explicación—. No quería que fuese a buscarte. Le dije que eras mía y, a pesar de eso, él siguió hablando como si pudiera hacer algo al respecto.

Madeleine era incapaz de imaginarse esa conversación.

—¿Lamentas haberlo hecho?

—Ya sabes que no creo en las disculpas. Y al final te fui fiel. —La miró a los ojos antes de añadir—: Pero sí, Maddy, lamento mucho haberte hecho daño.

Ethan quería que le perdonara. Quería... estar con ella.

Pero ¿era eso suficiente? Madeleine no podía arriesgarse a volver a vivir algo así; tener la felicidad en la punta de los dedos para que luego se la arrancaran de la manera más cruel.

—Tengo que pensar en todo esto.

—Sí, claro. —Él se levantó, y al ver que ella seguía sentada, frunció el cejo—. ¿Y no puedes pensar en la cama conmigo?

Maddy lo fulminó con la mirada.

—No haré nada, te lo prometo.

—Ayer tenías a dos mujeres besándote el pecho. Dame tiempo, Ethan.

Al amanecer, la oyó gritar. Tenía una pesadilla, la primera desde hacía mucho tiempo.

Corrió a su lado y la estrechó entre sus brazos.

—Chis..., chis, mi amor. Ya está. —Le acarició la espalda con la mano del modo que sabía que a ella le gustaba—. Ya está, tesoro. Ya está. —Nada de golpecitos torpes en el hombro, a Ethan ahora se le daba muy bien reconfortarla.

Cuando las lágrimas por fin cesaron, Madeleine estaba acurrucada en el regazo de él, cobijada en el interior de sus brazos.

—Deja que esté a tu lado siempre que me necesites —le pidió con el rostro enterrado en su melena—. Cásate conmigo por la mañana.

Después de mucho rato, ella le preguntó en voz baja:

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—Dame otra oportunidad. Te prometo que no te arrepentirás.

Madeleine por fin asintió.

—Lo haré si juras serme fiel.

Ethan le rodeó la cara con las manos y miró sus ojos cristalinos.

—Maddy, te lo juro. Siempre te seré fiel.

—No podría volver a soportar que mis sueños se rompieran de esta manera. Escúchame bien, es la última vez que paso por algo como esto. Así que, por favor, no vuelvas a hacerme daño.

—No lo haré, mi amor. Te lo juro. —Y esta vez, al hacer el juramento, lo hizo en serio. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ahorrarle dolor a Madeleine.

Sin embargo, él temía que, fueran cuales fuesen sus intenciones, seguro que su pasado acabaría por atraparlo y hacerlo quedar como un mentiroso. La verdad era destructiva, y seguro que conocerla le haría a Maddy mucho daño.

Lo que significaba que tenía que asegurarse de que no la descubriera jamás.

e Capítulo 36 f

«OH, DIOS, ¿qué estoy haciendo? —se preguntó Maddy en mitad de la ceremonia—. ¿De verdad voy a seguir adelante con esto?» Apenas quedaban un par de minutos antes de que ella y Ethan tuvieran que repetir sus votos.

«Con todo lo que has luchado por esto, Maddy.» Sí, pero eso había sido antes... ahora ya no estaba tan segura de él...

La ceremonia estaba presidida por el juez del pueblo, el señor Barnaby, un adorable anciano escocés cuyo acento no era tan marcado como el de Ethan. Maddy se sentía casi como si todo aquello no estuviese pasando.

—Por el poder que me ha sido otorgado por el juez general, y cumpliendo lo establecido por las leyes de Escocia, hoy nos hallamos aquí reunidos para unir en matrimonio a Ethan Ross MacCarrick y a Madeleine Isobel Van Rowen...

Ella no podía dejar de pensar, pero intentó parecer lo más tranquila posible. A Ethan lo sentía tenso, mirándola como un halcón, seguramente temiendo que escapara.

Al despertarse esa mañana, la pena que la había invadido esos dos días había desaparecido, y en su lugar sólo quedaba pánico en estado puro.

Pero ¿por qué? Ethan estaba de verdad arrepentido de lo que había hecho; habían conseguido esquivar el desastre, y tras su pesadilla, se había comportado como un ángel, acariciándole el pelo hasta que se durmió en sus brazos. Por fin iba a convertirse en una de aquellas esposas de la *boulangerie*.

«¿Estoy empeorando mi situación?...»

Madeleine quería abanicarse, salir de aquella pequeña sala y tomar el aire. Le sudaban las manos, con las que sujetaba su ramo de flores. El corsé le apretaba. No paraba de soplar para apartarse el velo color crema de la cara. No sólo estaba asustada, seguro que también estaba trastornada, pues, había creído ver como si Ethan hiciese una mueca de dolor al escuchar su apellido.

Justo antes de que él repitiera sus votos, Maddy se atrevió a mirarlo. Tenía los hombros erguidos, y parecía orgulloso y aliviado de que ella estuviera allí con él. Pero entonces lo vio tragar saliva. También él estaba nervioso, y sin embargo allí estaba, a su lado, dispuesto a jurarle fidelidad eterna.

No pasaba nada, todo el mundo estaba nervioso el día de su boda.

Al empezar a pronunciar sus votos, Ethan bajó los ojos en busca de los de Madeleine y lo que ella vio en su mirada la estremeció. Con voz ronca y sensual, pero seguro de sí mismo, dijo:

—Yo, Ethan MacCarrick, juro amarte, honrarte y respetarte, Madeleine Van Rowen. Juro que te seré fiel y que seré un marido honesto y devoto, tanto en los buenos tiempos como en los malos. Esta promesa te la hago hoy y la mantendré durante el resto de mi vida.

«Oh, Ethan.»

Y entonces Maddy se relajó por primera vez en toda la mañana. Una extraña calma la inundó y se tranquilizó, y tuvo la sensación de que todo lo que le había sucedido en la vida la había llevado allí, a aquel preciso instante, a aquel hombre... el orgulloso y poderoso Escocés que la miraba con ojos oscuros y que por ella, y sólo para ella, había aprendido a ser cariñoso.

«Mírala... —pensó Ethan mientras Madeleine repetía sus votos—. ¿Cómo podía no luchar para intentar mantenerla a mi lado para siempre?»

Los ojos azules de ella desprendían inteligencia; tenía el mentón alzado con orgullo. Casi se podía palpar lo nerviosa que estaba, pero él sabía que iba a seguir adelante con la boda.

«Valiente, mi tesoro es muy valiente de arriesgarse conmigo.»

¿Qué hombre no mentiría, robaría o mataría para tenerla?

Después de intercambiar los votos, Ethan se hizo una promesa en silencio. Empezaría a atar cabos y a

borrar las huellas de su pasado de inmediato.

—Y en respuesta a las promesas que os habéis hecho ante mí —dijo el juez—, yo os declaro marido y mujer.

«Por fin.»

Ethan había encontrado al amor de su vida.

—Escocés, estamos desnudos en la cama —dijo Maddy poco después de llegar a Carillón—. ¿Hay algún motivo en particular por el que te has quedado quieto?

Ethan había estado besándola con pasión mientras se desnudaban el uno al otro, pero de repente se había detenido.

La miró a los ojos.

—No estoy quieto... estoy saboreando el momento. Un hombre no se casa cada día, y he esperado mucho esta ocasión.

—¿Crees que la espera ha valido la pena?

—Tú has valido la pena. Si no fueras tú, yo jamás me habría casado. Además, tal vez deberías pensarlo mejor antes de continuar. Después de esto, ya no podrás escapar de mí.

Madeleine descansó una mano en el torso de él. El corazón le latía desbocado.

—¿Vuelves a estar nervioso?

—Sí —contestó sincero—. Al parecer la última vez que intenté hacerte el amor no hice demasiado buen papel.

Ella sonrió.

—Estoy segura de que hoy lo lograrás.

Ethan sonrió a su vez con picardía y se inclinó para besarle un pecho.

—Entonces, Maddy MacCarrick, consumemos de una vez este matrimonio.

Cuando ella abrió los brazos para darle la bienvenida, él le recorrió el estómago con los nudillos.

—Eres preciosa. ¿También tú estás nerviosa?

—¿La verdad?

—La verdad.

—Estoy un poco asustada.

—Iré despacio. No volveré a hacerte daño.

—Ahora ya me duele —dijo ella moviendo las caderas.

—Y a mí también, tesoro. —Él le colocó una mano en la entrepierna y gimió de placer al deslizar un dedo en su interior—. *Aingeal*, tienes que relajarte.

—No puedo —susurró ella nerviosa—. Tal vez deberíamos esperar un poco más. Creo que he cambiado de opinión.

Ethan apoyó la frente en la de Madeleine.

—Maddy, nunca estarás más preparada que ahora. Cuanto más esperes, más miedo tendrás y peor será para ti.

—Pero aquella primera vez, cuando terminamos, tú te volviste odioso. Y a veces tengo una pesadilla en la que me entrego a ti y tú vuelves a comportarte con crueldad conmigo. Y luego...

—¿Y luego?

—Luego me abandonas.

—Maddy, tesoro, ahora ya no tienes escapatoria. Jamás dejaré que te alejes de mí —dijo él intentando hacerla sonreír, y a continuación añadió—: Pero más te vale tenerme contento, por si las moscas.

Madeleine se quedó boquiabierta y él la abrazó de costado para darle una palmadita en el trasero,

consiguiendo por fin hacerla reír.

—¡Eres un sinvergüenza! —exclamó con los ojos brillantes.

—Ya. Pero por eso me quieres tanto. —«Ah, no lo ha negado»—. Confía en mí. Te juro que esta vez no te fallaré.

Después de lo que pareció una eternidad, Maddy asintió y Ethan comprendió que por fin iban a hacerlo; iba a hacerle el amor a su mujer por primera vez en su vida de casados. Y por Dios, que iba a lograr que le gustara.

Ella se mordió el labio inferior.

—Dime lo que quieres que haga.

A pesar de que sabía que él iba a pasarlo muy mal, le dijo:

—Quiero que te pongas encima de mí. —Al verla fruncir el cejo, añadió—: Así puedes ir tan despacio como quieras. Ponerme dentro de ti hasta donde lo desees, y cuando lo desees.

Una vez dicho esto, se tumbó de espaldas y la colocó encima.

—Ethan —murmuró Madeleine nerviosa.

Él le recorrió la espalda con la mano y la penetró, primero con un dedo, luego con dos. Cuando Madeleine se echó hacia adelante, Ethan gimió de placer. A cada una de sus caricias, ella separaba más las piernas.

—Eso es.

Cuando intentó introducir un tercer dedo, Madeleine gimió y se inclinó hacia él para lamerle los labios.

—Voy a sacar los dedos —farfulló Ethan—. Y tú vas a necesitar sentir algo dentro de ti. Ella emitió un leve sonido cuando él hizo lo que decía—. Ahora, coge mi erección... —Y, diciéndolo, guió la mano de ella hacia su pene—... y cuando estés lista, ponlo dentro de ti.

Con las manos aún juntas, Ethan guió su glándula hacia la entrada del cuerpo femenino, y al notarla tan húmeda se quedó sin aliento y tuvo que apretar los dientes para controlar el placer que sentía. Deslizó su miembro por el sexo de ella y entonces apartó la mano.

Madeleine, con la respiración jadeante y los párpados entrecerrados, continuó deslizándose la cálida punta, acercándola cada vez más al lugar preciso y dejándola allí unos segundos. Ethan tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no mover las caderas y hundirse en su cuerpo como necesitaba.

Cuando Maddy utilizó su pene para acariciarse el clítoris con lánguidos círculos, él casi eyaculó allí mismo. Y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad, como jamás había hecho en toda su vida, para no penetrarla. Así pues, de tantos esfuerzos, Ethan sudaba profundamente, y los pechos de Madeleine se deslizaban por su torso cada vez que se le acercaba.

Tortura. Pura y sin aditivos. Era imposible que ella supiera lo que le estaba haciendo.

—Ponme dentro de ti, Maddy —gimió él—. Conseguiré que tengas un orgasmo.

¿Cuánto más tiempo iba a aguantar sin tumbarla en la cama y poseerla hasta saciarse?, se preguntaba, y en ese preciso instante, supo que podía aguantar todo el tiempo que hiciera falta, todo el tiempo que Madeleine necesitara.

Ella empezó a deslizarse hacia su interior.

—Eso es, tesoro —suspiró desde lo más profundo de su garganta, separando las rodillas para permitirle sentarse encima y evitar así la tentación de empujarla hacia abajo—. Eso es, tesoro... esposa mía. —Se estremeció de placer—. Oh, Dios... lo más adentro que puedas...

e Capítulo 37 f

MADELEINE estaba segura de que no lo conseguiría. Pero cuando vio los esfuerzos que Ethan estaba haciendo por mantener el control... las líneas que se marcaban alrededor de sus ojos y la fuerza con que apretaba la mandíbula... quiso volver a intentarlo.

Por él.

—Ethan, no sé qué hacer. —Una cosa era ver a gente en esa postura, pero otra llevarla a la práctica. Se sentía torpe e insegura.

—Incorpórate un poco y luego vuelve a descender, más abajo —le contestó él, y la voz se le quebró al hacerlo.

—Enséñame.

—Si te toco, perderé el control. —Con las manos, apretaba con fuerza el cabezal de la cama, y tenía los músculos de los brazos tensionados al máximo. Su respiración se oía entrecortada y el torso le retumbaba de la fuerza allí contenida—. Me muero de ganas de sentir cómo envuelves mi erección —le dijo, mirándola a los ojos—... de hundirme en lo más hondo de tu cuerpo.

—No perderás el control. Confío en ti. Enséñame, por favor. —Incluso la propia Madeleine reconoció que su voz sonó asustada.

—Ah, tesoro, se supone que esto tiene que gustarte —dijo él en un tono dulce, nada acorde con la tensión que dominaba su cuerpo.

Ella cogió las manos de Ethan y, aunque le sorprendió ver cómo temblaban, se las colocó en las nalgas. Ethan gimió y, sin querer, movió las caderas. Separó los dedos, y empezó a moverla hacia arriba... y luego despacio hacia abajo.

El placer empezó a conquistar el cuerpo de Madeleine.

—¡Oh! Me... gusta.

Ella volvió a subir, para luego bajar aún más. Mientras, ella seguía temiendo sentir dolor en algún momento, pero pronto vio que eso no iba a suceder. La sensación era maravillosa, y le encantaba sentirse llena por él de aquel modo. Ethan tenía razón, Madeleine necesitaba hacer aquello.

—Voy a conseguir que tengas un orgasmo antes que yo, o a morir en el intento —susurró él con voz ronca—. Separa un poco más las rodillas.

Cuando Maddy lo hizo, él se impulsó más adentro, pero ella no sintió ningún dolor; todo lo contrario.

—Ethan... es maravilloso tenerte dentro de mí —susurró fascinada.

La única respuesta que él fue capaz de articular parecía un gruñido, estremeciéndose bajo las caricias de Madeleine.

Ella se levantaba y volvía a descender, sujetándose todo el rato de los hombros de Ethan y acogiendo cuanto podía de su erección.

Tenía la melena suelta alrededor de la cara y los ojos, ahora sin miedo, brillaban llenos de confianza hacia él. Era tan preciosa que lo dejaba sin habla.

Él atrapó su mirada y le susurró una promesa en gaélico, una promesa en una lengua antigua, para atarla a él para siempre. A pesar de que Maddy no podía entender las palabras, a Ethan le pareció que sabía lo que le estaba diciendo, pues le acarició el rostro con las manos inclinándose sobre él y besándolo con ternura.

Cuando volvió a incorporarse, dijo en voz ronca:

—Quiero más.

Se echó hacia atrás y Ethan se quedó sin aliento al sentir cómo ella le recorría el muslo con las uñas para detenerse en su entrepierna. Maddy le sonrió satisfecha, y él supo que había sentido crecer su erección en su interior.

—Y yo quiero dártelo.

Levantando las rodillas, acercó las manos a los exquisitos pechos de Madeleine cubriéndolos con ellas, a la vez que la echaba un poco hacia atrás para recostarla en sus piernas. Así sujeta, le acarició los pezones con los pulgares una y otra vez. Cuando Maddy empezó a derretirse, Ethan apoyó los talones en la cama y se sacudió con suavidad. Ella gritó de placer y echó la cabeza hacia atrás acariciándole las piernas con la melena.

Se obligó a recuperar un poco la calma, y, despacio, volvió a incorporar a Madeleine hacia adelante. Le acarició el clítoris con las yemas de dos dedos hasta que ella empezó a mover las caderas en busca de nuevas sensaciones. Ethan recorrió su humedad, mientras Maddy se movía encima de él cada vez a mayor velocidad. Gimiendo, ansiosa por tener un orgasmo, sacudió las caderas y cabalgó hasta que lo único que Ethan fue capaz de pronunciar fue:

—Sí, tesoro, eres muy lista...

Sólo tenía medio pene dentro de ella, pero sabía que ahora ya podía recibirlo por completo... «Pero tiene que salir bien... mejor que la otra vez...»

Ethan no sabía cuánto tiempo más podría soportar tanto placer.

—Acaba. Ten un orgasmo. Hazlo por mí —le suplicó acelerando el ritmo de sus caricias.

Cuando por fin ella alcanzó el clímax, sus contracciones acabaron de introducirlo por completo dentro de ella haciéndolo estallar. Ethan se derramó en su interior, inundándola de calor. Una vez y otra. No podía dejar de mover las caderas.

Madeleine se derrumbó encima de él, con el corazón latiendo junto al suyo. Incluso ese pequeño palpar lo excitaba, y era incapaz de detenerse.

No quería parar de hacerle el amor, así que tumbó a Maddy de espaldas, y continuó empujando.

—¿Podemos hacerlo otra vez? —De algún modo, ahora la necesitaba incluso más que antes.

Ella lo miró a los ojos, pero esa vez no era deseo lo que Ethan vio en ellos. No sabía cómo, pero había logrado que aquella mujer se enamorara de él.

—Soy tuya, Ethan... podemos hacer todo lo que tú quieras.

La necesidad que sentía él de poseerla, de atarla para siempre, fue como un latigazo en todo su cuerpo. Sus instintos estaban a punto de tomar el control.

—No quiero hacerte daño. Pero... necesito... necesito hacerlo con fuerza.

Madeleine elevó las caderas.

—Lo haremos como quieras.

Al ver que los ojos de Ethan se oscurecían de lujuria, Maddy casi se arrepintió de su ofrecimiento.

Ethan la cogió por la nuca y la incorporó para acercarla a él.

—Jamás te dejaré ir —gimió antes de besarla con pasión—. Jamás...,

Ella intuía que él estaba a punto de perder el control, podía sentirlo en su interior. Su enorme cuerpo se cernía sobre el suyo y tenía todos los músculos tensos y sudorosos, empezando por el cuello, que ahora se le veía totalmente rígido, pasando por su duro estómago hasta llegar a su entrepierna.

Ethan cogió una rodilla de Madeleine y la levantó hacia sus pechos, para así poder recostar el torso contra la pierna de ella. Entonces la rodeó con un brazo, y cada vez que empujaba, la sujetaba con fuerza. Llevó su otra mano al clítoris y, con el pulgar, la acarició hasta hacerle alcanzar el éxtasis.

Con cada arremetida se apretaba más contra la pierna de Maddy logrando que se le abriera. Ethan

parecía desesperado por sentir cómo su torso acariciaba todo el cuerpo de ella.

Pronto, los movimientos de él se volvieron frenéticos. Cada vez que ella creía que no podía penetrarla más, Ethan empujaba con más fuerza, haciéndola gemir sorprendida de placer.

Ni en el mejor de sus sueños había imaginado que las cosas pudieran ser así. Maddy estaba fascinada por la salvaje mirada del escocés, y por cómo su cuerpo se movía al sentir sus uñas apretándole, o cómo se ondulaban sus músculos bajo sus húmedas manos. Si no tenía los labios contra los suyos para besarla, o acariciándole el cuello, estaban entreabiertos intentando respirar.

La espera había valido la pena...

Con las manos detrás de las rodillas de ella, Ethan empujó con fuerza, una y otra vez, hasta que Madeleine sacudió la cabeza de un lado a otro de la almohada. Se resistía a alcanzar el clímax, pues quería que aquel placer durara para siempre, pero ante el constante asalto de él, Maddy no tardó en perder la batalla.

Justo cuando estaba a punto, Ethan le susurró:

—Quiero sentir cómo tienes un orgasmo otra vez...

Al experimentarlo, Maddy gritó su nombre, y un grito ronco y gutural se escapó del pecho del hombre que se derramó dentro de ella sin dejar de mirarla a los ojos ni un segundo. Con voz ronca, declaró:

—Mía.

Y se derrumbó sobre su cuerpo.

A Ethan le costaba respirar, y sabía que estaba abrazando a Madeleine con demasiada fuerza, pero estaba demasiado aturdido por lo que acababa de suceder entre los dos.

«Jamás lo hubiese podido imaginar.»

Maddy le recorrió la espalda con las uñas y le susurró, también asombrada:

—Oh, Escocés, te has redimido por completo.

Él la abrazó con más fuerza y se preguntó si algún día sería capaz de soltarla.

«Se trataba de esto.»

Había sido un ignorante, y se había burlado de algo que no comprendía sin haberlo sentido jamás.

Pero por fin entendía que todo lo que había experimentado en el pasado no tenía comparación con lo que había sentido esa noche con Maddy; era como si se hubiera pasado toda la vida comiendo sin hambre, o tragando sólo un bocado.

Ahora estaba hambriento. Y tenía intención de saciarse.

Y jamás, jamás, quería volver atrás.

e Capítulo 38 f

«CUANDO un hombre como nosotros cambia, es para siempre...» Hugh tenía tazón, pensó Ethan tumbado en la cama, abrazado a una dormida Maddy. Fuera, en la oscura noche de invierno, llovía, pero ellos dos estaban abrigados en el lecho, frente al fuego.

Lo más curioso de todo era que él no tenía la sensación de estar cambiando, sino más bien de volver a ser como se suponía que era muy al principio... a pesar de que nunca había sido considerado ni amable. Pero con Madeleine a su lado, todo le parecía posible.

Cuando estaba con ella, sentía que había nacido para eso, para ser un marido. Tal vez incluso... uno de los mejores.

Después de la boda, Maddy le preguntó si podían retrasar su viaje a las Highlands hasta la primavera. Le dijo que le gustaba Carillón, y que quería quedarse allí a pasar el invierno. Y a él le pareció bien.

En los dos meses que llevaban en la casa, Madeleine había llenado la vida de Ethan de emoción y entusiasmo. Él no lograba entender cómo, con todas las desgracias que le habían sucedido a lo largo de la vida, ella seguía siendo tan optimista. Pero daba las gracias de que así fuera. Parecía que por fin se hubiese olvidado de La Marais y ya casi nunca tenía pesadillas.

Cada noche, se dormía en sus brazos, y a menudo solía colocar su menudo cuerpo encima del de él, para dormirse así, encima de su torso; cosa que a Ethan le gustaba muchísimo, pues así podía abrazarla mejor y hacerle el amor al mismo tiempo.

Siempre que MacCarrick tenía que ausentarse un rato para encargarse de los asuntos de la propiedad, Madeleine corría a recibirlo, cuando regresaba, para lanzarse a sus brazos con una sonrisa en los labios.

—Te he echado de menos —le decía junto al cuello cuando él la abrazaba con fuerza, aunque sólo hubiera estado fuera durante un par de horas.

La semana anterior, en una de esas ocasiones, Ethan le dijo:

—Maddy, ¿sabes lo que siento cuando te veo correr hacia mis brazos?

Ella retrocedió y lo miró con una picara sonrisa en los labios.

—¿Y tú sabes lo que es no ser capaz de esperar a que entres para abrazarte?

Todo el mundo decía que Ethan era un hombre frío y amargado, pero si eso era cierto, ¿por qué perseguía a su preciosa esposa por la casa sólo para hacerle cosquillas?

De hecho, en su hogar siempre había risas. Madeleine había entablado amistad con los vecinos y había conseguido hacer de aquel lugar un sitio acogedor. Tanto, que cada día les llegaban decenas de invitaciones.

Ella lo aproximaba a la gente. Ethan suponía que, al ser su marido, todos debían de pensar que era igual de afable y cariñoso. Estaba convencido de que cuando la gente de su clan la conociera les causarían el mismo efecto.

Agnes Hallee, una viuda que vivía en la costa con sus seis traviosos hijos, se convirtió en la mejor amiga de Maddy, a la que le encantaba jugar con los niños, bien fuera haciendo volar cometas o cuidando mascotas, incluso a aquel engreído pavo real. Cada vez que Ethan la veía con los pequeños se acordaba de lo corta que había sido la infancia de su esposa.

A menudo, dudaba sobre la conveniencia de seguir ocultándole el pasado, y los remordimientos que sentía le aconsejaban que confesase. Pero ella era tan feliz... se lo decía a diario. ¿Qué necesidad había de estropearlo?

Otras veces, Ethan se engañaba diciéndose que aquella felicidad no iba a acabar jamás.

Y los días en que pensaba así, eran los más felices de toda su vida. En el pasado, hubo una época en que sintió algo similar. La semana anterior a la muerte de su padre, éste le había prometido que el día de su catorce cumpleaños, para el cual faltaban dos semanas, irían los dos solos a cazar a las Hébridas.

Incluso después de ver el cadáver de su padre, había veces en que a Ethan se le olvidaba que había muerto. Se pasó días despertándose con una sonrisa en los labios, pensando que ya faltaba un día menos para la ansiada excursión. Entonces, de repente se acordaba de la tragedia y sentía vergüenza por haber olvidado que su querido padre había muerto; en esos momentos toda su felicidad se convertía en pena.

Mirando el techo, abrazó a Maddy con fuerza. Antes de conocerla, ésa fue la única época en que se sintió de verdad feliz.

Era imposible que Maddy descubriera la verdad de lo sucedido aquella noche fatídica en la mansión de los Van Rowen. Todos los que habían tenido algo que ver estaban muertos o lejos de Inglaterra. No obstante, como medida de precaución, Ethan despidió al administrador de Iveley, al que, además al parecer no le gustaba demasiado trabajar. Después, le pidió a su abogado que pusiera esa mansión a nombre de Maddy, y que hiciera todo lo necesario para ocultar quién había sido su anterior propietario. Cuando el nuevo título de propiedad estuvo registrado, Ethan contrató a un nuevo administrador, un hombre joven y sin experiencia pero, a diferencia de su predecesor, muy laborioso.

Sabía que era muy difícil, casi imposible, que alguien de su pasado averiguara dónde estaban ahora él y Maddy. Corrine era la única que lo sabía; pero sólo porque Maddy les había mandado dinero, a ella y a Bea. Él había insistido en que lo hiciera. Si Corrine no hubiera cuidado de Maddy cuando ésta era pequeña, ella tal vez hubiese... muerto. Esas dos mujeres eran su familia, y Ethan estaba dispuesto a mantenerlas como se merecían.

Ahora que Madeleine era su esposa, Ethan estaba dispuesto a malcriarla y a compensarla por todo lo que le había arrebatado en el pasado. Le compraba *delicatesen* a diario, y cada día le daba a probar algo nuevo de comer. Ella estaba empezando a ganar kilos justo donde los necesitaba. Y el día en que el anillo por fin le quedó bien en el dedo, Maddy resplandecía de felicidad.

Cada vez que pensaba que su mujer había pasado hambre por su culpa, la rabia lo quemaba por dentro y se lo tomaba como una penitencia. Luego se esforzaba el doble en hacerla feliz.

—¿Sabes qué echo de menos? —le había dicho Madeleine unas semanas atrás—. A la yegua que tenía en Iveley. Era un alazán precioso, con unos ojos muy expresivos. Me quería tanto como yo a ella.

Así que Ethan le compró a Maddy un alazán, porque era como todos esos maridos embobados que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para que sus esposas sonrieran. Cada día iban juntos a cabalgar un rato.

Él se compró en los mismos establos también un caballo, un potro con mucho carácter al que su nuevo propietario no le caía nada bien. Ethan solía provocar esas reacciones en los animales; o les gustaba o no podían soportarlo. Aunque, tal como dijo Maddy:

—Creo que todos los animales, excepto los gatos, te odian. —Sin embargo, al ver su dolida expresión, se apresuró en añadir—: No creas, la aprobación de los felinos es muy importante.

El potro en cuestión aprovechaba la más mínima oportunidad para tirarlo o para acercarse a los troncos de los árboles y obligarlo a bajar de la silla, lo que hacía que Maddy se muriera de risa y que tuviera que sujetarse con fuerza de su montura para no caerse también ella. Y no paraba de reír hasta ver que Ethan esbozaba al menos una media sonrisa.

A pesar de que a menudo tenía miedo de exagerar no podía parar de comprarle cosas a Maddy. Podía permitírsele, y ella se había pasado muchos años sin nada. Le había regalado tantas joyas y vestidos, que cada vez que salían tenía que esperar mucho rato a que estuviera lista. Pero si había una cosa que Ethan sabía sobre maridos, era que éstos siempre tenían que esperar a sus esposas.

Dos semanas atrás, Ethan le compró una gargantilla de perlas.

—Ethan, esto es... demasiado —dijo ella con una sonrisa.

—Creía que querías un marido rico —replicó él—. Esto es lo que hacen los maridos ricos.

—Yo no quería un hombre con dinero para tener joyas y riquezas. Lo único que quería era la seguridad y la tranquilidad que el dinero trae consigo. Para mí y, bueno, para los niños que quiero tener...

«Bebés. ¿Y si no puedo dárselos?», pensó Ethan preocupado. Había pasado tantos años convencido de la maldición, que empezaba a preocuparle que Madeleine no estuviera aún embarazada. Y que Court hubiera conseguido en tres semanas algo que él no había logrado en meses le molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Antes, él jamás había querido tener hijos. Pero ahora, por algún motivo, sí los quería de Madeleine. Una imagen se le apareció en la mente, y supo que tenía que hacerla realidad.

Maddy estaba dormida, de modo que Ethan la movió para que quedara tumbada boca arriba. Apartó la sábana y se quedó mirando el cuerpo desnudo de su esposa. Le acarició el vientre plano y se lo imaginó redondo y sensual, con su hijo dentro. Y entonces se dio cuenta de que se moría de ganas de que eso fuera verdad.

Ante la imagen de Madeleine encinta, Ethan se excitó al instante. Era un sentimiento primario, animal, y que despertó sus instintos posesivos como nunca.

La idea de dejarla embarazada para luego protegerla, cuidarla y hacerla feliz mientras el bebé crecía en su interior...

Ella se despertó al sentirlo sobre su cuerpo, en el mismo instante en que Ethan la penetraba. Le hizo el amor como nunca, y Madeleine gimió a cada embestida, hasta que él perdió el control intentando convertir su sueño en realidad.

e Capítulo 39 f

UNA mañana de primavera, Maddy paseaba por la playa, seguida de un pequeño gato negro.

Ethan se lo había comprado en el pueblo y ella decidió llamarle Petít Chat Noir.

Se detuvo, colocó una manta en la playa y, una vez estuvo instalada en ella, empezó a jugar con la arena hasta que se le acercó su nuevo amigo. Pero el gatito se cansó pronto de los juegos y se durmió. Maddy siguió sin embargo acariciándole las orejas mientras observaba las olas y pensaba en cuánto había cambiado su vida en los últimos meses; desde que se había casado con Ethan.

La transición del arisco, reservado y agresivo escocés al amable y cariñoso esposo había sido fácil y sin complicaciones.

Al menos en la imaginación de Maddy. La realidad era algo diferente.

Él era tan protector que rozaba la exageración.

—No puedes ir sola a la playa —decidió—. Y ni hablar de ir al pueblo.

—¿Te has olvidado de dónde crecí? —preguntó ella—. Creo que soy perfectamente capaz de defenderme de los pérfidos malvados que habitan junto al mar. ¿Quién crees que va a atacarme? ¿Unas almejas? ¿Unas algas marinas? ¡Conchas! Sí, todo el mundo sabe lo terroríficas que son las conchas.

—Ríete de mí todo lo que quieras, tesoro, pero no me convencerás. Tienes que llevar a Sorch a contigo.

Otras veces, Ethan se quedaba melancólico, y se pasaba horas mirando el mar. Ella daría lo que fuera por saber qué estaba pensando. Por otra parte, era muy posesivo y quería tenerla siempre para él solo.

—¿Qué quieres decir con que vamos a tener visitas? —le había preguntado enfadado esa misma mañana—. Hace dos semanas ya vino alguien. ¿No te gusta estar conmigo?

Y podía ser tremendamente celoso. En una ocasión, cuando fueron a pasar un fin de semana a Irlanda, un loco americano flirteó con ella en el ferry. Ethan le dio unos puñetazos y Maddy tuvo que consolarse pensando que los moratones no tardarían en desaparecer. Además, tal vez así aprendiera a no mirar a la mujer de un escocés nunca más; seguro que de ese modo se ahorraría otra paliza.

Maddy descubrió que Ethan era más supersticioso de lo que parecía. Estaba convencido de que un anciano del clan había predicho su matrimonio hacía quinientos años...

Y si no supiera lo rico que era su marido, diría que era un malgastador. Los paquetes no dejaban de llegar. Ethan le había comprado ya un caballo, diamantes, zafiros, esmeraldas y más ropa de la que podría ponerse en toda su vida. En el pueblo ya no quedaba nada que pudiera comprarle. Si Maddy decía que quería restaurar el invernadero, en menos de una semana aparecían muebles nuevos y un montón de árboles para plantar.

Estaba convencida de que le compraba todos esos regalos para compensarla por haber sido tan pobre. No podía saber que, al hacerlo, le recordaba precisamente lo poco que ella tenía.

Ethan le contó a Maddy que la esposa de Court era muy rica, que pertenecía a la nobleza española. En realidad, sus dos hermanos se habían casado con ricas herederas, mientras que él había acabado con una chica de barrio. Madeleine temía conocer a la familia de Ethan, y estaba convencida de que él sentía lo mismo al respecto.

Maddy quería llevar a Ethan a Iveley Hall, su hogar de la infancia, para que viera que de pequeña había sido muy rica y que, hasta cierto punto, su infancia había sido idílica..., que no hacía falta que le comprara tantas cosas.

Cuando llegara el verano, Ethan tenía que ir a supervisar una propiedad a una hora de camino de allí, así que Maddy decidió escribir a sus propietarios para preguntarles si ella y su marido podían hacerles una pequeña visita. Sólo para ver la mansión una vez más.

Seguro que él la acompañaría encantado. Sin embargo, al escribir la carta, le surgieron algunas dudas al respecto. Maddy no sabía por qué, pero siempre que mencionaba la mansión Iveley, Ethan parecía

incómodo. Estaba convencida de que no era consciente de ello, pero cada vez que surgía el tema, él cambiaba de actitud. De hecho, pasaba lo mismo cuando mencionaba a sus padres.

Su marido siempre le había dicho que no había conocido a los padres de ella y que nunca había estado en Iveley, pero a veces Maddy se preguntaba si... mentía.

Había llamado a su madre por su nombre en más de una ocasión, sorprendiendo a Madeleine cada vez. Y un día, cuando Maddy le dijo que tenía miedo de ser tan mala madre como había sido la suya, Ethan lo negó con tanta vehemencia, que ella no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué te enfadas tanto? ¿Seguro que nunca viste a mi madre?

—Seguro. Pero está claro que fue muy cruel contigo, y dado que tú no tienes ni un gramo de crueldad en el cuerpo, es imposible que te parezcas a ella en nada —respondió él con dulzura.

Pero a pesar de que en su matrimonio aún había sombras, también había mucha, mucha luz.

Ethan le había dicho a Maddy que, para él, Corrine y Bea eran como familia, y la animó a que les pidiera que fueran a vivir con ellos. Se ofreció incluso a contratar a Corrine como administradora de una de sus propiedades, pues estaba seguro de que no encontraría a nadie tan trabajador y de tanta confianza como ella. ¿Y Bea? ¿De qué podía trabajar?

—De dama de compañía —sugirió Ethan—. O, al ritmo que vas acumulando animales abandonados, de cuidadora.

Maddy les había insistido a ambas de que fueran a Inglaterra, pero ellas eran reticentes y utilizaban como excusa el de «mal en peor». Sin embargo Madeleine confiaba en acabar convenciéndolas, y sabía que, con cada carta que les mandaba describiendo Carillón, estaba más cerca de conseguirlo. Ethan le sugirió que, mientras no fuera así, lo que podía hacer era mandarles mucho dinero para que estuvieran bien, y ella aceptó encantada.

A cada día que pasaba, Ethan se reía más, y aquel peculiar sentido del humor que lo caracterizaba aparecía con mayor frecuencia. Una mañana, cuando Maddy estaba arreglando unas macetas en el invernadero, él apareció de repente:

—¿Esto qué es? —preguntó con mirada seria—. No entiendo qué pretende conseguir con esta actitud. —Maddy frunció el cejo y, al bajar la vista, vio a su gato agarrado con uñas y dientes al pantalón de Ethan. Le dio un ataque de risa—. Es como mi sombra, no puedo deshacerme de él —farfulló alejándose de allí con el gato aún pegado a su pierna.

Y bueno... cuando hacían el amor todo era maravilloso. Pero Ethan la deseaba con la misma intensidad con la que quería hacerle regalos.

Esa misma semana, durante uno de sus paseos a caballo empezó a llover. Ethan la guió bajo un roble, junto a un riachuelo, y mientras la lluvia iba cayendo, la empujó con suavidad contra el árbol, besándole el cuello.

—¿Aquí, Ethan? —preguntó ella.

Como respuesta, él le levantó despacio la falda, y luego le apartó la ropa interior haciéndola estremecer. Cuando le lamió los pechos por encima de la camisola, Maddy era ya incapaz de controlar lo que sentía. Perdió definitivamente toda resistencia al sentir cómo los músculos de Ethan se movían bajo sus manos mientras seguía besándola. El olor a limpio que emanaba el cuerpo de él empezó a mezclarse con el de la hierba mojada.

La levantó en brazos sujetándole la cabeza contra su torso mientras con la otra mano le rodeaba las nalgas para que no se moviera, y en ese instante se deslizó en su interior. Maddy gimió, a punto de alcanzar un súbito orgasmo, y los movimientos de Ethan se volvieron frenéticos. Cuando ella estalló de placer, él también se estremeció sin dejar de susurrar:

—Por favor, que se quede embarazada...

Maddy sabía que él no era consciente de que lo había dicho en voz alta, pero la desesperación que ocultaban esas palabras junto con su comportamiento empezaron a inquietarla.

Y fue por momentos como ése, cuando él se comportaba de un modo tan inexplicable, o cuando ella sentía que aún había secretos entre ellos, por lo que Madeleine empezó a tener un mal presentimiento.

Se decía a sí misma que lo único que pasaba era que tenía miedo, porque la única vez en toda su vida que había sido así de feliz había sido antes de que su infancia se desvaneciera. Luego, cuando llegó a La Marais, no estaba preparada para aquello. Estaba asustada y sin saber qué hacer.

Sin embargo, superó todos los obstáculos, uno tras otro, hasta que aprendió a sobrevivir. Y ahora, cuando pensaba en ello, no sabía cómo lo había logrado.

«De mal en peor.» Sin poderlo evitar, Maddy empezó a ahorrar dinero.

e Capítulo 40 f

ETHAN encontró a Maddy en uno de sus lugares favoritos: el invernadero; con el gatito negro dormitando contra el templado cristal. Aquel pequeño animal de hecho le gustaba, cosa que daba aún más consistencia a la teoría de Maddy sobre él y los gatos.

Después de recrearse besando el cuello de su esposa, Ethan dijo:

—He recibido una carta de mi hermano.

—¿Pasa algo?

—No lo sé. —El críptico mensaje era de Hugh, lo que significaba que lo mismo podía estar relacionado con la Red como con problemas de su familia—. Sólo sé que es importante. Necesita que vaya de inmediato a Londres. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte para el viaje?

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—No mucho. Tres o cuatro días, supongo.

—Entonces, ¿no podría quedarme aquí? —preguntó ella—. Seguramente tendrás prisa.

—¿Por qué? ¿Pasa algo malo?

—No, no, es sólo que me encuentro un poco indispuesta —contestó.

Ethan le cogió cariñosamente la barbilla, y le movió suavemente la cara de un lado a otro.

—No me extraña que lo estés, si pasas tanto rato en este sitio tan fresco.

A pesar de que el cristal estaba templado por el sol, el interior del invernadero era fresco y húmedo por la mañana, Ethan todavía no había conseguido que la caldera funcionara. De hecho, quería contratar a un maquinista para que la arreglara, pero su tesoro pensaba que él podía arreglar cualquier cosa. ¡Y eso que lo había intentado veces! Cada rato libre que tenía, se deslizaba debajo de la petardeante caldera para tratar de arreglarla.

—Ethan, aquí se está bien.

—¿No esperarás que te deje aquí sabiendo que estás enferma?

—No estoy enferma —contestó ella—. Últimamente no hemos parado por la noche, y no he podido dormir demasiado. Y si te quedaras, seguiría queriendo que así fuera. —Sonrió, pero parecía cansada—. Agnes y sus hijos pueden venir a pasar aquí algunos días. Será divertido. Comeremos caramelos, jugaremos a adivinanzas y destrozaremos tu casa como si fuéramos bárbaros saqueando una ciudad.

—Nuestra casa —la corrigió él—. Recuerda que posees la mitad de todo lo que se rompa.

A pesar que detestaba la idea de separarse de ella, entendía que Maddy no se moría de ganas de conocer a su familia. Y Ethan tampoco podía permitirse que la conocieran todavía. Podía ser que Hugh le hubiera contado ya todo a Jane, aunque lo dudaba; pero no podía arriesgarse a que Maddy conociera la verdad por alguien que no fuera él. ¿Estropear lo que estaban disfrutando simplemente por el hecho de no dejarla sola tres días...?

Aparte, tenía que visitar a Edward Weyland, y comunicarle que se retiraba oficialmente.

—De acuerdo, muy bien —aceptó Ethan—. Pero sólo si Agnes y los niños se quedan contigo. O si no, vendré a buscarte yo mismo, o enviaré a alguien para que te escolte hasta Londres dentro de cuatro días.

En cuanto Ethan partió esa mañana, después de unos sensuales besos que casi le hicieron perder el tren, Maddy y Sorcha se pusieron a hacer pan como locas. Seis niños significaban muchos panecillos.

Agnes y sus niños no tenían que llegar hasta media tarde, de modo que cuando Maddy se notó acalorada, subió a descansar.

Aunque echaba terriblemente de menos a Ethan, se alegraba de no haberse ido con él. Ante todo, la simple idea de conocer a su familia le daba pánico. Segundo, Maddy tenía preguntas que hacerle a Agnes. La viuda tenía seis hijos. Si había alguien capaz de ayudar a Maddy a saber si estaba embarazada, ésa era Agnes.

En cualquier caso, estaba ilusionada con la visita de los niños. Quería hacerles fortalezas con cojines y cortinas; fortalezas como nunca las habían visto.

Sentada a su nuevo escritorio, recogió la pila de correo que se había recibido. El día anterior, había estado demasiado liada para mirarlo. Sonrió para sí misma: Ethan había estado insaciable.

Tras una rápida ojeada a los sobres, vio invitaciones, una carta de Corrine, y una de Owena Dekindeeren, una de las mujeres a las que había conocido en el *Blue Riband*. Maddy frunció el cejo cuando dio con una pesada misiva que no reconoció. Abrió el sello y miró el remitente. ¡Era de Iveley! La leyó rápidamente.

Hacía dos semanas, les había escrito para preguntar sobre la posibilidad de hacer una visita, explicando quién era ella y su relación con aquella tierra. Ahora, el administrador le contestaba. Empezaba la carta explicando que acababan de contratarlo. Estaba confuso y pedía perdón por anticipado ya que... «usted, lady Kavanagh, es la propietaria de Iveley Hall».

¿Cómo podía ser? Los ojos de Maddy se abrieron como platos. ¿Ethan había comprado Iveley para ella? «¡Qué hombre!», dijo en tono de exasperación, pero sonriendo. ¿Y cuándo tenía pensado decírselo?

Apenas podía creer que fuera la propietaria de Iveley. Y por fin Ethan había encontrado a un administrador diligente para una de sus propiedades. En el sobre había incluido un informe detallado de todas las mejoras realizadas en la propiedad.

Temblando de excitación, continuó con la segunda página de la carta, leyendo las líneas con creciente incompreensión. «Su misteriosa pregunta me dejó perplejo... después de un número considerable de horas investigando... descubrí que su marido le regaló Iveley hace cuatro meses... después de que hubiese pertenecido a él durante más de diez años... adquirió la propiedad al asumir las deudas de su padre...»

—No puede ser —susurró, abanicándose con la mano.

¿Cómo podía ser que Ethan no le hubiera contado que ella era la propietaria de la casa en la que se había criado? ¡Y ya hacía cuatro meses que lo sabía! Era imposible que él no lo supiera.

Por otra parte, se negaba a creer que Ethan fuera el responsable de que las hubieran echado de su casa. Maddy sí sabía que Iveley había sido embargada. ¿Cómo olvidar que le había sido prohibida la entrada a su propia casa? Pero Ethan no podía ser la persona que las había echado a la calle el mismo día del entierro de su padre.

La idea era demasiado increíble; apenas podía concebirla. Releyó la carta, pero el contenido no cambió, aunque lo había deseado con fervor.

No era una coincidencia. Su marido le había mentado absolutamente acerca de todo aquello. Maddy recordaba ahora los momentos en los que le había hablado de Iveley o de sus padres, y Ethan había permanecido distante al escucharla. «Piensa Maddy.» Aunque se resistía a creerlo, empezó a hacerse una idea de lo que él había hecho.

Había viajado hasta París por Maddy, a pesar de que ella habría jurado que no era su tipo. Le había pedido que se casara con él, a una chica de barrio, en vez de hacerlo con una de su clase social. Y luego él se había mostrado decidido a no casarse con ella, hasta que Maddy lo había amenazado con irse. Recordó lo enfadado que estaba con ella al principio, y cómo luego había intentado compensarla con tantos regalos.

«¿Y qué pasaría si yo tuviera un pasado turbio?» Le había preguntado si había intentado compensarla por algo, pero no por lo que ella creía.

Las había echado cruelmente de su casa, condenándolas a la indigencia.

Pero ¿por qué? Ethan debía de guardarles algún rencor. ¿Por qué a su familia?

Se acordaba de que él le había preguntado «¿Cómo murió Sylvie?». Los ojos de Maddy se entrecerraron. ¡Sabía que había conocido a su madre! Pero ¿por qué lo negaba?

¿Y cuál era la conexión?

A Maddy se le empezó a hacer un nudo en el estómago. Su madre había sido muy atractiva, pero a la

vez despiadada. Ethan había sido un libertino que había convertido en cornudo a un marido cada noche. Él mismo lo había admitido. «Mucho mejor si estaban casadas.» Su madre era mucho más joven que su padre.

¿Había tenido Ethan un lío con su madre? De no ser así, ¿por qué había mentido reiteradamente?

Ella siempre había querido olvidar aquella noche en que su vida se desmoronó. La falta de motivos la había hecho enloquecer, cuando al parecer, la respuesta la tenía delante, al alcance de la mano.

¿Había vuelto su padre a casa y se había encontrado a su joven esposa en la cama con... Ethan?

Maddy se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa. Con veintitrés años y sin aquella cicatriz, Ethan debía de ser guapísimo. Su anciano padre, que había sido la persona más cariñosa del mundo, se debió de quedar destrozado al encontrar a su adorada esposa en la cama con un fornido joven escocés.

Maddy no tenía pruebas para asegurar que Sylvie y Ethan hubiesen... que ellos hubiesen...

Sacudió bruscamente la cabeza. Todo eso podía ser simplemente la imaginación de una mujer histérica, pero ella no dudaba de que Ethan le había mentido reiteradamente, y que había buscado venganza contra su familia. No podía asegurar por qué había castigado a sus padres, haciéndola sufrir de paso a ella también, pero tanto si sus padres se lo merecían como si no, lo que estaba claro era que Maddy no tenía ninguna culpa.

Una cosa era ser víctima de las circunstancias, y otra muy diferente encontrarse en la puerta a un hombre que venía a destruirte. No quería volver a vivir aquella tragedia otra vez.

Considerando todo lo que él había hecho y hasta dónde la había engañado, se preguntaba si algo de todo lo que habían vivido era verdad. Al recordar la precipitada licencia matrimonial que Ethan había conseguido después de emborracharse e intentar acostarse con dos camareras, y la sencilla ceremonia con el juez, Maddy se dio cuenta de que quizá ni siquiera estuviese casada.

Después de todo no sería una de las mujeres de la *boulangerie*...

Ethan le había mirado a los ojos y le había prometido que si le daba una nueva oportunidad, él nunca más le haría daño.

Mentiras. Había roto esa promesa, y otras muchas. Ese engaño estaba muy bien planeado.

La había utilizado. Estaba aturdida, tan muerta por dentro que le sorprendió notar el latido de su corazón; de hecho casi podía oírse en el silencio de la habitación.

Maddy se acordaba de cómo Ethan le había instado a olvidarse por completo de La Marais, de no mirar nunca más atrás. ¿Qué planeaba ya por entonces? ¿Y si sus amigas se hubieran trasladado a vivir con ellos, mantenidas y dependientes de ellos? ¿De él? Quizá por ese motivo Ethan había insistido tanto en que las invitase a hacerlo.

«¿Qué haré ahora?» Sólo sabía que tenía que irse de allí, debía estar lejos cuando él regresase. Se levantó y, mirando por la ventana con lágrimas en los ojos, pudo ver el mar azotado por el viento.

Maddy había pensado que estaba viviendo un sueño de hadas, y resulta que éste se había convertido en una pesadilla. Todo era irreal. ¿Pavos reales y palmeras, joyas y puestas de sol en el azul mar de Irlanda? Era demasiado bonito para ser verdad...

«Eres una tonta.»

Había cambiado la suciedad y el peligro de La Marais, dura realidad de su pasado, por aquello, por las mentiras de su marido, de su vida. «Sólo otra oportunidad», le había pedido él, incluso cuando sabía que la confianza sería en vano, que ella acabaría por descubrir el engaño. «¿Qué pasaría si descubrieras algo de mi pasado que no pudieras soportar y me abandonases?»

Maddy le había pedido que no volviera a hacerle daño nunca más. «¿Cuántas veces tendré que soportar que se rompan mis sueños?» ¿Cuántas veces más lo aguantaría?

Ninguna más. Había terminado con aquello definitivamente.

«No te dejaré escapar», le había prometido Ethan, y Maddy se lo había creído. En algún punto del

camino, él se había enamorado de ella, tanto como un hombre como él podía hacerlo, con una base de mentiras.

De hecho, había notado que lo que él sentía por ella rayaba la obsesión. Si Maddy lo dejaba, él no pararía hasta encontrarla.

Pero ella era la *Gamine*, y se las apañaba para encontrar una salida en todo momento. Tenía las joyas que él le había regalado, y todo el dinero que, muy inteligentemente, había ido ahorrando.

Volvería a La Marais. Pero sólo a buscar a sus amigas.

De camino hacia otra parte.

e Capítulo 41 f

ETHAN oyó los gritos que salían de su casa de Grosvenor Square antes incluso de tenerla a la vista.

Y, ante su sorpresa, vio a Court y a Hugh fuera... y no corriendo hacia el interior para ver qué sucedía. Court parecía estar a punto de matar a alguien.

Ethan bajó de su caballo.

—¿Por qué diablos no estáis...? —Otro grito le interrumpió y Court respondió al dolor dando un puñetazo a la pared. Que ya tenía manchas de sangre de los anteriores golpes.

—Para, Court —le aconsejó Hugh—. A ella no le gustará ver que te has hecho tanto daño.

—¿Cómo han podido echarme de su lado? —preguntó éste con la voz entrecortada y la mirada aturdida.

—No sé —se limitó a decir Hugh.

Ethan por fin reaccionó:

—¿Se puede saber qué demonios pasa?

—Me han pedido que lo retenga aquí abajo —explicó Hugh.

—¿Quiénes?

—¿No recibiste nuestras cartas?

—No, a Carillón sólo llegó un telegrama.

—No estaba seguro de si seguías manteniendo esa propiedad —dijo Hugh—. Creía que era poco probable que estuvieras allí, así que sólo mandé un telegrama. —Entrecerró los ojos—. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Pasando el invierno. Ahora contéstame. ¿Qué está pasando?

—Hoy va a nacer tu sobrina o sobrino —respondió Hugh con orgullo—. Y creo que nuestro hermano pequeño va a volverse loco.

—Ella me ha dicho que me fuera —los interrumpió Court enfadado—. ¿Por qué me han obligado a salir?

—Te lo repito —dijo Hugh—, no tengo ni idea. —Y sólo para que lo oyera Ethan, añadió—: Annalía lleva diez horas de parto. Llegas justo a tiempo para ayudarme a retener a Court y mantenerlo fuera de esa habitación.

—Annalía está de parto —repitió Ethan atónito. Él jamás había visto nacer a nadie.

Court desvió su desquiciada mirada hacia su hermano.

—No empieces, Ethan. El bebé es mío. Conozco a Anna y sé lo que siento aquí dentro. Si te atreves a decir algo en contra, te mato.

Ethan levantó las palmas de las manos hacia arriba en señal de paz.

—No iba a hacer ningún comentario.

Court lo miró confuso.

—¿No vas a burlarte de mí o a echarme en cara lo de esa condenada maldición?

—No, sólo... quiero desearte lo mejor.

Ahora le tocó el turno a Hugh de quedarse atónito.

—Fiona está aquí —le comentó Hugh a Ethan—; quiere hablar contigo.

—¿Aquí? ¿En mi casa?

—Sí, ella...

Se oyó un grito más agudo que los anteriores y Court palideció. Corrió hacia la puerta, pero Hugh lo atrapó y, entre insultos y golpes, trató de detenerle.

—¿Y si me echaras una mano, Ethan?

—Sí, claro. Vamos Court, cálmate —dijo éste tirando de él hacia afuera—. Las mujeres hacen esto todo el tiempo.

—Si vuelvo a oír otra de esas tonterías, te juro... —farfulló Court.

—Esto lo está matando —intervino Hugh—. Él no quería dejar embarazada a Annalía.

—¿Y por qué no? —preguntó Ethan sin entender nada. Los hombres siempre querían eso. ¿O no? Él lo había estado intentando desesperadamente hacía poco.

—Court no quería poner a Annalía en peligro. Y no quería compartirla con nadie. De haber sabido que podía dejarla embarazada, habría tratado de evitarlo.

—Me han obligado a salir —seguía repitiendo Court como si eso lo hiciera muy desgraciado.

—Ayúdame a distraerlo —murmuró Hugh.

—¿Cómo? —Al ver que Hugh se encogía de hombros, Ethan improvisó—: Eh, ¿tenéis pensado algún nombre?

Con los ojos aún fijos en la puerta de entrada, Court respondió como si estuviera recitando:

—Si es un niño, lo llamaremos Aleix, como el hermano de Anna, Aleixandre. Porque yo lo mandé a la cárcel y le robé la casa y no sé cuántas cosas más. Si es una niña, Fiona.

¿Court quería que su hija se llamara como su madre?

¿Es que se habían vuelto todos locos?

—¿Por qué ya no se oyen gritos? —exigió saber Court luchando por soltarse.

—Iré a ver —dijo Hugh—. Mantenlo aquí. —Subió la escalera y, tras unos segundos, llamó a sus hermanos—: Court ya puede subir.

Éste se escapó de Ethan y voló por la escalera. Ethan no tardó en seguirle. Delante de la puerta de la habitación de Court estaba Fiona.

—Eres muy afortunado —dijo su madre—, tienes un hijo. Un hijo precioso. —Mirando por detrás de Court, añadió—: Hola, Ethan. Me alegra ver que las cartas te llegaron a tiempo.

Ethan, incómodo con la situación en más de un sentido, frunció el cejo:

—No he recibido ninguna maldita carta.

—¡Esa lengua, Ethan! —lo riñó su madre.

—Hace doce años que no nos hablamos —contestó él en tono amenazador— ¿y crees que puedes venir a mi casa a enseñarme modales?

—Sí —afirmó ella sin dudar—. Al fin y al cabo, aún soy tu madre.

Court los apartó a ambos y se acercó corriendo a la cama. Cuando Hugh entró para reunirse con Jane, Ethan le siguió y se esforzó por mantener la calma. ¿Jane también estaba allí?

—Jane —dijo Ethan a modo de saludo.

—Ethan —respondió ella, para luego añadir—: excelente trabajo lo de Grey. Casi no llego a tiempo de matarlo.

Ante el sarcástico comentario, Ethan enarcó una ceja. «Es amiga de Maddy», se dijo a sí mismo. Y se mordió la lengua para no contestarle.

—Sitie —intervino Hugh advirtiéndola con el tono. Aunque utilizó la palabra en gaélico que equivalía a su nombre y que él usaba con tanto cariño.

Jane deslizó una mano entre las de Hugh y le sonrió. Era obvio que el duro de su hermano no tenía ninguna posibilidad de resistirse a Jane.

Court se arrodilló junto a la cama y cogió la mano de Annalía.

—*Mo chridhe*, júrame que no querrás tener otro. No podemos volver a pasar por esto.

Annalía le sonrió.

—Sé que ha sido duro para ti. Oh, Courtland, ¿qué te has hecho en las manos? Tesoro

Si Court había podido dejar embarazada a Annalía, ¿por qué Ethan no lo había logrado con Maddy? De repente, a Ethan le entró el pánico... ¿y si sí lo había logrado? Madeleine era mucho más menuda que Annalía, y a ella no parecía haberle resultado demasiado fácil eso de dar a luz.

—Courtland —dijo Fiona—, ¿no quieres ver a tu hijo?

Él miró a su madre sin mostrar interés por el niño. En vez de eso, hundió el rostro en el cuello de Annalía. El pobre parecía desesperado por estar cerca de ella.

—¿Puedo incorporarla? —preguntó Court.

—No —respondió Jane—. Aún no. Necesita descansar.

Court se pasó un minuto entero pegado al cuello de su mujer, y luego se volvió a mirarlos:

—Iré con cuidado.

—¡No, Court! —dijeron Jane y Fiona al unísono.

—Pero si quieres puedes coger a Aleix —añadió su madre.

Ethan miraba atónito la escena. Court ni siquiera había mirado al bebé.

—Ya que de momento él no parece interesado —comentó Fiona acercando el bebé a Hugh y a Ethan—, tal vez vosotros sí queráis conocer a vuestro sobrino.

—Jamás he tocado a un bebé —farfulló Hugh.

—¿Nunca? —preguntó Jane riéndose por lo bajo.

Ethan no dijo nada, pero él tampoco había tocado nunca a ninguno.

Ethan era cínico por naturaleza, pero le bastó una mirada al pequeño para saber que era un MacCarrick. Lo sintió en lo más hondo de su ser.

La maldición estaba equivocada... pero aunque esa amenaza desapareciera de su futuro, Ethan aún no podía estar tranquilo. Los remordimientos sobre su pasado seguían carcomiéndolo.

—Si me duermo —dijo Annalía mirando a Court—, tienes que cuidar de Aleix por mí. —Y cuando lo vio asentir, se durmió.

Anticipándose al ataque de pánico de Court, Fiona dijo:

—Hijo, Annalía se ha pasado horas dando a luz. Tienes que dejar que descanse. —Él iba a protestar, pero ella se lo impidió—: Tú quieres lo mejor para ella, y ella ahora necesita dormir. Todo este rato ha estado más preocupada por lo que tú hacías allí abajo que por ella. Anda, llévate a tus hermanos y a tu hijo de aquí, vamos. —Cuando Fiona le pasó el bebé a Court, el enorme escocés abrió los ojos asustado, pero tras tragar saliva, sujetó al pequeño—. Eso es, muy bien —dijo Fiona—. Vamos, ponle la mano detrás de la cabecita...

Cinco minutos más tarde, los tres hermanos estaban ya al otro lado de la puerta.

—Tal vez me equivoque —dijo Hugh rascándose la nuca—, pero creo que nos han echado dejándonos con el bebé.

Ethan asintió, y cuando iba a quejarse de la situación vio a Court mirando embobado a su hijo.

—Es un niño muy fuerte, Court —comentó Ethan—. Puedes estar orgulloso.

—Ya verás cómo dentro de nada le estarás enseñando a montar a caballo y a pescar —añadió Hugh.

El bebé empezó a mover sus pequeños puños, estaba claro que era un MacCarrick.

—Mi hijo —dijo Court—. Suena raro.

Hugh se rió.

—Ya, casi tan raro como cuando yo digo «mi mujer». —Mirando a Ethan, añadió—: ¿Y tú? ¿Cuándo piensas cambiar de vida?

—Tal vez antes de lo que creéis.

Su hermano enarcó una ceja y Court no dijo nada, pues seguía fascinado con el pequeño.

El bebé se movió como si intentara alcanzar el dedo de Court y éste levantó la cabeza atónito.

—¿Habéis visto eso? —Se dio media vuelta y añadió para sí mismo—: Mi pequeño es muy inteligente.

—He oído decir que, a medida que el niño crece, lo de los padres va a peor —se burló Hugh.

—Seguro.

—Bueno, cuéntame qué has hecho estos últimos meses —le pidió Hugh—. Jane y Claudia escribieron a Madeleine Van Rowen a su casa de París y las cartas les fueron devueltas. Pensé que tal vez tú habías tenido algo que ver con ello. —Hugh temía la respuesta de Ethan.

—Sí, así es. Ella ya no es una Van Rowen.

Hugh sonrió de oreja a oreja y le dio una palmada en la espalda.

—Ah, no sabes lo preocupado que estaba. Pero ahora... lo único que puedo decirte es que me siento orgulloso de ti, hermano.

Ethan enarcó las cejas. Hugh no le había dicho jamás nada parecido. Y se dio cuenta de que le gustaba contar con su aprobación.

—Le contaste todo lo que habías hecho ¿y aun así se casó contigo?

—Yo... —Ethan se pasó la mano por la nuca—... yo no se lo he contado. No necesita saberlo —añadió a la defensiva.

Hugh se puso serio de golpe y comentó preocupado:

—Ethan, por tu bien espero que te hayas casado con una mujer que no sea rencorosa.

e Capítulo 42 f

D

isparos, gritos, cristales rompiéndose.

—Hogar, dulce hogar —suspiró Maddy.

Tal vez regresar a La Marais había sido algo precipitado. Después de pasarse medio año fuera, no lo recordaba tan mal.

Lo primero que hizo Maddy al llegar fue reunirse con Corrine y Bea para tomar el té en su balcón. Eso, al menos, sí lo recordaba igual... y lo había echado de menos.

Después de que Maddy les contara todo lo que había pasado con Ethan, Corrine preguntó:

—Bueno, ¿y qué dijo él cuando le dijiste que lo sabías?

—Yo... yo estaba demasiado afectada —respondió Maddy sonrojándose bajo su escrutinio—. Y no quería escuchar sus excusas. Con lo que sé ya es suficiente...

Corrine pareció decepcionada con ella.

—¿No te quedaste a escuchar su versión de la historia?

Maddy dejó la mirada fija en la taza y farfulló:

—No. De todos modos, él siempre me miente. No puedo confiar en nada de lo que me diga.

—Yo esto ya lo había visto antes —comentó Corrine con tristeza—. A veces, es como si la gente quisiera regresar a La Marais.

—*C'est vrai* —asintió Bea.

—¡Yo no quería regresar aquí! —Desde su regreso, La Marais le parecía mucho más duro y sucio que antes—. Pero estoy harta de que todo el mundo juegue conmigo y de que la gente a la que quiero me traicione. ¿Y acaso no me habéis escuchado cuando os he dicho que tal vez Ethan se acostara con mi madre? —Sintió náuseas sólo de pensarlo— He regresado aquí por vosotras. Para que pudiéramos volver a empezar en alguna otra parte. Tal vez pudiésemos abrir la tienda de la que siempre hablábamos. Tengo suficiente dinero para las tres.

—De mal en peor, Maddy —dijo Corrine encogiéndose de hombros—. Yo aquí no estoy tan mal.

—¿Y qué me dices de ti, Bea? —preguntó Maddy—. ¿Ya no quieres ser modelo de costura?

—Oh, Maddée, ¿podemos hablar de eso más tarde? —contestó ella masajeándose los tobillos con una mueca de dolor—. Me duelen los pies y la espalda me está matando.

—Podemos vivir en algún sitio sin escaleras —propuso Maddy buscando desesperada una sonrisa.

Bea le sonrió, pero era evidente que estaba exhausta.

—Creo que iré a acostarme un rato. Luego hablamos.

—Claro, Bea. Descansa —contestó Maddy abrazándola.

Antes de irse, la mujer miró a través de la ventana y dijo:

—Sé que es egoísta por mi parte, pero me alegro mucho de verte, Maddée.

Luego, se fue a su apartamento.

Sin embargo, Corrine no se alegraba tanto de que Maddy hubiera regresado.

—Maddy, sé que has tenido que aprender a las malas que hay ocasiones en las que vale la pena luchar y otras en las que lo mejor es salir huyendo. Y la diferencia puede ser muy pequeña. —Suspiró—. Pero esta vez, creo que deberías haberte quedado a pelear por el Escocés.

Maddy se sonrojó, incómoda, y supuso que no era el mejor momento para decirle a su amiga que creía estar embarazada...

A la mañana siguiente, Maddy se levantó de su fría cama y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para vestirse.

Después de pasar unos meses con Ethan, Maddy estaba convencida de haber logrado dejar atrás todas las desgracias de su vida, y creía que se había adaptado bien al cambio. Pero descubrir lo que él había hecho, y saber que era el culpable de todo, le hizo replantearse las cosas. Recordó todas las penurias por las que había pasado y el colofón final: que él le rompiera el corazón; y se preguntó cómo había logrado sobrevivir.

¿Cuántas veces más tendría que recomponerse y luchar por salir adelante?

Justo acababa de peinarse cuando las campanas de la iglesia del barrio empezaron a repicar. Extrañada, levantó las cejas y se acercó al balcón. Chat Noir se dignó a hacerle una visita, y ella lo cogió en brazos para abrazarlo. Echaba de menos a su gatito de Carillón.

De repente, el gato se erizó.

—¿Qué pasa, chatón? —El animal volvió a erizarse y trató de escapar—: Ya, ya, un momento...

Pero el gato le arañó los brazos hasta hacerle sangre y cuando saltó, las campanas de todas las iglesias empezaron a repicar al unísono por toda la ciudad.

Al oír que las enormes campanas de Notre Dame hacían lo mismo, a Maddy se le hizo un nudo en el estómago. No había ninguna misa. Recordó la última vez que había oído ese sonido y se asustó. Regresó corriendo al interior de su apartamento para salir de él al instante. Golpeó la puerta de Corrine, luego la de Bea. Ninguna de las dos respondió.

Alguien en la calle sabría dónde encontrarlas... sabría lo que estaba pasando... Intentando controlar el pánico, Maddy bajó la escalera con la respiración entrecortada.

Ya había bajado cuatro pisos, cinco...

Con la punta del pie tropezó con algo. Gritó y, con los brazos por delante para amortiguar el golpe, cayó encima de algo grande y a la vez blando... algo húmedo.

Cuando consiguió despejar su mente confusa, Maddy se dio cuenta de que había aterrizado sobre un muerto; un cadáver que yacía allí abandonado en medio de la oscuridad.

Una única rotura circular en medio del espejo.

Tan pronto como la vio, Ethan supo que Maddy le había dejado incluso antes de poder hablar con Sorchá. Había descubierto la verdad y había tirado el anillo contra el espejo. Pero, siendo tan práctica como era, luego lo había recogido y se lo había llevado con ella.

El hecho de que Maddy tuviera el anillo y todas las demás joyas lo dejó sin esperanzas, pues significaba que no tenía intenciones de regresar.

Lo único que pudo decirle Sorchá fue que su esposa había recibido una carta y que se había quedado pálida como la nieve. Luego hizo las maletas como en estado de trance y le pidió que cuidara de su garito hasta que ella pudiera mandar a alguien a buscarlo.

Ethan recordó que Maddy había planeado ir a visitar a Claudia antes de que se casaran, y salió hacia Londres como alma que lleva el diablo. Cuando por fin llegó a casa de Quin, entró en su despacho sin llamar.

—¿Dónde está Maddy?

A Quin se le desencajó la mandíbula.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado? Estás hecho un asco.

—¿Dónde está? —repitió Ethan a gritos.

—Tal como predije —comentó Quin, orgulloso de sí mismo—. Te ha vuelto loco. ¿Y por qué debería decirte dónde está?

—Dímelo ahora mismo. —Ethan se pasó una mano por la cara—. Es mi mujer, y... me ha abandonado.

—¿Maddy se ha casado contigo? Pero si Claudia acaba de recibir una carta de ella diciéndole que se iba a ir a Iveley para pasar allí lo que queda de primavera. Dice que ahora le pertenece y no sé qué cuantas cosas más. ¿Y por qué iba a abandonarte si se ha casado contigo?

«¿Iveley?» Maddy le estaba dejando pistas falsas, y él sabía muy bien por qué.

«Tiene intenciones de desaparecer...» Ya llevaba tres días fuera, tiempo suficiente para vender todas sus joyas y conseguir un pasaje para cualquier lugar del mundo.

—No está en Iveley —dijo Ethan apretándose el puente de la nariz—. Ha regresado a París.

—Reza para que no sea así —le dijo Quin levantándose al instante.

—¿Por qué? —quiso saber Ethan entrecerrando los ojos.

—Acabamos de recibir noticias de que... hay allí una epidemia.

Al ver la expresión de Quin, a Ethan se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cuál?

—MacCarrick... el cólera...

e Capítulo 43 f

—CÁLMATE —dijo Quin—. Los informes que hemos recibido dicen que de momento la epidemia sólo ha afectado a los barrios más pobres. Seguro que a St. Roch no ha llegado, y que Madeleine está a salvo. Pero te sugiero que te des prisa, la ciudad es cada vez más inestable y hay rumores de que se instaurará el toque de queda. Y seguro que te acuerdas de lo que pasó la última vez que hubo un brote.

Ethan no podía ni respirar. En cuestión de horas, mil seiscientas personas murieron a manos de la policía. Muertos sin ni siquiera estar enfermos. Por el cólera en cambio murieron veinte mil.

—Ella no está en St. Roch —contestó montando su caballo—. Lo más probable es que esté en La Marais.

Quin corría tras él.

—¿Y qué diablos hace allí?

—No importa...

—Maldita sea, MacCarrick... esa zona es la más afectada.

A Ethan se le paró el corazón.

—¿Qué has dicho?

—El barrio de La Marais ya ha sido puesto en cuarentena. No entiendo qué puede estar haciendo Maddy en ese sitio, pero si de verdad está allí tienes que ir a buscarla... —Quin sacudió la cabeza—. La Red jamás te diría de forma oficial que sacaras a alguien de una zona puesta en cuarentena por los militares, pero tú conoces todos los protocolos. Sabes cómo proteger a los demás. Puedes hacerlo.

Ethan ya había estado antes en zonas devastadas por el cólera. Los últimos estudios de medicina aconsejaban: higiene, limitar los contactos y buena ventilación.

En la práctica, Ethan había aprendido que había que hervir todo lo que iba a entrar en contacto con la zona afectada, quemar todo lo que salía de ella, y empapar con whisky en caso de duda.

—Así que, extraoficialmente —continuó Quin—, te ayudaré a llegar allí. Irás a buscarla y te la llevarás de dondequiera que esté, sin importar lo que pase. ¿Me has entendido? Entrás, la coges y te vas. Y asegúrate de que no te atrapen. —Miró a Ethan a los ojos—. O ambos moriréis de un disparo.

El día amaneció pálido y desganado en La Marais.

El día anterior, las calles estaban llenas de los que aún tenían suficientes fuerzas como para tratar de huir. Ahora, el éxodo era insignificante, como si ya se hubieran dado por vencidos.

Maddy estaba sentada en los escalones que había frente a su edificio, con las rodillas dobladas y la barbilla apoyada en ellas. A pesar de que hacía frío, tenía la frente cubierta de sudor y no podía dejar de temblar. Aquellas malditas campanas no paraban de tocar; los tambores de los soldados se oían en la distancia, para recordarles a todos la opresiva amenaza de la cuarentena.

No había borrachos, la mayoría se habían infectado y habían fallecido sin llamar demasiado la atención. Dos noches atrás, uno de ellos se arrastró hasta aquellos escalones pidiendo ayuda, pero murió en el portal.

Era con el que Maddy había tropezado. Se secó la frente. Ahora ella también estaba infectada.

Ethan le había dicho una vez que ella le recordaba a un zorro, pero ahora no lograba encontrar el modo de escapar de aquella trampa. Daba igual, ya era demasiado tarde para ella. Y también para Bea. Maddy se echó a llorar de nuevo.

Frente a ella, a menos de veinte metros, un joven al que conocía del mercado se cayó de rodillas. Gritó asustado y se arrastró por el suelo mientras su cuerpo se vaciaba de líquidos a una velocidad espantosa.

Todos los que estaban cerca de él salieron huyendo.

Maddy sintió el impulso de ayudarlo, pero no podía ayudar a todo el mundo que conocía. Todos los habitantes de La Marais iban falleciendo a medida que el cólera avanzaba. En ese instante, oyó el inconfundible sonido de alguien vomitando a su espalda, y supo que la enfermedad ya contaba con otra víctima entre sus filas.

En la otra acera, una llorosa Berthé salió del edificio y se sentó asimismo en el portal. Maddy vio que también estaba enferma.

El día que regresó a La Marais, Madeleine estaba preparada para que aquellas dos hermanas se burlaran de ella. Ahora sus diferencias no tenían importancia.

Sus miradas se encontraron, y Berthé dijo:

—¿Cómo está Bea?

—Ha muerto esta mañana —contestó Maddy entre sollozos y temblando cada vez más.

Berthé movió la cabeza con solemnidad.

—Lo siento, *Gamine*. ¿Corrine está bien?

—Sí —dijo ella—. Está descansando. —Tras encontrar a Bea muerta en su cama esa misma mañana, Corrine se había derrumbado en su cama y, tras pasarse horas llorando, por fin se durmió. Maddy se estremeció al recordarlo—. ¿Y Odette? —Había oído decir que Odette había sido de las primeras en enfermar y que su hermana se había negado a abandonarla.

—Odette no pasará de esta noche.

—Yo también lo siento —dijo Maddy.

Berthé se secó las lágrimas. Se hizo un largo silencio entre ambas.

—No nos merecemos terminar así —comentó Berthé por fin.

Madeleine sacudió la cabeza y, entre lágrimas, le ofreció una triste sonrisa. Era curioso cómo los sueños y deseos de una persona podían cambiar con las circunstancias. Apenas una semana atrás, lo único que ella deseaba era estar embarazada y que Ethan se alegrara al saberlo.

Ahora, lo único que quería era derrotar por segunda vez al cólera. O, como mínimo, que Ethan no se culpara de su muerte. A pesar de lo que él hubiera hecho, no se merecía cargar con ese tipo de culpa.

Pero lo que de verdad deseaba era que no la quemaran en una hoguera común...

—Al menos tú has visto lo que hay fuera de este barrio —dijo Berthé—. ¿Inglaterra, es tan bonita como dicen?

—En efecto —contestó ella pensando en Carillón—. Lo es.

Las mugrientas calles de La Marais estaban desiertas cuando Ethan llegó por la noche. Lo único que se podía oír era el sonido de las campanas de la iglesia, el repicar de los tambores, así como algún que otro disparo. Las puertas de los edificios estaban todas abiertas, y las aceras llenas de ropa y muebles.

La gente había salido huyendo para intentar salvarse. La idea de que Maddy pudiera estar sola allí lo hacía enloquecer.

A pesar de las influencias de Quin, Ethan había tenido que esperar a que llegara un ferry. Los rumores sobre París habían llegado ya a todos los rincones, y ningún navío quería cruzar el Canal hacia Francia.

Cada hora que había tenido que esperar había sido una tortura. Se sentía impotente, y trataba de no pensar en el período de incubación del cólera, que podía ir de cuatro horas a cinco días. Ethan había visto a gente contraer la enfermedad y morir en cuestión de horas, consumiéndose ante sus ojos a una velocidad espantosa.

Maddy llevaba allí dos días como mínimo, tal vez tres...

Al llegar a Francia, Ethan se encontró con que los trenes hacia París no circulaban. Cuando por fin

llegó al edificio de Madeleine, estaba muerto de miedo. Subió la escalera hasta el sexto piso como un loco y echó la puerta al suelo.

La habitación estaba exactamente igual que la última vez que la había visto, excepto que la cama de Maddy estaba destrozada y había desaparecido el colchón.

Se le secó la boca.

La puerta del apartamento de Bea estaba abierta. Y cuando vio que el colchón de ella tampoco estaba, un sudor helado le empapó todo el cuerpo. La enfermedad había estado allí.

Forzó también la puerta de Corrine y vio que su piso estaba intacto.

Bajó la escalera a toda velocidad y corrió hacia la calle sin saber dónde buscar. Dio unas vueltas sobre sí mismo gritando su nombre una y otra vez, pero sólo podía oír el eco de su voz...

—¿Estás buscando a la *Gamine*? —preguntó una voz débil.

Ethan se dio media vuelta y vio a una mujer en un portal que se acercaba hacia él cojeando. Era la de la taberna, la que le había puesto la zancadilla a Maddy. Berthé, creía recordar que se llamaba.

—¿Dónde está? —exigió Ethan.

—Madeleine se puso enferma —contestó Berthé apretándose las costillas. Estaba pálida y el único color que había en su rostro era el de las ojeras alrededor de sus ojos—. Se tropezó con un muerto en la escalera. No tenía ninguna oportunidad. Se la llevaron ayer, cuando vinieron a buscar el cuerpo de Bea. Se la llevaron a pesar de que Corrine trató de impedirlo.

El corazón de Ethan latía descontrolado y le retumbaban los oídos. No se atrevía ni a pensar en lo que aquella mujer le estaba diciendo. No. Era imposible.

—¿Quiénes se la llevaron? ¿Dónde? —Cuando ella se agachó y escupió un fluido blanco, Ethan gritó —: ¡Maldita sea, Berthé! ¡Dímelo!

La mujer se incorporó.

—Al hospital, a l'Hôtel Dieu. Cuatro calles más abajo y luego hacia el norte. Pero está enferma. A esta hora seguro que ya...

Él ya no la escuchaba. Iba corriendo calle abajo y lo único que podía oír era el sonido de su propia respiración.

La puerta del hospital estaba vigilada, pero como se suponía que nadie iba a querer entrar allí, había sólo un par de soldados. Ethan apenas aminoró el paso al acercarse a los guardas. Se escurrió entre ellos dejándolos a ambos fuera de combate con sendos puñetazos.

El interior del lugar era un caos, con el aire enrarecido por culpa del inútil incienso. Estaba hasta los topes de pacientes; agudos gritos de dolor resonaban por todas partes, y mirara donde mirase veía figuras llorando desconsoladas.

Encontró a una monja sentada tras un escritorio y rodeada de papeles y bolsas con objetos personales etiquetados.

—Estoy buscando a mi esposa —dijo Ethan sin perder tiempo—. Madeleine MacCarrick.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —preguntó ella mirándole la cicatriz y la barba sin afeitar.

La mujer tenía ojeras y la frente y el labio superior empapados en sudor. También estaba enferma. Ethan miró a su alrededor y vio que todas las monjas se encontraban en la misma situación.

—Permiso diplomático —atinó a decir Ethan.

Tenía que sacar a Maddy de Francia esa misma noche, o ambos serían procesados por haber atacado a los guardas y llevársela de allí a la fuerza.

Al escuchar la respuesta, la monja frunció el cejo, pero cogió un pesado libro con tapas de cuero y lo colocó encima del escritorio. Miró algunas páginas, y dijo:

—Aquí no consta nadie con ese nombre.

—Busque Maddy —dijo Ethan, pero ella siguió negando con la cabeza—. De apellido Van Rowen.

La religiosa volvió a bajar la vista para levantarla luego con el rostro totalmente pálido. Ethan empezó

a temblar.

—Dígame dónde está —exigió saber casi a gritos.

Al ver que la monja aún dudaba, tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar tras el escritorio y zarandearla.

—Lo siento, monsieur. Ha llegado demasiado tarde.

e Capítulo 44 f

A ETHAN se le hizo un nudo en la garganta y fue incapaz de hablar. Por fin, logró balbucear:

—Ella no... tiene que ser un error...

Por debajo del zumbido que tenía en los oídos, le pareció oír que la religiosa decía:

—Le dieron la extremaunción al amanecer, y no creemos que pase de esta mañana.

Ethan debía de parecer tan desquiciado como se sentía, porque la mujer retrocedió unos pasos.

—Entonces, ¿ella no está...? —No se veía capaz de pronunciar la palabra.

—Está en la *dernière chambre*. —Desvió la mirada hacia un pasillo oscuro—. Pero *monsieur*, cuando entran allí...

Ethan ya estaba a medio camino de esa habitación. Una vez dentro, miró como un loco en todas direcciones. Maldición. En aquel reducido y frío espacio había muchísimas camas. Los niños gritaban asustados encima de los cadáveres de sus padres, y era evidente que ellos también estaban enfermos. La idea de que Maddy estuviera allí sola...

No, no podía pensar en eso... «Tienes que concentrarte..., mantente alerta, piensa.»

Empezó a gritar su nombre y a detenerse frente a todas las camas para apartar las sábanas que cubrían aquellos cuerpos sin vida con expresiones macabras fijas para siempre ya en sus rostros.

Ethan vio una pequeña silueta hecha un ovillo en una cama que había en un rincón. ¿Maddy? No iban a taparla a no ser que... Que Dios lo ayudara, no podía creer que ella hubiera muerto allí, sola, en aquella maldita postura.

Pero sí podía. ¿De cuántos golpes se suponía que podía llegar a defenderse?

Ethan corrió hacia allá con la vista nublada y se secó los ojos con la manga de la camisa. No podía dejar de llorar. Al llegar junto al catre, tragó saliva, y apartó la sábana.

Entonces cayó de rodillas.

—Ah, Dios mío, Maddy.

Los labios y el rostro de Madeleine carecían totalmente de color, a excepción de las sombras que había bajo sus ojos.

No se movía. «No puede estar...»

Ethan enterró la cara junto a su cuello. «Está caliente.» Le levantó la muñeca y no descansó hasta encontrarle el pulso.

—*Aingeal*, despierta.

La cogió en brazos y la acercó a su pecho, pero el cuerpo de Madeleine no respondía.

La sábana y el vestido de Maddy estaban completamente empapados en sangre.

Desde que se había puesto enferma, Maddy había sido plenamente consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. A pesar de tener mucha fiebre, no había encontrado la paz que suele acompañar ese estado.

Sabía que Bea había muerto, y el dolor era insoportable. Maddy no podía dejar de ver su precioso rostro desfigurado por la enfermedad.

Corrine había tratado de impedir que los soldados se la llevaran. Recordaba los gritos y los insultos su amiga y lo mucho que había temido que le hicieran daño o que acabara en la cárcel.

Y además sabía que, a pesar de todo lo que había pasado, echaba muchísimo de menos a Ethan.

Y ahora, como si su imaginación hubiera hecho caso de sus súplicas, creía estar viéndolo allí, con ella, en aquel preciso instante. Después de haber permanecido lúcida durante tanto tiempo, Maddy se preguntaba si el Ethan que veía de rodillas junto a su cama era una alucinación. Como en sueños, Maddy

sintió que él le acariciaba el cuello con la mejilla sin afeitarse y también notó las lágrimas que caían de sus ojos. Le pareció que le rozaba la frente con los nudillos.

Parecía tan real que se atrevió a abrir los ojos, pero la tenue luz le molestó. Seguro que se lo estaba imaginando todo. Era imposible que Ethan estuviera en aquella sala de enfermos de cólera junto con ella.

—¿Eres un sueño? —susurró Maddy.

—No, Maddy—contestó él emocionado—, estoy aquí, contigo.

Oh, Dios, era Ethan, aunque parecía un poco cambiado. Tenía el rostro desencajado, y en su mirada había una emoción que Maddy no le había visto jamás antes.

Era imposible que la hubiera seguido hasta allí, ¿no? Y mucho menos ahora que se estaba muriendo. Tendría que tener más cuidado. Maddy trató de hablar.

—Tie... tienes que irte...

—No, sin ti, no. Nos vamos de aquí esta misma noche.

—Vete... por favor. Te... te dispararán. No puedes... regresar... aquí.

—Entiende esto —dijo él en tono amenazador—, sigo siendo tu marido, y tengo todo el derecho del mundo a morir por intentar salvarte. ¡Maldita sea!

«No, definitivamente no estaba soñando...» Su rudo Escocés se estaba comportando ya como un héroe y maldiciendo como un marinero.

—Pero Ethan, me estoy mu...

—¡No vas a morir! —La acercó a él cogiéndole la nuca—. ¡Aguanta!

—Creo... creo que es demasiado tarde —susurró Maddy.

Él le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo. Estaba pálido y parecía un loco.

—¡No, no lo es! Maldita seas, Maddy MacCarrick, estaremos juntos toda la vida. Créeme. —Tenía los ojos llenos de lágrimas y las mejillas mojadas—. Tesoro, no tiene sentido que te ame tanto para nada.

Una solitaria lágrima resbaló por la mejilla de ella y él se la secó. Madeleine sintió una pequeña chispa de esperanza.

—¡Aguanta, hazlo por mí!

Dos fuertes brazos se deslizaron debajo de ella y la levantaron. ¿Adonde iba a llevarla Ethan?

—Quédate conmigo, Maddy, tesoro.

Al sentir que él la envolvía con su abrigo y con su aroma, ella empezó a dejar de tiritar, acurrucada entre sus brazos, Maddy por fin pudo dejar de oír los gritos del hospital.

Ethan se encaminó hacia afuera a grandes zancadas y Maddy pudo oír cómo una de las monjas gritaba:

—¡No puede llevarse a un paciente fuera del perímetro!

«¿Hemos llegado ya al perímetro?» Madeleine volvió a abrir los ojos y vio que estaban en la puerta, a punto de salir.

—¡Puede matarla si la mueve! —gritó otra.

Pero si él se veía capaz de llevársela, eso era precisamente lo que Maddy quería que hiciera. No quería morir allí, no quería que la quemaran entre un montón de cuerpos de desconocidos.

—Apártense —ordenó Ethan. Y Maddy vio que desenfundaba una pistola y la amartillaba—. No dudaré en matar a cualquiera que se interponga en mi camino. Lo digo en serio.

Y de repente... el frío de la noche le acarició las mejillas.

—Nos vamos a casa, tesoro —murmuró él—. Te llevo a casa.

Tan pronto como Ethan salió de aquel infierno, la oscuridad engulló a Madeleine y se desmayó.

e Capítulo 45f

MIENTRAS ETHAN pasaba un paño húmedo por el cuerpo de Maddy, podía escuchar perfectamente cómo en la habitación de al lado Fiona hablaba con los médicos.

Hacia ya dos días que Ethan había llevado allí a Madeleine. Le había pedido a Quin que se asegurase de que en su casa de Grosvenor Square no hubiese nadie cuando él regresara, pero su madre se había negado a irse y le plantó cara a Quin. Luego, contrató a un ejército de médicos para cuidar a la esposa que Ethan «se había olvidado de mencionar que tenía».

A pesar de que habían pasado ya dos días, y de todo lo que habían hecho aquellos doctores, Maddy seguía pálida, como si toda la sangre se hubiera escapado de su cuerpo. Mientras dormía se retorcía angustiada y tenía la respiración entrecortada. Esa noche le había vuelto a subir la fiebre.

—Voy a lograr que se ponga bien —les dijo Ethan a los médicos, aunque sabía lo que ellos opinaban del asunto.

El problema era que nadie conocía a Maddy tan bien como él. Lo único que aquellos hombres veían era lo menuda que era y lo débil que tenía el pulso. Y después de que Ethan les contara lo de su posible embarazo y lo de la mancha de sangre en la ropa que llevaba ese día, la examinaron y le informaron de que había perdido al bebé, y que eso la había debilitado aún más.

—No te preocupes, hijo —dijo Fiona—, cuando se ponga bien, seguro que tendrá más hijos.

—¿Crees que eso me importa ahora lo más mínimo? —espetó él enfadado.

—Pero... por la expresión que has puesto al enterarte... yo creía...

Ethan no había reaccionado así porque Madeleine hubiera perdido al bebé; sino porque lo había perdido allí sola, en aquel infierno.

Sola.

El cuerpo de Maddy había recibido su semilla y estaba dispuesta a darle un bebé. Pero él, con sus incontables mentiras, la había alejado de su lado y la había mandado directa al peligro, colocándola en una situación de vida o muerte.

Al enterarse de que habían perdido a su primer hijo, a Ethan le pareció oír en su mente:

«Es la maldición...»

Pero no, él sabía que, a pesar de lo fácil que sería echarle la culpa de todo, la maldición no tenía nada que ver con aquello. Era culpa suya. Y estaba dispuesto a asumirlo.

Ethan cuidó de Maddy hora tras hora, no se apartó de ella ni un instante. Vigilaba cada respiración, susurrándole que siguiera luchando... una vez más.

Entre sueños febriles que le pareció que duraban días, Maddy oía a Ethan hablarle.

Con voz cada vez más ronca, no dejaba de suplicarle:

—Maddy, tesoro, no me dejes. —Otras veces la amenazaba—: Nunca te librarás de mí —decía enfadado, y luego, como esforzándose por calmarse, añadía—: Más... más te vale seguir a mi lado.

A continuación la reñía, y la voz le vibraba con tanta emoción que incluso la cama parecía temblar:

—¡No puedes hacerme esto... apropiarte de mi maldito corazón para luego abandonarme! ¿Crees que no iré tras de ti?

Maddy sabía que él estaba permanentemente a su lado, era consciente de todos sus movimientos y entendía lo que le decía, pero era incapaz de abrir los ojos o de hablar.

De noche, Ethan se acostaba junto a ella para abrazarla y rodear su cuerpo con el suyo.

—A ti te gusta llevar la contraria a la gente —le susurró al oído—. Demuéstrales a todos esos médicos

que se equivocan y ponte buena. —Le colocó una mano en la cadera y cerró el puño—. Ah, tesoro, ellos no saben lo fuerte que eres.

A veces, Madeleine oía otras voces, que supuso que eran de los médicos; también le pareció distinguir la voz de una mujer mayor con marcado acento escocés. Ésta estaba hablando en ese preciso instante:

—Ethan, los médicos hacen todo lo que pueden.

—Pues ¡no es suficiente! —gritó él, y empezó a insultar a los médicos en una lengua que Madeleine no había oído jamás. Ethan acabó echándolos de la habitación para cerrar la puerta de un portazo tras ellos, y Maddy sintió cómo la corriente de aire le acariciaba el rostro.

De repente, ya no notaba los párpados tan pesados. Parpadeó durante unos segundos. Sabía que Ethan estaba de pie junto a su cama y confió en poder centrar la vista.

Su marido se pasó las manos por el pelo alborotado y una mujer pelirroja arrugó la frente.

—Pronto se despertará, Ethan. Ya no tiene fiebre.

—Eso fue lo que dijeron ayer. Y aún no se ha despertado.

—Si lo hiciera —dijo la mujer—, seguro que la asustarías. Hace días que no te afeitas ni te cambias de ropa. Y pareces medio loco.

—Es que estoy medio loco; de hecho estoy a punto de perder la poca cordura que me queda.

Al ver que su hijo empezaba a pasear de nuevo, la mujer añadió:

—Tienes que calmarte. Enfadarte con los médicos no ayudará en nada a tu esposa. —Fiona desvió la mirada hacia Maddy un segundo sin prestar mucha atención, y se quedó atónita—. Pero ese portazo que has dado, tal vez sí la haya despertado.

—¿Qué estás diciendo...? —Ethan tensó los hombros y carraspeó—: ¿Estás insinuando que...?

—No me dijiste que tuviera unos ojos azules tan bonitos. Date la vuelta, hijo.

Ethan hizo caso a su madre y casi se desplomó encima de la cama. Maddy lo estaba mirando aturdida. Le vio los ojos rojos y desencajados, y parecía que llevase varios días sin afeitarse. Iba todo arrugado y con las mangas de la camisa remangadas. Parecía querer echarse encima de ella.

La mujer le dijo algo en gaélico y su marido frunció el cejo y se tocó... ¿la barba? Pareció quedarse atónito y volvió a fruncir el cejo.

Ethan la miraba con tanto sentimiento, pero Madeleine tuvo la sensación que se obligaba a mantenerse alejado de ella.

—Tienes que beber algo —dijo él de repente, y fue corriendo a buscar la jarra de agua. Cuando se la sirvió, Maddy pudo oír cómo la jarra tintineaba contra el vaso.

La mujer levantó las cejas en dirección a Ethan y luego le dijo a Maddy:

—Soy lady Fiona, tu suegra, y estoy muy contenta de al fin poder conocerte.

Cuando su esposo regresó junto a la cama con el vaso de agua, Madeleine le preguntó:

—¿Dónde estoy?

Ethan incorporó un poco a Maddy y la ayudó a beber.

—Estás en Londres, en nuestra casa de la ciudad. —Ella bebía con impaciencia—. Tranquila —murmuró él.

Cuando apartó el vaso casi vacío, la joven preguntó:

—¿Corrine?

—No pude encontrarla, pero tengo a mis hombres buscándola por París —contestó Ethan—. Maddy, no creo que estuviera enferma.

Ella cerró los ojos preocupada, pero en seguida los volvió a abrir por miedo a quedarse dormida de nuevo.

Él se pasó una mano por la nuca.

—Pero Bea...

—No —susurró ella—. Lo sé.

Lady Fiona dijo algo en gaélico, y luego añadió en inglés:

—Ethan, ¿por qué no vas a asearte mientras yo me quedo aquí con mi nueva nuera?

Su hijo dudó un instante y Maddy vio cómo ambos intercambiaban una mirada. Antes de ir hacia la puerta, Ethan le dijo a Madeleine emocionado:

—Estoy muy contento de que estés mejor, tesoro.

Y salió de la habitación. Pero antes, Maddy pudo ver cómo se secaba los ojos con la manga de la camisa. «Oh, Ethan.»

Una vez se quedaron a solas, lady Fiona dijo:

—Ha estado muy preocupado por ti, por decirlo de algún modo. —Se sentó a los pies de la cama—.

Bueno, supongo que tienes muchas preguntas...

—¿Le he contagiado la enfermedad a alguien?

—No. A nadie. Pero por si acaso, yo me quedaré aquí una semana más. —Y añadió—: Espero que te guste jugar a las cartas.

Maddy se mordió el labio inferior y preguntó:

—Lady Fiona... he perdido al bebé, ¿verdad?

La mujer apartó un mechón de pelo de la frente de Madeleine.

—Sí, pero un montón de médicos coinciden en que podrás tener más hijos.

Ella ya sabía que lo había perdido, pero al oírlo volvió a entristecerse profundamente.

—Y, ¿Ethan... cómo está?

—Aunque no te lo creas, no está enfermo, aunque se ha pasado una semana sin dormir. —Fiona enarcó una ceja y dijo—: Él te ama con locura. Me alegra mucho que él y tú tengáis otra oportunidad.

A Maddy volvieron a pesarle los párpados.

—Lady Fiona, no sé qué le han contado...

—Tranquila, cariño, lo sé todo. Pero Ethan ha cambiado. Y no te lo digo porque sea su madre, sino de mujer a mujer... Cuando un hombre como Ethan aprende a amar, es para siempre.

—¡Maldita sea!

Ethan había vuelto a cortarse. ¿Las manos no paraban de temblarle y su madre insistía en que se afeitara? Le había dicho que con el aspecto que tenía asustaría a su esposa.

Seguro que eso ya lo había conseguido mirándola con tanta desesperación. Se moría de ganas de abrazarla cuando Maddy lo había mirado con sus ojos enormes en su pequeño y consumido rostro.

Ethan tuvo que obligarse a salir de la habitación para no cogerla en brazos, además, antes, su madre ya le había dicho que cuando se despertara quería hablar a solas con ella. Fiona le había comentado que existía la posibilidad de que Maddy no supiera nada del bebé.

Y él se agarró a eso como a un clavo ardiendo.

Volvió a cortarse y tiró la navaja en el cuenco de agua. Apoyó las manos en el lavamanos e inclinó la cabeza hacia adelante. «Por favor, no permitas que lo sepa.» Con la muerte de Bea, su traición y la desaparición de Corrine, Maddy ya tenía bastante. Ethan no sabía cuánto más podría soportar su pequeño tesoro...

¿Cuánto tiempo más iba a quedarse su madre con ella?

Ethan no podía estar más rato sin verla. Se vistió de prisa y fue hacia allí. Al entrar en la habitación, vio que Maddy hacía esfuerzos por mantenerse despierta.

Corrió a sentarse a su lado y Madeleine levantó con mucho esfuerzo una mano y, con un dedo, recorrió uno de los cortes que se había hecho al afeitarse. Ethan cogió esa mano y le besó la palma, pero ella ya había cerrado los ojos. Y justo cuando iba a sufrir un ataque de pánico, Fiona dijo:

—Sólo está dormida, Ethan.

—¿Sabía lo del bebé? —«Di que no...»

—Sí, lo sabía. Pero es una chica muy fuerte. Si la ayudas, seguro que se recuperará de todo esto.

Maddy tal vez no quisiera su ayuda, tal vez no quisiera saber nada de él en absoluto.

—¿Ha dicho algo sobre mí? —preguntó, sin ocultar lo desesperado que estaba—. ¿Sobre lo que hice?

—Ha sacado el tema. Pero ella te ama, hijo. Lo sé. Seguro que lograrás reconquistarla.

Ethan se juró que jamás volvería a echarle en cara a su madre lo que les dijo el día que murió su padre.

«Si Maddy...» Se estremeció y cerró los ojos.

—Necesito que me dejes solo.

Sin decir ni una palabra, su madre salió de la habitación.

Justo a tiempo de no ver cómo su hijo perdía cualquier control sobre sus emociones.

e Capítulo 46 f

DURANTE las últimas cinco noches, Ethan se deslizaba en silencio en la habitación de Madeleine para dormir con ella. Y cada mañana se iba antes de que se despertara. Que su fiero Escocés anhelara estar con ella de ese modo enterneció a Maddy, pero acabó por desesperarse.

Cada vez que intentaba hablar con él de lo sucedido, él buscaba alguna excusa para no hacerlo, pues estaba convencido de que estaba demasiado débil como para tener ese tipo de conversación. Pero tras seis días, Maddy se encontraba ya mucho mejor. Ese día, por fin se había pasado la tarde sentada y jugando a cartas con lady Fiona, que iba a regresar a Escocia al día siguiente.

A Maddy le gustaba la mujer, y le encantaba ver cómo reñía a Ethan, como si aún fuera un niño pequeño. Él se quejaba, pero Maddy tenía la sensación de que fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido entre ellos, ya había quedado atrás.

Esa noche, se obligó a quedarse despierta y esperar a que su marido entrara a hurtadillas en su habitación. Llegó pasada la medianoche y se desnudó en silencio. Cuando, despacio, apartó las sábanas para acostarse a su lado, Maddy dijo:

—Ethan, ¿no crees que ya es hora de que hablemos?

Él suspiró.

—Sí, supongo que sí.

Volvió a ponerse los pantalones sin energía y encendió la luz de la mesilla. Colocó un par de almohadas detrás de Madeleine y la ayudó a incorporarse, luego se sentó en una silla, a su lado.

—¿Cómo te enteraste?

—Le escribí una carta a los propietarios de Iveley para preguntarles si podíamos ir a visitarlos. Quería que vieras dónde me había criado. Pero al parecer, tú no sólo habías estado ya en Iveley Hall, sino que además te pertenecía desde hacía años. Desde que murió mi padre.

—Sí. Yo compré sus deudas. Incluida la que gravaba Iveley Hall.

—Tú orquestaste una venganza contra mi familia. ¿Te importaría decirme por qué?

—¿No tienes ninguna teoría?

—Creo... creo que mi padre te descubrió en la cama con mi madre. Creo que eras el hombre que estaba con ella esa noche.

—Jamás la toqué, ¡jamás! —declaró Ethan con vehemencia—. Fui a reunirme con ella, eso es verdad, pero tuve un mal presentimiento y traté de irme.

Maddy enarcó una ceja.

—¿Tienes por costumbre quedar con las mujeres y luego dejarlas plantadas? ¿Como con las camareras?

—Tenía el fuerte presentimiento de que no debía tocar a Sylvie. Con las camareras fue distinto, yo sólo me di cuenta de que no tenía que hacerlo. Todo me ha conducido hasta ti.

—¿Qué ocurrió esa noche, Ethan?

Él se pasó una mano por la cara.

—Si trato de defenderme, parecerá que estoy acusando a tus padres.

—Tengo que oírlo —le suplicó Maddy—. Tengo que saber lo que pasó de verdad.

Ethan la miró fijamente y el dolor que Maddy vio en sus ojos la dejó sin habla.

—Está bien, te lo diré, pero tienes que saber que no me gusta nada tener que contártelo.

Y, en un tono de voz muy bajo, Ethan le explicó lo que había sucedido en esa noche llena de mentiras, traiciones y una maldad inimaginable.

Cuando le dijo que su madre lo había acusado de haberla violado, Maddy se estremeció. Cuando le dijo que Brymer le había cortado la cara, ella no pudo reprimir las lágrimas.

Ethan había sido acusado injustamente, golpeado y luego desfigurado... mientras Maddy dormía

plácidamente a pocos metros de allí.

Su padre lo había permitido, Brymer había disfrutado haciéndolo, y su madre se había quedado de brazos cruzados, sabiendo de sobra que un hombre inocente estaba siendo torturado en sus establos.

—Oh, Dios —exclamó Maddy al entenderlo todo—. Ethan, siento mucho lo que te hicieron.

—¡No te atrevas a disculparte por ellos! Esto no tiene nada que ver contigo. Creer lo contrario fue mi primer error. Y no sientas lástima por mí, sabes perfectamente que acabé vengándome. Compré todas las deudas de tu padre y las ejecuté antes de tiempo —continuó él con voz ronca—. Y todas a la vez. Yo tengo la culpa de que perdieras tu hogar.

Un momento, ¿las había ejecutado antes de tiempo?

—Si no lo hubieras hecho tú, ¿habría acabado por suceder lo mismo?

Ethan apretó la mandíbula, negándose a contestar, y con eso Maddy tuvo la respuesta.

«Oh, Dios, eso tenía que ser una broma de mal gusto.»

Madeleine sabía que su familia pasaba por momentos difíciles. Recordaba haber oído a sus padres discutir por dinero. Lo más probable era que, aunque Ethan no hubiera aparecido en escena, igualmente hubiese acabado en La Marais.

—¿Y Brymer? ¿Le mataste?

—Sí.

Ella se alegró de que lo hubiera hecho y asintió. Sólo de imaginarse a aquel hombre mutilando a Ethan y disfrutando al hacerlo... Se estremeció de pies a cabeza.

—¿Y Tully? —preguntó nerviosa. Maddy recordaba que ese hombre siempre había sido bueno con ella.

—A él le dejé ir.

Suspiró aliviada. No sólo por Tully, sino porque Ethan había mostrado misericordia en momentos muy difíciles.

—¿Y yo? ¿Fuiste a buscarme sólo para seguir vengándote?

—Intenté decirme a mí mismo que sólo había ido detrás de ti para eso, pero pronto me di cuenta de que era incapaz de hacerte daño. Al final, mi plan ha acabado volviéndose contra mí. No sé si eso te sirve de consuelo. —Se inclinó hacia adelante apoyando los codos en las rodillas—. Maddy, el día que te conocí, empecé a enamorarme de ti.

—¿De verdad estamos casados?

Ethan levantó las cejas sorprendido de que pudiera dudar.

—Pues ¡claro que sí, maldita sea!

—La noche del baile de máscaras, ¿formaba también parte de tu plan?

Ethan negó con la cabeza.

—No supe quién eras hasta la mañana siguiente.

A Madeleine se le ocurrió una cosa y entrecerró los ojos.

—¿Y La Daex? ¿Tuviste algo qué ver con eso?

Ethan dudó unos segundos y luego respondió con sinceridad:

—Sí. No quería que te comprometieras con nadie antes de que yo pudiera ir a buscarte.

—¿Otra mentira? ¿Hay alguna más que quieras contarme? ¿Más secretos?

—Tengo muchos secretos. Me he pasado diez años cometiendo maldades. Y no te las contaré a no ser que insistas en ello, pero tienes que saber que todo lo hice para un bien mayor. Y a veces..., en alguna ocasión, hice algo de lo que tal vez pudieras sentirte orgullosa.

Ella sabía que si Ethan se lo proponía podía ser un verdadero héroe, pero que también podía ser un canalla. Se masajeó las sienes.

—Todo esto ha sido demasiado para ti —comentó él alarmado—. ¿Te duele la cabeza?

—Estoy bien. Sólo quiero terminar con esta conversación. ¿Tienes algo más que contarme? —preguntó ella rezando para que no fuera así.

Ethan suspiró.

—Sí. Sé francés.

—Claro —contestó ella sin inmutarse.

—Maddy, sé que me he portado mal contigo, pero... ¿crees que podrás perdonarme? No digo que tenga que ser ahora, pero ¿tal vez con el tiempo?

—Después de tantas mentiras, ¿cómo puedo confiar en lo que me dices ahora? Dame una razón, Ethan. Yo quiero creerte.

Él se mesó los cabellos.

—No sé si existe ningún motivo por el que debas perdonarme o confiar en mí, excepto que... estoy enamorado de ti —reconoció emocionado—. Dime lo que debo hacer para reconquistarte y lo haré.

Ella sintió cómo miles de emociones se agolpaban en su mente y en su corazón. Aún estaba dolida por lo que Ethan había hecho. Sentía náuseas sólo de pensar en los actos de sus padres.

Y la avergonzaba reconocer que deseaba no haberse enterado jamás de nada de todo aquello y poder regresar a la preciosa vida que había empezado a crear con Ethan.

Pero por encima de todo, estaba... cansada.

—Quiero recuperarme, volver a ser yo misma antes de tomar cualquier decisión. —Y sólo había un lugar donde le apeteciera estar—. Llévame a Carillón.

Maddy echaba de menos ese lugar, y se moría de ganas de recuperar lo que allí había construido con su marido. Pero tras varias semanas de recuperación en Carillón, no parecía poder lograrlo de nuevo.

Estaba sentada frente al espejo, cepillándose el pelo para acostarse, y pensando en lo que había pasado desde que habían regresado. La tensión entre ella y Ethan era palpable. Él estaba distante, y ella no sabía qué hacer. Era como si ninguno supiera cómo comportarse con el otro.

Cada vez que Maddy salía a pasear para deleitarse con las nuevas flores que empezaban a florecer y recuperarse un poco, sentía que él la observaba. Notaba que Ethan se moría de ganas de ir con ella. Un día, cuando se sintió lo bastante recuperada como para montar a caballo, él la acompañó, pero permaneció en silencio todo el rato. Si Maddy se detenía para coger algunas flores, Ethan corría a ayudarla a desmontar. Y, cada vez, la retenía en sus brazos unos segundos de más, y la miraba con los ojos llenos de sentimientos.

Esa misma semana, Ethan recibió una carta en la que le contaban que habían encontrado a Corrine, y que ésta ya estaba de camino a Carillón. Maddy se emocionó tanto que lo abrazó, y tuvo la sensación de que él no quería soltarla, incluso cuando ella intentó apartarse. Cuando por fin la soltó, se lo veía incómodo y muy dolido.

Al parecer, el día en que los soldados se llevaron a Madeleine, Corrine había recibido un golpe que la había dejado inconsciente, y unos amigos se la llevaron de la ciudad. Por suerte, estaba sana y salva y ya iba de camino a Carillón. Maddy había estado tan preocupada por ella que, al enterarse de todo eso, sintió que le habían quitado un gran peso de encima.

A cada día que pasaba, Maddy veía más claro lo que quería para su futuro. Necesitaba hablar con Ethan, pero al parecer él preferiría que le arrancaran todos los dientes. Cada vez que se acercaba a él con intención de iniciar conversación, él la miraba asustado y, una de dos, o cambiaba de tema, o se iba de la habitación.

Su infalible Escocés se sentía inseguro, asustado; tanto como Maddy, y ella no sabía qué hacer con él.

Maddy suspiró y se levantó del tocador para meterse en la cama. Y antes de dormirse pensó en lo mucho que echaba de menos a su marido.

A media noche, los truenos empezaron a retumbar en la oscuridad, y Maddy se sentó de golpe en la

cama, intentando recuperar la respiración. Después de haber tenido la peor pesadilla de toda su vida tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

Había soñado que estaba perdida en la costa y que no podía encontrar a Ethan por ningún lado. Lo buscaba por todos los rincones, y lo único que conseguía era alejarse cada vez más de él, sin importar lo mucho que quisiera estar a su lado.

Estalló un relámpago. Se estaba acercando una tormenta, y Maddy, asustada, se levantó de la cama de un salto. ¿Ethan no la había oído gritar? Si dormía en la habitación contigua a la suya.

Maddy corrió hacia la habitación de él, pero no estaba allí. Lo buscó nerviosa por toda la casa y, por fin, vio luz en el invernadero. Bajó corriendo la escalera para ir a reunirse con él.

Entró en el recinto y oyó el murmullo de la caldera. ¡Sabía que Ethan era capaz de arreglarla! Pero ¿dónde se había metido él?

Intentando recuperar el aliento, Maddy llamó:

—¿Ethan?

La caldera se detuvo y su marido apareció de repente, dejando caer las herramientas al suelo a medida que se acercaba a ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó cogiéndola por los hombros

—N... nada —contestó ella avergonzada por haberse comportado como una niña asustada.

—¿Se está acercando una tormenta? —Miró hacia el techo de cristal—. Ahí debajo no podía oírla.

—Creo... creo que sí. ¿Qué estás haciendo aquí tan tarde?

—Quería darte una sorpresa y arreglar esa caldera de una vez por todas. —Ethan le pasó las manos por los brazos—. Dime qué es lo que te preocupa, tesoro.

Madeleine lo miró a los ojos y las palabras escaparon de sus labios.

—¿Qué nos ha pasado? ¿Qué estamos haciendo?

—¿La verdad? —preguntó él acariciándole la mejilla con el pulgar.

—La verdad —respondió ella asintiendo.

Ethan suspiró.

—Te estoy dando tiempo para pensar, porque... porque estoy muerto de miedo de que me digas que quieres irte.

—¿Irme? ¿Adonde?

—¿No quieres irte? Ahora tienes tu propia casa. Y dijiste que cuando te hubieras recuperado, tomarías una decisión sobre nosotros.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Yo no quiero que te vayas... no quiero que te vayas, pero tampoco quiero influir en tu decisión. Con todo lo que ha pasado; la muerte de Bea, la pérdida de nuestro bebé... todo el mundo dice que tienes que estar exhausta. Y sé que, en ocasiones, puedo ponerme muy pesado para salirme con la mía. No quisiera que tomaras una decisión de la que luego te arrepintieras. —Mirándola a los ojos, añadió—: Yo quiero que lo nuestro sea para siempre, *aingeal*.

—¿Y si te dijera que deseaba hablar contigo para decirte que he decidido que quiero que nos demos otra oportunidad? ¿Qué quiero quedarme aquí, en Carrickliffe, o en cualquier otro lugar, siempre que tú estés conmigo y podamos empezar de nuevo?

Ethan la miró como si hubiera recibido un golpe y dejó de acariciarla.

—¿Después de todo lo que he hecho?

—Ethan, admito que aún tengo muchas preguntas. Y que aún tengo miedo. Pero no creo que pueda superar todo esto... sin mi marido a mi lado. Necesito recuperarte.

—Tú... —dijo él con voz entrecortada—... ¿de verdad vas a quedarte conmigo?

—Mi vida está junto a ti. Lo único que quiero es eso. Sé que aún tenemos que superar muchas cosas, pero creo que vale la pena intentarlo.

—¿Cómo puedes perdonarme? Ha habido momentos en los que he creído que eso era imposible.

—Cada día he visto las cosas un poquito más claras —murmuró Maddy. Las gotas de la lluvia empezaron a repiquetear sobre el cristal que había encima de ellos—. Para poder perdonarte, lo único que he tenido que hacer es recordar cómo te enfrentaste al mismo infierno para salvarme. Y luego, lo felices que éramos antes. —Maddy entrelazó las manos detrás de la nuca de Ethan y, ansiosa por su cercanía, se abrazó a él. Las respiraciones de ambos se aceleraron, y la pasión, al igual que la tormenta de fuera, empezó a avivarse—. ¿No crees que con eso basta para volver a empezar?

Él llevó una de sus grandes manos al cuello de Maddy, y la acarició de ese modo que siempre lograba derretirle los huesos.

—Si significa que puedo recuperarte... entonces sí, lo creo.

Con la otra mano le rozó con suavidad las nalgas acercándola más a él.

Y esa vez, cuando se desató la tormenta, ella no tuvo miedo. Por algún motivo, no sentía que presagiara nada malo. En esa ocasión, le pareció que la tormenta era un reflejo de los intensos sentimientos que había entre ambos. Los ojos de él ocultaban la promesa de una intensa noche de amor, y Maddy sabía que los suyos decían lo mismo.

Ethan le deslizó un dedo bajo la barbilla y susurró:

—Esta vez voy a hacerlo bien.

—Te creo, Escocés. —Maddy lo miró con todo el amor que sentía—Tú siempre serás mi caballo ganador.

—Ah, vuelves a mirarme igual que antes. Un marido podría acostumbrarse a que lo mirasen siempre así.

Maddy sonrió y le susurró:

—Te aseguro que así será.

*NUNCA se casarán, no sabrán lo que es amar, si lo hacen, a su destino se deberán resignar.
Tu familia contigo desaparecerá, y futuras generaciones no habrá de nuevo jamás.
La muerte y la desgracia los atraparán.*

*A no ser que tus hijos sepan encontrar a las mujeres para ellos destinadas...
Porque el amor verdadero es el único que podrá su vida y su corazón salvar.*

Carrickliffe, Escocia

Domingo de Pascua, 1865

Ethan era el mayor de los hermanos, y el cabeza de una familia que no paraba de crecer.

Estaba sentado recostado en un roble, descansando, y mirando el campo de heno que había delante de él. Su madre, hermanos, sus esposas e hijos estaban todos allí, para celebrar el bautizo que Maddy y él habían organizado para esa Pascua.

Madeleine estaba sentada en una manta en el suelo, riéndose con sus dos hijos mayores. Ella le había dado tres preciosas criaturas, todas de pelo negro y brillantes ojos azules.

Su primer hijo, Leith, cuya llegada al mundo le había quitado a Ethan unos cuantos años de vida, iba a cumplir siete años. Era mucho más alto que un niño de doce, y también mucho más listo, igual que su madre. La pequeña Catriona tenía tres años y era un pequeño terremoto con la misma cara de Madeleine, y que hacía de su padre lo que quería. Y Ethan tenía en brazos al pequeño. Por algún extraño motivo, a su hijo le gustaba dormir allí. Lo habían llamado Niall, en honor al primo preferido de Ethan, que seguía en el continente con la antigua banda de mercenarios de Court.

Cuando nació Leith, Ethan al principio se preocupó un poco; el pequeño requería a Maddy a todas horas y ella no le hacía tanto caso. Pero su hijo pronto empezó a llamarle papá y a sonreír cada vez que él entraba en su habitación.

A ninguno de los pequeños le daba miedo la cicatriz de su padre, y no sabían nada de los errores que había cometido en el pasado.

A Madeleine le sentaba muy bien la maternidad. Era una madre muy cariñosa, no como Sylvie, y aunque había podido perdonarla por lo que le había hecho a ella, jamás podría perdonarle lo que le había hecho a Ethan.

El día en que Maddy le confesó eso a su marido, él supo que ella lo consideraba ya como su única familia, y que juntos podían enfrentarse a cualquier cosa. Que se defenderían el uno al otro, y a todos sus hijos, hasta el último aliento...

Ethan y Madeleine celebraron un gran banquete de boda en Carrickliffe. Fue una fiesta por todo lo alto, pues Ethan quería presumir de la esposa tan preciosa que, sin saber cómo, había conseguido reconquistar. A la celebración asistieron los Weyland, incluido Quin, que aprovechó la ocasión para decirle a Ethan que ya le había advertido sobre Maddy...

Ahora, desde su lugar sobre la hierba, Madeleine se dio cuenta de que Ethan la estaba mirando y le

sonrió. Y a él se le aceleró el corazón; eso no había cambiado y no lo haría jamás. Estaba convencido que la amaba más de lo que era recomendable para su salud mental, pero ya se había resignado a ello. De noche, la abrazaba y sentía cómo el corazón se le hinchaba en el pecho hasta estar a punto de estallar.

Ethan sabía que tanto sus hermanos como su madre estaban sorprendidos de que fuera un marido y un padre tan cariñoso. Pero si ellos podían serlo, ¿por qué él no?

Hugh y Jane tenía un hijo de cuatro años y estaban «esperando» un poco antes de tener el próximo. Ante la sorpresa de todos, Hugh quiso llamar a su primogénito Ethan, y lo más asombroso fue que Jane se lo permitió. El niño era el centro de su universo, y los tres se lo pasaban en grande viajando por todo el mundo. Estaban en la ciudad sólo para asistir al bautizo de Niall.

Court y Annalía tenían a su hijo Aleix, a dos niñas, la pequeña Fiona y Elisabeth que aún llevaba pañales, y ya les venía otro en camino. A pesar de lo mucho que Court quería a sus hijos, cada vez juraba que iba a ser el último. Annalía se limitaba a sonreír y empezaba a tejer un nuevo par de patucos.

La madre de Ethan estaba entusiasmada con sus nietos. Ella había creído que jamás tendría ninguno, y no paraba de repetir que en todos y cada uno de ellos había un poquito de su abuelo Leith. En ese preciso instante, Fiona estaba sentada en la hierba con cinco de ellos.

Maddy se levantó de donde estaba y se acercó a Ethan.

—¿Crees que podemos dejar a Niall en la cuna? —le preguntó—. ¿O quieres que pida ayuda?

Corrine, la antigua amiga de Maddy, vivía con ellos y había dejado de ser la administradora de la finca para pasar a ejercer de niñera a tiempo completo. Era tan buena en su trabajo que otras familias habían intentado arrebatarla.

—Está completamente dormido —dijo Ethan, y luego, entre risas, añadió—: Ronca igual que tú.

Maddy le dio un cariñoso golpe en el pecho.

—Yo no ronco, Escocés.

Cogió al bebé en brazos y le dio un beso de buenas noches antes de dejarlo en su cuna, que tenían allí al lado. Cuando Ethan separó los brazos, Maddy se acurrucó entre ellos, dichosa, y se sentó en su regazo. Él la acercó más contra su torso, y ella suspiró:

—Te amo, Ethan.

Él le dio un beso en el pelo, tibio por el sol.

—Y yo te amo a ti, tesoro —replicó él—. En este instante —le preguntó de repente—, si pudiera darte cualquier cosa del mundo, ¿qué me pedirías?

—Muy fácil. Una vida llena de momentos como éste. —Madeleine movió la mano para señalar toda la escena; sus hijos jugando con el resto de su familia y todos sonrientes y felices.

Su marido le cogió la cara entre las manos y la vio mirarlo emocionada.

—Hecho —contestó besándola con ternura—. Eso es precisamente lo que voy a darte, Maddy MacCarrick.

Y lo hizo.